

1182929

7966

Risueño Jm

LAS RELACIONES
PELIGROSAS

ES PROPIEDAD

JUNIO, 1929

CH. DE LACLOS

LAS RELACIONES
PELIGROSAS



Fondo bibliográfico
Dionisio Alarcón
Biblioteca Pública de Sevilla

7966

RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR
MENDIZÁBAL, 34. — MADRID

He visto las costumbres de este siglo y he publicado estas cartas.

J. J. ROUSSEAU: Prefacio de
La Nueva Eloísa.

PREFACIO DEL REDACTOR

Esta obra, o mejor esta recopilación, que tal vez encontrará el público aún demasiado voluminosa, no contiene, sin embargo, más que la menor parte de las cartas que componían la totalidad de la correspondencia de la que ha sido extraída. Encargado de ponerla en orden por las personas a cuyas manos llegó y cuya intención de publicarla yo sabía, no pedí como precio de mi labor más que el permiso de eliminar todo lo que me pareciera inútil; y he procurado, en efecto, no conservar más que las cartas que me han parecido necesarias, ya para la inteligencia de los acontecimientos, ya para el desarrollo de los caracteres. Si se agrega a este ligero trabajo el de poner por orden las cartas que he dejado subsistir, orden para el cual he seguido casi siempre el de las fechas y, en fin, algunas notas cortas y raras, sin otro objeto en general que indicar las fuentes de algunas citas o motivar algunos cortes que me he permitido, se sabrá toda la participación que yo he tenido en esta obra. Mi misión no llegaba más allá (1).

Yo había propuesto cambios más considerables, relativos casi todos a la pureza de la dicción y del estilo, contra la cual serán advertidas muchas faltas. Hubiera querido también ser

(1) Debo advertir también que he suprimido o cambiado todos los nombres de las personas de las que se trata en estas cartas, y que si entre aquellos con que los he sustituido se encuentra el perteneciente a alguna de ellas, será sólo por un error mio, del que no se ha de deducir consecuencia alguna.

autorizado para cortar algunas cartas demasiado largas, muchas de las cuales tratan aisladamente, y casi sin transición, de objetos completamente extraños entre sí. Tal trabajo, que no fué aceptado, no habría sido, sin duda, suficiente para dar mérito a la obra; pero, al menos, le habría quitado una parte de sus defectos.

Se me objetó que eran las mismas cartas, y no sólo una obra pergeñada sobre ellas, lo que se quería dar a conocer; que sería tan contrario a la verosimilitud como a la verdad que las ocho o diez personas contribuyentes a esta correspondencia hubieran escrito todas con igual pureza. Y como yo arguyera que, lejos de ello, no había, al contrario, ninguna que no hubiera incurrido en graves faltas y que no se dejaría de criticar éstas, me respondieron que todo lector razonable esperaría, seguramente, encontrar faltas en una colección de cartas de algunos particulares, ya que entre todas las publicadas hasta ahora de diversos autores estimados y hasta de algunos académicos, no se encuentra ninguna totalmente a salvo de tal reproche. Tales razones no me convencieron, y las encontré, como las encuentro todavía, más fáciles de aducir que de aceptar; pero yo no era el dueño, y me sometí. Sólo me reservé el protestar contra ellas y declarar que no era tal mi opinión, lo que hago en este momento.

Cuanto al mérito que esta obra pueda tener, no me compete a mí dictaminar, ya que mi opinión no puede ni debe influir sobre la de nadie. Los que antes de empezar una lectura quieren saber, sobre poco más o menos, a qué atenerse respecto a ella, pueden continuar; los demás, lo mejor que pueden hacer es pasar desde luego a la obra misma; ya saben bastante.

Lo que puedo decir, desde luego, es que si fué mi opinión, como lo reconozco, el hacer aparecer estas cartas, estoy muy lejos de esperar el éxito; y no se tome esta sinceridad de mi parte por la modestia afectada de un autor; porque declaro con la misma franqueza que si esta colección no me hubiera parecido digna de ser brindada al público, no me habría ocupado de ella. Procuremos conciliar esta aparente contradicción.

El mérito de una obra lo constituye su utilidad o su amenidad, y aun una y otra cuando es susceptible de ambas; pero el éxito, que no prueba siempre el mérito, depende con frecuencia más de la elección del asunto que de su ejecución, del conjunto de los objetos que presenta más que de la forma en que son tratados. Ahora bien: como esta colección contiene, según anuncia su título, las cartas de toda una sociedad, reina en ella una diversidad de intereses que debilita el del lector. Además, como son fingidos o simulados todos los sentimientos expresados en ella, no pueden excitar más que un interés de curiosidad muy por debajo siempre de él del sentimiento, que, sobre todo, induce menos a la indulgencia y hace advertir más las faltas, porque se suelen hallar en los detalles que sin cesar se oponen al único deseo que se quiere satisfacer.

Estos defectos son acaso redimidos, en parte, por una cualidad emanada igualmente de la naturaleza de la obra: ésta es la variedad de los estilos; mérito que difícilmente logra un autor; pero que se presenta aquí por sí mismo y salva, al menos, del fastidio de la uniformidad. Muchas personas podrán contar también con un número bastante grande de observaciones, o nuevas o poco conocidas, que se hallan dispersas en estas cartas. Creo que en esto está también todo lo que se puede hallar de ameno en ellas, aun juzgándolas con el mayor favor.

La utilidad de la obra, que será tal vez más discutida, la creo, sin embargo, más fácil de demostrar. Me parece, por lo menos, que es hacer un servicio a las costumbres, desvelar los medios que emplean los que las tienen malas para corromper a los que las tienen buenas, y creo que estas cartas podrán contribuir eficazmente a tal efecto. Se encontrará en ellas también la prueba y el ejemplo de dos verdades importantes, que se podrían creer desconocidas por lo poco practicadas: es una, que toda mujer que consiente en admitir en su trato a un hombre sin costumbres, acaba por ser su víctima; es la otra, que toda madre que tolera que otro tenga la confianza de su hija, es, por lo menos, imprudente. Los jóvenes de ambos sexos pueden también aprender que la

amistad que parecen concederles tan fácilmente las personas de malas costumbres, no es jamás sino un lazo peligroso, tan fatal para su felicidad como para su virtud. Sin embargo, el abuso, tan cerca siempre del bien, me parece muy de temer aquí; y, lejos de aconsejar esta lectura a la juventud, juzgo muy importante alejar de ella todas las de este género. La época en la que ésta puede cesar de ser peligrosa y resultar útil, me parece muy bien fijada, para su sexo, por una buena madre, que no sólo posee inteligencia, sino también buen sentido. "Creo, me decía ésta, después de haber leído el manuscrito de esta correspondencia, hacerle un verdadero servicio a mi hija dándole este libro el día de su boda." Si todas las madres de familia pensaran así, yo me felicitaría eternamente de haberlo publicado.

Mas, aun partiendo de esta suposición favorable, me sigue pareciendo que esta colección debe de agradar a poca gente. Los hombres y las mujeres depravados tendrán interés en desacreditar una obra que les puede perjudicar; y, como no carecen de habilidad, tendrán acaso la de atraer a su partido a los rigoristas, alarmados por el cuadro de malas costumbres que no se ha temido presentar.

Los presuntos espíritus fuertes no han de interesarse por una mujer devota, a la que, por lo mismo, considerarán como una mujerzuela; en tanto que los devotos se enojarán al ver sucumbir la virtud y se quejarán de que la Religión se muestre con tan poco poder.

Por otra parte, a las personas de gusto delicado les desagradará el estilo demasiado simple y demasiado defectuoso de muchas de estas cartas, mientras que el común de los lectores, seducido por la idea de que todo lo impreso es el fruto de un trabajo, creerá ver en algunas otras la manera laboriosa de un autor que se deja ver detrás del personaje al que hace hablar.

En fin, se dirá también generalmente que cada cosa en su lugar, y que si ordinariamente el estilo esmerado de los autores quita, en efecto, gracia a las cartas de sociedad, las negligencias de éstas resultan verdaderas faltas y las hacen insoportables cuando son dadas a la publicidad impresas.

Confieso con sinceridad que todos estos reproches pueden ser fundados; creo también que me sería posible responder a ellos, aun sin exceder la longitud de un prefacio. Pero se ha de tener en cuenta que para que hiciera falta responder a todo sería preciso que la obra no pudiera responder a nada, y que yo, si lo hubiera juzgado así, habría suprimido a la vez el prefacio y el libro.

P R I M E R A P A R T E

C A R T A P R I M E R A

Cecilia Volanges a Sofía Carnay, en las Ursulinas de...

Ya ves, mi buena amiga, que te cumplo mi palabra y que los trapos y moños no absorben todo mi tiempo; siempre me quedará alguno para ti. He visto más galas, sin embargo, en esta sola jornada que en los cuatro años que hemos pasado juntas, y creo que la soberbia Tanville (1) tendrá más pena en mi primera visita, en la que pienso llamarla, de la que creyó darnos todas las veces que fué a vernos *in fiocchi*. Mamá me ha consultado sobre todo; me trata como a pensionista mucho menos que antes. Tengo una doncella para mí, una alcoba y un gabinete, del que dispongo, y te escribo en un lindo secreter, del que me han dado la llave, y en el que puedo encerrar todo lo que quiero. Mamá me ha dicho que la veré todos los días al levantarse; que bastará que esté peinada para almorzar, porque estaremos siempre solas, y que entonces me dirá cada día a qué hora debo ir a reunirme con ella por la tarde. El tiempo restante está a mi disposición, y tengo mi arpa, mi dibujo y libros, como en el convento; sólo que no está aquí la Madre Perpetua para regañarme, y depende exclusivamente de mí no hacer nunca nada; pero, como no tengo aquí a mi Sofía para charlar y reír, prefiero ocuparme en algo.

No son todavía las cinco; no debo ir a buscar a mamá hasta las siete; dispongo, pues, de bastante tiempo si tuviera algo que decirte. Pero no me han hablado aún de nada; y sin

(1) Pensionista del mismo convento.

los preparativos que veo hacer y la cantidad de obreras que vienen todas por mí, creería que no se piensa en casarme, y que eso es un cuento más de la buena Josefina (1). Sin embargo, mamá me ha dicho tantas veces que una señorita debe permanecer en el convento hasta que se case, que, por cuanto me ha hecho salir, ha de colegirse que Josefina tiene razón.

Acaba de pararse una carroza a la puerta, y mamá me envía recado de que vaya a verla en seguida. ¿Será el señor? No estoy vestida; me tiembla la mano y me late el corazón. Le he preguntado a la doncella si sabe quién hay con mi madre: "Ciertamente, me ha dicho, es el Sr. C..." Y se ha reído. ¡Oh! Creo que es él. Volveré seguramente a contarte lo que ocurra. Por lo pronto, ya sabes su nombre. No hay que hacerse esperar. Adiós; hasta dentro de un momentito.

¡Cómo vas a burlarte de la pobre Cecilia! ¡Oh! ¡He pasado un buen bochorno! Pero tú habrías caído en la trampa como yo. Al entrar en la habitación de mamá vi a un señor vestido de negro, de pie al lado de ella. Lo saludé lo mejor que pude y me quedé sin poder moverme de mi sitio. Ya supondrás cómo lo examiné. "Señora, le dijo a mi madre, al saludarme, es una señorita encantadora, y estimo más que nunca el valor de las bondades de usted." Al oír esta frase tan expresiva me entró tal temblor, que no podía sostenerme; encontré un sillón y me senté, muy sonrojada y desconcertada. Apenas me senté, se arrodilló ante mí aquel hombre. Tu pobre Cecilia perdió entonces la cabeza; estaba, como ha dicho mamá, completamente azorada. Me levanté, lanzando un grito penetrante... como aquel día del trueno. Mamá lanzó una carcajada, diciéndome: "¡Cómo! ¿Qué te pasa? Siéntate y da el pie al señor." En efecto, mi querida amiga, el señor era un zapatero. No puedo decirte cuánto me avergoncé; afortunadamente no había allí más que mamá. Creo que cuando esté casada no volverá a calzarme ese zapatero.

¡Hemos de convenir en que somos bien sabias! Adiós, Son cerca de las seis y mi doncella dice que es preciso que

(1) Mandadera del convento.

me vista. Adiós, mi querida Sofía; te quiero como si estuviera aún en el convento.

P. S. No sé con quién enviarte esta carta; así, esperaré a que venga Josefina.

París, 3 agosto 17...

C A R T A I I

*La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont,
en la Quinta de...*

Vuelva usted, mi querido vizconde, vuelva; ¿qué hace usted, qué puede hacer en casa de una anciana tía, cuyos bienes no herederá? Parta usted al punto: lo necesito. Se me ha ocurrido una excelente idea y quiero confiarle su ejecución. Estas pocas palabras deben bastarle; y, muy honrado por mi elección, debe usted venir apresuradamente a recibir de rodillas mis órdenes; pero usted abusa de mis bondades, aun después de no usar ya de ellas; y en la alternativa de un odio eterno o una excesiva indulgencia, tiene usted la suerte de que vengza mi bondad. Quiero, pues, comunicarle mis proyectos; pero júreme como leal caballero que no correrá ninguna aventura hasta que haya llevado a cabo ésta. Es digna de un héroe; servirá usted al amor y a la venganza; ésta será una *picardía* más que consignar en sus memorias; sí, en sus memorias; porque yo quiero que sean un día impresas y me encargo de escribirlas. Pero dejemos eso y volvamos a lo que me propongo.

La señora de Volanges casa a su hija; esto es aún un secreto; pero ella me lo ha participado ayer. ¿Y a quién cree usted que ha elegido para yerno? Al conde de Gercourt. ¿Quién me hubiera dicho que yo llegaría a ser prima de Gercourt? ¡Tengo un furor!... ¿Qué? ¿No adivina usted todavía? ¡Oh, inteligencia roma! ¿Le ha perdonado usted la aventura de la intendenta? ¿Y no tengo yo aún más por qué quejarme de

él? ; Dígalo usted, monstruo! (1). Pero me apaciguo y la esperanza de vengarme tranquiliza mi alma.

Ha sido usted fastidiado cien veces, lo mismo que yo, por la importancia que da Gercourt a la que haya de ser su esposa y por su estúpida presunción que le hace creer que evitará la suerte inevitable. Conoce usted sus ridículas preveniciones respecto a la educación claustral y su prejuicio más ridículo aún, a favor de la continencia de las rubias. En efecto, yo apostaría cualquier cosa a que, a pesar de las sesenta mil libras de renta de la pequeña Volanges, no haría él tal boda si ésta fuese morena o si no hubiera estado en el convento. Probémosle que es tonto: lo será sin duda un día: esto no me preocupa; pero lo divertido sería que empezara por ahí. ; Cómo nos reiríamos al día siguiente oyéndole jactarse! Porque se jactaría; y, además, si usted inicia a esa joven, será muy difícil que Gercourt no llegue a ser, como tantos otros, la fábula de París.

Por lo demás, la heroína de esta nueva novela merece toda la solicitud de usted: es realmente bonita; no tiene más que quince años; es un capullo de rosa; pura en verdad, como ninguna y nada amanerada; pero ustedes, los hombres, no se arredran ante eso; por otra parte, con una mirada lánguida que promete verdaderamente mucho; agregue usted a todo esto que se la recomiendo yo: no le queda que hacer más que obedecerme y darme las gracias.

Recibirá usted esta carta mañana por la mañana. Le exijo que mañana, a las siete de la tarde, esté en mi casa. No recibiré a nadie hasta las ocho, ni aún al caballero reinante; éste no tiene bastante cabeza para tan magno plan. Ya ve usted que el amor no me ciega. A las ocho le devolveré a usted su libertad, y a las diez volverá usted para comer con la bella prenda; porque la madre y la hija comerán en mi casa.

(1) Para comprender este pasaje hay que saber que el conde de Gercourt había dejado a la marquesa de Merteuil por la intendenta de..., la cual le había sacrificado el vizconde de Valmont, y que fué entonces cuando se entendieron estos dos. Como esta aventura es muy anterior a los acontecimientos de que tratan estas cartas, han sido suprimidas todas las relativas a ella.

Adiós, es más del mediodía y pronto no me ocuparé más de usted.

París, 4 agosto 17...

C A R T A I I I

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Todavía no sé nada, mi buena amiga. Mamá tuvo ayer mucha gente a comer. A pesar del interés que yo tenía en examinar, los hombres sobre todo, me aburrí enormemente. Hombres y mujeres, todo el mundo me miró mucho, hablándose después al oído; y yo me di cuenta de que se hablaba de mí; esto me hacía sonrojarme; no lo podía evitar. Bien hubiera querido; porque he notado que las demás mujeres no se sonrojan cuando las miran; o bien es el rojo que se ponen lo que impide ver el que las causa el rubor; porque debe de ser muy difícil no sonrojarse cuando un hombre la mira a una fijamente.

Lo que más me inquietaba era no saber lo que pensaban de mí. Creo, sin embargo, haber oído dos o tres veces la palabra *bonita*; pero oí muy claramente la de *pava*, y esto ha de ser cierto, porque la mujer que lo decía es pariente y amiga de mamá; y hasta parece haber sentido, desde luego, alguna amistad por mí. Es la única persona con quien hablé algo durante la velada. Mañana comeremos en su casa.

Oí también, después de comer, a un hombre que estoy segura de que hablaba de mí y le decía a otro: "Hay que dejarla que madure; veremos este invierno." Este es acaso el que ha de casarse conmigo; ¡pero entonces no será eso hasta dentro de cuatro meses! Quisiera saber quién es él.

He aquí a Josefina, la que me dice que tiene prisa. Quiero referirte, sin embargo, una de mis *pavadas*. ¡Oh, creo que aquella señora tiene razón!

Después de comer se pusieron a jugar. Yo me coloqué al lado de mamá; no sé cómo fué, pero me dormí casi en seguida. Me despertó una ruidosa carcajada. No sé si se reían de

mí, pero lo sospecho. Mamá me permitió retirarme, lo que me satisfizo mucho. Figúrate que eran más de las once. Adiós, mi querida Sofía; no dejes de querer a tu Cecilia. Te aseguro que la sociedad no es tan divertida como imaginábamos.

París, 4 agosto 17...

C A R T A I V

*El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil,
en París.*

Sus órdenes, marquesa, son encantadoras; y su manera de darlas es aún más adorable; haría usted amar el despotismo. No es esta la primera vez, usted lo sabe, que siento no ser ya su esclavo; y, con ser tan monstruo como dice, jamás recuerdo sin placer el tiempo en que me honraba usted con nombres más dulces. Hasta deseo con frecuencia merecerlos nuevamente y acabar por ofrecer con usted al mundo un ejemplo de constancia. Pero nos llaman mayores intereses; nuestro destino es conquistar; hay que seguirlo; tal vez al final de la carrera volvamos a encontrarnos; porque, dicho sea sin agraviarla, bella marquesa, usted me sigue con paso igual por lo menos; y desde que nos separamos para dicha de la sociedad, predicamos la fe cada uno por nuestro lado y me parece que en esta misión de amor ha hecho usted más prosélitos que yo. Conozco su celo, su ardiente fervor; y, si Dios nos juzgara por nuestras obras, usted sería un día la patrona de alguna gran ciudad, en tanto que yo, su amigo, sería a lo más un santo de pueblo. Este lenguaje le sorprende, ¿no es verdad? Pero es que desde hace ocho días no oigo ni hablo otro; y por perfeccionarme me veo obligado a desobedecerla a usted.

No se enfade y escúcheme. Depositaria de todos los secretos de mi corazón, voy a confiarle el mayor proyecto que formé jamás. ¿Qué me propone usted? ¿Seducir una jovencita que no ha visto nada, que nada conoce, que, por decirlo así, se me entregaría sin defensa, a la que un primer homenaje

no dejaría de embriagar y a la que la curiosidad sin duda haría ir más aprisa que el amor. Muchos otros pueden lograr lo que yo. No ocurre lo mismo con la empresa que me preocupa: su éxito me asegura tanta gloria como placer. El mismo amor que prepara mi corona vacila entre el mirto y el laurel, o más bien, los reunirá para honrar mi triunfo. Usted misma, mi bella amiga, será sobrecogida por un santo respeto y dirá con entusiasmo: "He ahí el hombre en concordancia con mi corazón."

Usted conoce a la presidenta de Tourvel, su devoción, su amor conyugal, sus austeros principios. He ahí a quien ataco; he ahí la meta que pretendo alcanzar.

Y, si de conseguirla el premio me es negado,
tendré el honor, al menos, de haber a tanto osado.

Se puede citar malos versos cuando son de un gran poeta (1).

Ya sabrá usted que el presidente está en Borgoña, por consecuencia de un gran pleito. (Espero hacerle perder uno más importante.) Su inconsolable mitad debe pasar aquí todo el tiempo de su aflictiva viudez. Una misa al día, algunas visitas a los pobres del cantón, rezos por la mañana y por la tarde, piadosas conversaciones con mi anciana tía y alguna vez un triste wisk han de ser sus solas distracciones. Yo le preparo otras más eficaces. Mi ángel bueno me ha conducido aquí para su ventura y la mía. ¡Insensato! Deploraría sacrificar veinticuatro horas a los miramientos usuales. ¡Cómo se me castigaría forzándome a volver a París! Afortunadamente hacen falta cuatro para jugar al wisk; y, como aquí no hay más que el cura del lugar, mi eterna tía me ha apremiado a sacrificarle algunos días. Ya supondrá usted que he accedido. No puede usted imaginar cómo me mimó desde tal momento, y, sobre todo, lo edificada que está al verme asistir regularmente a sus rezos y a su misa. No sospecha la divinidad que adoro.

Heme aquí, pues, desde hace cuatro días, entregado a una fuerte pasión. Usted conoce la viveza de mis deseos y cómo

(1) La Fontaine.

devoro los obstáculos; pero ignora lo que agrega al ardor del deseo la soledad. No tengo más que una idea; pienso en ella todo el día y con ella sueño por la noche. Necesito conseguir a esa mujer para librarme del ridículo de haberme enamorado; porque ¿adónde no lleva un deseo contrariado? ¡Oh, delicioso gozo! Yo te imploro por mi dicha, y, sobre todo, por mi reposo. ¡Qué felices somos por lo mal que se defienden las mujeres! De otro modo, no seríamos ante ellas más que tímidos esclavos. Tengo en este instante un sentimiento de gratitud para las mujeres fáciles que me pone, naturalmente, a los pies de usted. Ante ellos me prosterno para obtener mi perdón y termino aquí esta larga carta. Adiós, mi bella amiga: sin rencor.

Quinta de..., 5 agosto 17...

C A R T A V

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¿Sabe usted, vizconde, que su carta es de una rara insolencia y que yo podría enfadarme? Pero ella me ha probado claramente que ha perdido usted la cabeza y esto sólo lo salva de mi indignación. Amiga generosa y sensible, olvido mi agravio para no ocuparme más que del peligro de usted; y, por enojoso que sea razonar, cedo a la necesidad que de ello tiene usted en este momento.

¡Conseguir a la presidenta de Tourvel! ¡Qué ridículo capricho! En él reconozco, amigo mío, su mala cabeza que no sabe desear más que lo que no cree posible conseguir. ¿Qué tiene, pues, esa mujer? Facciones regulares, si usted quiere, pero sin expresión alguna; pasablemente formada, pero sin gracia; siempre hecha un hazmerreír con su montón de toquillas sobre los hombros y su pecho que sube hasta el mentón. Se lo digo como amiga: no harían falta más que dos mujeres como esa para hacerle perder la consideración general. Recuerde aquel día que pidió en San Roque, en el que me dió usted tantas gracias por haberle proporcionado aquel espec-

táculo. Todavía me parece verla, dando la mano a aquel rodrigón de pelo largo, a punto de caer a cada paso, con su cesto de cuatro varas siempre sobre la cabeza de alguien y sonrojándose a cada reverencia. ¿Quién le hubiera dicho a usted entonces que llegaría a desear tal mujer? Vamos, vizconde, sonrójese usted a su vez y vuelva en sí. Yo le prometo guardarle el secreto.

Y, además, vea usted las molestias que le aguardan. ¿Qué rival tiene usted que combatir? ¡Un marido! ¿No se siente usted humillado sólo por esa palabra? ¡Qué vergüenza si fracasara usted! ¡Y qué poco de gloria en el triunfo! Más le digo: no espere placer alguno. ¿Lo hay con las mojigatas? Me refiero a las de buena fe: reservadas hasta en el seno del placer, no ofrecen más que goces a medias. Ese completo abandono de sí misma, ese delirio de la voluptuosidad en que el placer se deforma por su exceso, esos bienes del amor no les son conocidos. Se lo predigo a usted; en la más satisfactoria suposición, su presidenta creará haberlo hecho por usted todo tratándolo como a su marido y en el más tierno dúo conyugal no se deja nunca de ser dos: su mojigata es devota, con esa devoción de buena fe que condena a una eterna infancia. Tal vez pase usted por encima de ese obstáculo, pero no tenga la presunción de destruirlo; vencedor del temor de Dios, no lo será usted del miedo al diablo; y cuando, teniendo en sus brazos a su amante, sienta usted su corazón palpar, será de miedo y no de amor. Acaso, si hubiera conocido antes a esa mujer, habría usted podido hacer algo; pero ya tiene veintidós años y hace dos que está casada. Créame, vizconde, cuando una mujer está embotada hasta ese punto hay que abandonarla a su suerte: no será jamás sino una figura de mujer.

Y, sin embargo, es por ese bello objeto por lo que se niega usted a obedecerme, se entierra en la tumba de su tía y renuncia a la aventura más deliciosa y más propicia para hacerle honor. ¿Por qué fatalidad ha de darse el caso de que Gercourt tenga siempre alguna ventaja sobre usted? Le hablo sin enojo, pero en este momento estoy tentada a creer que no merece usted su reputación; estoy tentada, sobre todo, a

retirarle mi confianza. No me acostumbraré jamás a confiarle mis secretos al amante de la señora de Tourvel.

Sepa usted, por lo demás, que el joven Volanges ha trastornado ya una cabeza. Danceny está loco por ella. Han cantado juntos; y, en efecto, ella canta mejor de lo que corresponde a una pensionista. Han de ensayar muchos dúos, y creo que ella se pondría de buena gana a tono; pero ese Danceny es un chiquillo y perderá el tiempo en hacer el amor sin ultimar nada. La jovencita, por su parte, es bastante huraña; y, en todo caso, eso sería mucho menos divertido de lo que usted pudiera hacerlo; así, estoy de mal humor y seguramente regañaré con mi caballero a su llegada. Le aconsejo que se muestre suave, porque en este momento no me costaría nada romper con él. Estoy segura de que, si tuviera el buen acuerdo de dejarlo ahora, se desesperaría; y nada me divierte tanto como la desesperación amorosa; me llamaría pérfida. Y esa palabra, pérfida, me ha causado un gran placer siempre; es, después de la de cruel, la más dulce para los oídos de una mujer, y es más fácil merecerla. En serio, voy a ocuparme de esa ruptura. ¡He ahí a lo que dió usted lugar! De ahí que se lo cargue a su conciencia. Adiós. Encomiéndeme a las oraciones de su presidenta.

París, 7 agosto 17...

C A R T A V I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¡No hay ninguna mujer que no abuse del imperio que logró adquirir! ¡Y usted misma, usted a quien yo llamé tantas veces mi indulgente amiga, cesa de serlo y no repara en atacarme en el objeto de mis afecciones! ¡Con qué rasgos osa usted pintar a la señora de Tourvel!... ¿Qué hombre no hubiera pagado con su vida esa insolente audacia? ¿A qué mujer que no fuese usted no le habría valido por lo menos un sofión? ¡Por favor, no me ponga usted a tan duras pruebas! No respondo de soportarlas. ¡En nombre de la amistad, espe-

re usted a que yo haya logrado esa mujer para hablar mal de ella! ¿No sabe usted que sólo la voluptuosidad tiene derecho a arrancar la venda del amor?

Pero, ¿qué digo? ¿La señora de Tourvel tiene necesidad de la ilusión? No; para ser adorable le basta ser ella misma. ¿Usted le reprocha vestirse mal? Lo creo: toda gala le estorba; todo lo que la cubre la afea. Es en el abandono indumentario de la intimidad como está seductora. Gracias a los calores agobiantes que sufrimos, una bata de tela sencilla me deja ver su talle torneado y flexible. Sólo una muselina cubre su garganta; y mis miradas furtivas, pero penetrantes, han percibido ya sus formas encantadoras. ¿Dice usted que la cara no tiene expresión alguna? ¿Y qué podría expresar en los momentos en que nada habla a su corazón? No, sin duda, no tiene como nuestras coquetas ese mirar embustero que seduce a veces y miente siempre. No sabe encubrir la vanidad de una frase con una sonrisa estudiada; y, aunque tiene los dientes más bellos del mundo, no se ríe sino de lo que la divierte. ¡Pero hay que ver cómo en los juegos traviosos ofrece la imagen de una alegría ingenua y franca, cómo cerca de un desgraciado, a quien se apresura a socorrer su mirada denuncia el gozo puro y la bondad compasiva! ¡Hay que ver, sobre todo, cómo a la menor palabra de elogio o de mimo aparece en su cara celestial el enternecedor sonrojo del recato no simulado!... Es gazmoña y devota y ¿por ello la juzga usted fría e inanimada? Yo opino de muy distinto modo. ¿Qué asombrosa sensibilidad no hace falta para extenderla hasta su marido y para no dejar de amar a un ser siempre ausente? ¿Qué mejor prueba podría usted desear? Yo he logrado, sin embargo, obtener otra.

He dirigido su paseo de modo que tuviera que franquear un foso; y, aunque es muy ágil, es aún más tímida; ya sabe usted cuánto teme una mojigata saltar el foso (1). Tuvo que confiarse a mí. Yo tuve en mis brazos a esa mujer recatada. Nuestros preparativos y el paso de mi anciana tía habían he-

(1) Aparece aquí el mal gusto de los equívocos que entonces se iniciaba y que después ha hecho tantos progresos.

cho reír a carcajadas a la alegre devota; pero, en cuanto me apoderé de ella, por una hábil torpeza se enlazaron nuestros brazos. Estreché su pecho contra el mío y en aquel corto intervalo sentí latir su corazón más aceleradamente. El adorable sonrojo tiñó su cara y su azorada confusión me mostró bastante que *su corazón había palpitado de amor y no de miedo*. Mi tía, sin embargo, se engañó como usted y se echó a reír, diciendo: “La niña se ha asustado”; pero el adorable candor de la *niña* no le permitió mentir, y respondió ingenuamente: “¡Oh, no!, pero...” Esta sola frase me ilustró. Desde aquel momento la dulce esperanza reemplazó a la cruel inquietud. Yo conseguiré a esta mujer; se la arrebataré al marido que la profana; osaré quitársela al mismo Dios a quien adora. ¡Qué delicia la de ser alternativamente el objeto y el vencedor de sus remordimientos! Lejos de mí la idea de destruir los prejuicios que la cercan; ellos acrecerán mi gozo y mi gloria. Que ella crea en la virtud; pero que me la sacrifique; que sus faltas la espanten sin lograr contenerla, y que, agitada por mil terrores, no los pueda olvidar ni vencer más que en mis brazos. Si entonces me dice: “Yo te adoro”, sólo ella, entre todas las mujeres, será digna de pronunciar esa frase. Yo seré verdaderamente el Dios preferido por ella.

Seamos de buena fe: en nuestros arreglos, tan fríos como fáciles, lo que llamamos felicidad apenas es un placer. ¿Por qué no decírselo. Yo creía mi corazón mustio; y no encontrando más que sentidos, me quejaba de una vejez prematura. La señora de Tourvel me ha devuelto las encantadoras ilusiones de la juventud. Al lado de ella no necesito gozar para ser feliz. Lo único que me arredra es el tiempo que me va a llevar esta aventura; porque no oso confiar nada al azar. Por más que recuerde mis afortunadas temeridades, no me atrevo a ponerlas en práctica. Para que sea completamente feliz es preciso que ella se entregue; y esto no es tan fácil.

Estoy seguro de que usted admiraría mi prudencia. No he pronunciado todavía la palabra amor; pero ya hemos llegado a las de confianza e interés. Para engañarla, lo menos posible, y, sobre todo, para prevenir los efectos de las murmuraciones que pudieran llegar hasta ella, le he contado yo mismo algu-

nas de mis gestas más conocidas. Se reiría usted al ver el candor con que me predica. Dice que quiere convertirme. No sospecha todavía lo que le costará intentarlo. Está lejos de creer que al *abogar*, para hablar como ella, *por las desgracias que yo he perdido*, defiende de antemano su propia causa. Esta idea se me ocurrió ayer en medio de uno de sus sermones y no pude privarme del placer de interrumpirla para asegurarle que hablaba como un profeta. Adiós, mi bella amiga. Ya ve usted que no estoy perdido irremisiblemente.

P. S. A propósito, ¿se ha muerto ese pobre caballero de desesperación? En verdad es usted cien veces peor sujeto que yo y me humillaría si yo tuviera amor propio.

Quinta de..., 9 agosto 17...

C A R T A V I I

Cecilia Volanges a Sofía Carnay (1).

Si no te he dicho nada de mi casamiento es porque no sé de él más que el primer día. Me voy acostumbrando a no pensar ya en él y me va bastante bien en este género de vida. Estudio mucho el canto y el arpa; me parece que me gustan más desde que no tengo maestro, o más bien, por tener uno mejor. El caballero Danceny, ese señor de quien ya te he hablado y con quien canté en casa de la señora de Merteuil, tiene la amabilidad de venir todos los días a casa y de cantar conmigo horas enteras. Es extremadamente amable. Canta como un ángel y compone aires muy lindos, para los que también escribe la letra. Es lástima que sea Caballero de Malta. Creo que si se casara, su mujer sería muy feliz. Tiene una dulzura encantadora. Nunca parece hacer un cumplido y, sin embargo, todo lo que dice halaga. Me reprende sin cesar, tan-

(1) Por no abusar de la paciencia del lector se han suprimido muchas cartas de esta correspondencia diaria, publicando sólo las precisas para la inteligencia de los acontecimientos. Por lo mismo, son omitidas todas las de Sofía Carnay y muchas de otros actores de estas aventuras.

to sobre la música cuanto sobre otras cosas; pero mezcla a sus críticas tanto interés y tanta jovialidad que es imposible no agradecerse las. Sólo con mirar parece decir algo agradable. A todo esto une el ser muy complaciente. Por ejemplo, ayer estaba invitado a un gran concierto; y prefirió pasar toda la velada en casa de mamá. Eso me agradó mucho, porque cuando él no está nadie me habla y me aburro; mientras que estando él, hablamos y cantamos juntos. Siempre tiene algo que decirme. El y la señora de Merteuil son las solas personas que encuentro amables. Pero adiós, mi querida amiga, he prometido que sabría para hoy una arieta, cuyo acompañamiento es muy difícil, y no quiero faltar a mi palabra. Voy a ponerme a estudiar hasta que él venga.

7 agosto 17...

CARTA VIII

La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.

No se puede ser más sensible de lo que yo lo soy, señora, a la confianza que usted me muestra, ni interesarse más que yo por el porvenir de la señorita de Volanges. Con toda mi alma le deseo una felicidad de la que no dudo que es digna, y respecto a la cual me remito a la prudencia de usted. No conozco al señor conde de Gercourt; pero, honrado por la elección de usted, no puedo menos de tener de él una idea muy ventajosa. Me limito, señora, a desear a ese matrimonio una ventura igual a la del mío, que es también obra de usted, por lo que le estoy más reconocida cada día. ¡Que la felicidad de su hija sea la recompensa de la que usted me ha proporcionado y que la mejor de las amigas sea también la más dichosa de las madres!

Estoy verdaderamente apenada por no poder ofrecerle de viva voz el homenaje de mis sinceros votos y conocer inmediatamente, como quisiera, a la señorita de Volanges. Después de haber experimentado las bondades verdaderamente maternas de usted, tengo derecho a esperar de ella la tierna

amistad de una hermana. Le ruego, señora, que se la pida de mi parte, hasta tanto que yo esté en condiciones de merecerla.

Me propongo permanecer en el campo todo el tiempo que dure la ausencia del señor de Tourvel. Me he tomado todo ese tiempo para gozar y aprovecharme de la compañía de la respetable señora de Rosemonde. Esta mujer sigue siendo encantadora; su mucha edad no le hace perder nada; conserva toda su memoria y su jovialidad. Sólo su cuerpo tiene ochenta años; su espíritu no tiene más que veinte.

Nuestro retiro es amenizado por su sobrino, el vizconde de Valmont, que ha querido sacrificarnos algunos días. Yo no lo conocía más que de reputación y ésta me hacía desear poco conocerlo más, pero me parece que es superior a ella. Aquí, donde el torbellino del mundo no lo arrastra, habla el lenguaje de la razón con una facilidad sorprendente y se acusa de sus faltas con raro candor. Me habla con gran confianza y yo le predico con mucha severidad. Usted, que lo conoce, convendrá en que aquí podría hacerse una bella conversión; pero no dudo que, a pesar de todas sus promesas, ocho días de París le harán olvidar todos mis sermones. Por lo menos, será restada su estancia aquí de su existencia ordinaria; y creo que, dada su manera de vivir, lo mejor que puede hacer es no hacer nada. Sabe que yo le escribo a usted y me encarga que le presente sus respetuosos homenajes. Reciba usted también el mío con la bondad que siempre tuvo para mí, y no dude jamás de los sinceros sentimientos, con los que tengo el honor de ser, etc...

Quinta de..., 9 agosto 17...

C A R T A I X

La marquesa de Volanges a la presidenta de Tourvel.

Nunca he dudado, mi joven y bella amiga, ni de su amistad para mí ni de su interés por cuanto me atañe. No es para aclarar este punto, que creo convenido para siempre entre nosotras, para lo que respondo a su *respuesta*; pero me con-

sidero obligada a hablarle respecto al vizconde de Valmont.

No esperaba, lo confieso, encontrar jamás ese nombre en las cartas de usted. En efecto, ¿qué puede haber de común entre usted y él? Usted no conoce a ese hombre; ¿dónde podría usted haber adquirido la idea del alma de un libertino? Me habla usted de su *raro candor*: ¡oh, sí, el candor de Valmont debe de ser, en efecto, muy raro! Aún más falso y peligroso que amable y seductor, jamás, desde su más tierna juventud, ha dado un paso ni dicho una palabra sin tener un proyecto y jamás tuvo un proyecto que no fuera deshonesto y criminal. Amiga mía, usted me conoce, sabe que entre las virtudes que procuro adquirir, la indulgencia es la que amo más. Así, pues, si Valmont fuese arrastrado por fogosas pasiones; si, como mil otros, fuera seducido por los yerros de su edad, condenando su conducta, aguardaría en silencio a que una enmienda total le devolviera la estimación de las gentes honradas. Pero Valmont no es así: su conducta es el resultado de sus principios. Sabe calcular todos los horrores que un hombre se puede permitir sin comprometerse; y para ser malo y cruel sin riesgos ha elegido las mujeres por víctimas. Sin contar las seducidas por él, ¡a cuántas ha perdido!

Al recogimiento de la vida honesta y recatada que hace usted no llega el eco de sus escandalosas aventuras. Yo podría referirle algunas que le harían estremecerse; pero las miradas de usted, tan puras como su alma, serían manchadas por tales cuadros; y usted, para quien estoy segura de que Valmont no es peligroso, no necesita esas armas de defensa. Lo único que he de decirle es que, de todas las mujeres a las que ha dedicado sus atenciones, no hay una que no haya tenido que lamentarse. La marquesa de Merteuil es la única excepción de esa regla general; sólo ella ha sabido resistirsele y enfrenar su maldad. Confieso que ese rasgo de su vida es el que le hace más honor a mis ojos; así, ha bastado para justificarla plenamente ante todos de algunas inconsecuencias que hubo que reprocharle al principio de su viudedad (1).

(1) El error de la señora de Volanges hace ver que, como todos los malvados, Valmont no descubría a sus cómplices.

Comoquiera que sea, mi bella amiga, lo que la edad, la experiencia y, sobre todo, la amistad, me permiten advertirle es que en la sociedad empieza a notarse la ausencia de Valmont y que, si se sabe que ha estado como tercero entre usted y su tía durante algún tiempo, la reputación de usted estará en sus manos, que es la mayor desgracia que puede ocurrirle a una mujer. Le aconsejo a usted, pues, que induzca a su tía a no retenerlo más, y, si él se obstina en quedarse, creo que no debe usted vacilar en cederle el puesto. Pero, ¿por qué ha de quedarse? ¿Qué hace en esos campos? Si usted hiciera espíar sus pasos, estoy segura de que descubriría que no hace más que tomar el asilo más cómodo para algunas fechorías que prepara en los alrededores. Pero en la imposibilidad de remediar el mal, contentémosnos con garantizarnos contra él.

Adiós, mi bella amiga; el casamiento de mi hija se ha retardado un poco. El conde de Gercourt, al que esperábamos de un día a otro, me escribe que su regimiento va a Córcega y, como hay todavía movimientos de guerra, le será imposible ausentarse hasta el invierno. Esto me contraría; pero me hace esperar que tendremos el gusto de verla a usted en la boda, la que me molestaría que se hiciera sin su asistencia. Adiós; soy totalmente suya sin cumplidos y sin reservas.

P. S. Dé mis recuerdos a la señora de Rosemonde, a la que quiero tanto como merece.

II agosto 17...

C A R T A X

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¿Está usted enfadado conmigo, vizconde, o se ha muerto, o lo que parece más bien, no vive usted más que para su presidenta? Esa mujer que le ha devuelto las *ilusiones de la juventud* le dará también pronto sus ridículos prejuicios. Ya es usted tímido y esclavo, lo que equivale a estar enamorado. Renuncia usted a sus *afortunadas temeridades*. Se está usted, pues, conduciendo sin principios y confiándolo todo al azar o

mejor al capricho. ¿No recuerda usted que el amor es como la medicina, *sólo el arte de ayudar a la Naturaleza*? Ya ve que lo combato con sus armas; pero no me enorgullezco, porque esto es combatir a un hombre caído. *Es preciso que ella se entregue*, dice usted. ¡Oh!, sin duda es preciso; así, pues, se entregará como las demás, con la única diferencia de que lo hará sin gracia. Pero para que ella acabe por entregarse el mejor medio es empezar por tomarla. Esta distinción es verdaderamente un despropósito del amor. Digo el amor porque usted está enamorado. Hablarle de otro modo sería traicionarlo, sería ocultarle su mal. Dígame, amante lánguido, ¿cree usted haber violado las mujeres que ha poseído? Por mucho deseo que se sienta de entregarse, por mucha prisa que se tenga, hace falta un pretexto; ¿y hay alguno más cómodo para nosotras que el de aparentar que cedemos a la fuerza? A mí, una de las cosas que más me halagan es el ataque vivo y bien hecho, en el que todo ocurra con orden, aunque con rapidez; que no se nos ponga jamás en ese penoso embarazo de reparar nosotras mismas una torpeza de la que, al contrario, nos debiéramos haber aprovechado; eso, mantiene el aspecto de la violencia hasta en las cosas que concedemos y halaga hábilmente nuestras dos pasiones favoritas: la gloria de la defensa y el placer de la derrota. Reconozco que ese talento, más raro de lo que se cree, me ha complacido siempre, hasta cuando no me sedujo, y que me ha ocurrido rendirme sólo por recompensarlo. Así, en nuestros antiguos torneos, la Belleza daba el premio al valor y la destreza.

Pero usted, que no es ya usted, se conduce como si tuviera miedo a triunfar. ¡Ah! ¿Desde cuándo viaja usted a cortas jornadas y por caminos de travesía? Amigo mío, cuando se quiere llegar se imponen los caballos de posta y el camino real. Pero dejemos este pleito, que me pone de mal humor y me priva del placer de verle. Al menos, escríbame usted con más frecuencia que lo hace y téngame al corriente de sus progresos. ¿Sabe usted que esa ridícula aventura lo tiene absorbido desde hace más de quince días y que se olvida de todo el mundo?

A propósito de olvido, se parece usted a las personas que

envían regularmente por noticias de sus amigos enfermos, pero que no se hacen jamás dar la respuesta. Termina usted su última carta preguntándome si ha muerto mi caballero. No le respondo y usted no se preocupa más de ello. ¿Ha olvidado ya que mi amante era amigo suyo? Pero tranquilícese usted, no ha muerto y, de morir, habría sido de exceso de gozo. Ese pobre caballero, ¡qué tierno es! ¡Qué apto para el amor! ¡Qué vivamente sabe sentir! Se me va la cabeza. En serio, la completa dicha que él halla en ser amado por mí me liga verdaderamente a él.

El mismo día que le escribí a usted diciéndole que iba a preparar nuestra ruptura, ¡qué feliz lo hice! Me ocupaba, sin embargo, de veras de buscar los medios de desesperarlo cuando se me anunció. Fuera por capricho o con razón, jamás me pareció tan bien. Lo recibí, no obstante, con acritud. El esperaba pasar dos horas conmigo, antes de que mi puerta fuese abierta a todo el mundo. Yo le dije que iba a salir; me preguntó adónde iba; me negué a decírselo. Insistió; *adonde usted no esté*, le repliqué agriamente. Por fortuna para él, lo dejó petrificado tal respuesta, porque si hubiera dicho una palabra, se hubiera producido indefectiblemente una escena que habría determinado la ruptura proyectada por mí. Sorprendida por su silencio, lo miré, sin otro objeto, se lo juro, que ver la cara que ponía. Y observé en su encantador semblante una tristeza profunda y tierna a la vez, a la que usted mismo hubiera convenido que era muy difícil resistirse. La misma causa produce el mismo efecto; fui vencida por segunda vez. Desde aquel momento ya no busqué más que los medios de evitar que tuviera una queja de mí. Salgo para una gestión, le dije en tono un poco más dulce, y esa gestión se relaciona con usted; pero no me pregunte más. Cenaré en casa; vuelva usted y lo sabrá. Entonces, recobró el uso de la palabra; pero yo no le permití hablar. Tengo mucha prisa, le dije. Déjeme hasta la noche. Besó mi mano y salió.

Inmediatamente, para indemnizarlo, quizá para indemnizarme a mí misma, decidí darle a conocer mi casita, cuya existencia él no sospechaba. Llamé a mi fiel *Victoria*. Tengo jaqueca; me acuesto para toda mi servidumbre; y al fin sola con

la *verdadera*, mientras ella se disfrazaba de lacayo yo me vestí de doncella. Hizo venir en seguida un coche de alquiler a la puerta de mi jardín y partimos. Al llegar a aquél templo del amor, elegí el deshábille más galante. Uno delicioso, inventado por mí, que no deja ver nada y, sin embargo, lo hace adivinar todo. Le prometo a usted un modelo para su presidenta, cuando la haya hecho usted digna de llevarlo.

Tras estos preparativos, mientras Victoria se ocupaba de otros detalles, yo leí un capítulo del *Sofá*, una carta de *Eloísa* y dos cuentos de La Fontaine, para recordar los diversos tonos que quería adoptar. Entretanto, mi caballero llegó a mi puerta con su apresuramiento de siempre. Mi servicio le negó la entrada, diciéndole que yo estaba enferma; primer incidente. Le dió al mismo tiempo una carta mía, pero no de mi letra, según mi prudente norma. La abrió y encontró escrito por Victoria: "A las nueve en punto, en el Boulevard, frente a los cafés". Fué allá, y un lacayito, al que no conocía, al que creía al menos no conocer, porque era Victoria, fué a anunciarle que tenía que despedir el coche y seguirla. Tal marcha novelesca le calentó los cascos y ese acaloramiento nunca estorba; llegó al fin y la sorpresa y el amor le produjeron un verdadero encanto. Para darle tiempo a reponerse paseamos un momento por el bosquecillo; después lo llevé hacia la casa. Vió primero dos cubiertos puestos; luego una cama hecha. Pasamos al tocador, que estaba muy adornado. Allí medio por reflexión, medio por sentimiento, le eché los brazos al cuello y me dejé caer a sus pies. "¡Oh!, amigo mío, le dije, por querer prepararte la sorpresa de este momento, me reprocho haberte afligido con una apariencia de mal humor; haber podido por un instante velar mi corazón a tus miradas. Perdóname mis faltas; quiero expiarlas a fuerza de amor". Imagine usted el efecto de este discurso sentimental. El feliz caballero me levantó y mi perdón fué sellado sobre la misma otomana en que usted y yo sellamos tan alegremente y del mismo modo nuestra eterna ruptura.

Como disponíamos de seis horas para pasarlas juntos y yo quería que todo ese tiempo fuera igualmente delicioso para él, moderé mis transportes y la amable coquetería reem-

plazó en mí a la ternura. No creo haber puesto nunca tanto empeño en agradar, ni haber estado jamás tan contenta de mí. Después de comer, alternativamente chiquilla y razonable, locuela y sensible, hasta libertina a veces, me complací en considerarlo como un sultán en medio de su harén, del cual era yo alternativamente las diversas favoritas. En efecto, reiterados sus homenajes, aunque siempre recibidos por la misma mujer, cada vez fuí para él una amante nueva.

Al fin, al amanecer, tuvimos que separarnos; y, por mucho que dijo, y aún que hizo para probarme lo contrario, tenía tanta necesidad de ello como pocas ganas. En el momento en que salimos y como último adiós, cogí la llave de aquella feliz morada y, poniéndosela en las manos: "Sólo la he adquirido para ti, le dije; es justo que tú seas el dueño: corresponde al sacrificador disponer del templo". Con tal habilidad previne las reflexiones que hubiera podido sugerirle la propiedad, siempre sospechosa, de una casita. Lo conozco lo bastante para estar segura de que no se servirá de ella más que para mí; y si me asaltara el capricho de ir sin él, me queda una segunda llave. El quería a todo trance fijar día para volver; pero yo lo amo todavía demasiado para querer gastarlo tan aprisa. No hay que permitirse excesos sino con las personas a las que se quiere abandonar pronto. El no sabe esto; pero, por fortuna suya, lo sé yo por los dos.

Advierto que son las tres de la madrugada y que he escrito un volumen, cuando sólo me proponía escribir dos palabras. Tal es el encanto de la confianza amistosa; por ella es usted siempre quien yo más quiero; pero, en verdad, el caballero es quien más me gusta.

12 agosto 17...

C A R T A X I

La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.

Su severa carta me habría asustado, seguramente, si, por fortuna, no tuviera yo aquí más motivos de seguridad que usted me da de miedo. Ese terrible señor de Valmont, que de-

be ser el terror de todas las mujeres, parece haber depuesto sus mortíferas armas antes de entrar en esta quinta. Lejos de formar aquí proyectos, ni siquiera tiene pretensiones; y la cualidad de hombre amable que sus mismos enemigos le reconocen casi desaparece aquí, dejándole sólo la de buen muchacho. El aire del campo ha hecho ese milagro al parecer. Lo que yo puedo asegurarle a usted es que, estando casi sin cesar conmigo, hasta pareciendo complacerse en ello, no se le ha escapado una palabra que parezca de amor, ni una de esas frases que todos los hombres se permiten, sin tener, como él, lo preciso para justificarlas. Jamás obliga a guardar esa reserva a la que toda mujer que se estima se ve forzada a atenerse hoy para contener a los hombres que la rodean. No sabe abusar de la alegre confianza que inspira. Es quizá un poco adulator; pero con tanta delicadeza que acostumbraría al elogio a la modestia misma. En fin, si yo tuviera un hermano, desearía que fuese como el señor de Valmont se muestra aquí. Muchas mujeres desearían sin duda una galantería más marcada de su parte; yo declaro que le agradezco infinitamente el haber sabido juzgarme bastante bien para no confundirme con ellas.

Ese retrato se diferencia bastante sin duda del que usted me hace; y, a pesar de ello, ambos pueden ser parecidos fijando las épocas. El mismo reconoce haber incurrido en muchas faltas y también han de haberle sido imputadas algunas otras. Pero yo he encontrado pocos hombres que hablen de las mujeres honradas con más respeto, casi diré con más entusiasmo. Usted me hace saber que, al menos en este punto, no engaña. Su conducta con la señora de Merteuil es la prueba de ello. Nos habla mucho de ella, y siempre con tanto elogio y con el aire de una adhesión tan sincera que he creído, hasta recibir la carta de usted, que lo que llamaba amistad entre ellos era realmente amor. Me acuso de ese juicio temerario, en el que ha sido mayor mi yerro por cuanto él ha cuidado frecuentemente de justificarla. Confieso que no miraba sino como delicadeza lo que era en él honrada sinceridad. No sé, pero me parece que quien es capaz de una amistad tan constante por una mujer tan estimable no es un libertino sin enmienda. Ignoro, por lo demás, si debemos la conducta morigerada que

observa aquí a algunos proyectos en los alrededores como supone usted. Realmente hay algunas mujeres amables en las cercanías; pero él sale poco; excepto por la mañana que va de caza, según dice. Es verdad que rara vez trae pieza alguna; pero afirma que es poco diestro en ese ejercicio; por otra parte, lo que pueda hacer fuera de aquí me preocupa poco; y si desearía saberlo es por tener una razón más para supeditar mi opinión a la de usted, o la suya a la mía.

Cuanto al consejo que me da usted de que procure abreviar la estancia aquí del señor de Valmont, me parece muy difícil osar pedirle a su tía que no tenga a ese sobrino en su casa, tanto más cuanto que lo quiere mucho. Le prometo, sin embargo, pero sólo por deferencia y no por necesidad, aprovechar la primera ocasión propicia para hacer tal petición, ya a ella, ya a él mismo. Cuanto a mí, el señor de Tourvel conoce mi plan de permanecer aquí hasta su regreso y se sorprendería, con razón, de mi ligereza al cambiarlo.

He aquí, señora, unas aclaraciones bien largas; pero he creído deber a la verdad mi testimonio favorable al señor de Valmont, del que me parece muy necesitado ante usted. No por ello estoy menos reconocida a la amistad que ha dictado sus consejos. A ella debo también sus amables manifestaciones respecto al retraso del casamiento de su hija. Le doy muy sinceramente las gracias; pero por mucha satisfacción que tenga en pasar esos momentos con ustedes, la sacrificaría de todo corazón al deseo de saber que la señorita de Volanges es más feliz; si pudiera serlo más que al lado de una madre tan digna de toda su ternura y su respeto. Comparto con ella esos dos sentimientos que me ligan a usted, y le pido que acoja con bondad la seguridad de ello. Tengo el honor de ser, etcétera.

13 agosto 17...

C A R T A X I I

Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.

Mamá está indispuesta, señora; no saldrá; yo he de hacerle compañía; así, pues, no tendré el honor de acompañarla a usted a la Opera. Le aseguro que siento más el no estar con usted que perder el espectáculo. Le ruego que esté de ello persuadida. ¡La quiero a usted tanto! ¿Quiere usted decirle al caballero Danceny que no tengo la colección de que me habló y que, si pudiera traérmela mañana, me proporcionaría un gran placer? Si viene hoy, le dirán que no estamos; porque mamá no quiere recibir a nadie. Creo que mañana estará mejor.

Tengo el honor de ser, etc.

13 agosto 17...

C A R T A X I I I

La marquesa de Merteuil a Cecilia Volanges.

Estoy muy disgustada, bella amiguita, por ser privada del placer de verla y por la causa de esa privación. Cuento con que se repita la ocasión perdida ahora. Cumpliré su comisión cerca del caballero Danceny, a quien seguramente disgustará mucho saber que su mamá está enferma. Si quiere recibirme, mañana iré a hacerle compañía. Atacaremos ambas al caballero Belleruche, al piquet; y, ganándole el dinero, tendremos por colmo de tal placer el de oírla a usted cantar con su amable maestro, a quien yo se lo propondré. Si esto le conviene a su mamá y a usted, yo respondí de mí y de mis dos caballeros. Adiós, bella mía; mis cumplimientos a la querida señora de Volanges.

La abraza tiernamente.

13 agosto 17...

C A R T A X I V

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Si no te escribí ayer, mi querida Sofía, no fué por diversión, te lo aseguro. Mamá estaba enferma y no me separé de ella en todo el día. Por la noche, cuando me retiré, no estaba ya para nada, y me acosté aprisa para asegurarme de que había terminado la jornada: jamás pasé otra tan larga. Y no es que yo no quiera a mamá; no sé en qué consistió. Debía de ir a la Opera con la señora de Merteuil; el caballero Danceny debía estar allí. Ya sabes que éstas son las dos personas que yo más quiero. Cuando llegó la hora a la que yo debía estar en el teatro, mi corazón se oprimió a pesar mío. Me disgustaba todo y lloré; lloré, sin poderme reprimir. Afortunadamente mamá estaba acostada y no podía verme. Estoy segura de que el caballero Danceny tuvo también un gran disgusto; pero se distraería con el espectáculo y con la gente: es muy distinto.

Por fortuna, mamá está mejor hoy y la señora de Merteuil vendrá con otra persona y el caballero Danceny; pero siempre llega tarde la señora de Merteuil y estar tanto tiempo sola es muy fastidioso. No son todavía más que las once: verdad es que de hacer ejercicios de arpa y luego mi tocado me llevará algún tiempo, porque quiero estar hoy bien peinada. Creo que la madre Perpetua tiene razón y que nos hacemos coquetas en cuanto entramos en la sociedad. Yo no he tenido nunca tanto afán de ser bonita como de algunos días a esta parte y me parece que no lo soy tanto como creía; y, además, al lado de las mujeres que se pintan, se pierde mucho. Veo, por ejemplo, que a la señora de Merteuil la encuentran todos los hombres más bonita que yo; esto no me molesta gran cosa porque ella me quiere mucho; y, además asegura que el caballero Danceny me encuentra más linda que ella. Ha sido una gran lealtad suya el decírmelo; y hasta parecía muy satisfecha. En realidad, yo no concibo eso. ¿Tanto me quiere? ¿Y él? ¡Oh!, me agrada mucho y me parece que sólo mirarlo

basta para embellecerlo. Yo lo miraría sin cesar, si no temiera encontrar sus miradas: porque siempre que me ocurre eso, me desconcierto; y me da como pena; pero eso no me importa.

Adiós, mi querida amiga; voy a empezar mi tocado. Te quiere siempre como de ordinario.

París. 14 agosto 17...

C A R T A X V

El vizconde de Valmont a la duquesa de Merteuil.

Es usted muy buena al no abandonarme a mi triste suerte. La vida que llevo aquí es, en realidad, agobiante por su exceso de reposo y su insípida uniformidad. Al leer la carta de usted y los detalles de su encantadora velada he estado veinte veces tentado a pretextar un asunto urgente, volar a echarme a sus pies y pedirle una infidelidad en mi favor a su caballero que, después de todo, no merece su dicha. ¿Sabe usted que me ha puesto celoso de él? ¿Por qué me habla usted de la eterna ruptura? Yo abjuro ese juramento pronunciado en el delirio; no habríamos sido dignos de hacerlo si hubiéramos de cumplirlo. ¡Ah! ¡Que un día pueda yo vengarme en los brazos de usted del despecho involuntario que me ha producido la aventura del caballero! Estoy indignado, lo confieso, al pensar que ese hombre, sin razonar, sin tomarse el menor trabajo, siguiendo tontamente el instinto de su corazón, encuentra una dicha que yo no puedo alcanzar. ¡Oh, yo se la turbaré! Prométame usted que se la turbaré. ¿No está usted misma humillada? Usted se toma el trabajo de engañarlo y él es más feliz que usted. Cree usted tenerlo sujeto en sus cadenas y es usted quien está en las de él. El duerme tranquilamente en tanto que usted vela por sus placeres. ¿Qué más haría su esclavo?

En tanto, mi bella amiga, que usted reparte sus favores entre varios hombres, yo no tengo celos: no veo en sus amantes más que los sucesores de Alejandro, incapaces de conser-

var entre todos ellos el imperio en que yo reiné solo. Pero el que usted se entregue completamente a uno de ellos; que exista otro hombre tan feliz como yo, eso no lo soportaré; no espere usted que lo soporte. O vuelva usted a tomarme o tome al menos otro; y no traicione usted por su capricho exclusivo la amistad inviolable que nos juramos.

Ya es bastante, sin duda, que yo tenga que quejarme del amor. Ya ve usted que me rindo a sus ideas y que confieso mis yerros. En efecto, si es estar enamorado no poder vivir sin poseer lo que se desea, sacrificar su tiempo, sus placeres, su vida, yo estoy enamorado realmente. Y apenas he adelantado nada. No tendría nada que decirle a este propósito, sin un acontecimiento que me ha dado mucho que pensar, sin que en consecuencia sepa todavía si debo esperar o temer.

Usted conoce mi escudero, tesoro de intrigas y verdadero lacayo de Comedia; ya supondrá usted que sus instrucciones eran enamorarse de la doncella y embriagar a la servidumbre. El tunante es más afortunado que yo; ya ha triunfado. Acaba de descubrir que la señora de Tourvel ha encargado a uno de sus servidores de adquirir informes de mi conducta y hasta de seguirme en mis excursiones matinales, en tanto que pueda hacerlo sin ser percibido. ¿Qué pretende esta mujer? ¡Así, pues, la más recatada de todas osa arriesgarse a cosas que apenas osaríamos nosotros permitirnos! Yo juro... Pero antes de pensar en vengarme de esa astucia femenina, busquemos los medios de hacerla redundar en ventaja nuestra. Hasta ahora esas excursiones de las que sospecha no tenían objeto alguno; hay que dárselo. Esto merece toda mi atención y la dejo a usted para reflexionar. Adiós, mi bella amiga.

Quinta de... 15 agosto 17...

C A R T A X V I

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

¡Ah, mi Sofía, qué de noticias! Tal vez no debiera comunicártelas; pero tengo que hablar de ellas a alguien; no puedo remediarlo. Ese caballero Danceney... Estoy tan turbada

que no puedo escribir. No sé por dónde empezar. Desde que te referí la bella velada que pasé con él y con la señora de Merteuil en el salón de mamá (1) no he vuelto a hablarte de él; es que no quería ya hablarle a nadie; pero, sin embargo, pensaba en él sin cesar. El se puso después tan triste, tan triste, tan triste, que me daba pena; y, cuando preguntaba el porqué, me decía que no, pero yo veía claramente que sí. En fin, ayer estaba más triste todavía que de costumbre. Ello no impidió que tuviera la complacencia de cantar conmigo como de ordinario; pero cada vez que me miraba se me oprimía el corazón. Cuando hubimos terminado de cantar fué a meter mi arpa en su estuche y, al entregarme la llave, me pidió que la volviera a tocar por la noche, en cuanto me quedara sola. Yo no recelé nada; ni siquiera quería acceder a su ruego; pero tanto insistió, que le dije que sí. En realidad, él tenía sus razones. Efectivamente, en cuanto me hube retirado a mis habitaciones y hubo salido mi doncella, fuí a coger el arpa. Entre sus cuerdas encontré una carta plegada solamente, sin cerrar, que él me dirigía. ¡Ah, si supieras todo lo que me dice! Desde que leí su carta tengo tanto gozo que no puedo pensar en otra cosa. La releí cuatro veces seguidas, y después la encerré en mi secreter. Me la sé de memoria y, una vez acostada, la repetí tantas veces que no pensé en dormir. En cuanto cerraba los ojos lo veía ante mí, diciéndome él mismo todo lo que acababa de leer. No me dormí hasta muy tarde; y, en cuanto me desperté (era aún temprano) volví a coger su carta para releerla a mi gusto. Me la llevé a mi cama y la besé como si... Está quizá mal hecho el besar así una carta; pero no pude contenerme.

Ahora, mi querida amiga, si estoy muy contenta, estoy también muy perpleja; porque, seguramente, no debo contestar esa carta. Sé perfectamente que no debo hacerlo; sin embargo, él me lo pide; y, si no le contesto, estoy segura de que va a seguir triste. Esto es muy lamentable para él. ¿Qué me

(1) La carta en que se habla de esta velada se ha perdido. Es de creer que es la propuesta por la señora de Merteuil, y a la que se refiere la anterior carta de Cecilia Volanges.

aconsejas tú? Pero tú no sabes de esto más que yo. Siento deseos de hablarle a la señora de Merteuil, que me quiere bien. Quisiera consolarlo, pero sin hacer nada que estuviera mal. ¡Se nos recomienda tanto que tengamos buen corazón! ¡Y luego se nos prohíbe lo que él nos dicta cuando se refiere a un hombre! Esto no es justo. ¿Es que un hombre no es nuestro prójimo como una mujer y más aún? Porque, en fin ¿no tenemos padre como madre, hermanos como hermanas? Y siempre hay el marido de más. Sin embargo, si yo llegara a hacer algo que no estuviera bien, acaso el mismo señor Danceny dejaría de tener buena idea de mí. ¡Oh, eso no, de ningún modo! Prefiero que esté triste y, en último caso, siempre estaré a tiempo. Porque él me escribiera ayer no estoy obligada a escribirle hoy; así, pues, veré esta noche a la señora de Merteuil y, si tengo valor, se lo contaré todo. No haciendo más que lo que ella me diga no tendré nada que reprocharme. Y, además, acaso me diga que le conteste algo para que no esté tan triste. ¡Oh, estoy muy apurada!

Adiós, mi buena amiga. No dejes de decirme lo que pienses.

19 agosto 17...

C A R T A X V I I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

Antes de ceder, señorita, no sé decir si al gusto o a la necesidad de escribirle, empiezo por suplicarle que me oiga. Sé que para osar declararle mis sentimientos, tengo necesidad de su indulgencia; si no quisiera más que justificarlos, ésta me sería inútil. ¿Qué voy a hacer después de todo, más que mostrarle a usted su obra? ¿Y qué he de decirle que mis miradas, mi embarazo, mi conducta y hasta mi silencio no le hayan dicho antes que yo? ¿Y por qué ha de enojarla un sentimiento que ha hecho usted nacer? Emanado de usted es sin duda digno de serle brindado; si es ardiente como mi alma, es puro como la de usted. ¿Será para usted un crimen haber sabido

apreciar su encantador semblante, sus seductores talentos, sus deliciosas gracias y el conmovedor candor que da un valor inestimable a cualidades tan preciosas? No, indudablemente; pero, sin ser culpable se puede ser desgraciado; y tal es la suerte que me aguarda si usted no acepta mis homenajes. Estos son los primeros que ha sentido mi corazón. Sin usted yo tendría aún, si no dicha, tranquilidad. Pero la vi a usted y el reposo huyó lejos de mí y mi felicidad es insegura. En tanto se sorprende usted por mi tristeza, me pregunta la causa, hasta he creído advertir alguna vez que la afligía a usted. ¡Ah, diga una palabra y mi felicidad será su obra! Pero antes de pronunciarla piense que una palabra puede ser también mi desdicha. Sea usted, pues, árbitro de mi destino. Por usted voy a ser eternamente feliz o desgraciado. ¿En qué manos más queridas puedo poner un interés tan grande?

Terminaré, como he empezado, por implorar su indulgencia. Le he pedido que me oiga; osaré más, le pediré que me responda. Negarse a ello será dejarme creer que se siente usted ofendida y mi corazón le garantiza que mi respeto es igual a mi amor.

P. S. Puede usted servirse para contestarme del mismo medio del que yo me sirvo para hacer llegar a sus manos esta carta; él me parece tan seguro como fácil.

18 agosto 17...

CARTA XVIII

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

¡Cómo, Sofía! ¿Tú condenas de antemano lo que voy a hacer? Yo tenía ya bastantes inquietudes y he aquí que tú las aumentas todavía. Es claro, dices, que no debo contestar. Tú hablas bien tranquilamente; y, por otra parte, no conoces a punto fijo el caso; no estás aquí para verlo. Estoy segura de que, si te encontraras en mi lugar, harías lo que yo. Seguramente, en general, no se debe responder; y ya viste, por

mi carta de ayer, que yo tampoco quería; pero es que creo que nadie se ha visto jamás en el trance en que yo me veo.

¡Y, además, verme obligada a decidir por mí sola! La señora de Merteuil, a la que esperaba ver anoche, no vino. Todo se conjura contra mí; ella es la causa de que lo haya conocido. Con ella lo he visto y le he hablado casi siempre. No le reprocho el mal; pero sí que me abandone en el momento del apuro. ¡Oh, soy bien digna de lástima!

Figúrate que él vino ayer, como de ordinario. Yo estaba tan turbada que no osaba mirarlo. El no podía hablarme, por estar mamá presente. Yo sospechaba que se disgustaría cuando viera que no le había escrito. No sabía qué actitud adoptar. Un momento más tarde me preguntó si quería que fuese a buscar mi arpa. El corazón me latía tan fuertemente que no pude hacer más que responderle con un sí. Cuando volvió, aún fueron peor las cosas. Yo sólo lo miré un instante. El no me miraba; pero tenía un aspecto que se le hubiera creído enfermo. Esto me daba mucha pena. Se dedicó a templar mi arpa, y luego, al dármele, me dijo: “¡Ah, señorita!...” No me dijo más que esas dos palabras; pero las pronunció en un tono que me trastornó por completo. Hice unos preludios en el arpa, sin saber lo que hacía. Mamá nos preguntó si cantaríamos. El se excusó diciendo que se sentía algo mal; y yo, que no tenía excusa, tuyo que cantar. Hubiera querido no haber tenido jamás voz. Elegí, adrede, un aire que no sabía, porque estaba segura de que no podría cantar ninguno y que se me notaría algo. Por fortuna, llegó una visita, y en cuanto oí entrar en el patio una carroza cesé de cantar y le pedí que se llevara mi arpa. Tuve el temor de que de paso se fuera; pero volvió.

Mientras hablaban entre ellas la señora recién llegada y mamá, intenté mirarlo otro instante. Encontré su mirada y me fué imposible apartar la mía. Un momento después vi correr sus lágrimas y hubo de volverse para no ser visto. Entonces ya no pude dominarme; sentí que iba a llorar también. Salí y en seguida escribí con un lápiz en un pedazo de papel: “No esté usted tan triste, se lo ruego; le prometo con-
testarle.” Seguramente no podrías decir el mal que hay en esto;

y, además, la cosa fué más fuerte que yo. Coloqué el papel entre las cuerdas de mi arpa, como él había puesto su carta, y volví al salón. Ya me sentía más tranquila. Tenía una gran impaciencia porque se fuera la señora. Felizmente ésta había ido de visita y se fué poco después. Inmediatamente que hubo salido, dije que quería volver a tocar el arpa y le pedí que fuera a buscarla. Vi en su aspecto que mi petición nada le hizo sospechar. Pero, al volver, ¡oh, qué contento estaba! Al poner el arpa frente a mí, se colocó de modo que mamá no pudiera vernos, y cogió mi mano y la estrechó... ¡pero de una manera!... No fué más que un momento; mas no puedo decirte el placer que esto me produjo. La retiré, sin embargo; así, pues, nada tengo que reprocharme.

Ahora, mi buena amiga, ya ves que no puedo eximirme de contestarle, puesto que se lo he prometido; y, por otra parte, no he de causarle un nuevo pesar; porque yo sufro más que él. Si en esto hubiera algún mal, seguramente no lo haría. Pero ¿qué mal puede haber en escribir, sobre todo cuando es para evitar que alguien sea desgraciado? Lo que me preocupa es que no sabré redactar bien mi carta; pero él comprenderá que ello no es culpa mía; y, además, estoy segura de que por ser mía, le dará en todo caso un gran placer.

Adiós, mi querida amiga. Si crees que hago mal, dímelo; pero no creo hacerlo. A medida que se acerca el instante de escribirle, mi corazón palpita como no puedes concebir. Tengo que contestarle, sin embargo, puesto que se lo he prometido. Adiós.

20 agosto 17...

C A R T A X I X

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

Estaba usted tan triste ayer, señor, y eso me daba tanta pena, que me impelió a prometerle contestar la carta que usted me había escrito. No dejo de ver hoy que no debo hacerlo; pero, como se lo prometí, no quiero faltar a mi palabra, y esto debe probarle la amistad que le tengo. Ya que lo sabe

usted, confío en que no me pedirá que vuelva a escribirle. Confío también en que no dirá a nadie que le he escrito, porque seguramente se me recriminaria, y esto me apenaría mucho. Confío, sobre todo, en que usted mismo no formará mala idea de mí, lo que me apenaría más que todo lo demás. Le puedo asegurar que no hubiera tenido esta complacencia para otro que usted. Y quisiera que usted tuviese la de no estar tan triste como estaba; lo que me quita todo el placer que tengo en verle. Ya ve usted, señor, que le hablo muy sinceramente. Nada deseo tanto como que nuestra amistad dure siempre; pero, se lo suplico, no vuelva usted a escribirme.

Tengo el honor de ser,

CECILIA VOLANGES.

20 agosto 17...

C A R T A X X

La marquesa de Merteuil al visconde de Valmont.

¡Ah, bribón, me quiere engatusar por miedo a mis burlas! Vamos, lo perdono; me escribe usted tantas locuras, que tengo que perdonarle la cordura en que lo tiene su presidenta. No creo que mi caballero tuviera tanta indulgencia como yo; sería capaz de no aprobar la renovación de nuestro compromiso y de no encontrar nada divertida la loca idea de usted. A mí, sin embargo, me ha hecho reír mucho; y me ha molestado verdaderamente verme forzada a reirme sola. Si hubiera estado usted aquí, no sé adónde me habría llevado este regocijo; pero he tenido tiempo para la reflexión, y me he armado de severidad. No es que me niegue por siempre; pero aplazo y tengo razón. Sin duda, pondría yo en ello mi vanidad, y cuando se ha picado en el juego, no se sabe dónde se va a parar. Yo sería capaz de encadenarlo a usted de nuevo y de hacerle olvidar a su presidenta; y, si llegara, yo tan indigna, a desviar el gusto de usted de la virtud, ¡figúrese qué escándalo! Para evitar ese peligro, he aquí mis condiciones.

Tan pronto como haya usted conseguido a su bella devota, y pueda darme una prueba de ello, venga y seré suya. Pero ya sabe usted que en los asuntos importantes sólo son admitidas las pruebas por escrito. De este convenio resultará, por mi parte, que yo seré una recompensa para usted, en vez de ser un consuelo, lo que me agrada más; y, por otra, que su éxito será más incitante, constituyendo por sí mismo un medio de infidelidad. Venga usted, pues, venga pronto a traerme la prueba de su triunfo, a semejanza de los esforzados caballeros que iban a depositar a los pies de sus damas los brillantes trofeos de sus victorias. En serio, tengo la curiosidad de saber lo que puede escribir una gazmoña después de tal momento y qué velo echa sobre sus discursos después de no haber dejado ninguno sobre su persona. Usted verá si yo pongo un precio demasiado alto a mis favores; pero le advierto que no he de rebajar nada. Hasta entonces, mi querido vizconde, se ha de conformar usted con que yo siga siendo fiel a mi caballero y que me complazca en hacerlo feliz, a pesar del pequeño pesar que eso le cause a usted.

Sin embargo, si yo tuviera menos moralidad, creo que él tendría en este momento un rival peligroso en la joven Volanges; yo adoro a esta niña; es una verdadera pasión. O mucho me engaño, o llegará a ser una de nuestras mujeres a la moda. Veo desarrollarse su corazoncito y es un espectáculo encantador. Ama ya con furia a su Danceny; pero todavía no sabe nada. El mismo, aunque muy enamorado, tiene aun la timidez propia de su edad y no osa enseñarle mucho. Los dos están en adoración ante mí. La pequeña, sobre todo, tiene un gran deseo de decirme su secreto; desde hace algunos días, especialmente, la veo muy oprimida y le haría un gran servicio ayudándole un poco; pero no olvido que es una niña, y no quiero comprometerme. Danceny me ha hablado algo más claramente; pero respecto a él tengo tomado mi partido: no quiero entenderlo. Cuanto a la pequeña, tengo frecuentemente la tentación de hacerla mi alumna; es un servicio que siento deseos de prestar a Gercourt. Este me deja bastante tiempo, puesto que estará en Córcega hasta octubre. Tengo la idea de que aprovecharé ese plazo y que le daremos una

mujer completamente formada, en lugar de su inocente pensionista. ¿Cuál es, en efecto, la insolente seguridad de ese hombre que osa dormir tranquilo cuando una mujer que tiene que quejarse de él no se ha vengado aún? Vamos, si la pequeña estuviera aquí en este momento no sé lo que dejaría de decirle.

Adiós, vizconde; buenas noches y feliz éxito; pero, ¡por Dios!, avance usted. Piense que, si no consigue usted a esa mujer, las demás se abochornarán de haberlo conseguido.

20 agosto 17...

C A R T A X X I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Al fin, mi bella amiga, he dado un paso adelante; pero un gran paso, que, si no me ha hecho llegar a la meta, me ha hecho saber, por lo menos, que estoy en el camino y ha disipado mi temor de haberme extraviado. Le he declarado, al fin, mi amor, y, aunque ha guardado el más obstinado silencio, he obtenido la respuesta menos equívoca y más halagadora; pero no anticipemos los acontecimientos y partamos de más atrás.

Recordará usted que hacía espiar mis pasos. Pues bien: quise que ese medio escandaloso redundara en mi provecho, y he aquí lo que hice. Encargué a mi confidente que me buscara en los alrededores algún desgraciado que tuviera necesidad de socorro. Esta comisión no era difícil de realizar. Ayer, por la tarde, me dió cuenta de que habían de ser embargados esta mañana los muebles de una familia que no podía pagar la contribución. Me aseguré de que no había en aquella casa ninguna muchacha ni mujer que por su edad o su figura pudiera hacer sospechosa mi acción; y, cuando estuve bien informado, expuse, en la comida, mi propósito de ir al día siguiente de caza. Aquí he de hacer justicia a mi presidenta: sin duda, tuvo algunos remordimientos por las

órdenes que había dado; y, no contando con fuerzas para vencer su curiosidad, tuvo, al menos, la de contrariar mi proyecto. Debía de hacer un calor excesivo; me arriesgaba a caer enfermo; no mataría nada y me cansaría en vano; y durante este diálogo, sus ojos, que hablaban sin duda más de lo que ella quería, me daban a entender que deseaba que yo tomara por buenas sus malas razones. Yo no pensaba en rendirme, como puede usted suponer, y resistí hasta una pequeña diatriba contra la caza y los cazadores y una nubecilla de enojo que oscureció durante toda la velada su celestial semblante. Temí un momento que revocara sus órdenes y que su delicadeza me fuese adversa. No calculaba la curiosidad de una mujer y me engañaba por ello. Mi criado me tranquilizó aquella misma noche y me acosté satisfecho.

Al amanecer me levanté y partí. Apenas a cincuenta pasos de la quinta percibí a mi espía siguiéndome. Inicié la caza y me dirigí, a campo traviesa, hacia el pueblo al que quería ir, sin otro placer en mi caminato que el de hacer correr al badulaque que me seguía, el cual, no osando salir de los caminos, recorrió varias veces triple espacio que yo. En tal ejercicio llegué a sentir un gran calor y me senté al pie de un árbol. ¡Y él tuvo la insolencia de deslizarse entre unas matas que no estaban a veinte pasos de mí y sentarse también! Estuve tentado por un momento a enviarle una perdigonada que le hubiera dado una lección suficiente sobre los peligros de la curiosidad; afortunadamente para él, recapacité que su espionaje era útil y hasta necesario a mis proyectos; eso lo salvó.

Al fin, llegué al pueblo; oí rumores; avancé; pregunté y me contaron el caso. Hice venir al recaudador, y, cediendo a mi generosa compasión, pagué noblemente cincuenta y seis libras, importe de la deuda por la que eran lanzadas seis personas a la miseria y la desesperación. ¡Tras un acto tan sencillo, no puede usted imaginar el coro de bendiciones que entonaron en mi torno los asistentes! ¡Qué lágrimas de gratitud brotaban de los ojos del anciano jefe de aquella familia y embellecían su rostro de patriarca, al que un momento antes la impresión sombría de la desesperación daba un as-

pecto repulsivo! Yo contemplaba aquel espectáculo, cuando un campesino más joven, llevando de la mano a una mujer y dos niños y avanzando precipitadamente hacia mí, les dijo: "¡Caigamos todos a los pies de esta imagen de Dios!"; y al instante fui rodeado por aquella familia prosternada a mis pies. Confesaré mi debilidad: mis ojos se llenaron de lágrimas y sentí en mi interior un movimiento involuntario, pero delicioso. Me sorprendió el placer que se experimenta en hacer el bien, estando tentado a creer que las gentes que llamamos virtuosas no tienen tanto mérito como se nos dice tan frecuentemente. Comoquiera que sea, encontré justo pagar a aquellas pobres gentes el placer que acababan de proporcionarme. Llevaba en el bolsillo diez luises y se los di. Entonces se repitieron las manifestaciones de gratitud, pero ya no tenían el mismo grado de patetismo; lo necesario había producido el grande, el verdadero efecto; lo demás, no era más que una simple expresión de reconocimiento y de sorpresa por aquel donativo superfluo.

Entretanto, en medio de las bendiciones chachareras de aquella familia, yo parecía el protagonista de un drama en el momento del desenlace. No se le ocultará a usted que en aquella muchedumbre estaba sobre todo el fiel espía. Mi finalidad estaba lograda; me despedí de toda aquella gente y volví a la quinta. Calculado todo, me felicito de mi invención. Esta mujer merece sin duda que yo me tome tantos afanes; éstos serán un día títulos ante ella; y teniéndola, en cierto modo, pagada de antemano, tendré derecho a disponer de ella a mi antojo, sin hacerme reproche alguno.

Olvidaba decirle a usted que, para aprovecharlo todo, pedí a aquellas buenas gentes que rogaran a Dios por el éxito de mis planes. Va usted a ver cómo sus ruegos han sido atendidos en parte... Pero me avisan que la comida está servida y se haría demasiado tarde para que saliera esta carta si no la cerrara hasta después de comer. Así, pues, *la continuación en el número próximo*. Esto me contraría, porque lo que resta es lo mejor. Adiós, mi bella amiga. Me roba usted un momento el placer de verla.

20 agosto 17...

C A R T A X X I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.

Será, sin duda, muy grato para usted, señora, conocer un rasgo del Sr. De Valmont, que contrasta en gran manera con todos aquellos con los que usted me lo ha pintado. ¡Es tan penoso el pensar mal de cualquiera, tan enojoso no encontrar más que vicios en quien tiene todas las cualidades necesarias para hacer amar la virtud! En fin, a usted le agrada tanto emplear la indulgencia, que es hacerle un favor el darle motivos para rectificar un juicio demasiado riguroso. El señor De Valmont merece, a mi parecer, tal merced, casi diría tal justicia; y he aquí por qué creo esto.

Esta mañana ha salido a una de esas excursiones que daban pie para sospechar algún proyecto suyo en los alrededores, como hubo de recelar usted, recelo que yo me acuso de haber admitido con demasiada vivacidad. Por fortuna para él, y sobre todo para nosotras, puesto que ello nos salva de ser injustas, uno de mis criados tuvo que ir hoy en la misma dirección que él (1), y por tal circunstancia ha sido satisfecha mi reprehensible, pero afortunada curiosidad. El nos ha referido que el Sr. De Valmont, habiendo encontrado una desgraciada familia, cuyos muebles eran sacados a subasta por no haber podido pagar los impuestos, no sólo se había apresurado a saldar la deuda de aquellas pobres gentes, sino que además les había entregado una cantidad bastante considerable de dinero. Mi criado fué testigo de tan virtuosa acción y me ha contado además que los campesinos, hablando entre ellos y con él, le dijeron que ayer otro sirviente cuyas señas dieron y que él cree que es el ayuda de cámara del señor de Valmont había tomado informes sobre los habitantes del pueblo que pudieran tener necesidad de socorro. Si es así, no se trata sólo de una compasión pasajera, determinada por la ocasión, sino del propósito deliberado de hacer el bien, de una

(1) La señora de Tourvel no osa decir que fué por orden suya.

solicita beneficencia, de la más bella virtud de las más bellas almas; pero, se trate de una casualidad o de un proyecto, es en todo caso una acción noble y laudable, cuyo solo relato me conmovió hasta hacerme llorar. He de añadir, por justicia igualmente, que cuando le hablé de tal acción, de la que él no decía una palabra, empezó por negarla e intentó darle luego tan poco valor que dobló su mérito con su modestia.

Dígame usted ahora, mi respetable amiga, si el señor de Valmont es, en efecto, un libertino sin enmienda. Si no es más que eso y se conduce así, ¿qué se deja para las gentes honradas? ¡Cómo! ¿Los malos pueden compartir con los buenos el sagrado placer de la beneficencia? ¿Permitiría Dios que una familia virtuosa recibiera de manos de un malvado los socorros por los que da gracias a su divina providencia? ¿Y podría complacerse en oír a bocas puras lanzar bendiciones sobre un réprobo? No. Yo prefiero creer que los errores, por largos que sean, no son eternos; y no puedo admitir que quien hace el bien sea enemigo de la virtud. El señor de Valmont no es sino un ejemplo más tal vez del peligro de las malas relaciones. Me atengo a esta idea que me agrada. Si ella puede, por una parte, servir para justificarlo en su concepto, por otra, me hace más preciosa la tierna amistad que me une a usted para toda la vida.

Tengo el honor de ser, etc.

P. S. La señora de Rosemonde y yo vamos, dentro de un momento, a ver también a la honrada e infeliz familia y a agregar nuestros tardíos socorros al del señor Valmont. Lo llevaremos con nosotras. Les daremos, al menos, a esas buenas gentes el gusto de volver a ver a su bienhechor; creo que es esto todo lo que nos ha dejado que hacer.

20 agosto 17...

C A R T A X X I I I

El vizconde de Valmont a la señora de Merteuil.

Quedamos en mi regreso a la quinta; reanudo mi relato.

Tras el tiempo preciso para arreglarme un poco, me dirigí al salón, donde mi Bella estaba bordando, mientras el cura del pueblo le leía la Gaceta a mi anciana tía. Fuí a sentarme cerca del bastidor. Miradas más dulces todavía que de costumbre y casi acariciadoras, me hicieron pronto adivinar que el criado había dado ya cuenta de su misión. En efecto, mi amable curiosa no pudo reservar más prolongadamente el secreto que me había sustraído; y sin temor a interrumpir a un venerable pastor de almas cuya lectura parecía un sermón: “Yo tengo también una noticia que relatar”, dijo; y, en seguida contó mi aventura con una exactitud que honraba la inteligencia de su historiador. Ya supondrá usted que desplegué toda mi modestia; pero, ¿quién puede detener a una mujer que hace, sin darse cuenta, el elogio de aquél a quien ama? Tomé, pues, el partido de dejarla hablar. Se hubiera dicho que predicaba el panegírico de un santo. Entretanto yo observaba todo lo que prometían al amor su mirar animado, sus gestos que resultaban más libres y, sobre todo, el son de su voz que, por su sensible alteración, delataba la emoción de su alma. Apenas hubo acabado de hablar: “Ven sobrino, me dijo mi tía, ven que yo te abrace”. Sentí inmediatamente que la bella predicadora no podría sustraerse a ser abrazada a su vez. Sin embargo, quiso huir, pero pronto estuvo en mis brazos; y lejos de tener fuerza para resistirse, apenas la tuvo para sostenerse. Cuanto más observo a esta mujer, más deseable me parece. Se apresuró a volver a su bastidor y aparentó para los demás reanudar su bordado; pero yo advertí pronto que sus manos trémulas no le permitían continuar su obra.

Después de comer, las señoras quisieron ir a ver a los infortunados tan piadosamente socorridos por mí, y yo las acompañé. La eximo a usted del fastidio de la segunda esce-

na de reconocimiento y de elogios. Mi corazón, oprimido por un recuerdo delicioso, apresuró el regreso a la quinta. Por el camino, mi bella Presidenta, más pensativa que de ordinario, no decía una palabra. Preocupado en buscar la manera de aprovechar el efecto producido por el acontecimiento del día, yo también guardaba silencio. Sólo hablaba la señora de Rosemonde, sin obtener de nosotros más que respuestas breves y raras. Debimos de aburrirla: tal era mi propósito, y lo logré. Al bajar del coche, pasó a su departamento y nos dejó frente a frente a mi Bella y a mí, en un salón poco alumbrado. Dulce oscuridad que alentó el tímido amor.

No tuve que tomarme el trabajo de dirigir la conversación adonde quería conducirla. El fervor de la amable predicadora me sirvió mejor que hubiera podido hacerlo mi habilidad. Cuando se es digno de hacer el bien, me dijo, deteniendo sobre mí su dulce mirada, ¿cómo se puede pasar la vida haciendo el mal?" "Yo no merezco, le respondí, ni ese elogio ni esa censura; y no concibo cómo, con la inteligencia que usted tiene, no lo ha adivinado todavía. Aunque mi confianza me perjudique a sus ojos, es usted demasiado digna, para que me sea posible negársela. Encontrará usted la clave de mi conducta en un carácter demasiado maleable por desgracia. Rodeado de gentes sin moralidad, imité sus vicios; puse tal vez mi amor propio en sobrepasarlos. Asimismo, seducido aquí por el ejemplo de las virtudes, sin esperar alcanzarla a usted, he intentado al menos seguirla. ¡Ah! Sin duda la ocasión por la que me elogia usted hoy perdería todo su valor a sus ojos, si conociera el verdadero motivo (ya ve usted, mi bella amiga, cómo me acercaba a la verdad). No es a mí, continúe, a quien esos desdichados han debido mi socorro. Donde usted ve una acción laudable yo no buscaba más que un medio de agradar. No era, ya que hay que decirlo, más que un pobre agente de la Divinidad que adoro (aquí quiso interrumpirme, pero yo no le dí tiempo). En este momento, añadí, mi secreto no se me escapa más que por debilidad. Me había propuesto callárselo; me consideraba feliz rindiendo a las virtudes de usted, como a sus encantos, un homenaje que fuera siempre ignorado por usted; pero, incapaz de men-

tir, cuando tengo ante los ojos el dechado del candor, no quiero tener que reprocharme un culpable disimulo para usted. No crea que la agravio con una esperanza criminal. Seré un desgraciado, ya lo sé; pero me serán gratos mis sufrimientos; ellos me probarán el exceso de mi amor; y depositaré mis pesares a los pies de usted y en su pecho. Así, sacaré fuerzas para seguir sufriendo; encontraré la bondad compasiva y me creeré consolado, por haberme usted compadecido. ¡Oh, usted, a quien adoro, escúcheme, compadézcame, socórrame!” A todo esto ya estaba a sus pies, estrechando sus manos en las mías; pero ella, desprendiéndolas de pronto y poniéndolas sobre sus ojos. “¡Ah, desgraciada de mí!”; exclamó; y, después, rompió a llorar. Por fortuna, yo estaba tan embriagado que lloraba también. Esta circunstancia era precisa, porque ella estaba tan absorbida por su dolor que no habría advertido el mío, si yo no hubiera encontrado ese medio de hacérselo notar. Gané además con ello el poder contemplar despacio su rostro encantador, aún más embellecido por el poderoso atractivo de las lágrimas. Mi cabeza ardía y era tan poco dueño de mí que estuve tentado a aprovechar aquel momento.

Tanta es nuestra flaqueza, tal es el imperio de las circunstancias que yo mismo, olvidando mis placeres, estuve a punto de perder por un triunfo prematuro el encanto de los largos combates y los detalles de una penosa derrota; sí, seducido por un deseo de joven pensé en exponer al vencedor de la señora de Tourvel a no recoger como fruto de sus trabajos más que la insípida ventaja de poseer a una mujer más. ¡Ah! Que se rinda, pero que combata; que sin tener la fuerza de vencer, tenga la de resistirse; que saboree despacio el sentimiento de su debilidad y se vea obligada a confesar su derrota. Dejemos al cazador furtivo matar al acecho el ciervo que sorprendió; el verdadero cazador debe forzarlo. Este plan es sublime, ¿no es verdad? Pero acaso sintiera yo ahora haberlo seguido, sin el concurso de la casualidad en favor de mi prudencia.

Oímos ruido: Al guien venía al salón. La señora de Tourvel, asustada, se levantó precipitadamente, cogió uno de los candelabros y salió. Yo tuve que dejarla ir. Quien llegaba era

un criado. En cuanto me aseguré de esto, la seguí. Apenas hube dado algunos pasos, bien porque me reconociera o bien por una vaga sensación de miedo, aceleró su marcha y se precipitó, más que entró, en su habitación, cuya puerta cerró. Llegué a ésta, pero estaba echada la llave por dentro. Me guardé mucho de llamar; hubiera sido darle ocasión para una resistencia demasiado fácil. Tuve la feliz y la sencilla idea de mirar por el ojo de la cerradura y vi, en efecto, a la adorable mujer de rodillas, bañada en lágrimas y rezando con fervor. ¿A qué Dios osaba invocar? ¿Hay alguno bastante poderoso contra el amor? En vano busca ya auxilios extraños: soy yo quien ha de regir su conducta.

Creuyendo haber hecho bastante por aquel día me retiré también a mi departamento y me puse a escribir. Esperaba volver a verla en la comida; pero envió a decir que estaba indispuesta y se había acostado. La señora de Rosemonde quiso subir a su alcoba; pero la maliciosa enferma pretextó un dolor de cabeza que no le permitía ver a nadie. Como supondrá usted, después de la comida la velada fué corta y yo tuve también dolor de cabeza. Recluído en mi cuarto, le escribí una larga carta, quejándome de su rigor y me acosté con el propósito de enviársela esta mañana. He dormido mal, como verá usted por la fecha de esta carta. Me he levantado y he releído mi epístola. He advertido que no me había observado bastante: mostraba en ella más fogosidad que amor y más enojo que tristeza. Tendré que rehacerla; pero habré de estar más tranquilo.

Percibo el amanecer y espero que la frescura que lo acompaña me traerá el sueño. Voy a volver a acostarme; y, por mucho que sea el imperio de esa mujer, le prometo a usted no ocuparme tanto de ella que no me quede tiempo para pensar mucho en usted. Adiós, mi bella amiga.

21 agosto 17...

C A R T A X X I V

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

¡Ah, por piedad, señora, dignese calmar la agitación de mi alma; dignese decirme lo que debo esperar o temer! ¡Entre el exceso de felicidad y el de infortunio, la incertidumbre es un cruel tormento! ¿Por qué le he hablado a usted? ¿Por qué no he podido resistirme al encanto imperioso que la imponía a mis pensamientos? Contento con adorarla en silencio, gozaba al menos de mi amor; y este puro sentimiento que no turbaba entonces la imagen del dolor de usted, bastaba a mi felicidad; pero ese manantial de dicha es ahora de desesperación, por haber visto correr sus lágrimas; por haber oído aquél desgarrador ¡Ah, desgraciada! Señora, esas dos palabras resonarán durante mucho tiempo en mi corazón. ¿Por qué fatalidad el más dulce de los sentimientos no le puede inspirar más que espanto? ¿Cuál es su miedo? ¡Ah! No es el de compartirlo: su corazón, que yo he conocido mal, no está hecho para el amor; el mío, que usted calumnia sin cesar, es el único sensible; el de usted no tiene piedad. Si no fuera así, no habría negado una palabra de consuelo al desdichado que le exponía sus sufrimientos; no se hubiera usted sustraído a sus miradas, cuando él no tiene otro placer que el verla; no hubiera usted jugado cruelmente con su inquietud, enviando a decirle que estaba enferma sin permitirle ir a informarse de su estado; hubiera usted presentado que esa noche, que no era para usted más que doce horas de descanso, iba a ser para él un siglo de dolores.

¿Por dónde, dígame, he merecido yo ese rigor que me ha desolado? No temo aceptarla por juez. ¿Qué he hecho más que ceder a un sentimiento involuntario, inspirado por la belleza y justificado por la virtud, constantemente contenido por el respeto y cuya inocente confesión fué efecto de la confianza y no de la esperanza? ¿Traicionará usted esa confianza que pareció permitirme y a la cual me entregué yo sin reservas? No, no puedo creerlo; sería imputarle una falta y mi

corazón se subleva a la sola idea de encontrarle alguna; reniego de mis reproches; he podido escribirlos, pero no pensarlos. ¡Ah, déjeme usted creerla perfecta! Es el único placer que me queda. Pruébeme usted que lo es, concediéndome su atención generosa. ¿A qué desdichado socorrió usted que tuviera tanta necesidad como yo? No me abandone en el delirio en que me ha puesto; présteme su razón, puesto que me ha arrebatado la mía; después de haberme corregido, ilústreme para terminar su obra.

No quiero engañarla: no llegará usted a vencer mi amor; pero me enseñará a moderarlo; guiando mis pasos, dictando mis palabras, me salvará usted al menos de la horrible desdicha de desagradarle. Disipe, sobre todo, este desesperante temor; dígame que me perdona, que me compadece; asegúreme su indulgencia. Jamás tendrá usted toda la que yo deseo; pero reclamo la que necesito; ¿me la negará usted?

Adiós, señora; reciba con bondad el homenaje de mis sentimientos; el que no estorba al de mi respeto.

20 agosto 17...

C A R T A X X V

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

He aquí el boletín de ayer.

A las once entré en el departamento de la señora de Rosemonde; y, bajo sus auspicios, fui introducido en el dormitorio de la fingida enferma, que aún estaba acostada. Tenía los ojos muy cargados; creo que había dormido tan mal como yo. Aproveché un momento en que la señora de Rosemonde se había alejado, para entregarle mi carta: rehusó cogerla, pero se la dejé sobre la cama y fui muy caballerosamente a aproximar el sillón de mi anciana tía que quería estar cerca de *su querida niña*; tuvo, pues, que coger la carta para evitar el escándalo. La enferma dijo con alguna torpeza que tenía un poco de fiebre. La señora de Rosemonde me pidió que le to-

mara el pulso, encomiando mucho mis conocimientos en medicina. Mi Bella tuvo, pues, el doble pesar de verse obligada a entregarme su brazo y de presentir que su mentirilla iba a ser descubierta. En efecto, cogí su mano, que estreché con una de las mías, mientras que con la otra recorría su brazo fresco y torneado; la maliciosa criatura no respondió a nada, lo que me hizo decir, retirándome: "No hay ni siquiera la más leve emoción". Sospeché que sus miradas debían de ser severas y, para castigarla, no las busqué; un momento después dijo que quería levantarse y la dejamos sola. Asistió al almuerzo, que fué triste; anunció que no saldría de paseo, lo que era decirme que no tendría ocasión de hablarle. Entendí que era preciso lanzar entonces un suspiro y una mirada dolorosa; sin duda, ella lo esperaba, porque aquél fué el único momento en todo el día en que logré encontrar sus ojos. Con ser tan recatada, tiene sus tretas como las demás. Dispuse de un momento para preguntarle si *había tenido la bondad de decidir mi suerte*, y me sorprendió un poco oírla contestarme: "Sí, señor; le he escrito". Me apremiaba mucho el coger su carta; pero, fuera por astucia, o por torpeza, o por timidez, no me la envió hasta la noche a la hora de retirarse a su departamento. Se la remito a usted con el borrador de la mía; lea y juzgue; vea con qué insigne falsedad afirma que no siente nada de amor, cuando yo estoy seguro de lo contrario; ¡y luego se quejará si la engaño después, cuando no repara en engañarme previamente! Mi bella amiga, el hombre más dugo no puede ponerse al nivel de la mujer más veraz. ¡Habría, sin embargo, que fingir creer en estas patrañas y que rendirse a la desesperación porque a la señora le place representar la farsa del vigor! ¿Cómo no vengarse de estas vejaciones?.. ¡Ah! Paciencia... Pero, adiós. Tengo que escribir mucho todavía.

A propósito, me devolverá usted la carta de la inhumana; podría ocurrir que luego quisiera poner precio a estas mezquindades y hay que estar en regla.

No le digo nada de la joven Volanges; ya hablaremos otro día.

C A R T A X X V I

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

Seguramente, señor, no tendría usted carta alguna mía, si mi tonta conducta de ayer tarde no me forzara a entrar en explicaciones con usted. Confieso que lloré; acaso se me escaparan las dos palabras que usted me cita con tanto ahinco; usted lo notó todo, lágrimas y palabras, por lo que todo he de explicarlo.

Acostumbrada a no inspirar más que sentimientos honestos, a no oír más que frases que podía escuchar sin sonrojarme, a gozar, por consiguiente, de una seguridad que me atrevo a decir que merezco, no sé ni disimular ni combatir las impresiones que experimento. La sorpresa y la confusión en que me puso su proceder; no sé qué temor, inspirado por una situación, en la que jamás debí haberme visto; acaso la idea indignante de verme confundida con las mujeres que usted desprecia y tratada tan livianamente como ellas; todas estas causas reunidas provocaron mis lágrimas y pudieron hacerme decir, creo que con razón, que era desgraciada. Esta expresión, que usted encuentra tan fuerte, sería, sin embargo, demasiado débil todavía, si mis lágrimas y mis frases hubieran tenido otro motivo; si, en vez de reprobar sentimientos que deben afectarme, hubiera podido temer compartirlos.

No, señor, yo no tengo ese temor, y, si lo tuviera, huiría a mil leguas de usted; iría a llorar a un desierto la desgracia de haberlo conocido. Sin duda, a pesar de mi certidumbre de que no lo amo a usted, ni lo amaré jamás, hubiera hecho mejor en seguir los consejos de mis amigos, de no dejarle acercarse a mí.

Creí, y éste ha sido mi único yerro; creí que usted respetaría a una mujer honesta que no pedía más que encontrar igual honestidad en usted y hacerle justicia; que había llegado a defenderlo, en tanto que usted la ofendía con sus criminales deseos. Usted no me conoce; no, señor, no me conoce usted. De otro modo, no hubiera creído hacer un derecho de

sus faltas; porque me dirigió usted frases que yo no debí oír, no se hubiera creído autorizado a escribirme una carta que no debía leer: ¡y me pide usted *guiar sus pasos y dictar sus palabras!* Pues bien, señor, el silencio y el olvido: he aquí los consejos que yo debo darle y que usted debe seguir; entonces tendrá usted, en efecto, derecho a mi indulgencia; de usted depende el obtener hasta mi reconocimiento... Pero, no; yo no he de hacerle petición alguna al hombre que no me ha respetado; no he de darle una prueba de confianza a quien abusó de mi seguridad. Usted me fuerza a temerle, acaso a odiarlo; yo no lo quería; no quería ver en usted más que al sobrino de mi respetable amiga; oponía la voz de la amistad a la voz pública que lo acusaba. Usted lo ha destruído todo; y preveo que no querrá reparar nada.

Me limito, señor, a declararle que sus sentimientos me ofenden, que su declaración me ultraja y, sobre todo, que, lejos de llegar un día a compartíroslos, me forzaré a no volver a verlo jamás si no se impone sobre este punto un silencio que me parece tener derecho a esperar y hasta a exigir de usted. Adjunto a esta carta la que usted me ha dirigido y espero que me remita usted la mía; me apenaría mucho que quedara algún rastro de un acontecimiento que no debió tener lugar jamás. Tengo el honor de ser, etc.

21 agosto 17...

C A R T A X X V I I

Cocilia Volanges a la marquesa de Merteuil.

¡Dios mío, qué buena es usted, señora! ¡Cómo ha comprendido usted que me sería más fácil escribirle que hablarle! De todos modos, lo que tengo que decirle es muy difícil; pero usted es mi amiga, ¿no es verdad? ¡Oh, sí, mi buenísima amiga! Voy a hacer por no sentir temor; y, además, tengo tanta necesidad de sus consejos! Tengo mucha pena; me parece que todo el mundo adivina lo que pienso; y, sobre todo, cuando él está aquí, me sonrojo en cuanto me mira; ayer, cuando

usted me vió llorar, es que quería hablarle y no sé lo que me lo impedía; y cuando usted me preguntó qué me pasaba, mis lágrimas brotaron a pesar mío. No habría podido decirle una palabra. Sin usted, mamá se habría dado cuenta, y ¿qué hubiera sido de mí? ¡He aquí cómo vivo, sobre todo desde hace cuatro días!

Fué aquel día, señora; sí, voy a decírselo, fué aquel día cuando el caballero Danceny me escribió. ¡Oh!, le aseguro que cuanto encontré su carta no sabía nada de su contenido; mas, para no mentir, no puedo negar que tuve un gran placer al leerla; tanto, que preferiría tener toda mi vida pena a que no me la hubiera escrito. Pero sabía perfectamente que no debía decírselo y le puedo asegurar a usted que hasta le dije que estaba enojada; pero él dijo que no había podido reprimir sus sentimientos, y lo creí; porque yo había resuelto no contestarle y no pude absolutamente. ¡Oh! No le he escrito más que una vez y hasta lo hice, en parte, para decirle que no me escribiera más; pero, a pesar de eso, ha seguido escribiéndome y, como yo no le contesto, veo que está triste, y esto me aflige más todavía; tanto, que no sé qué hacer, y soy bien digna de lástima.

Dígame usted, se lo ruego, señora, ¿estaría muy mal contestarle de vez en cuando? Sólo hasta que él pueda imponerse la abstención de escribirme y volvamos a estar como antes; porque, si esto continúa, yo no sé lo que será de mí. Vea usted, al leer su última carta, he llorado largamente; y estoy segura de que, si no le contesto tampoco, esto nos va a apenar mucho a los dos.

Le voy a enviar a usted también su carta, o una copia, y usted juzgará; verá que no hay mal alguno en lo que pide. Sin embargo, si usted opina que eso no se debe hacer, le prometo no hacerlo; pero creo que usted pensará, como yo, que no hay mal en ello.

Ya que he empezado, señora, permítame hacerle otra pregunta: me han dicho que está mal amar a un hombre; pero, ¿por qué? Le pregunto esto porque el caballero Danceny afirma que no hay tal mal y que casi todo el mundo ama; si es así, no veo por qué yo he de ser la única en privarme de

ello; ¿o es que sólo es un mal para las señoritas? Porque yo he oído a mi misma mamá decir que la señora D... amaba al señor M..., y no hablaba como de una cosa que estuviera mal; sin embargo, estoy segura de que se enfandaría conmigo si siquiera sospechara mi amistad con el señor Danceny. Mamá sigue tratándome como una chiquilla; y no me dice nada de nada. Yo creía, cuando me hizo salir del convento, que era para casarme; pero ahora me parece que no: no es que esto me preocupe, se lo aseguro; pero usted, que es tan amiga de ella, sabe sin duda lo que hay; y, si usted lo sabe, confío en que me lo dirá.

Ya es bien larga esta carta, señora; pero, puesto que usted me ha prometido escribirle, me he aprovechado para decírsele todo, contando con su amistad.

Tengo el honor de ser, etc.

París. 23 agosto 17...

CARTA XXVIII

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

¡Cómo, señorita! ¿Sigue usted negándose a responderme? Nada logra enternecerla y cada día se lleva con él la esperanza que trajo. ¿Qué amistad es esa que deja usted subsistir entre nosotros, si no es bastante poderosa para hacerla sensible a mi pena; si le permite a usted permanecer tranquila y fría, mientras yo sufro la tortura de un fuego que no puedo apagar; sí, lejos de inspirarle confianza, no es bastante ni siquiera para hacer nacer piedad? ¡Cómo! ¡Su amigo sufre y usted no hace nada para remediarlo! ¡No le pide a usted más que una palabra y usted se la niega! ¿Y quiere usted que se contente con un sentimiento tan pobre, del que hasta teme reiterarle las seguridades?

Decía usted ayer que no quisiera ser ingrata. ¡Ah! Créame, señorita, querer pagar amor con amistad no es ya temer la ingratitud, sino hasta su apariencia. Pero no oso hablarle

más de un sentimiento que le puede pesar, si no le interesa; habré de encerrarlo en mí, esperando aprender a vencerlo. Sé lo penoso que es este trabajo; no se me oculta que tendré necesidad de todas mis fuerzas; recurriré a todos los medios; el más duro para mi corazón es el de repetirme con frecuencia que el de usted es insensible. Procuraré también verla menos y ya estoy buscando para ello un pretexto admisible.

¡Cómo! ¿He de perder la dulce costumbre de verla a usted todos los días? ¡Ah! Por lo menos, no cesaré de sentir su ausencia. ¡Un infortunio eterno será el pago del más tierno amor; y usted lo habrá querido, esa será su obra! Presiento que jamás recobraré la dicha que pierdo hoy; sólo usted satisfacía a mi corazón. ¡Con qué placer haré el juramento de no vivir más que para usted! Pero usted no quiere aceptarlo; su silencio me demuestra que su corazón no le dice nada para mí; esto es a la vez la prueba más segura de su indiferencia y la manera más cruel de comunicármela. Adiós, señorita.

No me atrevo a ilusionarme con una respuesta: el amor la hubiera dictado con apesuramiento; la amistad, con placer, hasta la piedad con complacencia; pero la piedad, el amor y la amistad son completamente ajenos a su corazón.

París. 23 agosto 17...

C A R T A X X I X

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Bien te decía yo, Sofía, que hay ocasiones en las que se puede escribir; y te aseguro que me reprocho vivamente haber seguido tu opinión, que tanto nos ha apenado al caballero Danceny y a mí. La prueba de que yo tenía razón es que la señora de Merteuil, que es una mujer que lo sabe bien seguramente, ha acabado por pensar como yo. Se lo confesé todo, Me dijo al principio lo mismo que tú; pero cuando todo se lo expliqué, reconoció que el caso era diferente; sólo exige que

le haga ver todas mis cartas y todas las del caballero Danceny, a fin de estar segura de que no diré sino lo que deba; así, pues, ya estoy tranquila. ¡Dios mío, cuánto quiero a la señora de Merteuil! ¡Qué buena es! Y es una mujer muy respetable. Por tanto, no hay nada que decir.

¡Cómo voy a escribirle al señor Danceny y qué contento se va a poner! Más de lo que cree, porque, hasta aquí, no le hablaba más que de mi amistad y él pedía sin cesar que dijera mi amor. Yo creía que era la misma cosa, pero con todo no me atrevía y él se empeñaba en ello. Se lo he consultado a la señora de Merteuil y me ha dicho que yo tenía razón y que no se debe confesar el amor más que cuando no se puede pasar por otro punto; ahora bien, yo estoy segura de que no podré abstenerme por más tiempo; después de todo, es la misma cosa y eso le agradará más.

La señora de Merteuil me ha dicho también que me prestará libros que hablan de todo esto y que me enseñarán a conducirme como debo y también a escribir mejor que lo hago; porque, mira, ella me señala todas mis faltas, lo que es prueba de que me quiere bien; sólo me ha recomendado no decirle nada a mamá de estos libros, porque esto parecería acusarla de haber descuidado mi educación, lo que la podría enojar. ¡Es, de todos modos, muy extraordinario que una mujer que casi no es pariente mía, cuide más de mí que mi madre! ¡Es una gran suerte para mí haberla conocido!

Le ha pedido también a mamá que me deje ir pasado mañana a su palco de la Opera con ella; y me ha dicho que estaremos solas y podremos hablar durante toda la función, sin que nos oiga nadie; yo prefiero esto a la Opera. Hablaremos también de mi casamiento; porque me ha dicho que es verdad que se trata de casarme, pero no hemos podido hablar más de esto. Verdaderamente, ¿no es también muy extraño que mamá no me haya dicho nada?

Adiós, mi Sofía; voy a escribirle al caballero Danceny. ¡Oh! Estoy muy contenta.

24 agosto 17...

C A R T A X X X

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

Al fin, señor, consiento en escribirle y asegurarle mi amistad, mi *amor*, ya que sin esto sería usted desgraciado. Dice usted que no tengo buen corazón; le aseguro que se engaña y creo que ahora ya no lo dudará. Si ha tenido usted pena porque yo no le escribía, ¿cree que eso no me apenaba a mí también? Pero es que por nada del mundo quería hacer algo que estuviera mal; y aún seguramente no le habría confesado mi amor, si hubiera podido abstenerme de ello; pero, su tristeza me apenaba demasiado. Creo que ahora ya no la tendrá usted y que vamos a ser muy felices.

Cuento con tener el placer de verlo esta noche y con que venga usted temprano; nunca lo será tanto como yo deseo. Mamá come en casa y supongo que lo invitará a quedarse; espero que no esté usted comprometido como anteanoche. ¿Tan agradable era la comida a la que iba usted? Porque se fué usted bien pronto. Pero, en fin, no hablemos de eso; ahora, que ya sabe usted que lo amo, creo que se quedará conmigo lo más que pueda; porque yo no estoy contenta más que cuando estoy con usted y quisiera que a usted le ocurriera lo mismo.

Siento mucho que todavía esté usted triste; pero no es culpa mía. Pediré tocar mi arpa en cuanto usted llegue a fin de que tenga en seguida mi carta. No puedo hacer más.

Adiós, señor. Lo amo de todo corazón; cuanto más se lo digo, más contenta estoy; confío en que usted también lo estará.

24 agosto 17...

C A R T A X X X I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

Sí, sin duda, seremos felices. Mi felicidad es segura, puesto que soy amado por usted; la suya no acabará jamás, si ha

de durar tanto como el amor que me ha inspirado. ¡Cómo! ¡Usted me ama, no teme ya darme seguridades de su amor! ¡Cuanto más me lo dice, más contenta está! Después de haber leído ese delicioso *lo amo a usted*, escrito por su mano; he oído a su bella boca repetirme tal confesión. He visto fijarse en mí sus ojos encantadores, aún más embellecidos por la expresión de la ternura. He recibido sus juramentos de vivir siempre para mí. ¡Oh! Reciba usted el mío de consagrar toda mi vida a su felicidad; recíbaló, esté segura de que no lo he de traicionar.

¡Qué feliz velada pasamos anoche! ¡Ah! ¿Por qué la señora de Mertenil no tiene todos los días secretos que confiarle a su mamá? ¿Por qué la idea de la cohibición que nos aguarda ha de venir a mezclarse al delicioso recuerdo que me embarga? ¿Por qué no puedo tener sin cesar esa linda mano que me ha escrito *lo amo a usted*, cubrirla de besos y vengarme así de haberme negado una dicha mayor?

Dígame, Cecilia mía, cuando su mamá volvió; cuando nos vimos forzados por su presencia a no cruzar entre nosotros más que miradas indiferentes; cuando no podía usted ya consolarme con la seguridad de su amor, de su negativa a darme pruebas, ¿no sintió usted ningún pesar? ¿No se dijo usted: un beso lo hubiera hecho más feliz y yo le he arrebatado esa felicidad? Prométame, mi amable amiga, que en la primera ocasión será usted menos severa. Con la ayuda de esa promesa, lograré valor para soportar las contrariedades que las circunstancias nos preparan; y las muchas privaciones serán al menos endulzadas por la certidumbre de que usted comparte el pesar de ellas.

Adiós, mi encantadora Cecilia; es la hora en que debo ir a su casa. Me sería imposible separarme de usted, si no fuera para ir a verla nuevamente. ¡Adiós, mi Cecilia, a la que amo tanto, a la que amaré más cada día!

25 agosto 17...

C A R T A X X X I I

La señora de Volanges a la presidenta de Tourvel.

¿Quiere usted, señora, que yo crea en la virtud del señor de Valmont? Confieso que no puedo decidirme y que me costaría tanto trabajo juzgarlo honrado por el solo hecho que usted me refiere como juzgar vicioso a un acreditado hombre de bien del que supiera una sola falta. La humanidad no es perfecta en ningún orden, ni en el del mal ni en el del bien. El malvado tiene sus virtudes, como el hombre honrado sus flaquezas. Me parece tanto más preciso creer esta verdad cuanto que de ella se deriva la necesidad de la indulgencia para los malos, como para los buenos; y preserva a éstos del orgullo y salva a los otros del desaliento. Encontraría usted, sin duda, que practico muy mal en este momento esa indulgencia que predico; pero no veo en ella más que una debilidad peligrosa cuando nos lleva a tratar lo mismo al vicioso que al hombre de bien.

No he de permitirme escrutar los motivos de la acción del señor de Valmont; quiero creer que son tan laudables como ella; pero, ¿obsta eso para que haya pasado su vida llevando a las familias la perturbación, la deshonra y el escándalo? Escuche usted, si quiere, la voz de los desgraciados que ha socorrido; pero que ella no le impida oír los gritos de las cien víctimas que ha inmolado. Aunque no hubiera en él, como usted dice, más que el ejemplo del peligro de las relaciones, ¿dejaría de ser él mismo una relación peligrosa? ¿Usted lo supone susceptible de una feliz enmienda? Vayamos más lejos; supongamos realizado ese milagro. ¿No seguiría contra él la opinión pública y ésta no basta para guiar la conducta de usted? Sólo Dios puede absolver en el instante del arrepentimiento: él lee en los corazones; pero los hombres no pueden juzgar las ideas más que por los actos; y ninguno de ellos, después de haber perdido la estimación de los demás, tiene derecho a quejarse de la indefectible desconfianza que hace esa pérdida tan difícil de reparar. Piense usted, sobre todo, mi

joven amiga, que a veces basta para perder esa estimación parecer que se le da poco valor: y no tache esta severidad de injusticia; porque, aparte que hay razón para creer que no se renuncia a ese precioso bien cuando se tiene derecho a pretenderlo, está, en efecto, más cerca de hacer el mal quien deja de ser contenido por ese poderoso freno. Tal sería el aspecto en que la mostraría a usted una relación íntima con el señor de Valmont, por inocente que pudiera ser.

Alarmada por el calor con que usted lo defiende, me apresuro a prevenir las objeciones que preveo. Me citará usted a la señora de Merteuil, a quien se le ha perdonado esa relación; me preguntará usted por qué yo lo recibo en mi casa; me dirá que, lejos de ser rechazado por las gentes honradas, es admitido, hasta buscado en lo que se llama la buena sociedad. Creo que puedo responder a todo.

En primer término, la señora de Merteuil, efectivamente muy estimable, no tiene acaso otro defecto que demasiada confianza en sus fuerzas; es un diestro guía que se complace en conducir un carro por entre las rocas y los precipicios y al que sólo justifica el éxito; es justo elogiarla, pero sería imprudente seguirla; ella misma lo reconoce y se acusa. A medida que ha visto más, sus principios se han ido haciendo más severos; y no temo asegurarle a usted que pensaría como yo.

En lo que me concierne, no he de justificarme más que los otros. Sin duda, yo recibo al señor Valmont, que es recibido en todas partes; esta es una inconsecuencia más que añadir a las muchas que rigen la sociedad. Usted sabe, como yo, que se pasa la vida señalándolas, lamentándolas y cayendo en ellas. El señor de Valmont, con su ilustre nombre, una gran fortuna y muchas cualidades amables, se percató pronto de que para tener imperio en la sociedad basta manejar con igual destreza el halago y el ridículo. Nadie posee como él ese doble talento: seduce con el uno y se hace temer con el otro. No se le estima, pero se le adula. Tal es su existencia en medio de una gente que, más prudente que valerosa, prefiere halagarlo a combatirlo.

Pero ni la misma señora de Merteuil ni ninguna otra mu-

jer osaría ciertamente ir a recluirse en el campo, casi a solas con tal hombre. Le estaba reservado a la más prudente, a la más recatada de todas dar este ejemplo de inconsciencia; perdóneme usted esta palabra; se le escapa a la amistad. Mi bella amiga, la traiciona a usted su misma honestidad por la seguridad que le inspira. Piense, pues, que tendrá por jueces, de una parte a gentes frívolas que no creerán en una virtud de la que no tienen el modelo en casa, y de otra, a gentes malas que fingirán no creer en ella, para castigarla a usted por haberla tenido. Considere usted que hace en estos momentos lo que algunos hombres no osarían arriesgar. En efecto, entre los jóvenes, de los que el señor de Valmont se ha hecho el oráculo, veo a los más prudentes mostrar temor a parecer ligados muy íntimamente con él; ¿y usted no lo teme? ¡Ah, vuelva usted, vuelva, se lo encarezco!... Si mis razones no bastan a persuadirla, ceda a mi amistad; es ésta la que me hace repetir mis instancias y ha de justificarlas. Usted la encontrará severa y yo deseo que sea innecesaria; mas prefiero que tenga usted que quejarse de su solicitud a que haya de hacerlo de su negligencia.

24 agosto 17...

C A R T A X X X I I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

Desde el momento en que teme usted vencer, querido vizconde, que su plan es proveer de armas contra sí y que, más que triunfar, desea combatir, no tengo nada que decirle. Su conducta es una obra maestra de prudencia. Sería una tontería en la suposición contraria; y, si he de decirle la verdad, temo que se haga usted ilusiones.

Lo que le reprocho no es haber dejado de aprovechar el momento propicio. Por una parte, no veo claramente que éste hubiera llegado; por otra, sé bien que, dígase lo que se quiera, una ocasión perdida se puede volver a encontrar; en tanto que una precipitación jamás se enmienda.

Pero, lo verdaderamente propio de un chico de la escuela es haberse lanzado a escribir. Lo desafío a que prevea adónde lo puede eso llevar. ¿Por casualidad, espera usted probarle a esa mujer que debe rendirse? Me parece que eso no puede ser más que una verdad de sentimiento y no de demostración; y que, para hacerla admitir, se trata de enternecer y no de razonar; pero, ¿de qué le servirá enternecer por cartas si no está allí para aprovecharse de ello? Aunque sus lindas frases produjeran la embriaguez del amor, ¿puede usted presumir que ésta sea bastante prolongada para que la reflexión no tenga tiempo de impedir su confesión? Piense usted en el que se necesita para escribir una carta, en el que transcurre antes de enviarla y diga si una mujer, sobre todo de principios como su devota, puede querer durante tanto tiempo lo que procura no querer jamás. Ese procedimiento puede dar resultado con chiquillas que al escribir te amo, no saben que dicen me rindo. Pero la virtud razonadora de la señora de Tourvel me parece que conoce muy bien el valor de los términos. Así, a pesar de las ventajas que haya usted logrado sobre ella en la conversación, ella lo bate a usted en las cartas. Y, además, ¿sabe usted lo que suele ocurrir? Por el sólo hecho de disputar no se quiere ceder. A fuerza de buscar buenas razones se acaba por encontrarlas, se aducen, y luego se sostienen, no tanto por ser buenas, cuanto por no rectificar.

Además, una observación que me extraña que usted no haya hecho, es que nada hay tan difícil en amor como escribir de un modo verosímil; no es que no se use de los mismos términos, sino que no se les arregla lo mismo, o más bien, que se les arregla, y eso basta. Relea usted su carta: en ella impera un orden que lo delata a cada frase. Quiero creer que su Presidenta no está bastante avezada para notarlo; pero, ¿qué importa? El efecto resulta igualmente fallido. Este es el defecto de las novelas: el autor echa los bofes para acalorarse, y el lector permanece frío. *Eloísa* es la única que se puede exceptuar, y a pesar del talento del autor, esta observación me ha parecido siempre verdadera en el fondo. No ocurre lo mismo al hablar. La costumbre de ejercitar su órgano le da sensibilidad; la facilidad de las lágrimas la aumenta; la expre-

sión del deseo se confunde en los ojos con la de la ternura; en fin, el discurso menos congruente lleva anejo ese aire de turbación y de desorden que es la verdadera elocuencia del amor; y, sobre todo, la presencia del objeto amado impide la reflexión y nos hace desear ser vencidas.

Créame, vizconde: le piden que no escriba más; aprovechese de ello para reparar su falta y espere la ocasión de hablar. ¿Sabe usted que esa mujer es más fuerte de lo que yo creía? Su defensa es buena; y, sin la longitud de su carta y el pretexto que le da para volver a entrar en materia con su frase de reconocimiento, no se habría traicionado en nada.

Lo que me parece, además, que debe tranquilizarlo respecto al éxito es que emplea demasiada fuerza de una vez; preveo que la agotará en la defensa de palabra y que no le quedará ninguna para la de hecho.

Le devuelvo a usted sus dos cartas, y si es usted prudente éstas serán las últimas hasta después del feliz momento. Si fuera menos tarde le hablaría de la joven Volanges, que avanza bastante aprisa y de la que estoy muy contenta. Creo que habré terminado antes que usted, por lo que debe estar muy avergonzado. Adiós por hoy.

24 agosto 17...

C A R T A X X X I V

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Habla usted a las mil maravillas, mi bella amiga; pero, ¿por qué se cansa tanto en probar lo que nadie ignora? Para ir de prisa en amor vale más hablar que escribir: he aquí, a mi entender, toda su carta. Pues bien, eso entra en los más simples elementos del arte de seducir. Sólo he de observar que usted no hace más que una excepción, y hay dos. A las chiquillas que siguen ese proceder por timidez y se entregan por ignorancia, hay que agregar las mujeres intelectuales que se interesan en el juego por amor propio y van a caer en la trampa por vanidad. Por ejemplo, yo estoy seguro de que la con-

desa de B..., que respondió sin dificultad a mi primera carta, no sentía por mí entonces más amor que yo por ella y no vió más que la ocasión de tratar un tema en el que podía lucirse.

Comoquiera que sea, un abogado le diría que el principio no tiene aplicación al caso. En efecto, usted supone que yo tengo la elección entre escribir y hablar, y no es así. Desde el incidente del 19, mi inhumana, que se mantiene a la defensiva, ha desplegado para evitar nuestros encuentros una habilidad que ha desconcertado la mía. Tanto que, si esto continúa, me forzaré a buscar seriamente los medios de recuperar la ventaja perdida; porque, ciertamente, no quiero ser vencido por ella en ningún orden. Mis mismas cartas son objeto de una guerra de escaramuzas: no contenta con no contestarlas, se niega a recibir las. Es preciso para cada una de ellas un ardid nuevo, que no siempre tiene resultado.

Recordará usted por qué medio tan sencillo le remití la primera; la segunda no ofreció más dificultad. Ella me había pedido que le devolviera su carta y, en lugar de ella, le di la mía, sin que sospechara nada. Mas, ya fuera por el despecho de haber sido engañada, ya fuera por capricho o ya por virtud, en la que me forzaré a creer, se negó obstinadamente a recibir la tercera. Espero, sin embargo, que la perplejidad en que no puede menos de estar por efecto de esta negativa, la corregirá para el porvenir.

No me sorprendió gran cosa que no quisiera recibir esa carta que yo le ofrecí sencillamente; recibirla hubiera sido ya conceder algo y yo esperaba una defensa más prolongada. Tras tal tentativa, que no fué más que una exploración hecha de pasada, metí la carta en un sobre; y, eligiendo la hora del tocado, en que estaban presentes la señora de Rosemonde y la doncella, se la envié con mi ayuda de cámara, encargado de decirle que era el papel que ella me había pedido. Yo había supuesto bien que temería la explicación escandalosa que haría necesaria una negativa; en efecto, cogió la carta; y, mi embajador, que tenía orden de observar su semblante y que no ve mal, no advirtió más que un ligero sonrojo y más confusión que cólera.

Me felicitaba, pues, seguro de que se quedaría con la car-

ta o de que, si quería devolvérmela, habría de encontrarse a solas conmigo, lo que me daría ocasión de hablarle. Una hora más tarde, aproximadamente, uno de sus criados entró en mi habitación y me entregó de parte de su señora un sobre de distinta forma que el mío, en el que vi su deseada letra. Lo abrí precipitadamente. Era mi misma carta, sin abrir y doblada. Supongo que el temor a que yo fuese menos escrupuloso que ella respecto al escándalo le hizo emplear esa treta diabólica.

Ya me conoce usted; no necesito, pues, describirle mi furor. Tuve, sin embargo, que recobrar mi sangre fría y buscar nuevos medios. He aquí el único que encontré.

Todas las mañanas se va desde aquí a recoger las cartas a la estafeta de Correos, que está a tres cuartos de legua aproximadamente; se emplea con tal objeto una caja cerrada, de la que la señora de Rosemonde tiene una llave y el encargado de la estafeta otra. Durante el día, cada cual echa sus cartas cuando le parece; son llevadas al correo y, por la mañana, se va recoger las que han llegado. Todos los criados, extraños o no, hacen igualmente ese servicio. No era el turno del mío; pero éste se encargó de ir con el pretexto de que tenía que hacer un encargo por aquella parte.

Entretanto, yo escribí mi carta. Desfiguré la letra en el sobre y falsifiqué bastante bien el matasellos de Dijón. Elegí esa ciudad porque me pareció más chusco; puesto que pedía los mismos derechos que el marido, escribí también desde el mismo lugar y, además, porque mi bella había manifestado durante todo el día su deseo de recibir cartas de Dijón: Me pareció justo proporcionarle tal placer.

Una vez tomadas estas precauciones, era fácil unir mi carta a las otras. Ganaba además con este expediente el ser testigo de la recepción; porque aquí es costumbre reunirse para almorzar y esperar la llegada de las cartas antes de separarse. Al fin llegaron.

La señora de Rosemonde abrió la caja. “De Dijón”, dijo, dando la carta a la señora de Tourvel. “Esa no es la letra de mi marido”, replicó ésta con tono de inquietud, rompiendo el sobre con vivacidad: a la primera ojeada se dió cuenta y se

produjo tal alteración en su rostro que la señora de Rosemonde la advirtió y le dijo: “¿Qué tiene usted?” Yo me acerqué también, diciendo: “¿Tan terrible es esa carta?” La tímida devota no osaba alzar los ojos, no decía nada y para disimular su confusión fingió leer la epístola, que no estaba en estado de entender. Yo gozaba con su turbación y, no desagradándome acosarla un poco, agregué: “Su aspecto más tranquilo hace suponer que esa carta ha causado más sorpresa que dolor”. La cólera la inspiró entonces mejor que hubiera podido hacerlo la prudencia: “Contiene, replicó, cosas que me ofenden y que me asombra que se haya osado escribirme”. “¿Quién?”, preguntó la señora de Rosemonde. “La carta no tiene firma, respondió la bella enfadada, pero ella y su autor me inspiran igual desprecio. Se me obligará a no hablar más.” Al decir estas palabras rasgó la audaz misiva, metió los pedazos en su bolsillo, se levantó y salió.

A pesar de su cólera, no deja de tener mi carta, y remito a su curiosidad la solicitud de leerla por completo.

Los detalles de la jornada me llevarían muy lejos. Adjunto en este relato los borradores de mis dos cartas. Si usted quiere estar al corriente de esta correspondencia, tendrá que acostumbrarse a descifrar mis minutas; porque por nada del mundo me tomaría el fastidioso trabajo de copiarlas. Adiós, mi bella amiga.

25 agosto 17...

C A R T A X X X V

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

Tengo que obedecerla, señora; he de probarle que, en medio de las faltas que usted se complace en atribuirme, me queda al menos bastante delicadeza para no permitirme un reproche y bastante valor para imponerme los más dolorosos sacrificios. ¿Me impone usted el silencio y el olvido? Pues bien, yo forzaré a mi amor a callarse; y olvidaré, si es posible, la cruel acogida que usted le ha hecho. Sin duda, el deseo

de complacerla no me daba derecho alguno; y confieso además que mi necesidad de su indulgencia no era un título para obtenerla; pero usted considera mi amor como un ultraje; olvida usted que, si pudiera ser una falta, usted misma sería su motivo y su excusa a la par. Olvida también que, acostumbrado a franquearle mi alma, aun cuando esta confianza me pudiera perjudicar, no me es ya posible ocultarle los sentimientos de que estoy penetrado; y lo que fué obra de mi buena fe, lo mira usted como producto de la audacia. Por premio del amor más tierno, más verdadero, más respetuoso, me rechaza usted lejos de sí. Me habla, en fin, de su odio. ¿Qué otro no se quejaría de ser tratado así? Sólo yo me someto; lo sufro todo y no murmuro. Usted pega y yo adoro. El inconcebible imperio que tiene usted sobre mí, la hace señora absoluta de mis sentimientos; y, si mi amor sólo se le resiste, si no puede destruirlo, eso es obra suya y no mía.

No pido un cambio de proceder con el que jamás me he ilusionado. No espero siquiera la piedad que el interés que usted hubo de demostrarme alguna vez me hacía esperar. Pero creo, lo declaro, poder reclamar su justicia.

Me dice usted, señora, que se ha procurado perjudicarme en su concepto. Si hubiera creído usted los consejos de sus amigos ni siquiera me hubiera permitido acercarme a su persona: estos son sus términos. ¿Quiénes son esos amigos officiosos? Indudablemente, esas personas tan severas y de una virtud tan rígida han de consentir que se les nombre; indudablemente no han de querer recatarse en una sombra que las confundiría con viles calumniadores; y yo no ignoraré ni sus nombres ni sus denuncias. Piense usted, señora, que tengo derecho a saber una cosa y otra, puesto que usted me juzga por ellas. No se condena a un culpable sin decirle su crimen, sin nombrarle sus acusadores. No pido otra merced y me comprometo de antemano a justificarme, a forzarlos a rectificar.

Yo he despreciado excesivamente tal vez el vano clamoreo de un público del que hago poco caso; pero no me ocurre lo mismo con la estimación de usted; y cuando consagro mi vida a merecerla no he de dejar arrebátarmela impunemente. Me es tanto más preciosa por cuanto le deberé sin duda esa petición

que usted teme hacerme y que me daría, según usted dice, *derechos a su reconocimiento*. ¡ Ah! Lejos de exigirselo, creería yo debérselo, si me ofreciera la ocasión de serle agradable. Empiece usted, pues, a hacerme más justicia, no dejándome más en la ignorancia de lo que desea de mí. Si yo pudiera adivinarlo, le ahorraría la molestia de decírmelo. Agregue usted al placer de verla la dicha de servirla y me congratularé de su indulgencia. ¿Qué le puede detener? ¿No creo que sea el temor a un desaire? Esto no se lo podría perdonar. No lo es el negarme a devolverle su carta. Más que usted deseo yo que no me sea necesaria; pero, acostumbrado a creer su alma tan dulce, sólo en esa carta la puedo hallar cual usted quiere parecer. Cuando hago el voto de lograr que sea usted sensible, veo en ella que antes de acceder a él, huirá usted a cien leguas de mí; cuando todo en usted aumenta y justifica mi amor, es ella también la que me repite que mi amor la ultraja a usted, y cuando, al verla, este amor me parece el bien supremo, tengo necesidad de leerla para sentir que no es sino un tormento horrible. Comprenderá usted ahora que mi mayor ventura sería poder devolverle esa carta fatal; seguir pidiéndomela será autorizarme a no dar crédito a su contenido; creo que no dudará usted ya de mi apresuramiento a remitírsela.

21 agosto 17...

C A R T A X X X V I

El visconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

(Con sello de Dijón.)

Su severidad, señora, es cada día mayor y, si oso decírselo, parece que teme usted menos ser injusta que ser indulgente. Después de haberme condenado sin oírme, ha debido de comprender, en efecto, que le sería más fácil no leer mis razones que refutarlas. Rehusa usted mis cartas con obstinación; me las devuelve con desprecio. Me fuerza usted, en fin, a recurrir a la astucia en el momento preciso en que mi único objeto es convencerla de mi buena fe. La necesidad en que me ha

puesto usted de defenderme, bastará sin duda para excusar los medios. Convencido, además, por la sinceridad de mis sentimientos de que me basta hacerlos conocer bien para justificarlos a sus ojos, he creído poder permitirme esta pequeña treta. Oso creer también que usted me la perdonará, y que no le sorprenderá mucho que el amor sea más ingenioso para mostrarse que la indiferencia para rechazarlo.

Permita, pues, señora, que mi corazón se desvele por completo ante usted. Es justo que lo conozca, puesto que le pertenece.

Yo estaba muy lejos, al llegar a casa de la señora de Rosemonde, de prever la suerte que me aguardaba. Ignoraba que usted estuviera en ella; y aún he de agregar, con la sinceridad que me caracteriza, que, aunque lo hubiera sabido, no se hubiera alterado mi tranquilidad; no es que yo no rindiese a su belleza la justa pleitesía que no se le puede rehusar; pero, acostumbrado a no sentir más que deseos, a no entregarme más que a los alentados por la esperanza, no conocía los tormentos del amor.

Usted fué testigo de las instancias que me hizo la señora de Rosemonde para retenerme por algún tiempo. Ya había pasado un día con ustedes; sin embargo, no me rendí, o al menos no creí rendirme más que al placer, tan natural y legítimo, de mostrar atenciones a una pariente respetable. El género de vida que se hacía aquí se diferenciaba mucho, sin duda, del que me era habitual; ¡no me costó nada adoptarme a él! Y sin cuidarme de penetrar la causa del cambio que se operaba en mí, lo imputé únicamente a la malabealidad de carácter de la que ya creo haberle hablado.

Desgraciadamente (¿y por qué ha de ser una desgracia?), al conocerla a usted mejor, advertí pronto que su encantador semblante, que era lo único que me había impresionado, constituía el menor de sus dones; su alma celestial asombró, sedujo a la mía. Admiraba la belleza, adoraba la virtud. Al impetrar su indulgencia para el pasado ambicionaba su sufragio para el porvenir. Sin pretender lograrla, procuraba merecerla. Buscaba su aprobación en sus frases; la espiaba en sus miradas, en esas miradas que emitían un veneno tanto más

peligroso cuanto que era expandido mi propósito y recibido sin desconfianza.

Entonces conocí el amor. Pero, ¡qué lejos estaba de quejarme! Resuelto a sepultarlo en un eterno silencio, me entregaba sin temor y sin reserva a tan delicioso sentimiento. Su imperio era mayor cada día. El placer de verla se trocó pronto en necesidad. Si se ausentaba usted un momento, mi corazón se oprimía tristemente; al ruido que anunciaba su retorno palpitaba de alegría. Yo no existía ya más que por usted y para usted. Sin embargo, requiero su propio testimonio: jamás en la alegría de los juegos retozones ni en el interés de una conversación seria, se me escapó una palabra que pudiera traicionar el secreto de mi corazón.

Al fin llegó un día en el que debía comenzar mi infortunio; y, por una fatalidad inconcebible una buena acción fué la señal. Sí, señora, fué en medio de los desgraciados a los que yo acababa de socorrer, donde, entregándose a esa exquisita sensibilidad que embellece la misma belleza y acrece el valor de la virtud, acabó usted de extraviar a un corazón, al que ya embriagaba un exceso de amor. ¿No recuerda usted qué preocupación se apoderó de mí al regreso? ¡Ay! Intentaba combatir una inclinación que sentía hacerse más fuerte que yo.

Fué después de haber agotado mis fuerzas en ese desigual combate, cuando una casualidad que yo no había podido prever me hizo encontrarme con usted a solas. Allí sucumbí, lo confieso. Mi corazón, demasiado henchido, no pudo retener sus frases ni sus lágrimas. Pero ¿eso es un crimen? Y, si lo es, ¿no está bastante castigado por las espantosas torturas a que estoy sometido?

Devorado por un amor sin esperanza, imploro su piedad y no encuentro más que su odio; sin otra ventura que la de verla a usted, mis ojos la buscan a pesar mío y tiemblo al encontrar sus miradas. En el estado cruel a que usted me ha reducido paso los días disimulando mis pesares y las noches entregándome a ellos; en tanto que usted, tranquila y serena, no conoce estos tormentos más que para causarlos y ufanarse de ello. Sin embargo, es usted quien se queja y yo quien me excuso.

He aquí, señora, he aquí el relato fiel de lo que usted llama mis faltas y que sería más justo llamar mis desdichas. Un amor puro y sincero, un respeto que jamás se ha desmentido, una sumisión completa. Tales son los sentimientos que usted me ha inspirado. No habría temido ofrecer el homenaje de ellos a la misma Divinidad. ¡Oh, usted, que es su más bella obra, imítela en su indulgencia! Piense en mis crueles penas; piense, sobre todo que, colocado por usted entre la desesperación y la felicidad suprema, la primera palabra que usted pronuncie decidirá para siempre mi suerte.

23 agosto 17...

C A R T A X X X V I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.

Me someto, señora, a los consejos que me da su amistad Acostumbrada a atender siempre sus opiniones, lo estoy igualmente a creer que todas son conformes a la razón. Hasta le confesaré que el señor de Valmont debe de ser infinitamente peligroso, si puede a la par fingir lo que parece aquí y ser tal cual usted me lo pinta. Comoquiera que sea, puesto que usted lo exige, lo alejaré de mí; al menos, haré lo posible; porque, frecuentemente, las cosas que en el fondo debieran ser más sencillas, se hacen muy embarazosas por la forma de ejecutarlas.

Me sigue pareciendo impracticable el hacer esa petición a la señora de Rosemonde; resultaría igualmente molesta para ella y para él. No tomaré tampoco sin alguna repugnancia el partido de alejarme yo; porque, aparte las razones que le expuse, relativas al señor de Tourvel, si mi partida contrariase al señor de Valmont, ¿no tendría facilidad para seguirme a París? Y su retorno, del que yo sería o, al menos parecería el objeto, ¿no resultaría más extraño que un encuentro en el campo, en casa de una persona que se sabe que es tía suya y amiga mía?

No me queda, pues, otro recurso que el de obtener de él mismo que tenga la complacencia de alejarse. Comprendo que esta proposición es difícil de hacer; sin embargo, como me parece que él tiene empeño en probarme que es más honrado de lo que se le supone, no desespero de lograr lo que deseamos. Ni siquiera me disgustará intentarlo y tener así ocasión de juzgar si, como dice frecuentemente, las mujeres honradas no han tenido que quejarse jamás de sus procedimientos. Si se va, como deseo, lo hará en efecto por consideración a mí; porque no puedo dudar que tiene el proyecto de pasar aquí gran parte del otoño. Si desatiende mi petición y se obstina en quedarse, siempre estaré a tiempo de irme yo y le prometo a usted hacerlo.

Creo que esto es, señora, todo lo que exige usted de mí; me apresuro a complacerla y a probarle que, a pesar *del calor* que he podido poner en defender al Sr. De Valmont, no dejo de estar dispuesta, no ya a escuchar, sino hasta a seguir los consejos de mis amigos.

Tengo el honor de ser, etc.

25 agosto 17...

C A R T A X X X V I I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

Acabo de recibir, mi querido vizconde, su enorme paquete de cartas. Si es exacta la fecha, debí recibirlo veinticuatro horas antes; comoquiera que sea, si empleara el tiempo preciso en leerlas, no lo tendría para contestarle. Prefiero, pues, limitarme a acusarle recibo de ellas y hablarle de otra cosa. Esto no significa que yo no tenga nada que decirle por mi parte; el otoño casi no deja en París hombres con figura humana, y así, yo estoy desde hace un mes en un recogimiento mortal y lejos, por otra parte, de fatigar con mi constancia a mi caballero. No teniendo en qué ocuparme, me distraigo con la joven Volanges; y es de ella de quien le quiero hablar. ¿Sabe usted que ha perdido más de lo que cree al no en-

cargarse de esta niña? ¡Es verdaderamente deliciosa! No tiene ni carácter ni principios; juzgue usted lo fácil y dulce que será su trato. No creo que brille jamás por los sentimientos; pero todo anuncia en ella las más vivas sensaciones. Sin inteligencia y sin sagacidad, tiene, sin embargo, cierta falsía natural, si se puede hablar así, que, a veces, me sorprende a mí misma y que tendrá éxito, tanto más cuanto que en su casa ofrece la imagen del candor y la ingenuidad. Es, naturalmente, muy cariñosa, con lo que me divierte a veces; su cabecita se encalabrina con increíble facilidad; y cuando esto ocurre, resulta tanto más graciosa cuanto que no sabe nada, absolutamente nada de lo que tanto desea saber. Le entran impacencias muy chuscas; ríe, se despecha, llora, y luego me pide que la instruya con una buena fe realmente seductora. En verdad, estoy casi celosa del hombre a quien le está reservado tal placer.

No sé si le he participado ya que, desde hace cuatro o cinco días, tengo el honor de ser su confidente. Al principio, como supondrá usted, me hice la severa; pero en cuanto advertí que ella creía haberme convencido con sus malas razones, aparenté tomar éstas por buenas y ya está íntimamente persuadida de que debe ese éxito a su elocuencia. Le permití escribir y decir *yo amo*; y el mismo día le preparé, sin que se diera cuenta, un coloquio a solas con su Danceny. Pero figúrese si éste será tonto que ni siquiera obtuvo un beso. Sin embargo, el galán hace muy lindos versos. ¡Dios mío, qué idiotas son las gentes intelectuales! Este lo es hasta un punto que me contraría; porque, en fin, a él no puedo conducirlo.

Ahora es cuando me sería usted muy útil. Usted tiene bastante amistad con Danceny para obtener sus confidencias y, si él se las hiciera, iríamos muy de prisa. Despache usted a su presidenta, porque, en fin, yo no quiero que Gercourt se escape; por lo demás, le hablé de él ayer a la jovencita y se lo pinté tan bien que, si llevara diez años de ser su esposa, no lo odiaría más. Le he predicado mucho, sin embargo, sobre la fidelidad conyugal: no hay severidad igual a la mía sobre tal punto. Así, por una parte, confirmo mi reputación de vir-

tuosa, que una excesiva condescendencia podría destruir, y aumento en ella el odio con que quiero gratificar a su marido. En fin, confío en que, haciéndole creer que no le es permitido entregarse al amor más que durante el poco tiempo que le quede de soltera, se decidirá más rápidamente a no perder nada de él.

Adiós, vizconde; voy a mi tocador, donde leeré su volumen.

27 agosto 17...

C A R T A X X X I X

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Estoy triste e inquieta, mi querida Sofía. He pasado llorando casi toda la noche. No es que por el momento no sea muy dichosa; pero preveo que esto no durará.

Fuí ayer a la Opera con la señora de Merteuil; hablamos mucho de mi matrimonio y nada bueno supe de él. Es con el conde de Gercourt con quien debo casarme, y ello ha de ser por lo menos en el mes de octubre. Es rico, es noble, es coronel del regimiento de... Hasta aquí todo va bien. Pero, en primer lugar, es viejo; figúrate que tiene lo menos treinta y seis años; y luego, la señora de Merteuil afirma que es triste y severo y que teme que yo no sea feliz con él. He visto que hasta estaba segura de ello y que no quería decírmelo por no afligirme. Casi no me habló durante toda la velada más que de los deberes de las esposas para con sus maridos; reconoce que el Sr. De Gercourt no tiene nada de amable, y dice, sin embargo, que yo he de amarle forzosamente. ¿No me ha dicho también que, una vez casada, ya no deberé amar al caballero Danceny, como si eso fuera posible? ¡Oh! Te aseguro que lo amaré siempre. Antes que olvidarlo, preferiría no casarme. Qué ese Sr. De Gercourt se arregle como quiera; yo no he ido a buscarlo. Ahora está en Córcega, muy lejos de aquí; quisiera que permaneciese allí diez años. Si no temiera volver al convento, le diría a mamá que no quiero

ese marido; pero eso sería peor. Estoy muy apenada. Siento que no he amado nunca al Sr. Danceny tanto como ahora; y al pensar que no me queda más que un mes de estar como estoy, al punto se me llenan los ojos de lágrimas; no tengo más consuelo que la amistad de la señora de Merteuil; ¡tiene tan buen corazón! Siente todas mis penas como yo misma; y es tan amable, que a su lado ya no pienso en ellas. Por otra parte, me es muy útil; porque lo poco que sé es ella quien me lo ha enseñado; y es tan buena, que le digo todo lo que pienso, sin sentir vergüenza alguna. Cuando encuentra que algo no está bien me reprende a veces; pero lo hace con gran dulzura, y luego yo la beso de todo corazón, hasta que se le pasa el enfado. A ella, al menos, puedo amarla todo cuanto quiera, sin que haya mal en esto, en lo que encuentro un gran placer. Sin embargo, hemos convenido que yo no he de aparentar delante de la gente quererla tanto como la quiero, sobre todo delante de mamá, a fin de que no recele nada respecto al caballero Danceny. Te aseguro que, si pudiera vivir siempre como ahora, creo que sería muy feliz. ¡Si no existiera ese Sr. De Gercourt!... Pero no quiero hablarte más de él; volvería a ponerme triste. En lugar de eso, voy a escribirle al caballero Danceny; no le hablaré más que de mi amor, y no de mis penas, porque no quiero afligirlo.

Adiós, mi buena amiga. Ya ves que no tienes razón para quejarte y que, por muy ocupada que esté, como tú dices, no me falta tiempo para quererte y escribirte (1).

27 agosto 17...

(1) Continúa la supresión de las cartas de Cecilia Volanges y el caballero Danceny, que son poco interesantes y no refieren ningún acontecimiento.

C A R T A X L

El visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

No es bastante para mí inhumana el no contestar mis cartas y negarse a recibirlas: quiere privarme de verla; exige que me aleje. Y lo que más sorprenderá a usted es que yo me someta a tanto rigor. Va usted a condenarme. Sin embargo, no he creído que debía perder la ocasión de dejarme dar una orden, persuadido, por una parte, de que quien manda se compromete, y, por otra, de que la autoridad ilusoria que aparentamos dejar que asuman las mujeres es uno de los lazos que más difícilmente evitan. Además, la habilidad desplegada por ella para evitar encontrarse a solas conmigo me ponía en una situación peligrosa, de la que he creído que debía salir a toda costa; porque, estando sin cesar con ella, sin poder hablarle de mi amor, daba lugar a temer que se acostumbrara a verme sin turbarse, disposición, como usted sabe, muy difícil de modificar.

Por lo demás, ya supondrá usted que no me he rendido sin condiciones. Hasta he cuidado de imponer una imposible de aceptar, tanto para quedar en libertad de cumplir o no mi palabra, cuanto para entablar una discusión, ya de viva voz o por escrito, en el momento en que mi bella está más contenta de mí y en que más necesita que yo lo esté de ella; sin contar que yo sería muy torpe si no obtuviera medio de lograr alguna indemnización por el desistimiento de mis pretensiones, por insostenibles que éstas sean.

Después de haberle expuesto mis razones en este largo preámbulo, comienzo la historia de los dos días últimos. Agregaré, como pruebas justificantes, la carta de mi bella y mi contestación. Convendrá usted en que hay pocos historiadores tan exactos como yo.

Recordará usted el efecto que hizo anteayer mañana mi carta de *Dijón*; el resto de la jornada fué muy tormentoso. La linda gazmoña no se presentó hasta el momento de la comida, y se quejó de una fuerte jaqueca; pretexto con el que

quiso encubrir uno de los más violentos accesos de mal humor que puede tener una mujer. Su semblante estaba realmente alterado; la expresión de dulzura, conocida de usted, se había trocado en un aire díscolo, que le daba una nueva belleza. Me prometo hacer uso de este descubrimiento en lo sucesivo y reemplazar alguna vez a la amante tierna por la amante hurafia.

Preví que la sobremesa sería triste, y, para salvarme del aburrimiento, pretexté que había de escribir unas cartas, y me retiré a mis habitaciones. Volví al salón a las seis; la señora de Rosemonde propuso dar un paseo, lo que fué aceptado. Pero en el momento de subir al coche, la presunta enferma, con una malicia infernal y acaso para vengarse de mi ausencia, pretextó a su vez un recrudecimiento de su dolencia, y me obligó sin piedad a montar a solas con mi anciana tía. No sé si las imprecaciones que lancé contra aquel demonio femenino fueron oídas; pero al volver la encontramos acostada.

Al día siguiente, en el desayuno, ya no era la misma mujer. Había recobrado su dulzura natural, y yo pude creer que me había perdonado. Apenas había terminado el desayuno, la dulce criatura se levantó con aire indolente y entró en el parque; yo la seguí, como puede usted suponer. “¿De dónde pueden provenir estas ganas de paseo?”, le pregunté, abordándola. “He escrito mucho, me respondió, y tengo fatigada la cabeza.” “Yo no soy bastante afortunado, le repliqué, para tener que reprocharme esa fatiga.” “Le he escrito a usted, me contestó; pero vacilo en darle mi carta. Contiene una petición, y no tengo antecedentes por parte de usted para esperar su éxito.” “¡Ah, juro que, si me es posible!...” “Nada más fácil, me interrumpió; y aunque deba usted otorgarla en justicia, consiento en obtenerla como gracia.” Al decir esto me presentó su carta; al cogerla, cogí también su mano, que ella retiró, mas sin cólera y con más confusión que vivacidad. “El calor es más vivo de lo que yo creía, dijo; hay que volverse.” Y tomó el camino de la quinta. Hice varios esfuerzos para persuadirla de que debía continuar el paseo y tuve necesidad de hacerme el cargo de que podíamos ser vistos para no emplear algo más que la elocuencia. Se fué, al fin, sin pro-

nunciar una palabra, y vi claramente que su fingido paseo no había tenido más fin que entregarme su carta. Después subió directamente a sus habitaciones, y yo me retiré a las mías, para leer la epístola que usted deberá leer también, así como mi respuesta, antes de seguir adelante.

C A R T A X L I

La presidenta de Tourvel al visconde de Valmont.

Parece, señor, por su comportamiento conmigo que sólo se ha propuesto aumentar cada día más los motivos de queja que ya tenía de usted. Su obstinación en querer hablarme sin cesar de un sentimiento, al que yo no debo ni quiero dar oídos; el abuso de mi buena fe o de mi timidez, que no ha reparado en permitirse para remitirme sus cartas; sobre todo, el medio, osaré decir, poco delicado que empleó usted para hacer llegar a mis manos la última, sin temer, por lo menos, el efecto de una sorpresa que podía comprometerme; todo debía dar lugar por mi parte a reproches tan vivos como justamente merecidos. Sin embargo, en vez de volver sobre esas faltas, me decido a dirigirle una petición tan sencilla como justa; y, si usted accede a ella, consiento que todo sea olvidado.

Usted mismo me ha dicho, señor, que no debo temer una negativa; y, aunque, por una inconsecuencia que le es peculiar, esa misma frase fuera seguida por la única negativa que podía usted darme (1), quiero creer que no dejará de cumplir una palabra dada formalmente hace tan pocos días.

Deseo, pues, que tenga usted la complacencia de alejarse de mí; de dejar esta quinta, donde una estancia más prolongada de su parte no podría menos de exponerme más al juicio de un público siempre dispuesto a pensar mal de otros y al que usted ha acostumbrado en demasía a fijar los ojos en las mujeres que lo admiten en su compañía.

(1) Véase la carta XXXV.

Ya advertida desde hace mucho tiempo, por mis amigos, de ese peligro, desdeñé, y hasta combatí, su opinión mientras la conducta de usted respecto a mí podía hacerme creer que no había querido confundirme con esa multitud de mujeres que tienen todas que quejarse de usted. Hoy, que me trata como a ellas, que no puedo ya ignorarlo, debo al público, a mis amigos y a mí misma el tomar este partido necesario. Podría añadir aquí que usted no ganaría nada con negarse a mi petición, puesto que estoy resuelta a partir yo, si usted se obstina en quedarse; pero no quiero mermar la obligación para con usted por tal complacencia, y deseo hacerle saber que al hacer precisa mi marcha de aquí contrariará usted mis conveniencias. Pruébeme, pues, señor, que, como me ha dicho tantas veces, las mujeres honradas no tendrán jamás que quejarse de usted; pruébeme, por lo menos, que, cuando incurre usted en faltas con ellas, sabe repararlas.

Si creyera necesario justificar ante usted mi petición, me bastaría decirle que ha pasado usted su vida provocando su necesidad y, por tanto, que no depende de mí el dejar de formularla. Pero no recordemos acontecimientos que quiero olvidar y que me obligarían a juzgarlo con rigor en el momento en que le brindo ocasión para merecer toda mi gratitud. Adiós, señor; su proceder me dirá los sentimientos con que he de ser siempre su muy humilde, etc.

25 agosto 17...

CARTA XLII

El visconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

Por duras que sean, señora, las condiciones que me impone usted, no rehusó someterme a ellas. Siento que me sería imposible contrariar alguno de sus deseos. Una vez de acuerdo sobre este punto, confío en que me permitirá usted hacerle, a mi vez, algunas peticiones, mucho más fáciles de conceder que las suyas, y cuya concesión no quiero, sin embargo, obtener más que por mi completa sumisión a su voluntad.

Una, que dirijo a su justicia, es nombrarme mis acusadores ante usted; éstos me hacen, a mi parecer, bastante daño para que tenga derecho a conocerlos; otra, que confío a su indulgencia, es permitirme reiterarle alguna vez el homenaje de un amor que va a merecer más que nunca su piedad.

Vea usted, señora, que me apresuro a obedecerla, aun cuando no puedo hacerlo más que a costa de mi dicha; más diré: a pesar de mi persuasión de que usted no desea mi marcha sino por librarse del espectáculo, siempre penoso, del objeto de su injusticia.

Reconózcalo usted, señora; más que a un público por demás acostumbrado a respetarla para osar ofenderla con un juicio desfavorable, teme usted la embarazosa presencia de un hombre al que le es más fácil castigar que condenar. Me aleja usted como se aparta la vista de un desgraciado a quien no se quiere socorrer.

Pero, cuando la ausencia va a avivar mis tormentos, ¿a quién, sino a usted, puedo dirigir mis quejas? ¿De quién, más que de usted, puedo esperar los consuelos que me van a ser tan necesarios? ¿Me los negará usted, que es la única causa de mis penas?

Indudablemente, no ha de sorprenderle tampoco que antes de partir tenga empeño en justificar a sus ojos los sentimientos que usted me ha inspirado, como también que no tenga valor para alejarme sino recibiendo la orden de su boca.

Esta doble razón me hace pedirle un momento de conversación. En vano queríamos suplir ésta por cartas: escribiendo volúmenes se explica mal lo que un cuarto de hora de conversación basta para hacer entender. Para ello encontrará usted ocasión fácilmente; porque, por mucho que me apremie mi deseo de obedecerla, la señora de Rosemonde conoce mi proyecto de pasar en su compañía parte del otoño, y será preciso, al menos, que yo espere a recibir una carta para poder pretextar un asunto que me obligue a partir.

Adiós, señora; jamás me ha costado tanto escribir esta palabra como en este momento en que evoca en mí la idea de nuestra separación. Si usted pudiera imaginar lo que me hace sufrir, me atrevo a creer que me tendría algún recono-

cimiento por mi docilidad. Acoja, al menos, con más indulgencia la seguridad y el homenaje del amor más tierno y más respetuoso.

26 agosto 17...

CONTINUACION DE LA CARTA XL

Del vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Ahora razonemos, mi bella amiga. Comprenderá usted, como yo, que la escrupulosa, la honesta señora de Tourvel no puede acceder a la primera de mis pretensiones y traicionar la confianza de sus amigos, nombrándome a mis acusadores; así, prometiéndolo todo a tal condición, no me comprometo a nada. Pero comprenderá usted también que esa negativa que ha de hacerme resultará un título para obtener todo lo demás; y de ahí que yo gane, alejándome, el ponerme en correspondencia regular con ella por concesión de su parte; porque espero poco de la cita que le pido, la que no tiene casi más objeto que el acostumarla de antemano a no negarme otras cuando me sean precisas.

Lo único que me queda que hacer antes de mi partida es saber cuáles son las personas que me perjudican ante ella; presumo que una sea el pedante de su marido; eso quisiera yo, porque, aparte que una prohibición conyugal es un acicate para el deseo, estoy seguro de que, desde el momento en que mi bella se decida a escribirme, ya no tendré nada que temer de su marido, puesto que ella se encontrará ya en la necesidad de engañarlo.

Pero, si tiene una amiga bastante íntima para obtener sus confidencias, y esa amiga está contra mí, me parece necesario indisponerlas, y cuento con lograrlo; pero, ante todo, hay que enterarse.

Creí que iba a lograrlo ayer; pero esta mujer no hace nada como las demás. Estábamos en sus habitaciones cuando se nos avisó que la comida estaba servida. Ella terminaba su tocado y, con su apresuramiento y sus excusas, noté que dejaba pues-

ta la llave de su secreter; y conozco su costumbre de no echar la de su departamento. Yo pensaba en ello durante la comida, cuando ví que bajaba su doncella; inmediatamente tomé mi partido; fingí una hemorragia nasal y salí. Corrí a su secreter; pero encontré todos los cajones abiertos, sin un papel escrito. Sin embargo, no ha tenido ocasión de quemarlos en esta estación. ¿Qué hace de las cartas que recibe? Estas son frecuentes. No dejé de registrar nada; todo estaba abierto y busqué por todas partes; pero no conseguí nada más que convenirme de que ese precioso depósito está en sus bolsillos.

¿Cómo sustraérselo? Desde ayer trato inútilmente de encontrar los medios; sin embargo, no puedo vencer el deseo de lograrlo. Siento no tener el talento de los rateros. ¿No debía éste, en efecto, entrar en la educación de un hombre que se mezcla en intrigas? ¿No sería divertido robar la carta o el retrato de un rival o sacar de los bolsillos de una gazmoña elementos para desenmascararla? Pero nuestros padres no piensan en nada; y yo, por mucho que pienso en todo, no hago más que advertir que soy torpe, sin poder remediarlo.

Volví a sentarme a la mesa muy disgustado. Mi bella calmó un poco mi mal humor con sus muestras de interés por mi indisposición simulada; yo no perdí la coyuntura para asegurarle que, desde algún tiempo atrás, tenía violentas agitaciones que alteraban mi salud. Persuadida, como está, de que es ella la causa, ¿no debería su conciencia tratar de calmarlas? Pero, aunque devota, es poco caritativa; niega toda limosna amorosa y sus negativas bastan, a mi parecer, para autorizar el robo. Pero, adiós, porque, mientras le escribo a usted, no dejo de pensar en esas malditas cartas.

27 agosto 17...

CARTA XLIII

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

¿Por qué trata, señor, de amenguar mi reconocimiento? ¿Por qué no quiere obedecerme más que a medias y regatea en cierto modo un proceder honrado? ¿No le basta que yo

estime su valor? No sólo pide usted demasiado, sino que hace peticiones imposibles. Si, en efecto, mis amigos me han hablado de usted, no han podido hacerlo sino por su interés por mí: aunque se hubieran engañado, su intención no sería menos de agradecer por mi parte; ¿y me propone usted que corresponda a esa prueba de su adhesión entregándole su secreto? Ya hice mal en hablarle de ello, y usted me lo hace sentir bastante ahora. Lo que no sería más que candor con cualquier otro resulta ligereza con usted y me haría incurrir en una mala acción si accediera a su requerimiento. Apelo a usted mismo, a su honradez, ¿me ha creído usted capaz de tal proceder? ¿Ha podido usted proponérmelo? Indudablemente no: y estoy segura de que, pensándolo mejor, no insistirá usted en esa petición.

La que me hace usted de escribirle no es mucho más fácil de atender; y, si quiere usted ser justo, no me culpará a mí de ello. No lo quiero ofender; pero con la reputación que usted ha adquirido y que, según su propia confesión, merece, al menos en parte, ¿qué mujer podría confesar el estar en correspondencia con usted? ¿Y qué mujer honesta puede decidirse a hacer lo que cree que estaría obligada a ocultar?

Además, si yo estuviera segura de que sus cartas habían de ser siempre tales que yo no tuviera que quejarme de ellas jamás, si pudiera siempre justificarme a mis propios ojos de haberlas recibido, acaso el deseo de probarle que es la razón y no el odio quien me guía, me hiciera pasar por encima de esas poderosas consideraciones, permitiéndole escribirme alguna vez. Si, en efecto, lo desea usted tanto como dice, había de someterse con docilidad a la única condición que pudiera hacerme consentir en ello; y si le inspira alguna gratitud lo que hago por usted en este momento, no tardará más en partir.

Permítame observarle a este propósito que ha recibido usted una carta esta mañana y no se ha aprovechado de ello para anunciarle su partida a la señora de Rosemonde, como me había prometido. Creo que ahora nada podrá ya impedirle cumplir su palabra. Cuento, sobre todo, con que no esperará usted para ello la entrevista que me pide, a la que no quiero prestarme en absoluto; y que, en lugar de la orden que pre-

tende serle necesaria, se contentará con el ruego que le repito. Adiós, señor.

27 agosto 17...

CARTA XLIV

El visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Comparta usted mi alegría, bella amiga; soy amado; he triunfado de este corazón rebelde. En vano disimula todavía; mi afortunada habilidad ha sorprendido su secreto. Gracias a mi activo celo, sé todo lo que me interesa; desde anoche, la feliz noche de ayer, vuelvo a encontrarme en mi elemento; he reanudado toda mi existencia; he descubierto un doble misterio de amor y de iniquidad; disfrutaré del uno y me vengaré de la otra; volaré de placer en placer. Sólo pensarlo me transporta de tal modo que me cuesta algún trabajo invocar mi prudencia; la tendré sin duda para poner orden en el relato que he de hacerle. Voy a intentarlo.

Ayer mismo, después de haberle escrito mi carta, recibí una de la celestial devota. Se la adjunto; verá usted que me da lo menos torpemente que puede permiso para escribirle; pero me apremia para que parta y veo que no puedo diferir mucho mi partida sin perjudicarme.

Atormentado entretanto por el deseo de saber quién podía haber escrito contra mí, estaba aún incierto acerca del partido que había de tomar. Intenté sobornar a la doncella, de la que quise lograr que me entregara el bolsillo de su señora, del que podía apoderarse fácilmente por la noche y volverlo a su sitio con igual facilidad por la mañana, sin despertar la menor sospecha. Le ofrecí diez luises por ese pequeño servicio; pero tropecé con una gazmoña, escrupulosa o tímida, a la que no pudieron vencer mi elocuencia ni mi dinero. Todavía le estaba predicando cuando sonó la hora de la comida. Tuve que dejarla, aun muy contento con que me prometiera guardarme el secreto, con lo que ya supondrá usted que apenas contaba.

Jamás estuve peor humorado. Me sentía comprometido y me reproché durante toda la velada mi imprudente paso.

Retirado a mis habitaciones, no sin inquietud, le hablé a mi ayuda de cámara que, en su cualidad de amante afortunado, debía de tener algún crédito. Quería o que obtuviera de la moza lo que yo le había pedido o, al menos, que se asegurara de su discreción; pero él, que ordinariamente no duda de nada, pareció dudar del éxito de tal negociación, acerca de la cual me hizo una reflexión que me sorprendió por su profundidad.

“El señor sabe seguramente mejor que yo, me dijo, que acostarse con una moza no es más que hacer lo que le agrada; de ahí a hacerle hacer lo que queremos hay casi siempre una gran distancia.”

El buen sentido de Maraud me espanta a veces (1).

“Tanto menos respondo de ella, agregó cuanto que tengo motivos para creer que tiene un amante y que yo sólo debo sus favores al aburrimiento del campo. Así, sin mi celo por servir al señor, yo no hubiera tenido contacto íntimo con ella más que una vez. (¡Es un verdadero tesoro este mozo!) Cuanto al secreto, prosiguió, ¿de qué servirá hacérselo prometer, puesto que nada arriesga en engañarnos? El volver a hablar de él no haría más que enterarla mejor de que es importante y, por ende, avivar sus deseos de hacerle la corte a su señora. Cuanto más justas eran estas reflexiones más acrecían mi embarazo. Afortunadamente, el belitre estaba en plan de cháchara; y, como yo tenía necesidad de él, le dejé charlar. Al referirme su aventura con la doncella me reveló que su alcoba sólo estaba separada de la de su señora por un tabique, a través del cual se podía oír cualquier ruido sospechoso, y era en la de él, donde los amantes se juntaban todas las noches. Inmediatamente formé mi plan; se lo comuniqué y lo ejecutamos con éxito.

Aguardé a las dos de la madrugada; entonces fui, como

(1) Pirou: “Metromanía.”

habíamos convenido, a la alcoba de las citas, llevando una luz, con el pretexto de haber llamado en vano varias veces. Mi confidente, que representa sus papeles a las mil maravillas, hizo una pequeña escena de sorpresa, de desesperación y de excusas, a la que yo puse fin enviándolo a calentarme agua que fingí necesitar; mientras que la escrupulosa doncella estaba tanto más avergonzada cuando que el belitre, queriendo dar más eficacia a mis proyectos, la había decidido a quedarse en una desnudez que la estación requería, pero no justificaba.

Como yo sabía que cuanto más humillada fuese la muchacha, más fácilmente dispondría de ella, no le permití cambiar ni de posición ni de tocado; y, después de haber ordenado a mi ayuda de cámara que me esperase en mi dormitorio, me senté al lado de ella en la cama, que estaba en un gran desorden, y empecé a hablarle. Necesitaba no perder el imperio que las circunstancias me daban sobre ella; así, conservé una sangre fría que hubiera hecho honor a la continencia de un Escipión; y, sin tomarme la menor libertad con ella, lo que, sin embargo, su frescura y la ocasión parecían darle derecho a esperar, le hablé de negocios tan tranquilamente como hubiera podido hacerlo con un procurador.

Mis condiciones fueron que yo le guardaría fielmente el secreto con tal de que al día siguiente, a la misma hora, sobre poco más o menos, me entregara el bolsillo de su señora. "Por lo demás, agregué, yo te ofrecí ayer diez luises y te repito mi ofrecimiento hoy. No quiero abusar de tu situación." Todo fué aceptado, como puede usted suponer; entonces me retiré y dejé a la feliz pareja reparar el tiempo perdido.

Yo empleé el mío en dormir; al levantarme, queriendo tener un pretexto para no contestar la carta de mi bella antes de haber inspeccionado sus papeles, lo que no podía hacer hasta por la noche, me decidí a ir de caza, a la que dediqué casi todo el día.

A mi regreso, fuí recibido con bastante frialdad. Tengo la fundada presunción de que picó un poco a mi bella el poco apresuramiento que yo ponía en aprovecharme del tiempo que me quedaba; sobre todo, después de la carta más dulce que me había escrito. Lo creo así porque, como la señora de Rosemon-

de me hiciera algunos reproches por mi larga ausencia, mi tirana replicó con algo de acritud: “¡ Ah, no le reprochemos al señor de Valmont el entregarse al único placer que puede encontrar aquí!” Yo me quejé de tal injusticia y aproveché la ocasión para asegurar que me complacía tanto la compañía de ambas señoras que le sacrificaba una carta muy interesante que tenía que escribir. Agregué que, no pudiendo conciliar el sueño desde hacía muchas noches, había querido probar si el cansancio me lo atraería; y mis miradas expresaron bien claramente el tema de mi carta y la causa de mi insomnio. Cuidé de mostrar durante toda la velada una dulzura melancólica que me pareció de buen efecto, y con la cual disimulé mi impaciencia por ver llegar la hora que debía entregarme el secreto tan obstinadamente recatado para mí. Al fin, nos separamos y algún tiempo más tarde, la fiel doncella vino a traerme el precio convenido de mi discreción.

Una vez dueño de tal tesoro, procedí a su inventario con la prudencia que me es propia como usted sabe; porque importaba mucho dejarlo todo colocado lo mismo que estaba. Encontré primeramente dos cartas del marido, mescolanza indigesta de detalles litigiosos y de tiradas de amor conyugal, que tuve la paciencia de leer por completo, sin encontrar una palabra relativa a mí. Volví a colocarlas en su sitio de mal humor; pero éste se atenuó al hallar los fragmentos de mi famosa carta de Dijon, cuidadosamente reunidos. Por fortuna, me asaltó el capricho de repasarla. Imagine usted mi alegría al percibir huellas bien claras de las lágrimas de mi adorable devota. Lo confieso, cedi a un impulso juvenil y besé aquella carta con un transporte del que ya no me creía susceptible. Continué el dichoso examen; encontré todas mis cartas colocadas por orden de fechas; y lo que me sorprendió más agradablemente todavía, fué hallar la primera de todas, la que yo creía haberme sido devuelta por mi ingrata, fielmente copiada por su mano, con una letra temblorosa y desigual que testimoniaba bastante la dulce agitación de su corazón durante tal tarea.

Hasta aquí yo estaba totalmente entregado al amor; éste dejó pronto su puesto al furor. ¿Quién cree usted que quiere

perderme ante esta mujer a la que adoro? ¿Qué furia supone usted bastante perversa para tramar semejante ignominia? La conoce usted; es su amiga, su pariente, la señora de Volanges. No puede usted imaginar qué tejido de horrores le ha urdido sobre mí la infernal bruja. Es ella, sólo ella quien ha turbado el corazón de esta mujer angelical; es por sus consejos, por sus advertencias perniciosas por lo que me veo forzado a alejarme; es, en fin, por ella por quien se me sacrifica. ¡Ah!, indudablemente hay que seducir a su hija; pero eso no es bastante: hay que perderla; y, ya que la edad de esa maldita mujer la pone a salvo de los golpes, hay que herirla en la persona que le afecte más de cerca.

¿Quiere que yo regrese a París? ¿Me fuerza a ello? Sea, regresaré; pero ella gemirá por mi regreso. Me contraría que Danceny sea el héroe de esa aventura; tiene un fondo de honradez que nos estorbará; sin embargo, está enamorado, y yo lo veo con frecuencia; se podrá tal vez sacar partido. La cólera me trastorna, haciéndome olvidar que le debo a usted el relato de lo que ha pasado hoy. Volvamos a ello.

Esta mañana volví a ver a mi sensible gazmoña. Jamás la había encontrado tan bella. Debía ser así: el más bello momento de una mujer, el único en que puede producir esa embriaguez del alma, tan abundantemente decantada y tan rara vez sentida, es aquel en que, seguros de su amor, no lo estamos de sus favores; y éste es precisamente el caso en que yo estaba. Tal vez también le idea de que iba a ser privado del placer de verla muy pronto contribuía a embellecerla. En fin, a la llegada del correo me fué entregada la carta de usted del 27, y en tanto que la leía, vacilaba aún sobre si había de cumplir o no mi palabra; pero encontré la mirada de mi bella y me hubiera sido imposible negarle nada.

Anuncié, pues, mi partida. Un momento después, la señora de Rosemonde nos dejó solos; pero apenas me había aproximado a cuatro pasos de mi esquivia, ésta, levantándose con aire de espanto: "Déjeme usted, déjeme, señor, me dijo, déjeme por Dios." Esta ferviente súplica delatora de su emoción, no podía hacer sino animarme más. Ya estaba a su lado y había cogido sus manos, juntas por ella en una actitud en-

ternecedora; ya daba comienzo a tiernas querellas, cuando un demonio enemigo hizo volver a la señora de Rosemonde, de lo que la tímida devota se aprovechó para retirarse.

Al salir le ofrecí la mano que aceptó; y, augurando bien de tal complacencia que no había tenido desde hacía mucho tiempo, intenté estrechar la suya. Al principio quiso retirarla, pero, a una instancia más viva de mi parte, la dejó de buen grado, aunque sin responder a mi gesto ni a mis frases. Al llegar a la puerta de su departamento, intenté besar su mano antes de soltarla. Comenzó por defenderse francamente; pero un *piense usted que parto*, tiernamente dicho, la volvió torpe y débil. Apenas dado el beso, la mano recobró su fuerza para librarse y la bella entró en sus habitaciones donde estaba su doncella. Aquí termina mi historia.

Como presumo que usted estará mañana en casa de la mariscal de..., adonde seguramente yo no iré a buscarla; como sospecho también que en nuestra primera entrevista tendremos más de un asunto que tratar, principalmente el de la joven Volanges, que no pierdo de vista, he tomado el partido de hacerme preceder por esta carta, la que no he de cerrar por larga que resulte hasta llevarla al correo; porque, en el punto en que estoy, todo puede depender de una ocasión y dejo de escribir para ir a esperarla.

P. S., a las ocho de la noche.

Nada de nuevo, ni el más breve momento de libertad; hasta cuidado de evitarla. Tanta tristeza, sin embargo, como la decencia permite, por lo menos. Otro acontecimiento que puede no ser indiferente: le llevo a la señora de Volanges una invitación de la señora de Rosemonde para que venga a pasar una temporada en el campo.

Adiós, mi bella amiga; hasta mañana o pasado mañana, lo más tarde.

28 agosto 17...

C A R T A X L V

La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.

El señor de Valmont ha partido esta mañana, señora; me ha parecido tan deseada por usted esta partida que me creo en el deber de comunicársela. La señora de Rosemonde siente mucho la ausencia de su sobrino, cuya compañía hay que reconocer que es agradable; ha pasado toda la mañana hablándome de él con la sensibilidad de que usted es conocedora; no se cansaba de elogiarlo. Yo he creído deberle la complacencia de escucharla sin contradecirla, tanto más cuanto que hay que reconocer que tenía razón en muchos puntos. Sentía, además, que tenía que reprocharme ser la causa de tal separación y no creo poder compensarle el placer de que la he privado. Ya sabe usted que yo soy por naturaleza poco alegre y el género de vida que vamos a llevar aquí no es para alegrarme.

Si no me hubiera conducido por los consejos de usted, creería haber procedido un poco ligeramente; porque me ha apenado de veras el dolor de mi respetable amiga; me ha conmovido hasta el punto de faltarme poco para mezclar mis lágrimas a las suyas.

Vivimos ahora con la esperanza de que usted aceptará la invitación que el señor de Valmont ha de hacerle de parte de la señora de Rosemonde y vendrá a pasar aquí algún tiempo. Creo que no dudará usted del placer que yo tendré en verla; y, en verdad, nos debe usted esa indemnización. A mí me complacería mucho tener esa ocasión de conocer más pronto a la señorita de Volanges y de convencerla a usted más y más de los sentimientos respetuosos, etc.

29 agosto 17...

C A R T A X L V I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

¿Qué le ha ocurrido, mi adorable Cecilia? ¿Qué ha podido causar en usted un cambio tan brusco y cruel? ¿Qué ha sido de sus juramentos de no cambiar jamás? ¡Ayer mismo los reiteraba usted con tanta complacencia! ¿Qué puede hoy hacerse para olvidarla? Por más que inquiero, no puedo encontrar la causa en mí y me horroriza tener que buscarla en usted. ¡Ah!, sin duda, usted no es ligera ni engañadora; y ni aun en estos momentos de desesperación, manchará mi alma una sospecha que la agravie. Sin embargo, ¿por qué fatalidad no es usted ya la misma? ¡No, cruel, no lo es usted ya! La tierna Cecilia, la Cecilia que yo adoro y cuyos juramentos he recibido, no habría evitado mis miradas, no hubiera eludido el venturoso azar que me colocó a su lado; y, si alguna razón que no puedo concebir la hubiera forzado a tratarme con tanto rigor, no hubiera desdeñado, por lo menos, decírmelo.

¡Ah!, usted no sabe, no sabrá jamás, mi Cecilia, lo que me ha hecho sufrir hoy, lo que sufro todavía en estos momentos. ¿Cree que yo puedo vivir sin ser amado por usted? Sin embargo, cuando le pedí una palabra, una sola palabra para disipar mis temores, en lugar de responderme, fingió usted temer ser oída; y ese obstáculo, que no existía entonces, lo hizo usted surgir inmediatamente por el puesto que tomó en el círculo. Cuando, forzado a dejarla, le pregunté a qué hora podría verla mañana, usted simuló ignorarla y hubo de ser la señora de Volanges la que me lo dijera. Así, ese momento, tan deseado siempre, que ha de acercarme a usted, mañana no suscitará en mí más que inquietud; y el placer de verla, hasta ahora tan caro a mi corazón, será reemplazado por el temor de serle importuno.

Ya siento que ese temor me arredra y no me atrevo a hablar de mi amor. Ese *yo la amo* que me complacía tanto repetir cuando podía oírlo a mi vez, esa frase tan dulce que bastaba para hacerme feliz, no me ofrece ya, si usted ha cam-

biado, más que la imagen de una eterna desesperación. No puedo creer, sin embargo, que ese talismán del amor haya perdido todo su poder e intento emplearlo todavía (1). Sí, mi Cecilia, *yo la amo*. Repita usted conmigo esa expresión de mi felicidad. Piense que me ha habituado a oírla y que privarme de ella es condenarme a un tormento que, lo mismo que mi amor, no acabará sino con mi vida.

29 agosto 17...

C A R T A X L V I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Hoy tampoco la veré a usted, mi bella amiga, y he aquí mis razones, que le pidó acoja con indulgencia.

En vez de regresar ayer directamente, me detuve en la quinta de la condesa de..., situada en mi camino, donde comí. No llegué a París hasta cerca de las siete y me dirigí a la Opera, donde creía que pudiera estar usted.

Terminada la función, fuí a saludar a mis amigas de entre bastidores; encontré a mi antigua Emilia, rodeada de una corte numerosa, tanto de mujeres como de hombres, a la que daba anoche mismo una cena en casa de P... No bien hube entrado en el corro, me invitaron a cenar por aclamación. Lo hizo también una figurita baja y gruesa, que me enjaretó una invitación en francés de Holanda y que era, según advertí pronto, el verdadero protagonista de la fiesta. Acepté.

Por el camino me enteré de que la casa adonde íbamos era el precio en que habían sido ajustadas las bondades de Emilia para con aquella figura grotesca y de que la cena era una verdadera comida de bodas. El hombrecillo no cabía en sí de júbilo en espera de la dicha que iba a gozar; me pareció tan

(1) Los que no hayan tenido ocasión de sentir alguna vez el valor de una palabra, de una expresión, consagradas por el amor, no le hallarán sentido alguno a esta frase.

satisfecho que me inspiró el deseo de turbarlo, lo que hice, en efecto.

La única dificultad con que tropecé fué la de decidir a Emilia, a quien la riqueza del burgomaestre hacía un poco escrupulosa. Se prestó, sin embargo, tras algunos remilgos, al plan que yo la propuse de llenar de vino aquel tonelete de cerveza y ponerlo así fuera de combate por toda la noche.

La sublime idea que nos habíamos hecho de un bebedor holandés nos hizo emplear todos los medios conocidos. Estos resultaron tan bien que a los postres ya no tenía fuerzas para sostener su vaso; pero la solícita Emilia y yo lo atracábamos a cual más. Al fin, cayó debajo de la mesa con una borrachera tal que debe de durarle ocho días por lo menos. Decidimos entonces enviarlo a París; y, como no había reservado su coche, lo cargué en el mío y me quedé en su puesto. Recibí a continuación los cumplimientos de la asamblea, que se retiró poco después y me dejó dueño del campo de batalla. La alegría de la broma, y acaso también mi largo retraimiento, me hicieron encontrar tan deseable a Emilia que le prometí quedarme con ella hasta la resurrección del holandés.

Tal complacencia de mi parte es el precio de la que ella acaba de tener, sirviéndome de pupitre para escribirle a mi bella devota, a la que me ha parecido jocoso enviarle una carta escrita en el lecho y casi entre los brazos de una suripanta, además interrumpida por una infidelidad completa, en la que le doy cuenta exacta de mi situación y de mi conducta. Emilia, que ha leído la epístola, se ha reído como una loca, y creo que usted se hubiera reído igualmente en su lugar y se reirá también al leerla.

Como es preciso que mi carta lleve el sello de París, se la envió a usted, abierta. Usted me hará el favor de leerla, cerrarla y hacer echarla al correo. Sobre todo, no se sirva de su sello ni de ningún emblema amoroso: sólo la dirección. Adiós, mi bella amiga.

P. S. Vuelvo a abrir mi carta; he decidido a Emilia a ir a los Italianos. Aprovecharé ese tiempo para ir a verla a usted. Estaré en su casa a las seis, lo más tarde; y si le viene bien, iremos juntos hacia las siete a casa de la señora de

Volanges. No sería correcto retardar la invitación que tengo que hacerle de parte de la señora de Rosemonde; además, me complacerá mucho conocer a la señorita de Volanges.

Adiós, bellissima señora. Quiero tener tanto placer en besarla que pueda estar celoso el caballero.

P..., 30 agosto 17...

C A R T A X L V I I I

*El visconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.
(Sellada en París).*

Tras una noche tempestuosa durante la cual no he cerrado los ojos; después de haber estado sin cesar o en la agitación de un fuego devorador o en el completo aniquilamiento de todas las facultades de mi alma, voy a buscar cerca de usted, señora, la calma que necesito y que, sin embargo, no espero gozar todavía. En efecto, la situación en que estoy al escribirle, me hace sentir más que nunca el poder irresistible del amor; me cuesta trabajo conservar bastante dominio sobre mí mismo para poner algún orden en mis ideas, y ya preveo que no terminaré esta carta sin verme forzado a interrumpirla. ¿Qué? ¿No puedo esperar que usted comparta algún día la turbación que yo siento en este instante? Me atrevo a creer, sin embargo, que, si la conociera usted bien, no sería tan insensible. Créame, señora, la fría tranquilidad, el sueño del alma, imagen de la muerte, no dan la felicidad; sólo las pasiones activas pueden conducir a ella; y, a pesar de los tormentos que usted me hace sufrir, creo poder asegurar sin temor a equivocarme que en este momento yo soy más feliz que usted. En vano me agobia con sus rigores; éstos no me impiden entregarme completamente al amor y olvidar en el delirio que él me produce la desesperación que usted me impone. Así quiero vengarme del destierro a que me condena usted. Jamás tuve tanto placer escribiéndole; jamás sentí en esta tarea una emoción tan dulce y, a la vez, tan viva. Todo parece au-

mentar mis transportes; el aire que respiro está saturado de voluptuosidad, la misma mesa sobre la que le escribo, dedicada por primera vez a este uso, resulta para mí el altar sagrado del amor. ¡Cómo va a embellecerse a mis ojos! ¡Habré confirmado sobre ella el juramento de amarla a usted siempre! ¡Perdóneme, se lo suplico, el desorden de mis ideas y de mis sentidos! Sin duda no debiera abandonarme tanto a unos transportes que usted no comparte; tengo que dejarla un momento para disipar una embriaguez que aumenta a cada instante y resulta más fuerte que yo.

Vuelvo a usted, señora, y vuelvo sin duda con el mismo rendimiento. Sin embargo, ha huído de mí el sentimiento del gozo y ha dejado su puesto al de las crueles privaciones. ¿De qué me sirve hablarle de mis sentimientos, si en vano busco los medios de convencerla? Tras tantos y tan reiterados esfuerzos, me abandonan a la vez la fuerza y la confianza. Si insisto en representarme los placeres del amor es para sentir más vivamente el pesar de estar privado de ellos. No me queda otro recurso que su indulgencia y comprendo demasiado en este momento cuánta necesidad tengo de obtenerla. No obstante, jamás mi amor fué tan respetuoso; jamás debió ofenderla menos; me atrevo a decir que es tal, que la virtud más severa no debe temerlo; pero yo sí temo seguir hablándole de la pena que siento. Seguro de que quien la causa no la comparte, no he de abusar de su bondad y sería hacerlo sin duda el emplear más tiempo en representarle esta imagen dolorosa. No he de emplear ya más que el preciso para suplicarle que me conteste y que jamás dude de la verdad de mis sentimientos.

Escrita en P..., fechada en París, 30 agosto 17...

C A R T A X L I X

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

Sin ser ligera ni engañadora, me basta, señor, ser advertida sobre mi conducta para sentir la necesidad de cambiarla; he prometido este sacrificio a Dios, entretanto que pueda ofre-

cerle también el de mis sentimientos por usted, cuyo estado religioso hace aún más culpables. Sé que esto me apenará mucho y hasta no he de ocultarle que desde anteayer he llorado siempre que he pensado en usted. Pero confío en que Dios me hará la merced de darme las fuerzas necesarias para olvidarlo como se lo pido día y noche. Y también espero de la amistad de usted y de su honradez que no intente alterar la buena resolución que se me ha inspirado y en la cual quiero mantenerme. Por tanto, le ruego que tenga la complacencia de no escribirme más, con mayor motivo por cuanto no he de contestarle y que me forzará usted a comunicarle a mamá todo lo que ocurre, y esto me privará del placer de verlo.

No por esto dejaré de sentir por usted toda la afección que se pueda tener sin que haya mal en ello; y con toda mi alma le deseo toda suerte de felicidades.

Sé que desde ahora no me amaré usted tanto y que tal vez pronto amaré a otra más que a mí. Pero esto será una penitencia más por la falta que he cometido, dándole mi corazón que no debía dar más que a Dios y a mi esposo, cuando lo tenga. Espero que la misericordia divina se apiade de mi debilidad y que no me dé más pena de la que pueda soportar.

Adiós, señor; puedo asegurarle que si me fuera permitido amar a alguien, no amaría jamás sino a usted. Pero esto es todo lo que puedo decirle y hasta es quizá más de lo que debiera.

31 agosto 17...

C A R T A L

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

¿Es así, señor, como cumple las condiciones en que yo consentí recibir algunas cartas tuyas? ¿Y puedo no tener *qué quejarme* cuando no me habla usted más que de un sentimiento al que yo temería rendirme aunque pudiera hacerlo sin faltar a todos mis deberes?

Por lo demás, si yo no necesitara nuevas razones para con-

servar este saludable temor, me parece que podría encontrarlas en su carta última. En efecto, en el momento mismo en que cree usted hacer la apología del amor, ¿qué hace usted, por el contrario, más que mostrarme sus terribles tormentas? ¿Quién puede desear una dicha lograda a costa de la razón y cuyos placeres poco duraderos, son seguidos de pesares cuando no de remordimientos?

Usted mismo, en quien la costumbre de ese peligroso delirio debe de atenuar sus efectos, ¿no se ve, sin embargo, obligado a reconocer que se hace con frecuencia más fuerte que usted y no es el primero en quejarse del trastorno involuntario que le causa? ¿Qué espantoso estrago no haría, pues, en un corazón virgen y sensible que aumentaría su imperio por la grandeza de los sacrificios que tendría que hacerle?

Cree usted, señor, o finge creer que el amor es la felicidad; y yo estoy tan persuadida de que me haría desgraciada que jamás quisiera oír pronunciar su nombre. Me parece que sólo el hablar de él turba la tranquilidad; y así, tanto por gusto, cuanto por deber, le ruego que tenga la bondad de guardar silencio sobre tal punto.

Después de todo, ahora ha de serle muy fácil acceder a este ruego. De vuelta en París, encontrará usted ocasiones bastantes para olvidar un sentimiento engendrado sin duda por su costumbre de ocuparse de tales cosas y fortalecido por el aburrimiento del campo. ¿No está usted ya, pues, en el lugar donde me había visto con tanta indiferencia? ¿Y puede usted dar un paso sin tropezar con un ejemplo de su facilidad para cambiar? ¿No está usted rodeado de mujeres, todas las cuales, más amables que yo, tienen más derecho a sus homenajes? Yo no tengo la vanidad que se le reprocha a mi sexo; y tengo menos aún esa falsa modestia que no es más que un refinamiento del orgullo; así, le digo, sinceramente, que me reconozco con pocos medios de agradar; aun teniéndolos todos, no los creería suficientes para fijar sus sentimientos. Pedirle, pues, que no se ocupe más de mí no es más que pedirle que haga hoy lo que antes debiera haber hecho y lo que seguramente hará dentro de poco, aunque yo le pidiera lo contrario.

Esta verdad, que no pierdo de vista, sería, por sí sola, una

razón bastante fuerte para no querer oírle. Tengo, además, otras mil; pero, sin entrar en una larga discusión, insisto en rogarle, como ya lo he hecho, que no me hable más de un sentimiento al que no debo dar oídos y menos todavía correspondencia.

1.º septiembre 17...

C A R T A L I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

En verdad, vizconde, es usted insoportable. Me trata tan ligeramente como si fuera su querida. ¿Sabe usted que acabaré por enfadarme y que, en este momento, estoy de un humor horrible? ¡Cómo! ¿Ha de ver mañana temprano a Danceny; sabe cuánto importa que yo hable con usted antes de esa entrevista, y, sin preocuparse de ello, me tiene esperándolo todo el día para ir a correrla no sé dónde? Ha sido usted la causa de que yo llegara *indecentemente* tarde a casa de la señora de Volanges y de que todas las viejas me encontraran presumida. Tuve que hacerles arrumacos durante toda la jornada para apaciguarlas; porque no conviene enojar a las viejas; son ellas las que dan la reputación a las jóvenes.

Es ahora la una de la madrugada; y, en vez de acostarme, de lo que siento gran necesidad, he de escribirle a usted una larga carta, que va a aumentar mi sueño por el fastidio que ha de causarme. Gran suerte es para usted que no pueda regañarle más; no crea por ello que le perdono; es sólo que tengo prisa. Escúcheme, pues; voy derecha al asunto.

Por poco hábil que sea usted, ha de obtener mañana las confidencias de Danceny. El momento es propicio a la confianza; es el de la adversidad. La joven ha ido a confesar; lo ha dicho todo como una chiquilla; y después está tan atormentada por el miedo al demonio que quiere absolutamente romper. Me ha mostrado su carta de ruptura, que es una verdadera gazmoñería. Me ha expuesto todos sus melindrosos escrúpulos con una vivacidad por la que he podido darme

cuenta de lo obsesionada que está. Ha hablado conmigo una hora, sin decir una palabra con sentido común. Pero no ha dejado de ponerme perpleja; porque ya supondrá usted que yo no podía arriesgarme a ser franca con tan mala cabeza.

He advertido, sin embargo, en su charla, que no ama menos a su Danceny; hasta he notado uno de esos recursos que jamás le faltan al amor y con el que la jovencita se engaña a sí misma de una manera bastante graciosa. Torturada por el deseo de pensar en su amante y por el miedo a condenarse por tal pensamiento, se le ha ocurrido rogarle a Dios que le haga olvidar lo; y, como repite ese ruego a cada instante, ha encontrado el medio de pensar en él sin cesar.

Con otro más *corrido* que Danceny este incidente sería tal vez más favorable que adverso; pero él es tan *pipiolo* que, si nosotros no le ayudamos, necesitará tanto tiempo para vencer los más ligeros obstáculos que nos dejará el suficiente para realizar nuestro plan.

Tiene usted razón: es lamentable que él sea el protagonista de esta aventura. Pero, ¿qué quiere usted? Es así, y de ello tiene usted la culpa. Me he hecho mostrar su respuesta (1); y me ha dado lástima. Le hice razonamientos hasta más no poder para probarle que un sentimiento involuntario no puede ser un crimen; ¡como si no dejara de ser involuntario en cuanto se cesa de combatirlo! Esta idea es tan sencilla que hasta a la muchacha se le ha ocurrido. El se queja de su desdicha de una manera bastante conmovedora; mas su dolor es tan dulce y parece tan fuerte y sincero que me parece imposible que una mujer que tenga ocasión de desesperar a un hombre hasta ese punto, con tan poco peligro, no sienta la tentación de permitirse ese capricho. Le explica, en fin, que no es de estado monacal, como ella creía; y esto es, sin duda, lo mejor que hace; porque, si se tratara de entregarse al amor monástico, los señores caballeros de Malta no merecerían la preferencia.

De todos modos, en lugar de perder el tiempo en razonamientos que me hubieran comprometido, tal vez, sin persuadir-

(1) Esta carta no ha sido hallada.

la, aprobé su proyecto de ruptura; pero le dije que era más digno en tal circunstancia decir sus razones que escribirlas; que era también costumbre devolver las cartas y demás bagatelas que se pudiera haber recibido; y aparentando así acomodarme a las miras de la joven, la decidí a darle una cita a Dancený. Al punto, convinimos los medios y yo me encargué de decidir a la madre a salir sin su hija; mañana, al mediodía, será ese instante decisivo. Dancený está ya avisado; pero, ¡por Dios! Si tiene usted ocasión, decida a ese bello pastorcillo a ser menos lánguido; y hágale saber, puesto que hay que decírselo todo, que la mejor manera de vencer los escrúpulos es no dejarle nada que perder a quien los tiene. Por lo demás, para que esta ridícula escena no se repita, no he dejado de suscitar algunas dudas en el ánimo de la muchacha acerca de la discreción de los confesores; y le aseguro a usted que está ahora pagando el susto que me ha dado con el miedo de que el suyo se lo diga todo a su madre. Creo que cuando haya hablado una vez o dos más con ella, no irá a contar así sus tonterías al primero que encuentre (1).

Adiós, vizconde; apodérese usted de Dancený y guíelo. Sería una vergüenza que nosotros no lográramos lo que queremos de dos chiquillos. Si ello nos cuesta más trabajo de lo que creímos al principio, pensemos para animarnos, usted, que se trata de la hija de la señora de Volanges, y yo, que es la prometida de Gercourt. Adiós.

2 septiembre 17...

(1) El lector ha de haber adivinado mucho antes, por las costumbres de la señora de Merteuil, lo poco que ésta respetaba a la Religión. Se hubiera suprimido este pasaje; pero se ha creído que al mostrar los efectos no se debía dejar de dar a conocer las causas.

C A R T A L I I

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

Me prohíbe usted, señora, hablarle de mi amor; pero, ¿dónde hallar el valor necesario para obedecerla? Exclusivamente dominado por un sentimiento, que debiera ser tan dulce y que usted hace tan cruel; consumiéndome en el destino a que usted me ha condenado; no viviendo más que de privaciones y de nostalgias; presa de tormentos tanto más dolorosos por cuanto me recuerdan sin cesar la indiferencia de usted, ¿tendré aún que perder el único consuelo que me queda? ¿Y puedo tener otro que abrirle alguna vez mi corazón, lleno por usted de agitación y de amargura? ¿Rehusará usted hasta el homenaje de los sacrificios que exige? ¿No sería más digno de usted, de su alma honesta y dulce, compadecer a un desdichado, que sólo por usted lo es, que querer agravar más sus penas por una prohibición tan injusta como rigurosa?

Finge usted temer al amor y no quiere ver que sólo usted causa los males que le reprocha. ¡Ah! Sin duda, este sentimiento es penoso cuando no lo comparte quien lo inspira; mas, ¿dónde encontrar la dicha si no la da un amor recíproco? La tierna amistad, la dulce confianza, la única sin reservas, las penas suavizadas, los placeres acrecidos, la encantadora esperanza, los recuerdos deliciosos, ¿dónde encontrarlos sino en el amor? Usted lo calumnia; usted, que para gozar todos los bienes que le brinda, no tiene que hacer más que no rehusarlos; y yo olvido todas las penas que sufro para dedicarme a defenderlo.

Me fuerza usted también a defenderme a mí mismo; porque, en tanto que yo consagro mi vida a adorarla, usted pasa la suya imputándome yerros; ya me supone ligero, ya falaz; y, abusando contra mí de algunos errores que yo mismo le confieso, se complace en confundir lo que yo era entonces con lo que soy ahora. No contenta con haberme sometido al tormento de vivir lejos de usted, une a ello una burla cruel sobre placeres a los que usted no sabe lo insensible que me ha hecho.

No cree usted ni mis promesas, ni mis juramentos; pues bien, me queda una garantía que ofrecerle, dada por quien no puede serle sospechoso, por usted misma. No le pido más que se interrogue de buena fe; si no cree usted en mi amor, si duda por un momento de reinar sola en mi alma, si no está segura de haber sujetado este corazón hasta ahora, en efecto, muy voluble, consiento en sufrir la pena de ese error; gemiré, pero no apelaré contra ella; mas, si por el contrario, haciendo justicia a los dos, se ve usted forzada a convenir consigo misma en que no tiene, en que no tendrá nunca rival, no me siga obligando, se lo suplico, a combatir quimeras, y déjeme, al menos, el consuelo de verla no dudar de un sentimiento que no acabará ni puede acabar sino con mi vida. Permítame, señora, rogarle que responda positivamente a este punto de mi carta.

Si reniego de esa época de mi vida, que tanto parece perjudicarme ante usted, no es porque, en caso de necesidad, me faltaran razones para defenderla. ¿Qué he hecho yo, después de todo, más que no resistirme al torbellino al que fui arrojado? Lanzado al mundo, joven y sin experiencia; manejado y transferido, como de mano en mano, por una multitud de mujeres apresuradas todas ellas a prevenir por su facilidad una reflexión que, en su sentir, había de serles desfavorable, ¿me pertenecía a mí dar el ejemplo de una resistencia que no se me oponía? ¿O debía castigarme por un error momentáneo, provocado las más veces, con una constancia seguramente inútil y en la que no se debía ver más que el ridículo? ¿Y qué medio mejor que una pronta ruptura para justificar una elección indigna?

Pero puedo decir que ni la embriaguez de los sentidos, ni aun el delirio de la vanidad que pude sentir, llegaron a mi corazón. Nacido para el amor, la intriga podía distraerlo, pero no embargarlo; rodeado de objetos seductores, ninguno trascendía a mi alma; todos me parecían deleznable; me ofrecían placeres cuando yo buscaba virtudes; y llegué a creerme yo mismo inconstante, porque era delicado y sensible.

Al verla a usted fui iluminado; pronto reconocí que el encanto del amor dimanaba de las cualidades del alma, que sólo

éstas pueden causar un exceso y justificarlo. Sentí, en fin, que me era igualmente imposible no amarla a usted y amar a otra mujer cualquiera.

He aquí, señora, cuál es este corazón, al que teme usted entregarse y cuya suerte ha de decidir; pero, cualquiera que sea el destino que usted le reserve, no cambiará en nada los sentimientos que a usted lo ligan; estos son inalterables, como las virtudes que los han engendrado.

3 septiembre 17...

C A R T A L I I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

He visto a Danceny; pero no he obtenido de él más que una semiconfidencia; se ha obstinado, sobre todo, en ocultarme el nombre de la joven Volanges, de la que no me ha hablado más que como de una mujer muy honesta y hasta un poco devota; esto aparte, me ha referido con bastante veracidad su aventura, sobre todo el último incidente. Yo lo he caldeado todo lo que he podido y lo he embromado mucho por sus escrúpulos y su delicadeza; pero, parece que en esto es contumaz y no respondo de él; en todo caso, podré decirle a usted algo más pasado mañana. Mañana lo llevo a Versalles y trataré de escrutarlo en el camino.

La cita que ha de tener lugar hoy me da también alguna esperanza; pudiera ser que todo pasara de manera satisfactoria para nosotros; y acaso no nos quede ya más que arrancar la confesión y recoger las pruebas. Esta tarea le sería a usted más fácil que a mí, porque la jovencita es más confiada, o lo que viene a ser lo mismo, más locuaz que su discreto enamorado. No obstante, yo haré todo lo posible.

Adiós, mi bella amiga; tengo mucha prisa; no la veré a usted ni esta noche ni mañana; si, por su parte, se entera usted de algo, escríbame para que yo halle su carta a mi regreso. Volveré seguramente a dormir a París.

3 septiembre 17..., por la noche.

C A R T A L I V

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¡ Ah, sí que es por Danceny por quien se puede saber algo! Si él le ha hecho a usted algún avance, ha sido por jactancia. No conozco ser más tonto en amor y cada vez me reprocho más nuestras bondades para con él. ¿ Sabe usted que he corrido el riesgo de verme comprometida por su causa? ¡ Y que haya sido en vano! ¡ Oh! Me vengaré, se lo prometo.

Cuando ayer fuí a recoger a la señora de Volanges, ésta no quería ya salir; se sentía indispuesta; tuve que emplear toda mi elocuencia para decidirla, y veía llegar el momento de entrar Danceny antes de nuestra salida, lo que habría sido una pifia tanto más grave cuanto que la señora de Volanges le había dicho que no se quedaría en casa. Su hija y yo estábamos sobre ascuas. Al fin salimos; y la pequeña me estrechó la mano tan afectuosamente al decirme adiós que, a pesar de su proyecto de ruptura, en el que ella creía de buena fe persistir, auguré maravillas a la velada.

No había llegado al fin de mis inquietudes. Apenas llevábamos media hora en casa de la señora de..., cuando la señora de Volanges se sintió mal; y, naturalmente, quiso volver a su casa; yo no quería en modo alguno, porque temía que, si encontrábamos a los jóvenes, como era de creer, mis instancias a la madre para inducirla a salir se le harían sospechosas. Tomé el partido de asustarla sobre su salud, lo que afortunadamente no es difícil; y la retuve hora y media, sin consentir llevarla a su casa fingiendo temor al peligroso movimiento del coche. En fin, no volvimos hasta la hora convenida. Por el aire ruboroso que advertí en la hija al llegar creí que, al menos, habrían sido perdidos mis apuros.

Mi deseo de enterarme hizo que me quedara al lado de la señora de Volanges, que se acostó en seguida; y después de comer en su alcoba, la dejamos temprano con el pretexto de que tenía necesidad de reposo y pasamos a las habitaciones de su hija. Esta había hecho por su parte todo lo que yo es-

peraba de ella; escrúpulos desvanecidos, nuevos juramentos de amar siempre, etc., en fin, cumplió bien; pero, el sandio de Danceny no adelantó ni una línea en sus posiciones anteriores. ¡Oh! Se puede reñir con él; la reconciliación no es peligrosa.

La pequeña asegura, sin embargo, que él quería algo más, pero que ella supo defenderse. Yo apostaría a que lo dice por jactarse o por excusarlo; casi he adquirido la seguridad de ello. En efecto, se me antojó saber a qué atenerme respecto a la defensa de que era capaz; y yo, simple mujer, sólo con palabras, la encalabriné hasta el punto... En fin, puede usted creerme, jamás hubo persona más susceptible de una sorpresa de los sentidos. Es verdaderamente amable esta querida niña. Merecía otro amante; por lo menos tendrá una buena amiga, porque yo me encariño sinceramente con ella. Le he prometido formarla y creo que le cumpliré mi ofrecimiento. He notado con frecuencia mi necesidad de tener una mujer por confidente y la preferiría a ella a cualquier otra; pero no puedo hacer nada en tanto que ella no llegue a ser... lo que es preciso que sea; esta es una razón más para recriminar a Danceny.

Adiós, vizconde; no venga mañana a casa, a menos que sea por la mañana. He cedido a las instancias del caballero para tener una sesión en la Casita.

4 septiembre 17...

C A R T A L V

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Tenías razón, mi querida Sofía; tus profecías son más seguras que tus consejos. Danceny ha sido más fuerte que el confesor, que tú y que yo misma; y henos aquí de nuevo exactamente donde estábamos. ¡Ah! No me arrepiento; y, si tú me regañas será porque no sabes el placer que hay en amar a Danceny. A ti te es muy fácil decir lo que debe hacerse; nada

te lo impide; pero, si hubieras experimentado, como yo, cuánto duele la pena de aquel a quien se ama, cómo se comparte su alegría y lo difícil que es decir no cuando se quiere decir sí, no te extrañaría nada; yo misma que lo he sentido, muy vivamente sentido, no me lo explico todavía. ¿Crees tú, por ejemplo, que se pueda ver llorar a Danceny sin llorar también? Te aseguro que a mí eso me es imposible; y cuando él está contento, yo soy tan feliz como él. Aunque tú digas que lo que se dice no cambia lo que es, yo estoy bien segura de que es así.

Quisiera verte en mi lugar... No, no es eso lo que yo quiero decir, porque, seguramente, yo no cedería mi puesto a nadie; pero quisiera que tú amaras también a alguien, no solamente porque me comprendieras mejor y me regañaras menos, sino también porque serías más feliz o, mejor dicho, porque entonces empezarías a serlo.

Nuestras diversiones, nuestras risas, todo eso no es más que juego de niños, de los que no queda nada cuando han pasado. Pero el amor, ¡ah el amor! Una palabra, una mirada, sólo el saber que él está cerca es la felicidad. Cuando yo veo a Danceny ya no deseo nada más; cuando no lo veo sólo lo deseo a él. No sé cómo es esto; pero se diría que todo lo que agrada se le parece. Cuando no está conmigo, pienso en él; y cuando puedo pensar plenamente, sin que nada me distraiga, cuando estoy sola, por ejemplo, soy también feliz; cierro los ojos y al punto creo verlo; recuerdo sus palabras y creo oírle; esto me hace suspirar, y después siento un fuego, una agitación... No puedo estarme quieta. Es como un tormento que da un placer indefinible. Y aun creo que cuando se tiene amor éste se extiende hasta la amistad. La mía por ti no ha cambiado; sigo siendo la misma del convento; pero experimento lo que te digo con la señora de Merteuil. Me parece que la amo más como a Danceny que como a ti, y a veces quisiera que ella fuese él. Esto proviene sin duda de que no es una amistad de niños como la nuestra, o bien de que los veo tan frecuentemente juntos que esto me hace engañarme. En fin, lo cierto es que ambos me hacen muy feliz; y, después de todo, no creo que haya gran mal en lo que hago. Por tanto, no pe-

diría más que seguir siempre así; y sólo me apena la idea de mi casamiento; porque, si el señor de Gercourt es como me han dicho, lo que no dudo, no sé qué será de mí. Adiós, mi Sofía; te sigo amando muy tiernamente.

4 septiembre 17...

C A R T A L V I

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

¿De qué le serviría, señor, la respuesta que me pide? Creer en sus sentimientos, ¿no sería una razón más para temerles? Y, sin atacar ni defender su sinceridad, ¿no me basta, no debe bastarle a usted mismo el saber que no quiero ni debo corresponder a ellos?

Suponiendo que usted me amara verdaderamente (y sólo por no volver sobre este punto admito tal suposición), ¿serían menos insuperables los obstáculos que nos separan? ¿Puedo yo hacer más que desear que logre usted pronto vencer su amor y, sobre todo, ayudarle cuanto me es posible, apresurándome a quitarle toda esperanza? Confiesa usted mismo que *ese sentimiento es muy penoso cuando no lo comparte quien lo inspira*. Ahora bien: usted sabe de sobra que me es imposible compartirlo; y, si tuviera esa desgracia, sería más digna de compasión, sin que usted fuera más feliz. Creo que usted me estima lo bastante para no dudarle un momento. Cese, pues, se lo suplico, de querer turbar un corazón al que la tranquilidad le es necesaria; no me fuerce a deplorar el haberlo conocido.

Querida y estimada por mi marido, al que amo y respeto, mis deberes y mis placeres coinciden en el mismo punto. Soy feliz; debo serlo. Si existen placeres más vivos, yo no los deseo; no los quiero conocer. ¿Hay alguno más dulce que el de estar en paz consigo misma, no tener más que días serenos, dormirse sin agitaciones y despertarse sin remordimientos? Lo que usted llama felicidad no es más que un tumulto de los

sentidos, una borrasca de las pasiones, que ofrece un espectáculo espantoso aun visto desde la orilla. ¿Cómo afrontar esas tormentas? ¿Cómo osar embarcarse en un mar cubierto de despojos de náufragos? ¿Y con quién? No, señor; yo me quedo en tierra; amo los lazos que me ligan a ella. Aunque pudiera romperlos, no lo haría; si no los tuviera, me apresuraría a adquirirlos.

¿Por qué se aferra usted a mis pasos? ¿Por qué se obstina en seguirme? Sus cartas, que debían ser raras, se suceden con rapidez. Debían ser sensatas, y no me habla usted en ellas más que de su loco amor. Me acosa usted con su idea más que lo hacía con su persona. Apartado de mí en una forma, se me representa en otra. Las cosas que le pido que no diga las repite usted de otro modo. Se complace en confundirme con razonamientos capciosos; elude los míos. No quiero ya responderle; no le responderé más... ¡Cómo trata usted a las mujeres que sedujo! ¡Con qué desprecio habla de ellas! Quiero creer que algunas lo merezcan; pero ¿todas pueden ser tan despreciables? ¡Ah! Sin duda, puesto que faltaron a sus deberes para entregarse a un amor culpable. Desde tal momento lo perdieron todo, hasta la estimación de aquel a quien todo se lo sacrificaron. Tal suplicio es justo; pero sólo su idea hace estremecerse. ¿Qué me importa, después de todo? ¿Por qué he de preocuparme de ellas ni de usted? ¿Con qué derecho viene usted a turbar mi tranquilidad? Déjeme, no vuelva a verme, no vuelva a escribirme; se lo ruego; se lo exijo. Esta carta es la última mía que recibirá usted.

5 septiembre 17...

C A R T A L V I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Encontré la carta de usted ayer a mi llegada. Su cólera me ha regocijado. No sentiría usted más vivamente la torpeza de Danceny si la hubiera tenido con usted misma. Sin duda, es

por venganza por lo que acostumbra usted a su amante a hacerle pequeñas infidelidades; ¡qué mal sujeto es usted! Sí; es usted encantadora y no me extraña que se le resista menos que a Danceny.

Al fin, ya me sé de memoria a ese bello protagonista de novela; ya no tiene secretos para mí. Le he repetido tanto que el amor honesto es el bien supremo, que un sentimiento vale más que diez intrigas, que yo mismo soy en estos momentos un enamorado tímido; ha encontrado en mí, en suma, una manera de pensar tan conforme con la suya, que, encantado por mi candor, me lo ha dicho todo y me ha jurado una amistad sin reservas. Pero con ello no hemos avanzado nada en nuestro plan.

Ante todo, me parece que él tiene la teoría de que una señorita merece muchos más miramientos que una señora, por tener más que perder. Cree, sobre todo, que nada puede justificar el que un hombre ponga a una joven en la necesidad de casarse con él o de quedar deshonrada, cuando ella es mucho más rica que él, como ocurre en su caso. La seguridad de la madre, el candor de la hija, todo lo intimida y lo arredra. La dificultad no está en combatir sus sentimientos, por verdaderos que sean. Con un poco de habilidad, ayudada por la pasión, serían destruidos pronto, tanto más cuanto que se prestan al ridículo y se contaría con la fuerza de su empleo. Pero lo que impide hacer mella en él es que se encuentra feliz en su actual estado. En efecto, si los primeros amores parecen, en general, más honrados y, como suele decirse más puros; si son, por lo menos, más lentos en su marcha, no es como se cree, por delicadeza o timidez; es porque el corazón, sorprendido por un sentimiento nuevo para él, se detiene, por decirlo así, a cada paso, para gozar el encanto que experimenta, y ese encanto es tan poderoso en un corazón joven que lo llena hasta el punto de hacerle olvidar todo otro placer. Esto es tan verdad, que un libertino enamorado, si un libertino se puede enamorar, tiene en tal caso menos apresuramiento para gozar; y, que, en fin, entre la conducta de Danceny con la joven Volanges y la mía con la recatada señora de Tourvel, no hay más que una diferencia de grados.

Habrían hecho falta para espolpear a nuestro hombre más obstáculos de los que ha encontrado; sobre todo más necesidad de misterio, porque el misterio suscita la audacia. Yo no estoy lejos de creer que usted, al servirlo tan bien, nos ha perjudicado; su proceder habría sido excelente con un hombre *corrido* que no tuviera más que deseos; pero hubiera usted debido comprender que con un joven honesto y enamorado, el más alto valor de los favores que recibe está en tenerlos por pruebas de amor; y, por consiguiente, cuanto más seguro está de ser amado, menos emprendedor es. ¿Qué hacer ahora? Yo no lo sé; pero no creo que la pequeña caiga antes de la boda, y así perderemos nuestro pleito: esto me contraría mucho, pero no le veo remedio.

Mientras yo diserto aquí, usted hace algo mejor con su caballero. Ello me hace recordar que me tiene usted prometida una infidelidad en mi favor; tengo su promesa por escrito, mas no quiero hacer de ella una *notificación de apremio*. Reconozco que aún no ha vencido el plazo; pero, por su parte, sería generoso el no aguardar a su vencimiento; y, por la mía, le haré el descuento del pronto pago. ¿Qué dice usted a esto, mi bella amiga? ¿No está usted cansada aún de su constancia? ¿Tan maravilloso es, pues, ese caballero? ¡Oh! Déjeme usted hacer; quiero forzarla a convenir en que, si le encuentra algún mérito, es porque me ha olvidado.

Adiós, mi bella amiga; la beso con tanto ardor como la deseo; y reto al caballero a que todos sus besos sean tan ardientes como los míos.

5 septiembre 17...

C A R T A L V I I I

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

¿Por dónde ni cómo he merecido, señora, los reproches que me hace y la cólera que me muestra? La afección más viva y, no obstante, más respetuosa, la sumisión más completa a sus menores deseos; he aquí en dos palabras la historia de mis sentimientos y de mi conducta. Abrumado por los

pesares de un amor desgraciado, no tenía otro consuelo que el de verla: usted me ordenó privarme de él; obedecí, sin permitirme murmurar. En premio de tal sacrificio me permitió escribirle, y hoy quiere usted quitarme ese único placer. ¿He de dejármelo arrebatat sin un conato de defensa? No, sin duda; ¿cómo no ha de ser caro a mi corazón, si es el único que me resta y se lo debo a usted?

Dice usted que mis cartas son demasiado frecuentes. Tenga en cuenta, se lo suplico, que desde hace diez días que dura mi destierro, no he pasado un instante sin pensar en usted, y, sin embargo, sólo ha recibido dos cartas mías. *¿No le hablo más que de mi amor?* ¡Claro! ¿Qué puedo decir sino lo que pienso? Todo lo que pude hacer fué atenuar la expresión; y no le dejé ver, puede usted creerlo, más que lo que era imposible ocultar. Me amenaza usted, en fin, con no contestarme más. Así, no contenta con su rigor para el hombre que la prefiere a todo y que la respeta aún más que la ama, ¿quiere añadirle el desprecio? ¿Y por qué esas amenazas y ese enfado? ¿Qué necesidad tiene usted de ello? ¿No está segura de ser obedecida hasta en sus órdenes injustas? ¿Me es posible contrariar alguno de sus deseos, y no se lo he probado ya? ¿Abusará usted del imperio que tiene sobre mí? Después de haberme hecho desgraciado, después de haber sido injusta conmigo, ¿puede usted gozar de esa tranquilidad que asegura serle tan necesaria? ¿No se dirá usted nunca: “El me ha erigido en dueña de su suerte y yo lo he hecho desgraciado. Imploraba mi auxilio y lo miré sin piedad?” ¿Sabe usted hasta dónde puede llegar mi desesperación? No.

Para calcular mis males habría de saber hasta qué punto la amo, y no conoce usted mi corazón.

¿A qué me sacrifica usted? A temores quiméricos. ¿Y quién se los inspira? Un hombre que la adora, un hombre sobre el cual no cesará usted nunca de tener un imperio absoluto. ¿Qué teme usted, que puede temer de un sentimiento que siempre será dueña de dirigir a su antojo? Pero su imaginación crea monstruos, y usted atribuye el espanto que éstos inspiran a mi amor. Un poco de confianza y esos fantasmas desaparecerán.

Un sabio ha dicho que para disipar sus temores bastaría casi siempre estudiar a fondo sus causas (1). Y esta verdad es sobre todo aplicable al amor. Ame usted, y sus temores se disiparan. En lugar de los objetos que la asustan, hallará un sentimiento delicioso, un amante tierno y sumiso; y todos sus días, marcados por la ventura, no le dejarán más resquemor que el de haber perdido algunos en la indiferencia. Yo mismo, desde que, enmendado de mis yerros, no existo más que para el amor, siento haber perdido un tiempo que creía haber pasado en los placeres; y estoy cierto de que sólo a usted pertenece el hacerme feliz. Pero le suplico que no nuble el placer que encuentro en escribirle por el temor de disgustarla. No quiero desobedecerla; pero, a sus pies, reclamo la dicha que quiere arrebatarme, la única que me ha dejado; le grito que escuche mis ruegos y vea mis lágrimas. ¡Ah, señora! ¿Me lo negará usted?

7 septiembre 17...

C A R T A L I X

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Dígame usted, si lo sabe, qué significa esa sandez de Dan-ceny. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha perdido? ¿Acaso se ha cansado su bella de su eterno respeto? Hay que ser justos, le sobra razón para ello. ¿Qué he de decirle esta tarde en la cita que me ha pedido y que yo le he dado a todo evento? Seguramente no he de perder el tiempo en oír sus lamentaciones, si esto no ha de servirnos de nada. Las querellas amorosas sólo son agradables de oír en recitativos y arias. Indíqueme usted lo que he de hacer; si no, deserto para librarme del fastidio que preveo. ¿Podría hablar con usted esta mañana? Si está usted *ocupada*, escríbame unas líneas, dándome la letra de mi papel.

(1) Se cree que es Rousseau en el "Emilio"; pero la cita no es exacta, y su aplicación aquí es falsa; además, ¿había leído la señora de Tourvel el "Emilio"?

¿Dónde estuvo usted ayer? Ya no logro verla. En verdad, no valía la pena el tenerme en París en el mes de septiembre. Decídase usted, pues, porque acabo de recibir una invitación muy apremiante de la condesa de B... para que vaya a verla al campo; y, como me dice muy donosamente: "Su marido tiene el más bello bosque del mundo y lo conserva cuidadosamente para el placer de sus amigos" (1). Ahora bien: usted sabe que yo tengo algunos derechos sobre ese bosque, e iré a verlo de nuevo, si no le soy a usted útil. Adiós, piense en que Danceny estará en mi casa a las cuatro.

8 septiembre 17...

C A R T A L X

El caballero Danceny al vizconde de Valmont.

(Incluida en la precedente.)

¡Ah, señor! Estoy desesperado. Todo lo he perdido. No oso confiar al papel el secreto de mis penas; pero tengo necesidad de expansionarlas en el pecho de un amigo leal y seguro. ¿A qué hora podré verlo e ir a buscar cerca de usted consuelos y consejos? ¡Era tan feliz el día en que le abrí mi corazón! Ahora, ¡qué diferencia! Todo ha cambiado para mí. Lo que sufro por mí mismo no es más que la menor parte de mis tormentos; mi inquietud por un sér que es para mí lo más querido, es lo que no puedo soportar. Más dichoso que yo, usted podrá verla, y espero de su amistad que no me niegue ese favor; pero antes es preciso que yo hable con usted, que lo entere de todo. Usted me compadecerá, me socorrerá; es mi única esperanza. Usted es sensible, conoce el amor, y es el único a quien puedo confiarme; no me niegue su auxilio.

Adiós, señor; el único alivio que tengo en mi dolor es pensar que me queda un amigo como usted. Hágame saber, se lo

(1) Aquí hay un equívoco picaresco: la palabra "bois" (bosque) tiene la significación peyorativa de cornamenta, ("N. del T.")

ruego, a qué hora podré encontrarlo. Si no pudiera ser esta mañana, desearía que fuese a primera hora de esta tarde.

8 septiembre 17...

C A R T A L X I

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

Mi querida Sofía: compadece a tu Cecilia, a tu pobre Cecilia; ¡es tan desgraciada! Mamá lo sabe todo. No concibo cómo ha podido sospecharlo; pero todo lo ha descubierto. Anoche me pareció un poco malhumorada; pero no hice gran caso de ello, y hasta hablé alegremente con la señora de Merteuil, que había comido en casa, mientras ella jugaba su partida; hablamos mucho de Danceny; pero no creo que se nos pudiera oír. La señora de Merteuil se despidió y yo me retiré a mis habitaciones.

Estaba desnudándome, cuando entró mamá e hizo salir a la doncella; me pidió la llave de mi secreter. El tono en que me hizo tal petición me causó un temblor tan fuerte que apenas podía sostenerme. Aparenté no encontrarla; pero, al fin, tuve que obedecer. El primer cajón que abrió fué precisamente en el que estaban las cartas del caballero Danceny. Yo estaba tan turbada que, al preguntarme qué era aquello, no supe responderle sino que no era nada; pero, cuando la vi empezar a leer la primera que halló a mano, apenas tuve tiempo para ir a dejarme caer en un sillón y me sentí tan mal que perdí el conocimiento. En cuanto volví en mí, mi madre, que había llamado a la doncella, se retiró, diciéndome que me acostara. Se llevó todas las cartas de Danceny. Me estremezco siempre que pienso que habré de reaparecer ante ella. No he hecho más que llorar toda la noche.

Te escribo, al amanecer, con la esperanza de que venga Josefina. Si puedo hablarle a solas, le pediré que le lleve a la señora de Merteuil una esquila que le voy a escribir; si no, la incluiré en tu carta y tú me harás el favor de enviársela

como tuya. Sólo de ella puedo obtener algún consuelo. Por lo menos, hablaremos de él, porque no espero verlo más. ¡ Soy muy desdichada! Ella tendrá acaso la bondad de encargarse de una carta para Danceny. No me atrevo a confiarme a Josefina para tal gestión, y menos aún a mi doncella; porque quizás haya sido ésta quien le haya dicho a mi madre que yo tenía cartas en mi secreter.

No te escribo más extensamente porque quiero disponer de tiempo para escribirle a la señora de Merteuil y también a Danceny, para tener la carta dispuesta por si ella quiere encargarse de remitirla. Después, volveré a acostarme para que me encuentren en la cama cuando entren en mi alcoba. Diré que estoy enferma para evadirme de ir a ver a mamá. No mentiré mucho; seguramente sufro más que si tuviera fiebre. Me arden los ojos de tanto llorar, y tengo un peso en el estómago que no me deja respirar apenas. Cuando pienso que no volveré a ver a Danceny, quisiera haberme muerto. Adiós, mi querida Sofía. No puedo decirte más; me ahogan las lágrimas.

7 septiembre 17...

NOTA. Se ha suprimido la carta de Cecilia Volanges a la marquesa porque no contiene más que los mismos datos que la carta precedente, con menos detalles. La dirigida al caballero Danceny no se ha encontrado; la razón de ello se verá en la "Carta LXIII", de la señora de Merteuil al vizconde.

C A R T A L X I I

La señora de Volanges al caballero Danceny.

Después de haber abusado, señor, de la confianza de una madre y de la inocencia de una niña, no le extrañará, indudablemente, no volver a ser recibido en una casa en la que no ha correspondido usted a las pruebas de la más sincera amistad más que con el olvido de todos los miramientos. Prefiero rogarle que no vuelva a mi casa a dar en la puerta órdenes que nos comprometerían igualmente a todos por las

observaciones que los criados no dejarían de hacer. Tengo derecho a esperar que no me obligará usted a recurrir a ese medio. Le advierto también que si hace la menor tentativa para mantener a mi hija en el extravío al que la ha empujado, un retiro austero y eterno la sustraerá a su persecución. Usted ha de ver, señor, si tiene tan poco reparo en causar su infortunio como ha tenido en intentar su deshonra. Cuanto a mí, he tomado mi partido y se lo he comunicado a ella.

Adjunto recibirá usted el paquete de sus cartas. Cuento con que me remitirá usted en cambio todas las de mi hija, y que se prestará a no dejar rastro alguno de un acontecimiento que no podríamos recordar, yo, sin indignación; ella, sin sonrojo, y usted, sin remordimientos.

Tengo el honor de ser, etc.

7 septiembre 17...

C A R T A L X I I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

Verdaderamente, sí; yo le explicaré la carta de Danceny. El acontecimiento que le ha hecho escribirla es obra mía, y creo que es mi obra maestra. No he perdido el tiempo desde que recibí su última carta, y me he dicho como el arquitecto ateniense: "Lo que él dice, lo haré yo."

¿Le hacen falta obstáculos a ese bello héroe de novela; se duerme en el goce de la felicidad? ¡Oh! Pues que se remita a mí; yo le daré tarea; y, o mucho me engaño, o no dormirá ya tranquilo. Había que enseñarle el valor del tiempo y tengo la presunción de que ahora siente mucho el que ha perdido. Le hacía también falta, según usted, el necesitar más misterio; pues bien, esa necesidad no ha de faltarle ya. Yo tengo eso de bueno, el que no hay más que hacerme advertir mis faltas; no descanso hasta que lo he reparado todo. Vea usted lo que he hecho.

Al volver a casa anteayer mañana leí la carta de usted; me pareció luminosa. Persuadida de que usted me indicaba

muy bien la causa del mal, no pensé más que en buscar el medio de curarlo. Empecé, sin embargo, por acostarme; porque el infatigable caballero no me había dejado dormir un instante y creía tener sueño, pero nada de eso; obsesionada por Danceny, el deseo de hacerle salir de su indolencia o de castigarlo, no me permitió cerrar los ojos y sólo después de haber concertado bien mi plan pude lograr dos horas de reposo.

Fuí aquella misma tarde a casa de la señora de Volanges y, siguiendo mi plan, le hice la confidencia de que tenía por cierto que existía entre su hija y Danceny una relación peligrosa. Esta mujer, tan clarividente contra usted, estaba ciega hasta el punto de responderme al principio que seguramente me engañaba. Yo no podía decirle todo lo que sabía, pero le señalé miradas y frases que *alarmaban a mi virtud y a mi amistad*. Le hablé, en fin, casi tan bien como pudiera haberlo hecho una beata y, para dar el golpe decisivo, llegué hasta decirle que creía haber visto dar y recibir una carta. Eso me recuerda, añadí, que un día que ella abrió delante de mí un cajón de su secreter, ví en él muchos papeles que sin duda conserva. ¿Sabe usted, agregué, si tiene alguna correspondencia frecuente? Aquí el semblante de la señora de Volanges cambió y vi rodar por sus mejillas unas lágrimas. Gracias, querida amiga, me dijo estrechándome la mano; yo me enteraré.

Tras tal conversación, demasiado corta para ser sospechosa, me acerqué a la joven. La dejé muy pronto para pedirle a la madre que no me comprometiera ante su hija, lo que me prometió con tanta más condescendencia cuanto que yo le hice observar lo conveniente que sería el que la joven tuviera bastante confianza en mí para abrirme su corazón y ponerme en condiciones de darle *mis prudentes consejos*. Lo que me da más seguridad de que cumplirá su promesa es que no dudo que querrá hacer resaltar su penetración a los ojos de su hija. Yo me encuentro así autorizada para conservar mi cariz de amistad con la pequeña sin parecerle falsa a la madre, lo que quería evitar. Voy ganando también el poder estar a solas todo el tiempo que me plazca con la pequeña, sin suscitar recelo alguno en la señora de Volanges.

Me aproveché de ello aquella misma noche y, después de terminar mi partida de juego, me aislé con la pequeña en un rincón; le hablé de Dancený, tema de conversación inagotable para ella. Me divertí encalabrinándola con el placer que tendría al verlo al día siguiente; no hubo locura que no le dijera. Tenía que resarcirla en esperanzas de lo que le quitaba en realidad, y, además, todo ello había de hacerle más sensible el golpe y yo estoy persuadida de que cuanto más sufra más prisa tendrá en desquitarse en la primera ocasión. Es conveniente, por otra parte, acostumar a los grandes acontecimientos a quien se destina a las grandes aventuras.

Después de todo, ¿por qué no ha de pagar con algunas lágrimas la dicha de tener a su Dancený? ¿Lo adora? Pues bien, yo le prometo que lo tendrá, o mejor, que no lo tendría sin esta tormenta. Es un mal sueño cuyo despertar será delicioso; y, en fin de cuentas, creo que me debe gratitud; por lo demás, aunque yo haya puesto en ello alguna malicia, se ha de tener en cuenta que hay que divertirse.

Hay en el mundo tontos para nuestro recreo (1).

Me retiré, al fin, muy satisfecha de mí misma. O Dancený, me decía, excitado por los obstáculos, agudizará su amor, y entonces yo lo serviré con todos mis medios; o, si no es más que un sandio como muchas veces estoy tentada a creer, se desesperará y se dará por vencido; y en este caso, me habré vengado, al menos, de él en cuanto me era posible, y, de paso, habré aumentado en mi haber la estimación de la madre, la amistad de la hija y la confianza de las dos. Cuanto a Gercourt, principal objeto de mis miras, he de ser muy desafortunada y muy torpe si, con el influjo que tengo y he de tener aún más en el ánimo de su mujer, no encuentro mil medios de hacerle ser lo que quiero que sea. Me acosté con tan gratos pensamientos; en consecuencia, dormí muy bien y me desperté muy tarde.

(1) Gresset. "El malvado", comedia.

Al despertar, encontré dos cartas, una de la hija y otra de la madre; y no pude menos de reírme al leer en ambas literalmente esta misma frase: *Sólo de usted espero algún consuelo*. ¿No es divertido, en efecto, consolar en pro y en contra y ser el único agente de dos intereses diametralmente opuestos? Héme aquí, pues, como una Divinidad, recibiendo los votos contrarios de los ciegos mortales y no cambiando nada de mis inmutables designios. He dejado, sin embargo, este augusto papel para asumir el de ángel consolador; y ya he ido, según lo preceptuado, a visitar a mis amigas en su aflicción.

Comencé por la madre y la encontré con una tristeza que lo venga a usted ya en parte de las contrariedades que le suscitó con su bella gazmoña; mi única inquietud era que la señora de Volanges aprovechara estos momentos para captarse la confianza de su hija; lo que le habría sido muy fácil empleando con ella el lenguaje de la dulzura y dando a los consejos de la razón el aire y el tono de la ternura indulgente. Por fortuna, se ha armado de severidad, se ha conducido tan mal, en fin, que yo he tenido que aplaudirla. Es verdad que ha pensado romper todos nuestros planes, tomando el partido de hacer a su hija ingresar nuevamente en el convento; pero yo he parado el golpe; y he recabado de ella que no pase de la amenaza y esto en el caso de que Danceny persista en sus persecuciones; así se les fuerza a ambos a guardar una circunspección que creo necesaria para el éxito.

Luego fuí a ver a la hija. ¡No puede usted imaginar cuánto la embellece el dolor! Por poca coquetería que adquiriera, yo le garantizo que llorará frecuentemente; por esta vez, Moraba sin malicia... Impresionada por ese nuevo atractivo que yo no le conocía y que me agradó observar, no le ofrecí al principio sino esos torpes consuelos que, más que aliviar las penas, las acrecen; y, con tal medio la puse en trance de una verdadera sofocación. Dejó de llorar y yo temí un momento las convulsiones. Le aconsejé que se acostara, a lo que se prestó y le serví de doncella; no se había peinado y sus cabellos sueltos cayeron pronto sobre sus hombros y su garganta totalmente descubierta; la besé, se echó en mis brazos y sus lágrimas volvieron a correr con suavidad. ¡Dios mío, qué bella estaba!

¡ Ah! si la Magdalena era así, debió de ser mucho más peligrosa de penitente que de pecadora.

Cuando la bella desolada estuvo en el lecho, empecé a consolarla de buena fe. La tranquilicé ante todo sobre su miedo al convento. Le sugerí la esperanza de ver en secreto a Danceny. Y sentándome en la cama: “Si él estuviera en mi lugar...” le dije; y con variaciones sobre este tema, la conduje de distracción en distracción, a olvidar por completo que estaba afligida. Nos habríamos separado totalmente satisfechas una de otra, si no hubiera querido confiarme una carta para Danceny, a lo que me negué inexorablemente. Y he aquí las razones, que usted aprobará sin duda.

La principal es que eso era comprometerme ante Danceny; y si ésta era la única de que pude servirme para con la pequeña, había varias otras de usted para mí. ¿No sería arriesgar el fruto de mis trabajos dar tan pronto a nuestros jóvenes un medio tan fácil de endulzar sus penas? Además, no me disgustaría obligarlos a mezclar algunos criados en esta aventura; porque, en fin, si es llevada a feliz término, como espero, convendrá que se sepa inmediatamente después de la boda, y hay pocos medios más seguros para propalarla; y, si ellos no hablaran por milagro, hablaríamos nosotros y nos sería más cómoda cargar la indiscreción a su cuenta.

Sería, pues, conveniente que usted le inculque hoy esta idea a Danceny; y, como yo no estoy segura de la doncella de la joven Volanges, de la que ésta parece desconfiar, indíquele la mía, mi fiel Victoria. Yo cuidaré de que la gestión dé resultado. Esta idea me place tanto más cuanto que las confidencias sólo nos serán útiles a nosotros y no a ellos; porque no he llegado aún al fin de mi relato.

Mientras me resistía a encargarme de la carta de la pequeña, temía a cada instante que me propusiera echarla al correo, a lo que no me hubiera podido negar. Afortunadamente, fuera por turbación, por ignorancia, o acaso también porque le importara más que la carta la respuesta, que sólo por mi mediación podía obtener, no me habló de ello; pero para evitar que se le ocurra ese medio o al menos que pueda emplearlo, tomé inmediatamente mi partido; al volver a las habitaciones de la

madre decidí a ésta a alejar por algún tiempo a su hija, a llevarla al campo. ¿Y adónde? ¿No le palpita a usted el corazón de júbilo? A casa de su tía, la anciana señora de Rosemonde. Hoy mismo ha de avisarla; así, es usted autorizado para volver a reunirse con su devota, que ya no podrá objetar el escándalo de la convivencia a solas; y gracias a mis gestiones, la señora de Volanges reparará por sí misma el daño que le hizo a usted.

Pero escúcheme y no se ocupe tan vivamente de su pleito, que pierda de vista éste; piense en lo mucho que me interesa. Quiero que usted se haga el corresponsal y el consejero de ambos jóvenes. Comuníqueme su viaje a Danceny y ofrézcale sus servicios. No vea usted dificultad en hacer llegar sus credenciales a manos de la bella; quite al punto ese obstáculo indicándole el conducto de mi doncella. Es indudable que él aceptará y usted tendrá por premio de sus trabajos las confianzas de un corazón joven, que son siempre interesantes. ¡Pobre pequeña! ¡Cómo se sonrojará al darle a usted su primera carta! En verdad, ese papel de confidente, contra el que hay tantos prejuicios, me parece una linda distracción para quien tiene otras preocupaciones, como le ocurre a usted.

De su gestión va, pues, a depender el desenlace de esta intriga. Usted verá el momento en que habrá que reunir a los actores. El campo ofrece mil medios; y Danceny, de seguro, estará pronto a acudir a la primera señal de usted. Una noche, un disfraz, un balcón... ¿qué sé yo? Pero, en fin, si la pequeña vuelve tal cual fué, echaré sobre usted toda la responsabilidad. Si juzga usted que necesita algún estímulo de mi parte, avísemelo. Creo haberle dado una buena lección sobre el peligro de conservar las cartas para atreverme a escribirle ahora; y sigo con el designio de hacerla mi discípula.

Creo haberme olvidado de decirle a usted que las sospechas de la joven respecto a la delación de su correspondencia cayeron primeramente sobre su doncella, pero yo las hice recaer sobre el confesor.

Adiós, vizconde; llevo ya mucho tiempo escribiéndole y mi comida se ha retrasado; pero dictaban mi carta el amor pro-

pio y la amistad, y ambos son locuaces. Por lo demás, llegará a su casa a las tres, que es lo que importa.

Quéjese usted de mí ahora, si se atreve; y vaya, si tiene esa tentación, a revisar el bosque del conde de B... ¿Dice usted que lo guarda para placer de sus amigos? ¿Ese hombre es, pues, amigo de todo el mundo? Pero adiós; tengo hambre.

7 septiembre 17...

C A R T A L X I V

El caballero Danceny a la señora de Volanges.

(Copia incluída en la carta LXVI del vizconde a la marquesa.)

Sin intentar, señora, justificar mi conducta ni quejarme de la de usted, no puedo sino afligirme por un acontecimiento que hace la desgracia de tres personas, dignas las tres de mejor suerte. Sintiendo aún más ser su causa que ser su víctima, he intentado desde ayer diversas veces tener el honor de contestarle, habiéndome faltado las fuerzas para ello. Tengo, sin embargo, tantas cosas que decirle que he de hacer un esfuerzo sobre mí mismo; y, si esta carta es poco ordenada y coherente, ha de hacerse usted cargo de lo dolorosa que es mi situación para otorgarme alguna indulgencia.

Permítame, ante todo, protestar contra la primera frase de su carta. Yo no he abusado, me atrevo a decirlo, ni de la confianza de usted ni de la inocencia de la señorita de Volanges; he respetado una y otra en todos mis actos. Sólo éstos dependían de mí; y, aunque usted me haga responsable de un sentimiento involuntario, no temo añadir que el que me inspiró su hija es tal que podrá desagradar a usted, pero no ofenderla. Respecto a este punto, que me importa mucho más de cuanto pudiera decirle, quiero que sea usted misma juez y que mis cartas sean testigos.

Me prohíbe usted presentarme en su casa en adelante y yo

me someteré, sin duda, a todo cuanto le plazca ordenar a este respecto; pero esa ausencia súbita y total, ¿no dará tanto pie a las observaciones que quiere usted evitar como la orden que por tal razón no ha querido dar a sus criados? He de insistir en este punto, tanto más cuanto que es más importante para la señorita de Volanges que para mí. Le suplico, pues, que pese detenidamente el pro y el contra de sus determinaciones y no permita que su severidad altere su prudencia. Persuadido de que las decisiones de usted sólo serán dictadas por el bien de su hija, esperaré nuevas órdenes de su parte.

En todo caso, si usted me permitiera visitarla alguna vez, señora, yo me comprometo (y puede usted contar con mi promesa) a no abusar de las ocasiones que pueda tener para intentar hablarle particularmente a la señorita de Volanges o para entregarle alguna carta. El temor a cuanto pudiera comprometer su reputación me impone este sacrificio; y la felicidad de verla me lo compensará alguna vez.

Este punto de mi carta es la única respuesta que puedo dar a lo que usted me dice sobre sus determinaciones relativas a la señorita de Volanges, las que han de depender, según me indica, de mi conducta. Sería engañarla prometerle a usted más. Un vil seductor puede amoldar sus planes a las circunstancias y calcular sus procedimientos; pero el amor que a mí me anima no me permite más que dos sentimientos: el valor y la constancia.

¿Qué? ¿Yo podría consentir en ser olvidado por la señorita de Volanges y en olvidarla yo también? ¡No, no! ¡Jamás! Le seré fiel; se lo he jurado y le repito hoy mi juramento. Perdón, señora, me aparto del tema; he de volver a él.

Me queda otro punto que tratar con usted: el de las cartas que me pide. Me apena mucho agregar una negativa a las faltas que me imputa usted; pero, se lo suplico, oiga mis razones, y dígnese recordar para apreciarlas que el único consuelo en la desgracia de haber perdido la amistad de usted es la esperanza de conservar su estimación.

Las cartas de la señorita de Volanges, tan preciosas antes para mí, lo son mucho más en este momento. Ellas son el único bien que me resta; sólo ellas me rememoran todavía un sen-

timiento que constituye todo el encanto de mi vida. Sin embargo, no vacilaría ni un instante, puede usted creerlo, en hacerle tal sacrificio, compensando el pesar de verme privado de ellas con el deseo de probarle a usted mi deferencia respetuosa; pero me contienen poderosas consideraciones que, estoy seguro, no podrá condenar usted misma.

Es verdad que usted posee el secreto de la señorita de Volanges; pero permítame decirle que tengo razones para creer que lo debe a la sorpresa y no a la confianza. No pretendo censurar un acto que autoriza sin duda la solicitud maternal. Respeto los derechos de usted, pero éstos no llegan hasta eximirme de mis deberes. El más sagrado de todos es no traicionar la confianza que se nos concede. Y sería faltar a él descubrir a otro los secretos de un corazón que sólo quiso revelármelos a mí. Si su hija consiente en confiárselos a usted, que se los diga ella; sus cartas en tal caso no le hacen falta alguna. Si, por el contrario, ella quiere recluir su secreto en sí misma, no ha de esperar usted sin duda que yo se lo dé a conocer.

Cuanto al misterio en que desea que quede sepultado este acontecimiento, esté usted tranquila, señora; en lo que interesa a la señorita de Volanges, mi razón puede desafiar hasta al de una madre. Para acabar de disiparle toda inquietud, lo he previsto todo. Ese precioso depósito que llevaba antes el rótulo: *papeles para quemar*; lleva ahora el de: *papeles pertenecientes a la señora de Volanges*. Esta precaución, tomada por mí, debe probarle también que mi negativa no responde al temor de que encuentre usted en esas cartas un sólo sentimiento del que tenga usted que quejarse personalmente.

Con ser tan larga esta carta, señora, no lo sería aún bastante, si le dejara la menor duda acerca de la honradez de mis sentimientos, de mi sincero pesar por haberla disgustado y del profundo respeto con que tengo el honor, etc.

9 septiembre 17...

C A R T A L X V

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

(Enviada abierta a la marquesa de Merteuil en la carta LXVI del visconde.)

¡Oh, mi Cecilia! ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Que Dios nos salvará de las desdichas que nos amagan? ¡Que el amor nos dé al menos valor para soportarlas! ¿Cómo pintarle mi sorpresa, mi desesperación al ver mis cartas y leer la de la señora de Volanges? ¿Quién ha podido traicionarnos? ¿Sobre quién recaen sus sospechas? ¿Ha cometido usted alguna imprudencia? ¿Qué hace usted ahora? ¿Qué le han dicho? Quisiera saberlo todo y todo lo ignoro. Acaso usted misma no sepa más que yo.

Le envío la carta de su mamá y la copia de mi respuesta. Creo que aprobará usted lo que le digo. Tengo gran necesidad de que apruebe usted también las gestiones que he hecho desde ese fatal incidente; todas tienen por objeto lograr noticias de usted y darle las mías; y, ¿quién sabe? acaso también volver a verla, y más libremente que nunca.

¿Concibe usted, Cecilia mía, el placer de volver a vernos juntos, de poder jurarnos de nuevo nuestro eterno amor, de leer mutuamente en nuestros ojos, de sentir en nuestras almas, que ese juramento no será falso? ¿Qué penas no haría olvidar tan dulce momento? Pues bien, yo tengo la esperanza de verlo llegar y lo debo precisamente a esas gestiones para las que le pido su aprobación. ¿Qué digo?, la debo a la consoladora solicitud del más tierno amigo; y mi único ruego es que usted permita que lo sea también suyo.

Tal vez yo no debiera hacer a nadie el don de la confianza de usted sin su consentimiento; pero tengo por excusa la desgracia y la necesidad. El amor me ha llevado a ello; él también reclama la indulgencia de usted y le pide perdón para una confidencia necesaria, sin la cual quedaríamos quizá separados

para siempre (1). Usted conoce al amigo de quien le hablo; es el de la mujer a quien usted más quiere. Es el vizconde de Valmont.

Mi plan al dirigirme a él era, ante todo, rogarle que indujera a la señora de Merteuil a llevarle a usted una carta mía. El no cree que ese medio pueda dar resultado; pero, a falta de la señora, responde de la doncella, que le está obligada. Ella será quien le lleve esta carta y a quien usted podrá darle la respuesta.

Este auxilio apenas nos será útil si, como cree el señor de Valmont, usted parte inmediatamente para el campo. Pero entonces será él mismo quien tendrá la bondad de servirnos. La señora a cuya casa irá usted es tía suya. El utilizará ese pretexto para ir al mismo tiempo que usted, y pasará por sus manos nuestra correspondencia. Hasta asegura que si usted quiere dejarse guiar por él, nos facilitará los medios de vernos, sin riesgo de comprometerla a usted en nada.

Ahora, Cecilia mía, si usted me ama, si compadece mi infortunio, si, como creo, comparte mis pesares, ¿le negará su confianza a un hombre que será nuestro ángel tutelar? Sin él, yo me vería reducido a la desesperación de no poder siquiera aliviar las penas que le causo a usted. Estas pasarán, lo espero; mas, mi tierna amiga, prométame no ceder demasiado, no rendirse al abatimiento. La idea de su dolor es para mí un tormento insoportable. ¡Daría mi vida por hacerla feliz! Bien lo sabe usted. ¡Que la certidumbre de ser adorada lleve a su alma algún consuelo! La mía tiene necesidad de que usted me asegure que le perdona al amor los males que éste le hace sufrir.

Adiós, mi Cecilia, adiós, mi tierna amiga.

9 septiembre 17...

(1) El Sr. Danceny no dice la verdad. Ya le había hecho su confidencia antes al Sr. De Valmont. (Véase la "Carta LVII".)

C A R T A L X V I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Verá usted, mi bella amiga, al leer las dos cartas adjuntas si he realizado bien sus planes. Aunque las dos están fechadas hoy, fueron escritas ayer, en mi casa y ante mis ojos: la dirigida a la damisela dice todo lo que deseábamos. Hay que humillarse ante la profundidad de las miras de usted, si se juzga por el éxito de sus gestiones. Danceny es todo fuego y seguramente a la primera ocasión tendrá usted menos que reprocharle. Si su bella ingenua quiere ser dócil, todo será consumado poco después de mi llegada al campo; tengo mis medios ya dispuestos. Gracias a las disposiciones de usted, soy ya decididamente *el amigo de Danceny*; no le falta a éste más que ser *príncipe* (1). Es aún muy joven este Danceny. ¿Creerá usted que no he podido lograr de él que le prometa a la madre renunciar a su amor? ¡Como si costara tanto prometer cuando se está decidido a no cumplir! Sería engañarla, me responde sin cesar. ¿No es edificante ese escrúpulo, sobre todo queriendo seducir a la hija? ¡He aquí los hombres! Todos, igualmente perversos en sus planes, llaman probidad a lo que ponen de flaqueza en su ejecución.

A usted le toca impedir que la señora de Volanges se alarme por las pequeñas imprudencias que nuestro joven se ha permitido en su carta; presérvenos del convento; procure también hacer desistir de la petición de las cartas de la pequeña. Ante todo, él no las devolverá; no quiere, y yo soy de su opinión; aquí el amor y la razón están de acuerdo. Yo he leído esas cartas que me han aburrido. Pero pueden resultar útiles. Me explicaré.

A pesar de toda nuestra prudencia, puede producirse un estallido; éste haría fracasar el casamiento y echaría así abajo todos nuestros planes relativos a Gercourt, ¿no es verdad?

(1) Alusión a un pasaje de un poema de Voltaire.

Pero como yo, por mi cuenta, tengo también el de vengarme de la madre, me reservo para tal caso los medios de deshonorar a la hija. Espigando bien en esa correspondencia y no haciendo pública más que una parte, parecería que la joven Volanges hubiera dado los primeros pasos, echándosele decididamente encima Danceny. Hasta podrían algunas de esas cartas comprometer a la madre, *tachándola*, al menos, de una imperdonable negligencia. Sé que el escrupuloso Danceny se indignaría al principio; pero, como sería atacado personalmente, se daría a partido. Se puede apostar mil contra uno a que no pasará así; pero hay que preverlo todo.

Adiós, mi bella amiga; sería usted muy amable si fuera a comer mañana a casa de la mariscala de...; yo no he podido excusarme.

Creo que no tengo necesidad de recomendarle el secreto de mi proyectado viaje al campo respecto a la señora de Volanges; ésta decidiría inmediatamente quedarse en la ciudad; en cambio, una vez que yo haya llegado, no ha de regresar al día siguiente: y si nos da siquiera ocho días de plazo, respondo de todo.

9 septiembre 17...

C A R T A L X V I I

La presidenta de Tourvel al visconde de Valmont.

No quería contestarle más, señor, y sin duda el embarazo que me domina en este instante es clara prueba de que, en efecto, no lo debiera hacer. Sin embargo, no quiero dejarle ningún motivo de queja contra mí y deseo convencerlo de que he hecho por usted cuanto me ha sido posible.

¿Dice usted que le he permitido escribirme? Convengo en ello; mas, al recordarme ese permiso, ¿cree usted que olvido las condiciones con que se lo dí? Si yo me hubiera atenido a ellas tanto como ha dejado de atenerse usted, ¿habría recibido una sola respuesta de mi parte? Esta es, sin embargo, la tercera; y mientras usted hace todo lo preciso para romper esta

correspondencia, soy yo quien procura los medios de continuarla. Hay uno, el único; y, si usted rehusa adoptarlo, me probará con ello, diga lo que quiera, el poco valor que le concede.

Prescinda, pues, de un lenguaje que yo no puedo ni debo oír; renuncie a un sentimiento que me ofende y me asusta; y al que, sin duda, debiera usted aferrarse menos, pensando que él es el obstáculo que nos separa. ¿Ese sentimiento es, por ventura, el único que usted puede abrigar y el amor tendrá también a mis ojos el pecado de excluir la amistad? ¿Tendrá usted mismo el de no querer por amiga a la mujer deseada con sentimientos más tiernos? No lo quiero creer: esa idea humillante me sublevaría, me alejaría de usted irremisiblemente.

Al ofrecerle mi amistad, señor, le doy todo lo que me pertenece, todo aquello de lo que puedo disponer. ¿Qué más puede usted desear? Para entregarme a ese sentimiento tan dulce, tan adecuado a mi corazón, sólo espero su conformidad y la palabra que le exijo de que esta amistad bastará para hacerlo feliz; olvidaré todo lo que han podido decirme; mi confianza en usted me aliviará el cuidado de justificar mi elección.

Ya ve usted mi franqueza; ella le probará mi confianza; de usted sólo dependerá que ésta se haga más grande todavía; pero le prevengo que la primera palabra de amor la destruirá para siempre y me devolverá todos mis temores; y que, sobre todo, será para mí la señal de un eterno silencio con relación a usted.

Si, como usted dice, se *ha enmendado de sus yerros*, ¿no preferirá ser objeto de la amistad de una mujer honrada a ser motivo de los remordimientos de una mujer culpable?

Adiós, señor; ya comprenderá que, después de dicho esto, no puedo decirle más hasta que usted me haya contestado.

9 septiembre 17...

CARTA LXVIII

El visconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

¿Cómo responder, señora, a su última carta? ¿Cómo atreverme a ser veraz, si mi sinceridad puede perderme ante usted? No importa, es preciso; tendré valor. Yo me digo, me repito, que vale más merecerla a usted que conseguirla; y, aunque haya usted de negarme siempre una dicha que yo desearé sin cesar, he de probarle al menos que mi corazón es digno de ella.

¡Qué lástima que, como usted dice, *yo me haya enmendado de mis yerros!* ¡Con qué transporte de alegría hubiera leído esa misma carta que tiemblo al contestar! Me habla usted con *franqueza*, me ofrece su *amistad*, me muestra *confianza*. ¡Qué de bienes, señora, y qué pena el no poder aprovecharlos! ¿Por qué no soy ya el mismo?

Si lo fuese, en efecto, si no me llevara a usted más que un gusto vulgar, ese gusto liviano, hijo de la seducción y del placer, que hoy, sin embargo, se llama amor, me apresuraría a aprovecharme de todo lo que pudiera obtener. Poco delicado respecto a los medios, con tal que me procuraran el éxito, estimularía su franqueza, con el fin de conocerla a fondo; desearía su confianza con el propósito de traicionarla, y aceptaría su amistad con la esperanza de lograr su extravío... ¿Qué, señora, esté cuadro la asusta? Pues bien, en él estaría yo pintado exactamente, si le dijera a usted que consiento en no ser más que su amigo.

¡Cómo! ¿Había yo de avenirme a compartir con alguien un sentimiento emanado del alma de usted? Si se lo dijera alguna vez, no me crea. Desde tal momento tendería a engañarla; la podría desear aún, pero ya no la amaría.

Y no es que la amable franqueza, la dulce confianza y la tierna amistad carezcan de valor para mí. Pero el amor, el amor verdadero, cual usted lo inspira, reuniendo todos esos sentimientos y dándoles más fuerza, no puede prestarse a esa tranquilidad, a esa frialdad del alma, que permite paran-

gones y hasta admite preferencias. No, señora, yo no seré nunca su amigo; la amaré con el amor más tierno, y aún el más ardiente, aunque también el más respetuoso. Usted podrá desesperarlo, pero no destruirlo.

¿Con qué derecho pretende usted disponer de un corazón cuyo homenaje rechaza? Por qué refinamiento de crueldad me regatea usted hasta la idea de amarla? Esta es mía; independiente de usted; yo sabré defenderla. Si es el origen de mis males, también es el remedio.

¡No, una vez más, no! Persista usted en sus crueles negativas, pero déjeme mi amor. ¿Se complace usted en hacerme sufrir? Pues bien, sea: intente rendir mi valor; yo sabré forzarla al menos a decidir mi suerte; y acaso algún día me haga usted justicia. No es que espere hacerla jamás sensible; pero, sin persuadirse, se convencerá usted; y se dirá a sí misma: lo había juzgado mal.

Hablemos más propiamente: es consigo misma con quien es usted injusta. Conocerla sin amarla, amarla sin ser constante, son dos cosas igualmente imposibles; y, a pesar de la modestia que la adorna, le debe ser a usted más fácil quejarse que sorprenderse por los sentimientos que inspira.

Cuanto a mí, que tengo por único mérito el haber sabido apreciarla, no quiero perderlo; y lejos de asentir a sus ofrecimientos insidiosos, reitero a sus pies el juramento de amarla siempre.

10 septiembre 17...

C A R T A L X I X

Cecilia Volanges al caballero Danceny (escrita con lápiz y copiada por Danceny).

Me pregunta usted qué hago: lo amo y lloro. Mamá no me habla: me ha quitado papel, plumas y tinta; me sirvo de un lápiz que me ha quedado por fortuna y le escribo en un trozo de su carta. No puedo menos de aprobar todo lo hecho por usted; lo amo demasiado para no adoptar todos los medios

de tener noticias suyas y dárselas mías. No me gustaba el señor de Valmont ni lo creía tan amigo de usted; pero, por ser cual usted me dice, procuraré acostumbrarme a él y llegaré a quererlo. No sé quién nos ha traicionado; no puede ser más que mi doncella o mi confesor. Soy muy desgraciada; mañana partimos para el campo; ignoro por cuánto tiempo. ¡Dios mío! ¡No verlo a usted! No tengo más espacio. Adiós; procure descifrar mi letra. Estas frases escritas con lápiz se borrarán acaso; pero, jamás han de borrarse los sentimientos grabados en mi corazón.

10 septiembre 17...

C A R T A L X X .

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Tengo que darle un importante aviso, mi querida amiga. Anoche comí, como usted sabe, en casa de la mariscal de...; se habló de usted y yo dije, no ya todo lo bueno que pienso, sino lo que no pienso también. Todo el mundo parecía de mi opinión y, como siempre que no se habla sino bien del prójimo, la conversación empezaba a languidecer, cuando surgió un contradictor: era Prevan.

“Líbreme Dios, dijo, levantándose, de poner en duda la honradez de la señora de Merteuil; pero me atrevo a creer que le debe más a su ligereza que a sus principios. Es indudablemente más fácil seguirla que agradecerle; y, como al correr detrás de una mujer no se deja de encontrar otras en el camino y como no es raro que éstas valgan tanto o más que aquélla, unos se distraen por mero gusto y otros por cansancio; y ésa es tal vez la mujer de París que menos ha tenido que defenderse. Por lo que a mí toca, añadió (animado por la sonrisa de algunas mujeres), no creeré en la virtud de la señora de Merteuil sino después de haber reventado seis caballos en cortejarla”.

Esta chocarrera broma tuvo gran éxito, como todas las basadas en la maledicencia; y, en medio de las risas que sus-

citó. Prevan volvió a su sitio y cambió la conversación general. Mas las dos condesas de..., cerca de las cuales estaba nuestro incrédulo, entablaron una conversación particular con él, que, afortunadamente, pude yo oír.

Fué aceptado el reto de hacerla a usted sensible y dada la palabra de decirlo todo; ya sabe usted que, de todas las que pudieran darse en tal aventura, ésta sería con seguridad la más religiosamente cumplida. Pero ya está usted avisada y ya sabe el proverbio.

Me queda por decirle que ese Prevan, a quien usted no conoce, es muy amable y aún más diestro. Que si alguna vez me ha oído usted decir lo contrario, fué solamente porque no me es simpático, porque me complazco en contrariar sus éxitos y porque no ignoro el peso que tiene mi voto sobre una treintena de nuestras mujeres más a la moda.

Efectivamente, durante mucho tiempo le he impedido por tal medio, escalar lo que llamamos nosotros el gran escenario; y, aunque hacía prodigios, no adquiriría reputación. Pero el escándalo de su triple aventura le ha dado la confianza que le faltaba antes y lo ha hecho verdaderamente terrible. Es hoy, en fin, el único hombre tal vez que yo temería encontrar en mi camino; y, aparte su interés, me haría usted un gran servicio poniéndolo un poco en ridículo de pasada. Lo dejo en buenas manos; confío en que a mi regreso será hombre al agua.

Le prometo a usted su desquite llevando a feliz término la aventura de su pupila y cuidarme de ella tanto como de mi bella beata.

Esta acaba de enviarme un proyecto de capitulación. Toda su carta acusa el deseo de ser engañada. Es imposible ofrecer un medio más cómodo y más gastado también. Quiere que yo sea *su amigo*. Pero yo, partidario de los métodos nuevos y difíciles, no pienso en contentarme con tan poco, y seguramente no había de haberme impuesto tanto trabajo por ella para terminar por una rendición vulgar.

Mi proyecto, por el contrario, es que ella comprenda, que sienta bien el valor y el alcance de cada uno de los sacrificios que me haga; no llevarla tan de prisa que no la pueda seguir

el remordimiento; hacer expirar su virtud en una lenta agonia; fijar de modo persistente sus miradas en ese desolador espectáculo; y no concederle la ventura de estrecharme en sus brazos, sino hasta después de haberla forzado a no disimular su deseo. En realidad, valdría yo muy poco si no valiera la pena de ser pedido. ¿Y puedo tomar menor venganza de una mujer altanera que parece avergonzarse de confesar que ama?

He rehusado, pues, su preciosa amistad y me he atenido a mi título de amante. Como no se me oculta lo importante que es en realidad obtener ese título, aunque a primera vista parezca esta sólo una cuestión de palabras, he puesto gran cuidado en la redacción de mi carta y he procurado poner en ella ese desorden insustituible en la expresión del sentimiento. En fin, he desvariado lo más que he podido, porque en mi desvarío no hay ternura; y esta es la razón por la que creo que las mujeres nos son tan superiores en las cartas de amor.

He terminado la mía con una carantoña, lo que es otro efecto de mis profundas observaciones. Después que el corazón de una mujer ha estado en ejercicio durante algún tiempo tiene necesidad de reposo; y he notado que la mimosidad es la almohada más suave que se le puede ofrecer.

Adiós, mi bella amiga. Parto mañana. Si tiene usted algún encargo que darme para la condesa de..., me detendré en su quinta, por lo menos para comer. Me disgusta partir sin verla. Envíeme sus sublimes instrucciones y ayúdeme con sus sabios consejos en este momento decisivo.

Sobre todo, defiéndase contra Prevan. ¡Y que llegue un día en que pueda yo indemnizarla de ese sacrificio! ¡Adiós!

II septiembre 17...

SEGUNDA PARTE

CARTA LXXI

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¡Pues no se ha dejado mi cartera en París el aturrido de mi ayuda de cámara! Las cartas de mi bella, las de Danceny para la joven Volanges, todo se ha quedado allí y lo necesito. Se dispone a partir para reparar su falta; y, mientras ensilla su caballo, voy a referirle a usted mi historia de anoche; porque puede creer que no pierde el tiempo.

La aventura en sí misma es muy poca cosa; no ha sido más que un poco de rescoldo del antiguo fuego con la vizcondesa de... Pero me ha interesado por los detalles. Me place, por otra parte, hacerle ver a usted que, si tengo el talento de perder a las mujeres, tengo también, cuando quiero, el de salvarlas. Tomo siempre el partido más difícil o el más divertido; y no me reprocho jamás una buena acción con tal de que me ejercite o me divierta.

Encontré, pues, aquí a la vizcondesa y, como ésta uniera sus instancias a las muchas con que se me pedía que me quedara en la quinta a pasar la noche: "Bien, consiento, le dije, pero a condición de que la pasaré con usted." "Eso es imposible, me respondió; está aquí Vressac." Hasta entonces no había pensado en decirle más que una galantería; pero, esa palabra, imposible, me sublevó, como siempre. Vi una humillación para mí en ser sacrificado a Vressac y decidí no soportarla; insistí, pues.

Las circunstancias no me eran favorables. Ese Vressac tuvo la torpeza de inspirar recelos al vizcondé, de modo que

la vizcondesa no podía ya recibirlo en su casa; y el viaje a la quinta de la buena condesa fué concertado entre ellos para aprovechar algunas noches. El vizconde se había mostrado al principio un poco molesto por encontrarse con Vressac; pero, como es más cazador que celoso, no dejó por ello de quedarse; y la condesa, siempre tan solícita como usted sabe, después de haber alojado a la mujer en la galería, puso al marido a un lado y al amante al otro y dejó que se arreglaran entre ellos. El destino malévolo para los dos, quiso que yo fuese alojado enfrente.

El mismo día, es decir, ayer, Vressac, que, como puede usted presumir, mima al vizconde, salió a cazar con él, a pesar de su poca afición a la caza, contando en consolarse por la noche en los brazos de la mujer del fastidio que le causó el marido durante todo el día; pero yo juzgué que tendría necesidad de reposo y procuré decidir a su amante a dejarle tiempo para descansar.

Lo conseguí, obteniendo de ella que se le querellara precisamente por la partida de caza, que, evidentemente, sólo por ella había emprendido. No se podía elegir peor pretexto; pero, ninguna mujer iguala a la vizcondesa en ese talento común a todas de sustituir la razón por el enfado y de no ser nunca más difícil de apaciguar que cuando está en falta. El momento, por otra parte, no era propicio a las explicaciones; y yo, no queriendo más que una noche, consentí en que se reconciliaran al día siguiente.

Vressac fué mal recibido a su regreso. Intentó preguntar la causa y se suscitó una querrela. Trató de justificarse; el marido, que estaba presente, sirvió de pretexto para cortar la conversación; pretendió, por último, aprovechar un instante en que se ausentó el marido para pedir que se le oyera por la noche; entonces, la vizcondesa resultó sublime. Se indignó por la audacia de los hombres que, por haber obtenido las bondades de una mujer, se creen con derecho a abusar de ella, hasta cuando ella es la que tiene motivos para quejarse de ellos; y, cambiando de tema, habló tan bien de la delicadeza y del sentimiento, que Vressac se quedó mudo y confuso, y yo mismo estuve casi a punto de creer que tenía razón; por-

que, ha de saber usted que yo, como amigo de ambos, tercié en la conversación.

En fin, ella declaró definitivamente que no añadiría las fatigas del amor a las de la caza, porque no quería así reprocharse el turbar dos placeres. En esto volvió el marido. El desolado Vressac, que ya no tenía libertad para responder, se dirigió a mí; y, después de haberme expuesto extensamente sus razones, que yo conocía tan bien como él, me pidió que le hablara a la vizcondesa, y yo se lo prometí. Le hablé, en efecto, pero fué para darle las gracias y convenir con ella la hora y las circunstancias de nuestra cita.

Me dijo que, alojada entre su marido y su amante, encontraba más prudente ir al cuarto de Vressac que recibir a éste en el suyo; y que, puesto que yo estaba alojado enfrente de ella creía más seguro también ir a mi habitación, lo que haría en cuanto la dejara sola su doncella; así, que yo no tenía que hacer más que dejar mi puerta entornada y esperar.

Todo se realizó como habíamos convenido, y llegó a mi cuarto hacia la una.

... En el simple pergeño
de una beldad que acaba de arrancarse del sueño (1).

Como yo no tengo vanidad omito los detalles de la noche; pero usted ya me conoce, y quedé satisfecho de mí.

Al amanecer hubo que separarse. Y aquí comienza el interés. La atolondrada creía haber dejado entornada su puerta y la encontramos cerrada con llave por dentro: no puede usted darse idea de la expresión desesperada con que la vizcondesa me dijo entonces: "¡Oh, estoy perdida!" Hay que convenir que hubiera sido divertido dejarla en tal situación; pero, ¿podía yo tolerar que una mujer fuera perdida para mí, sin serlo por mí? ¿Debía, como la generalidad de los hombres, dejarme dominar por las circunstancias? Había, pues, que buscar un recurso. ¿Qué hubiera usted hecho, mi bella amiga? He aquí mi proceder, que tuvo éxito.

(1) Racine. "Tragedia de Británico."

Me hice pronto cargo de que se podía forzar la puerta a condición de hacer un gran estrépito. Obtuve, pues, no sin gran trabajo de la vizcondesa, que se decidiera a lanzar agudos gritos de espanto, cuales *al ladrón, al asesino*, etc. Y acordamos que al primer grito yo forzaría la puerta y ella correría a meterse en el lecho. No puede usted imaginar el tiempo que necesité para decidirla, aun después de haber consentido. Tuvo, al fin, que acabar por ahí y al primer puntapié cedió la puerta.

La vizcondesa hizo bien en no perder tiempo; porque al instante estuvieron en la galería el vizconde y Vressac; la doncella acudió corriendo también al cuarto de su señora.

Yo fui el único que tuvo sangre fría, lo que me permitió ir a apagar una lamparilla, que estaba encendida aún, y tirarla al suelo; porque, juzgue usted lo ridículo que habría resultado fingir aquel terror pánico, teniendo luz en su habitación. Luego increpé al marido y al amante por su sueño letárgico, asegurándoles que los gritos a los que yo había acudido precipitadamente y mis esfuerzos para violentar la puerta habían durado cinco minutos por lo menos.

La vizcondesa, que ya había recobrado el valor en su lecho, me secundó bastante bien, y juró por Dios y todos los santos que había entrado en su cuarto un ladrón; protestó con tanta más sinceridad por cuanto en su vida había tenido tanto miedo. Buscamos por todas partes, sin encontrar nada, y yo hice notar la caída de la lamparilla al suelo, concluyendo que sin duda una rata había causado el alboroto y el susto; mi opinión fué admitida por unanimidad y, tras algunas bromas sobre las ratas, el vizconde fué el primero en volver a su cuarto y a su cama, pidiéndole a su mujer que le asustaran menos las ratas en lo sucesivo.

Vressac, al quedarse solo con nosotros, se acercó a la vizcondesa para decirle tiernamente que aquélla había sido una venganza del amor; a lo que ella replicó, mirándome: "Estaba muy encolerizado, sin duda, porque se ha vengado bien; pero, agregó, yo estoy rendida de cansancio y quiero dormir."

Yo estaba en un buen momento; por ende, antes de sepa-

rarnos defendí la causa de Vressac y di lugar a la reconciliación. Los dos amantes se besaron y fuí, a mi vez, besado por ambos. Los besos de la vizcondesa ya no me interesaban, pero confieso que el de Vressac me causó un gran placer. Salimos juntos; y, después de haberme dado las gracias insistentemente, volvimos cada uno a nuestro lecho.

Si usted encuentra esta historia divertida, no le pido el secreto. Ya que yo me divertí es justo que el público tenga su turno. Por lo pronto no hablo más que de la historia; ¿y no habrá que decir después lo mismo de la protagonista?

Adiós, hace una hora que espera mi criado; no quiero detenerlo ya más tiempo que el preciso para besarla a usted y recomendarle, sobre todo, que se guarde de Prevan.

Quinta de... 13 septiembre 17...

C A R T A L X X I I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

(No entregada hasta el 14)

¡Oh, Cecilia mía! ¡Cuánto envidio la suerte de Valmont! El la verá mañana y le entregará esta carta; y yo, consumiéndome lejos de usted, arrastraré mi penosa existencia entre los pesares y la desventura. Amiga mía, mi tierna amiga, compadézcame por mis males; compadézcame, sobre todo, por los suyos; es contra éstos contra los que me falta valor.

¡Qué horrible es para mí causar su desgracia! Sin mí, estaría usted tranquila, sería feliz. ¿Me perdona? Diga usted. ¡Ah! Dígame que me perdona, dígame también que me ama, que me amará siempre. Necesito que me lo repita. No es que lo dude; pero, me parece que cuando más seguro se está de ser amado es más dulce oírsele decir. Me ama usted, ¿no es verdad? Sí, me ama usted con toda su alma. No olvido que ésa fué la última palabra que le oí pronunciar. Cómo la recogí en mi corazón! ¡Qué profundamente se grabó en él! ¡Y con qué transportes he respondido a ella!

¡Ah! En aquel feliz instante estaba muy lejos de prever la espantosa suerte que nos aguardaba. Busquemos los medios de suavizarla, mi Cecilia. Si he de creer a mi amigo, bastará para lograrlo que usted ponga en él la confianza que merece.

Me apenó mucho, se lo confieso, la idea desfavorable que usted parecía tener de él. Vislumbré en ella las prevenciones de su mamá; por someterme a éstas, descuidé yo durante algún tiempo el trato de este hombre verdaderamente amable que hoy lo hace todo por mí; que trabaja, en fin, por reunirnos cuando su mamá nos ha separado. Le ruego, mi querida amiga, que lo mire con ojos más propicios. Tenga en cuenta que es amigo mío, que quiere serlo de usted y que quiere devolverme el placer de verla. Si estas razones no la inducen a ello, Cecilia mía, será porque no me ama usted tanto como la amo yo. ¡Ah, si algún día me amara menos! Pero, no; el corazón de mi Cecilia es mío, lo es para toda la vida; y, si tengo que temer las penas del amor contrariado, su confianza me salvará al menos de los tormentos de un amor traicionado.

Adiós, encantadora amiga; no olvide que sufro y que no depende más que de usted el hacerme feliz, completamente feliz. Oiga los votos de mi corazón y reciba los más tiernos besos del amor.

París. 11 septiembre 17...

C A R T A L X X I I I

El vizconde de Valmont a Cecilia Volanges.

(Unida a la anterior.)

Este amigo y servidor de usted se ha enterado de que le faltan enseres para escribir y ya ha proveído a facilitárselos. En el vestíbulo de sus habitaciones, debajo del gran armario, a mano izquierda, encontrará usted una provisión de papel, plumas y tinta, que él renovará cuando usted quiera y que, a su parecer, puede usted dejar en el mismo sitio, si no encuentra otro más seguro.

Le pide que no se ofenda si ante los demás habitantes de

La quinta afecta no fijarse para nada en usted y mirarla como a una chiquilla. Tal proceder le parece necesario para inspirar la confianza que necesita y poder trabajar más eficazmente por la felicidad de su amigo y la de usted. Cuidará de suscitarse ocasiones para hablarle a usted cuando tenga algo que decirle o que entregarle; y espera lograr sus propósitos, si usted pone el celo preciso en secundarlo.

Le aconseja también que le devuelva, a medida que las reciba, todas las cartas, a fin de aminorar los riesgos de comprometerse.

Acaba por asegurarle que, si usted quiere otorgarle su confianza, pondrá toda su solicitud en suavizar la persecución de que una madre demasiado cruel hace víctimas a dos personas, de las cuales una es su mejor amigo y la otra le parece merecedora del más tierno interés.

Quinta de... 14 septiembre 17...

C A R T A L X X I V

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¡Eh! ¿Desde cuándo, amigo mío, se asusta usted tan fácilmente? ¿Tan temible es ese Prevan? ¡Pero vea usted si yo soy simple y sin malicia! Me he encontrado frecuentemente con ese soberbio triunfador y apenas lo miré. Ha hecho falta nada menos que la carta de usted para hacerme fijar en él mi atención. Ya reparé mi injusticia anoche. Estaba en la Opera, casi enfrente de mí y lo observé detenidamente. Es lindo, por lo menos, pero muy lindo, de rasgos finos y delicados; debe de ganar mirado de cerca. ¿Y dice usted que quiere conseguirme? Seguramente me dará honra y placer. En serio, se me ha antojado, y le confío a usted que he hecho las primeras insinuaciones. No sé si darán resultado. He aquí los hechos.

Estaba a dos pasos de mí, a la salida de la Opera y cité en voz muy alta a la marquesa de... para comer el viernes en

casa de la mariscal. Me parece que esa es la única casa en que puedo encontrarme con él. No tengo duda alguna de que me oyó. ¡Si el ingrato fuera a no asistir! Dígame usted, ¿cree que irá? ¿Sabe usted que, si no fuera, yo estaría de mal humor toda la velada? Ya ve que no encontrará tantas dificultades para *seguirme*, y lo que le sorprenderá a usted más, es que encontrará menos aún para *agradarme*. ¿Quiere, según dice, reventar seis caballos en hacerme la corte? ¡Oh! Yo salvaré la vida de esos pobres caballos. No tendré paciencia para esperar tanto tiempo. Ya sabe usted que no entra en mis principios el hacer sufrir con dilaciones una vez decidida; y ya lo estoy por él.

¡Oh! Convenga usted en que da gusto hablarme razonablemente. ¿No ha tenido un gran éxito su *importante aviso*? Pero, ¿qué quiere usted? ¡Vegeto desde hace tanto tiempo! Hace más de seis semanas que no me he permitido una expansión. Se me presenta una, ¿puedo rehusarla? ¿El sujeto no vale la pena? ¿Hay alguno más agradable en cualquier sentido que se dé a esta palabra?

Usted mismo se ve forzado a hacerle justicia; hace usted algo más que elogiarlo: está celoso de él. Pues bien, yo me erijo en juez entre los dos; pero, ante todo, tengo que documentarme; esto es lo que quiero hacer. Seré juez imparcial y los pesaré a ambos en la misma balanza. Cuanto a usted, ya tengo sus antecedentes y su proceso está completamente instruído. ¿No es justo que ahora procure conocer igualmente a su adversario? ¡Vamos, préstese usted de buen grado y comience por enterarme, se lo ruego, de esa triple aventura de la que él ha sido el héroe! Me habla usted de ella como si yo no conociera otra cosa y no sé una palabra. Según parece, tuvo lugar durante mi viaje a Ginebra y los celos de usted impidieron comunicármela en sus cartas. Repare tal falta cuanto antes; tenga en cuenta que *nada de lo que le interesa me es extraño*. Me parece que se hablaba todavía de ella a mi regreso; pero yo estaba preocupada de otras cosas y rara vez doy oídos en ese orden a la que no es del día o de la víspera.

Aunque lo que le pido le contrarie un poco, ¿no es ese el menor pago que puede dar a los cuidados que yo me he im-

puesto por usted? ¿No son éstos los que han vuelto a acercarse a su Presidenta cuando lo habían alejado de ella sus tonterías? ¿No he sido yo también quien ha puesto en sus manos los medios de vengarse del áspero celo de la señora de Volanges? ¿Se me ha quejado usted tan frecuentemente del tiempo que perdió en ir a buscar sus aventuras? Ahora las tiene usted a mano. El amor, el odio, no tiene usted más que escoger; todo está bajo el mismo techo; usted puede, doblando su existencia, acariciar con una mano y herir con la otra.

Es, además, a mí a quien debe usted su aventura con la vizcondesa. Me ha satisfecho mucho; pero, como usted dice, es preciso que se hable de ella; porque, si las circunstancias han podido inducirlo a usted por el momento a preferir el misterio al escándalo, lo que no me explico, hay que convenir, sin embargo, en que esa mujer no merecía tan hidalgo proceder.

Tengo que quejarme por otro lado. El caballero de Belle-roche la encuentra más bonita de lo que yo quisiera; y, por muchas razones, me convendría muy bien tener un pretexto para romper con ella; ahora bien, no lo hay más cómodo que el de poder decir: no se puede tratar ya a esa mujer.

Adiós, vizconde; piense que en su puesto el tiempo es precioso; yo voy a emplear el mío en ocuparme de la ventura de Prevan.

París, 15 septiembre 17...

C A R T A L X X V

Cecilia Volanges a Sofía Carnay.

NOTA. En esta carta, Cecilia Volanges da cuenta muy detallada de todo lo relativo a ella en los acontecimientos que el lector ha visto al final de la primera parte, "Carta LIX" y siguientes. Se ha creído procedente omitir tal repetición. Habla, por último, del vizconde de Valmont, y se expresa así:

...Te aseguro que es un hombre extraordinario. Mamá habla muy mal de él; pero el caballero Danceny habla muy bien y creo que es él quien tiene razón. No he visto jamás hombre

más diestro. Cuando me dió la carta de Danceny, lo hizo delante de todos y nadie vió nada; en verdad, yo pasé un gran susto porque no estaba prevenida; pero ahora ya estaré preparada siempre. Comprendí muy bien cómo quería que procediese para entregarle mi respuesta. Es muy fácil entenderse con él porque tiene una mirada que dice todo lo que quiere. No sé cómo se las arregla; me decía en la carta de que ya te he hablado que aparentaría no cuidarse de mí delante de mamá; en efecto, se diría que no me hace nunca caso; y, no obstante, siempre que le miro estoy segura de encontrar al punto su mirada.

Hay aquí una buena amiga de mamá, a la que yo no conocía y a la que parece que le agrada poco Valmont, aunque éste tiene muchas atenciones para ella. Temo que se aburra pronto de la vida que se hace aquí y se vuelva a París, lo que sería muy enojoso. ¡Es preciso que tenga muy buen corazón para haber venido expresamente a servirnos a su amigo y a mí! Yo quisiera expresarle mi agradecimiento; pero no sé cómo arreglarme para hablar con él; y, aunque encontrara la ocasión, me daría tanta vergüenza que no sabría acaso qué decirle.

Sólo con la señora de Merteuil puedo hablar libremente de mi amor. Acaso hasta contigo, a quien lo digo todo, me sentiría cohibida al hablarte. Con el mismo Danceny he sentido frecuentemente, como a mi pesar, cierto temor que me impedía decirle todo lo que pensaba. Bien me lo reprocho ahora; y daría todo lo del mundo por disponer de un momento para decirle una vez, una sola vez, cuánto lo amo. El señor de Valmont me ha prometido que, si me dejo guiar por él, nos proporcionará la ocasión de volver a vernos. Yo haré, desde luego, todo lo que él quiera; pero no puedo concebir que eso sea posible.

Adiós, mi buena amiga; no tengo más espacio (1).

Quinta de..., 14 septiembre 17...

(1) Por haber cambiado poco después la señorita de Volanges de confidente, según se verá por sus cartas sucesivas, no se encontrará en esta colección ninguna otra de las que siguió dirigiendo a su amiga del convento, las cuales no le harían saber nada nuevo al lector.

C A R T A L X X V I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

O su carta es una burla, que yo no he comprendido, o pasaba usted al escribirla por una crisis de delirio peligroso. Si la conociera menos, mi bella amiga, me habría asustado de veras, y nada de cuanto pudiera usted decir podría asustarme fácilmente.

Por más que he leído y releído esa carta no he adelantado nada apenas, porque no hay modo de tomarla en su sentido literal. ¿Qué ha querido usted decir?

¿Ha sido solamente que era inútil preocuparse tanto de un enemigo tan poco temible? Pero, en tal caso, ¿no podría usted estar equivocada? Prévan es realmente amable; lo es más de lo que usted cree; tiene, sobre todo, el talento muy útil de hacer que se ocupe la gente mucho de su amor, hablando de él en sociedad, ante todo el mundo, en la primera conversación en que interviene, con verdadera habilidad. Hay pocas mujeres que se libren entonces de caer en el lazo de responderle, porque, teniendo todas presunciones de agudeza, ninguna quiere perder la ocasión de mostrarla. Ahora bien: usted sabe perfectamente que la mujer que se presta a hablar de amor, acaba pronto por sentirlo o por conducirse como si lo sintiera. Consigue también con este método, que ha perfeccionado realmente, poner a las mismas mujeres por testigos de sus derrotas; y le digo a usted esto porque lo he visto.

Yo no conocía el secreto más que de segunda mano, porque nunca tuve intimidad con Prévan; pero, en fin, éramos seis, y la condesa de P..., creyéndose muy aguda y pareciendo, en efecto, para cuantos no estaban en antecedentes, que hablaba en general, nos contó con toda clase de detalles cómo se había rendido a Prévan y todo lo que había pasado entre ellos. Hacía el relato con tal seguridad que ni siquiera la turbó una risa loca que nos asaltó a los seis al mismo tiempo; y no olvidaré nunca que, habiendo intentado uno de los seis, para excusarse, fingir que dudaba de lo que ella decía o, más bien,

de lo que parecía decir, respondió muy en serio que seguramente ninguno de nosotros estaba tan bien enterado como ella, y hasta tuvo la desfachatez de dirigirse a Prevan para preguntarle si se había equivocado en una sola palabra.

Yo podía, pues, creer ese hombre peligroso para todo el mundo; pero para usted, marquesa, ¿no le bastaría ser *lindo*, *muy lindo*, como usted misma dice? ¿O que le dirigiera uno de esos ataques que usted se complace a veces en recompensar sin otra razón que la de parecerle bien dirigidos? ¿O que resultara divertido para usted el entregarse por un motivo cualquiera? ¿O... qué sé yo? ¿Puedo yo adivinar los mil y mil caprichos que rigen la cabeza de una mujer y sólo por los cuales conserva usted la índole de su sexo? Ahora que ya está usted advertida, no dudo que se salvará de ese peligro fácilmente; pero había que advertírselo. Vuelvo, pues, a mi tema, ¿qué ha querido usted decir?

Si no es más que una burla de Prevan, aparte su excesiva extensión, no es dirigida a mí como pudiera tener efecto; es en la sociedad donde hay que ponerlo un poco en ridículo, y le reitero a usted mi ruego a este propósito.

¡Ah! ¡Ya creo tener la clave del enigma! La carta de usted es una profecía, no de lo que usted hará, sino de lo que él la creerá dispuesta a hacer en el momento de la caída que le prepara. Apruebo ese plan, pero exige mucho cuidado. Usted sabe, lo mismo que yo, que, para el efecto público, darse a un hombre o aceptar sus atenciones es absolutamente la misma cosa, a menos que ese hombre sea tonto. Y Prevan no lo es ni mucho menos. Si puede lograr sólo una apariencia, se jactará y se dirá todo. Los necios lo creerán; los maliciosos aparentarán creerlo. ¿Qué recursos le quedarán a usted? Vaya, tengo miedo. No es que dude de la destreza de usted; pero los buenos nadadores son los que se ahogan.

Yo no me creo más tonto que otro cualquiera; he encontrado cien medios, mil, de deshonar a una mujer; pero cuando he tratado de inquirir cómo podría salvarse, jamás he visto la posibilidad. En usted misma, mi bella amiga, cuya conducta es una obra maestra, he creído ver cien veces más suerte que buen juego.

Pero, después de todo, quizá le busco una razón a lo que no la tiene. Admiro cómo llevo una hora tratando en serio lo que no es de seguro más que una broma de su parte. ¿Va usted a reírse de mí? Pues bien, sea; pero acabe pronto y hablemos de otra cosa. ¿De otra cosa? Digo mal, es siempre de la misma: siempre de la posesión o de la perdición de las mujeres y, a veces, de una y otra a la par.

Yo tengo aquí, como ha notado usted muy bien, campo para ambos ejercicios, pero no con igual facilidad. Preveo que la venganza irá más de prisa que el amor. La joven Volanges está rendida; respondo de ella; sólo falta la ocasión y yo me encargo de procurarla. Pero no ocurre lo mismo con la señora de Tourvel: esta mujer es desoladora; no logro comprenderla; tengo cien pruebas de su amor, pero tengo a la vez mil de su resistencia; y, en verdad, temo que se me escape.

El primer efecto producido por mi vuelta me hizo esperar algo más. Ya supondrá usted que yo quise juzgarlo por mí mismo; y, para contar con la seguridad de ver sus primeras impresiones, no me hice preceder por anuncio alguno y calculé mi viaje para llegar cuando estuvieran todos sentados a la mesa. En efecto, caí de las nubes, como una divinidad de ópera que surge para un desenlace escénico.

Hice al entrar bastante ruido para que todas las miradas se fijaran en mí; y pude ver en una sola ojeada el júbilo de mi anciana tía, el disgusto de la señora de Volanges y el placer azorado de su hija. Mi bella, por su puesto en la mesa, daba la espalda a la puerta de entrada. Ocupada en cortar algo, ni siquiera volvió la cabeza; pero yo dirigí unas frases a la señora de Rosemonde; y, a la primera palabra, la sensible devota, que conoció mi voz, dejó escapar un grito, en el que creí percibir más amor que sorpresa y susto. Había avanzado ya lo bastante para ver su rostro; en él se pintaban con mil matices distintos el tumulto de su alma y el combate de sus ideas y sus sentimientos; no sabía qué hacer ni qué decir. Intentó seguir comiendo; no hubo modo: al fin, unos diez minutos más tarde, como su embarazo y su placer fueran ya más fuertes que ella, no se le ocurrió más que pedir permiso para retirarse de la mesa y escapó al parque con el pretexto de que necesitaba to-

mar el aire. La señora de Volanges quiso acompañarla; pero la tierna gazmoña no se lo permitió; demasiado contenta, sin duda, por tener un pretexto para estar sola y poder entregarse libremente a las dulces emociones de su corazón.

Yo abrevié la comida lo más que me fué posible. Apenas habían servido los postres, la infernal Volanges, acuciada al parecer por el prurito de molestarme, se alzó de su puesto para ir a buscar a la encantadora enferma. Yo fingí tomar su particular iniciativa por un movimiento general, levantándome a la vez, y la joven Volanges y el cura del lugar se dejaron arrastrar por nuestro ejemplo, de suerte que la señora de Rosemonde se quedó sola con el viejo Comendador de... y ambos tomaron también el partido de salir. Fuimos todos a reunirnos con mi bella, a la que encontramos en el bosquecillo cercano a la quinta; y, como deseaba la soledad más que el paseo, prefirió volver con nosotros a que nos quedáramos con ella.

En cuanto estuve seguro de que la señora de Volanges no tendría ocasión de hablarle a solas, decidí ejecutar las órdenes de usted y ocuparme de los intereses de su pupila. Así, inmediatamente después del café, subí a mis habitaciones y entré de paso en las demás para reconocer el terreno; tomé mis disposiciones para asegurar la correspondencia de la pequeña; y tras este primer servicio le escribí unas letras para instruirla y reclamar su confianza, uniendo esta esquila a la carta de Danceny. Volví al salón. En él encontré a mi bella recostada en un diván, en un delicioso abandono.

Aquel espectáculo, despertando mis deseos, animó mis miradas; intuí que debían de ser tiernas y apremiantes y me coloqué en disposición de poder emplearlas. Su primer efecto fué hacer bajar los grandes ojos púdicos de mi celestial beata. Contemplé durante algún tiempo su rostro angelical; después, recorriendo con mis miradas toda su persona, me complacé en adivinar sus formas y contornos a través de un vestido ligero, pero siempre importuno. Después de haber hecho con la vista un recorrido descendente desde la cabeza a los pies, hice otro ascendente de los pies a la cabeza. Al terminarlo, mi bella amiga, su dulce mirada estaba fija en mí; al punto bajó de nuevo los ojos; y yo, queriendo facilitar su reincidencia, aparté de

ella los míos. Entonces se estableció entre nosotros esa convención tácita, primer tratado del amor tímido que, para satisfacer la mutua necesidad de verse, permite alternar las miradas entretanto que llegan a confundirse.

Persuadido de que este sincero placer dominaba por completo a mi bella, me dediqué a velar por nuestra seguridad mutua; y, después de haberme asegurado de que una conversación bastante animada de los demás nos ponía a salvo de sus observaciones, procuré obtener de sus ojos que hablaran francamente su lenguaje. Para ello, empecé por sorprender algunas de sus miradas; mas con tanta reserva que no podía alarmarse su pudor; y, para atenuar el embarazo de su timidez, me mostré yo tan embarazado como ella. Poco a poco, nuestros ojos, acostumbrados a encontrarse, se fijaron unos en otros por más tiempo; al fin, dejaron de apartarse y advertí en los suyos esa dulce languidez que es venturosa señal del amor y del deseo; mas esto no duró más que un instante; repuesta pronto, cambió, no sin algún bochorno, su actitud y sus miradas.

No queriendo dar lugar a que se sospechara que yo había advertido sus diversos impulsos, me levanté con viveza, preguntándole, como asustado, si se encontraba mal. Inmediatamente la rodearon todos. Yo les dejé adelantármese y, como la joven Volanges, que bordaba cerca de una ventana, necesitase algún tiempo para dejar su bastidor, aproveché aquel momento para entregarle la carta de Danceney.

Estaba un poco lejos de ella; tiré la epístola sobre sus rodillas. Ella no sabía en verdad qué hacer. Se hubiera reído usted mucho de su aire de sorpresa y de embarazo; sin embargo, yo no me reía por temer que tanta torpeza nos delatara. Pero una mirada y un gesto muy acentuados le hicieron comprender al fin que debía meterse el papel en el bolsillo.

El resto de la jornada no ofreció nada interesante. Lo que ha pasado después determinará quizá acontecimientos que la contentarán a usted, por lo menos en lo que respecta a su pupila; pero vale más ejecutar los planes que referirlos. Además esta es la octava página que escribo y estoy cansado; así, pues, adiós.

Ya supondrá usted, sin que yo se lo diga, que la pequeña

le ha contestado a Danceny (1). Yo he obtenido también una respuesta de mi bella, a la que escribí al día siguiente de mi llegada. Le remito las dos cartas. Usted puede leerlas o no, porque este perpetuo machaqueo, que a mí ya no me divierte gran cosa, debe de resultar muy insípido para toda persona no interesada en él.

Una vez más, adiós. La sigo amando mucho; pero le pido que, si vuelve a hablarme de Prevan, lo haga de modo que la entienda.

Quinta de..., 17 septiembre 17...

C A R T A L X X V I I

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

¿De qué puede provenir, señora, el cruel cuidado que pone usted en huir de mí? ¿Cómo es posible que la más tierna solicitud de mi parte no obtenga de la suya sino procedimientos que apenas se permitiría con el hombre de quien más tuviera que quejarse? ¡Cómo! El amor vuelve a ponerme a sus pies, y cuando una feliz casualidad me coloca a su lado, usted finge una indisposición y prefiere alarmar a sus amigos, a consentir en quedarse cerca de mí. ¿Cuántas veces no volvió ayer sus ojos para privarme de la merced de una mirada? Y si en un solo momento pude ver en ellos menos severidad, tal momento fué tan corto que pareció que quiso usted, más que darme a gozar el encanto de su mirada, hacerme sentir lo que perdía al ser privado de él.

Ese no es, me atrevo a decirlo, ni el tratamiento que merece el amor ni el que puede permitirse la amistad; y, sin embargo, usted sabe que a mí me mueve uno de esos sentimientos y yo estoy autorizado, me parece, a creer que no me negará usted el otro. ¿Qué ha hecho para perder esa preciosa amistad, de la cual me juzgó usted digno, sin duda, puesto que tuvo la bondad de ofrecérmela? ¿Me había perjudicado su

(1) Esta carta no se ha encontrado.

confianza y me castigará usted por mi franqueza? ¿No teme usted al menos abusar de la una o de la otra? En efecto, ¿no ha sido en el pecho de mi amiga donde he depositado el secreto de mi corazón? ¿No ha sido sólo con ésta con quien me he creído obligado a no aceptar condiciones cuya aceptación bastaba para darme facilidades de no cumplirlas y acaso de utilizarlas abusivamente? ¿Querrá usted, en fin, por un rigor tan poco merecido, forzarme a creer que no hubiera necesitado más que engañarla para obtener más indulgencia?

En nada me arrepiento de una conducta que le debía a usted y me debía a mí mismo; pero, ¿por qué fatalidad cada acción laudable resulta para mí la señal de un nuevo infortunio?

Fué después de haber dado lugar al único elogio que usted se ha dignado hacer hasta ahora de mi conducta, cuando tuve que lamentar por primera vez la desgracia de haberla disgustado. Fué después de haberle probado mi completa sumisión, privándome de la dicha de verla, únicamente para calmar los escrúpulos de su delicadeza, cuando quiso usted romper toda correspondencia conmigo, quitarme esa exigua compensación de un sacrificio exigido y hasta arrebatarme el amor del cual podía emanar sólo ese derecho. En fin, es después de haberle hablado con una sinceridad que no pudo atenuar el interés mismo de mi amor, cuando huye usted de mí como de un seductor peligroso, cuya perfidia hubiera comprobado.

¿No se cansará usted jamás de ser injusta? Dígame, al menos, qué nuevas faltas mías la han podido inducir a tal severidad y no se niegue a dictarme las órdenes que quiera que yo cumpla; cuando me comprometo a ejecutarlas, ¿es pretender demasiado el desear conocerlas?

15 septiembre 17...

C A R T A L X X V I I I

La presidenta de Tourvel al visconde de Valmont.

Parece usted, señor, sorprendido por mi conducta y hasta falta poco para que me pida cuentas de ella, como si tuviese derecho a censurarla. Confieso que me hubiera creído más autori-

zada que usted para sorprenderme y quejarme; pero después de la negativa consignada en su última respuesta, he tomado el partido de recluirme en una indiferencia que no dé más lugar a observaciones ni a reproches. No obstante, como usted me pide explicaciones y, gracias al cielo, no hay nada en mí que me impida dárselas, voy a explicarme una vez más con usted.

Quien leyera las cartas de usted me tendría por injusta o rara. Creo merecer que nadie tenga esa idea de mí, y me parece, sobre todo, que usted, menos que nadie, está en el caso de adoptarla. Sin duda, usted ha creído que, poniéndome en la necesidad de justificarme, me forzaré a recordar todo lo que ha pasado entre nosotros. Al parecer, ha juzgado que no podía usted sacar sino ventajas en ese examen; y, como por mi parte, no creo que pueda ser desventajoso para mí, por lo menos a los ojos de usted, no temo abordarlo. Tal vez sea, en efecto, el único medio de saber cuál de nosotros dos tiene derecho a quejarse.

A contar, señor, desde el día de su llegada a esta quinta, creo que no dejará usted de reconocer que su reputación me autorizaba a tratarlo con algunas reservas, y que hubiera podido, sin temor a ser tachada de exceso de gazmoñería, atenerme a las expresiones de la más fría urbanidad. Usted mismo me habría tratado con indulgencia y habría encontrado natural que una mujer tan poco mundana no tuviese siquiera el mérito necesario para apreciar el suyo. Este era, seguramente, el partido de la prudencia; y me hubiera costado tanto menos seguirlo, cuanto que, cuando la señora de Rosemonde fué a participarme su llegada, tuve necesidad de acordarme de mi gran amistad con ella y de su afecto por usted, para no dejarle ver cuánto me contrariaba tal noticia.

Convengo, desde luego, en que usted se mostró al principio en un aspecto más favorable que el que yo había imaginado; pero, usted convendrá a su vez, que aquello le duró poco, que tardó usted poco en cansarse de un constreñimiento que, al parcer, no se creía suficientemente indemnizado por la favorable idea que de usted me dió.

Fué entonces cuando, abusando de mi buena fe y de mi confianza, osó usted hablarme de un sentimiento por el que no po-

día dudar que yo había de ofenderme; y mientras usted no hacía más que agravar sus faltas, multiplicándolas, yo buscaba motivos para olvidarlas, ofreciéndole ocasiones para que las pudiera reparar, al menos en parte. Para ello le pedí que se marchara y mi petición era tan justa que usted se creyó obligado a no negarse a ella; pero, haciendo un derecho de mi indulgencia, lo empleó para pedirme un permiso que, sin duda, yo no hubiera debido concederle y que, sin embargo, obtuvo usted. De las condiciones que le puse no ha cumplido usted ninguna; y su correspondencia ha sido tal que todas sus cartas me imponían el deber de no contestarlas. Y fué en el preciso momento en que su obstinación me forzaba a alejarlo de mí, cuando por una condescendencia, acaso censurable, recurrí al único medio que podía permitirme autorizar su aproximación; pero, ¿qué valor tiene a sus ojos un sentimiento honrado? Desprecia usted la amistad; y, en su loca embriaguez, sin contar para nada con la desgracia y la vergüenza, no busca más que placeres y víctimas.

Tan ligero en sus actos como inconsecuente en sus reproches, olvida usted sus promesas, o más bien toma como juego el violarlas; y después de haber consentido en alejarse de mí, vuelve adonde estoy sin ser llamado, sin consideración a mis ruegos y a mis razones, sin haber tenido siquiera la atención de prevenirme. No ha temido usted exponerme a una sorpresa, cuyo efecto, aunque seguramente muy natural, hubiera podido ser interpretado desfavorablemente para mí por las personas que nos rodeaban. Y en aquel momento de embarazo, al que usted había dado lugar, lejos de procurar distraerlo o disiparlo, hizo cuanto pudo para acrecentarlo. En la mesa eligió precisamente su puesto al lado del mío; una ligera indisposición me obligó a salir antes que los demás, y usted, en vez de respetar mi soledad, indujo a todo el mundo a ir a turbarla. En el salón, si doy un paso, lo encuentro a mi lado; si pronuncio una palabra es usted quien me responde. La frase más indiferente le sirve de pretexto para reproducir una conversación que yo no quiero escuchar, que hasta puede comprometerme; porque, en fin, señor, por mucha habilidad que despliegue

usted, lo que yo comprendo creo que lo pueden comprender también los demás.

Condenada así por usted a la inmovilidad y el silencio, no por eso deja de perseguirme; no puedo alzar los ojos sin encontrar los de usted. Estoy obligada constantemente a apartar mis miradas; y, por una inconsecuencia incomprensible, usted hace fijarse en mí las de todos los presentes en el momento en que yo quisiera poder hurtarme a las mías.

¡Y aún se queja usted de mis procedimientos! ¡Y se sorprende por mi solicitud en rehuirlo! ¡Ah! Censúreme más bien por mi indulgencia, sorpréndase porque yo no partiera en el mismo momento de su llegada. Hubiera debido hacerlo así sin duda, y usted me forzará a adoptar ese partido violento, pero necesario, si no cesa en sus ofensivas persecuciones. No, yo no olvido, no olvidaré jamás lo que me debo y lo que debo a los lazos con que me he ligado, los que respeto y quiero; y le ruego que crea que, si alguna vez me veo en el triste dilema de sacrificarlos o sacrificarme a mí misma, no vacilaría un instante. Adiós, señor.

16 septiembre 17...

C A R T A L X X I X

Del visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Contaba con salir de caza esta mañana, pero hace un tiempo detestable. No tengo por toda lectura más que una novela nueva que aburriría hasta a una colegiala. No se servirá el desayuno hasta dentro de dos horas lo menos; así, a pesar de mi larga carta de ayer, le escribo de nuevo. Tengo la seguridad de no aburrirla, porque le hablaré del *lindísimo Prevan*. ¿Cómo no ha sabido usted su última aventura, la que separó a las *inseparables*? Apuesto a que la recordará usted a la primera palabra. Hela aquí, sin embargo, puesto que la desea.

Recordará usted que todo París se extrañaba de que tres mujeres, las tres bonitas, las tres con los mismos talentos y pudiendo tener las tres las mismas pretensiones, persistieran

en una íntima unión entre ellas desde su entrada en sociedad. Se creyó al principio que la razón de ello era su extremada timidez; pero, bien pronto, rodeadas por numerosa corte, cuyos homenajes compartían, y enteradas de su valía por las solicitudes y atenciones de que eran objeto, lejos de relajarse su unión, se hizo más íntima; y se hubiera dicho que el triunfo de una era siempre el de las otras dos. Se esperaba al menos que el momento del amor suscitaría alguna rivalidad entre ellas. Nuestros donjuanes se disputaban el honor de ser la manzana de la discordia; y yo mismo me habría alistado en sus filas, si el gran auge en que la condesa de... estaba entonces para mí me hubiera permitido serle infiel antes de haber obtenido los agradables favores que le pedía.

Entretanto, nuestras tres beldades hicieron su elección, como de acuerdo, en el mismo carnaval; y esto, lejos de suscitar las borrascas que se esperaba, hizo su amistad más interesante por el encanto de las confidencias.

La multitud de los pretendientes preferidos se unió entonces a la de las mujeres celosas, y aquella escandalosa constancia fué sometida a la censura pública. Unos pretendían que en aquella unión de las *inseparables* (así eran llamadas entonces), su ley fundamental era la comunidad de bienes a la que el mismo amor era sometido; otros, que sus tres amantes, libres de rivales masculinos, no lo estaban de femeninos; se llegó a decir que no habían sido aceptados más que por decencia y no habían obtenido más que un título sin funciones.

Tales rumores, verdaderos o falsos, no causaron el efecto que se esperaba. Al contrario, las tres parejas comprendieron que estaban perdidas si se separaban entonces, y tomaron el partido de arrostrar la tormenta. El público, que se cansa de todo, se cansó pronto de una sátira estéril. Arrastrado por su ligereza natural, se ocupó de otros objetos; después, volviendo a este con su inconsecuencia ordinaria, trocó las críticas en elogios. Como aquí todo es cuestión de modas, creció el entusiasmo; llegó a ser un verdadero delirio; entonces, Prevan, acometió la empresa de comprobar aquellos prodigios y de fijar sobre ellos la opinión pública y la suya propia.

Procuró introducirse en el círculo de relaciones de aque-

llos modelos de perfección; admitido fácilmente en él, dedujo de esto un favorable augurio. Sabía perfectamente que las gentes felices no son de tan fácil acceso. Pronto vió, en efecto, que aquella felicidad tan encomiada era, como la de los reyes, más envidiada que envidiable. Advirtió que aquellas presuntas inseparables empezaban a buscar placeres fuera de su estrecho círculo y hasta procuraban tener alguna distracción; y concluyó que los lazos del amor y de la amistad estaban ya relajados o rotos y que sólo conservaban alguna fuerza los del amor propio y la costumbre.

Sin embargo, las tres mujeres que la necesidad unía, conservaban la apariencia de la misma intimidad entre ellas; pero los hombres, más libres en sus actos, encontraban ya deberes que cumplir o asuntos que evacuar; todavía se quejaban, pero no se eximían ya de éstos, y rara vez eran completas las veladas.

Este proceder de ellos fué provechoso para el asiduo Prevan que, situado naturalmente al lado de la abandonada del día, tenía ocasión para ofrecer alternativamente, según las circunstancias, el mismo homenaje a las tres amigas. Se dió cuenta con facilidad de que hacer una elección entre ellas era perderse; de que el falso pudor de considerarse la primera infiel asustaría a la preferida; de que la vanidad de las otras las haría enemigas del nuevo amante, contra el cual no dejarían de esgrimir la severidad de los grandes principios; en fin, de que los celos harían de seguro resurgir las atenciones de un rival que aún podía ser temible. No hubiera habido en tal caso más que dificultades; y todo resultaba fácil con un triple juego; cada mujer era indulgente porque estaba interesada y cada hombre porque creía no estarlo.

Prevan, que no tenía que sacrificar entonces más que una sola mujer, tuvo la suerte de que ésta adquiriera celebridad. Su condición de extranjera y los homenajes de un gran príncipe hábilmente rechazados, habían fijado sobre ella la atención de la corte y la de la ciudad; su amante compartió tal honor y lo utilizó cerca de sus nuevas amigas. La única dificultad estaba en seguir a la par las tres intrigas, cuya marcha se había de regular forzosamente por la más lenta;

y, en efecto, supe por uno de sus confidentes, que su mayor trabajo fué el de detener una de ellas, cuyo desenlace se adelantaba cerca de dos semanas al de las otras.

Al fin, llegó el gran día; Prevan, que había obtenido el consentimiento de las tres, fué ya dueño de regular la marcha de los acontecimientos. Y la reguló como va usted a ver. De los tres maridos uno estaba ausente; otro iba partir al siguiente día de madrugada, y el tercero tenía que asistir a una reunión. Las amigas inseparables debían comer en casa de la futura viuda; y el nuevo señor no permitió que fuesen invitados sus predecesores. Aquella misma mañana, había dividido las cartas de su bella en tres lotes; a uno adjuntó un retrato que había recibido de ella; a otro un emblema amoroso que ella misma le había pintado, y al otro un rizo de sus cabellos; cada una recibió íntegramente un tercio de sacrificio y consintió, en cambio, en enviar al amante en desgracia una carta terminante de ruptura.

Esto era mucho y no era bastante. Aquella cuyo marido había de asistir a una reunión, no podía disponer más que del día; se convino en que se excusaría por una fingida indisposición de ir a comer a casa de su amiga y le dedicaría a Prevan toda la tarde; la del marido ausente le concedió la noche, y la otra lo citó al amanecer, hora de la partida de su esposo.

Inmediatamente después de este convenio, Prevan, que no descuida ningún detalle, fué a casa de la bella extranjera, suscitó en ésta el humor que le convenía y no salió sino después de haber promovido una querrela que le aseguraba veinticuatro horas de libertad. Tomadas así sus disposiciones, volvió a casa con el propósito de descansar un poco; pero allí le aguardaban otros quehaceres.

Las cartas de ruptura habían sido un rayo de luz para los amantes despedidos; ninguno de ellos tuvo la menor duda de que había sido sacrificado a Prevan; y, uniendo el despecho de haber sido burlado por éste al vivo escozor que produce casi siempre la pequeña humillación de ser abandonados, sin comunicación alguna entre los tres; mas como de común acuer-

do, habían tomado el partido de pedir cuentas a su afortunado rival.

Este encontró en su casa los tres retos; los aceptó lealmente; mas, no queriendo perder los placeres ni el lucimiento de tal aventura, fijó el encuentro para el día siguiente por la mañana, señalándoles a los tres la misma hora y el mismo sitio. Este fué una de las puertas del bosque de Bolonia.

En el curso de la tarde y de la noche dió su triple corrida con igual éxito; al menos él se jactó después de que cada una de sus nuevas amantes recibió por tres veces el juramento y la prueba de su amor. Aquí, como puede usted suponer, faltan medios comprobantes de la historia; todo lo que puede hacer el historiador imparcial es advertir al lector incrédulo que la vanidad y la imaginación exaltadas pueden engendrar prodigios; y, además, que el ejercicio matinal que debía seguir a tan brillante noche parecía dispensar de todo cuidado para el porvenir. Comoquiera que fuese, los hechos siguientes son más ciertos.

Prevan acudió puntualmente a la cita que había dado, halló a sus tres rivales, un tanto sorprendidos por su encuentro y tal vez consolado ya en parte cada uno por encontrarse con compañeros de infortunio. Los abordó con aire afable y caballeresco y les dirigió el siguiente discurso:

“Señores, les dije; al encontrarse juntos en este sitio, habrán adivinado, sin duda, que los tres tienen el mismo motivo de queja contra mí. Estoy dispuesto a darles la debida satisfacción. Que la suerte decida cuál de ustedes ha de intentar primero obtener una venganza a la cual los tres tienen igual derecho. Yo he venido sin testigos. No los tuve para la ofensa ni los he requerido para la reparación”. Después, dejándose llevar de sus resabios de jugador: “Sé, agregó, que se gana rara vez una doble jugada; pero cualquiera que sea la suerte que me aguarda, se ha vivido siempre bastante cuando se ha tenido tiempo para adquirir el amor de las mujeres y la estimación de los hombres”.

En tanto que sus adversarios, asombrados, se miraban en silencio y su delicadeza les sugería tal vez que aquel triple combate no era una partida en condiciones de igualdad. Pre-

van reanudó su arenga: "No he de ocultarles, prosiguió, que la noche que acabo de pasar me ha fatigado terriblemente. Sería, pues, una gentil generosidad de su parte el permitirme reparar mis fuerzas. Ya di órdenes para que se nos tuviera aquí dispuesto un desayuno; háganme el honor de aceptarlo. Desayunemos juntos y, sobre todo, desayunemos alegremente. Se puede llegar a batirse por semejantes bagatelas; pero éstas creo que no deben alterar el humor".

El desayuno fué aceptado. Jamás, según me han dicho, estuvo Prevan tan amable. Tuvo el tacto de no humillar a ninguno de sus rivales; de persuadirlos de que todos habrían obtenido fácilmente su éxito y, sobre todo, de hacerles convenir en que ellos, de igual modo que él, no hubieran dejado escapar la ocasión. Una vez reconocido esto, todo se arregló por sí mismo. Así, pues, no había terminado el desayuno cuando ya se hubo repetido diez veces que tales mujeres no merecían que se batieran por ellas hombres honrados. Tal idea suscitó la cordialidad; el vino la fortaleció, tanto, que pocos momentos después, ya no fué bastante prescindir del rencor; se hizo el juramento solemne de una amistad sin reservas.

Prevan, que sin duda prefería este desenlace al otro, no quiso, sin embargo, perder nada de su celebridad. En consecuencia, adaptando hábilmente sus planes a las circunstancias: "En efecto, les dijo a los tres ofendidos, no es de mí sino de sus amantes infieles de quien tienen ustedes que vengarse. Yo les brindo la ocasión. Yo siento como ustedes mismos un agravio que pronto compartiré; porque si cada uno de ustedes no ha podido lograr la constancia de una sola, ¿cómo puedo esperar yo conseguir la de las tres? La querella de ustedes resulta también mía. Acepten para esta noche una comida en mi picadero y confío que no se les hará esperar su venganza". Los otros intentaron hacerle explicarse; pero él, con un tono de superioridad que lo autorizaban a tomar las circunstancias: "Señores, les respondió, creo haberles probado que posee alguna habilidad para conducirme; confiense ustedes a mí", y después de haberlo abrazado los nuevos amigos, se despidieron de Prevan hasta la noche, esperando el resultado de su ofrecimiento.

El, sin perder tiempo, volvió a París y fué, según es uso, a visitar a sus nuevas conquistas. De las tres obtuvo la promesa de ir aquella misma noche a comer a solas con él. Dos de ellas pusieron algunas dificultades; pero, ¿qué se puede negar al día siguiente? Las citó con intervalos de una hora, tiempo preciso para sus proyectos. Hechos estos preparativos, se fué a su casa, avisó a los tres otros conspiradores y los cuatro juntos, fueron alegremente a esperar a sus víctimas.

Llegó la primera. Prevan se presentó solo, la recibió con aire muy solícito y la condujo hasta el santuario, del que ella se creía la única divinidad; después desapareció con un ligero pretexto e inmediatamente se hizo reemplazar por el amante ofendido.

Ya supondrá usted que la confusión de una mujer aún no acostumbrada a las aventuras hacía en tal momento muy fácil el triunfo: todo reproche que no fué formulado por el hombre fué contado como una gracia por la mujer; y la esclava fugitiva, entregada de nuevo a su antiguo señor, se dió por muy contenta con poder esperar su perdón, volviendo a imponerse su primera cadena. El tratado de paz se ratificó en un lugar más solitario; y la escena, que quedó vacía, fué ocupada sucesivamente por los otros actores, poco más o menos de la misma manera y sobre todo, con el mismo desenlace.

Cada una de las mujeres se creía, sin embargo, todavía sola cuando, a la hora de la comida, se reunieron las tres parejas; en el juego. Su sorpresa y su embarazo subieron de punto; pero su confusión llegó al colmo cuando Prevan, que reapareció en medio de todos, tuvo la crueldad de ofrecer a las tres infieles sus excusas en términos que, revelando su secreto, les hacían saber íntegramente hasta qué punto habían sido burladas.

No obstante, todos se sentaron a la mesa y poco a poco fué volviendo la desenvoltura; se entregaron a ella los hombres y se sometieron las mujeres. Todos tenían el odio en el corazón; pero no por ello las palabras eran menos tiernas; la jocundidad despertó el deseo y éste dió más encantos a aquélla. Tan sorprendente orgía duró hasta la mañana; y en el momento de la separación, las mujeres hubieron de creerse

perdonadas; pero los hombres, que habían guardado su resentimiento, se vengaron al día siguiente con una ruptura definitiva; y, no contentos con dejar a sus ligeras amantes, completaron su venganza publicando su aventura. Desde entonces, una de ellas está en un convento y las otras dos desterradas en sus posesiones campestres.

He aquí la historia de Prevan; a usted le toca ahora ver si quiere acrecentar su gloria y uncirse a su carro triunfal. Su carta me ha inspirado verdaderamente alguna inquietud y espero con impaciencia una respuesta más sensata y más clara a la que yo le escribí.

Adiós, mi bella amiga; desconfíe usted de las ideas jocosas o raras que la seducen siempre con demasiada facilidad. Piense que en la carrera que usted sigue, la inteligencia no basta; que una sola imprudencia puede devenir un mal irremediable. Admita, en fin, que la prudente amistad sea alguna vez guía de sus placeres.

Adiós, la amo, con todo, como si fuera razonable.

18 septiembre 17...

CARTA LXXX

El caballero Danceny a Cecilia Volances.

Cecilia, mi querida Cecilia, ¿cuándo llegará el día en que volvamos a vernos? ¿Quién me enseñará a vivir lejos de usted? ¿Quién me dará fuerzas y valor para ello? No, nunca, jamás podré soportar esta fatal ausencia. Cada día soy más desgraciado. ¡Y no ver el término! Valmont, que me había ofrecido auxilios y consuelos, me abandona un poco y acaso me olvida. El, que está cerca de lo que ama, no sabe lo que se sufre cuando se está lejos. Al remitirme la última carta de usted, no me ha escrito. Y, sin embargo, es él quien debe decirme cuándo podré verla y por qué medio. ¿No tiene nada

que decirme? Usted tampoco me habla de ello, ¿será que no comparte mi ansiedad? ¡Ah, Cecilia, Cecilia, soy muy desdichado! La amo más que nunca; pero este amor, que es el encanto de mi vida, es también su tormento.

No, yo no quiero vivir más así, es preciso que la vea, es preciso, aunque sólo sea por un momento. Al levantarme me digo: No la veré. Me acuesto diciéndome: No la he visto. ¡Qué jornadas tan largas, sin un sólo momento de ventura! Todo son privaciones, pesares, desesperación. ¡Y todos estos males provienen de donde espero todos mis goces! Agregue usted a todas estas penas mi inquietud por las suyas y tendrá una idea de mi situación. Pienso en usted sin cesar y siempre pienso con sobresalto. Si la supongo afligida, desgraciada, sufro por todas sus penas; si la imagino tranquila, consolada, se redoblan las mías. Por todos lados tropiezo con la desgracia.

¡Ah, qué distinto era cuando habitaba usted aquí! Entonces todo era placer. La certidumbre de verla embellecía hasta los momentos en que no la veía; el tiempo que tenía que vivir alejado de mi Cecilia me iba acercando a ella al transcurrir. El empleo que le daba nunca le era extraño; si cumplía algún deber era más digno de usted; si cultivaba algún talento, esperaba agradarle más. Aun cuando las distracciones mundanas me alejaban de su lado, no me separaban de usted. En el teatro intentaba adivinar lo que la hubiera complacido; en los conciertos recordaba sus talentos y nuestras deliciosas veladas musicales. En las reuniones, como en el paseo, sorprendía el más ligero parecido con usted de otras mujeres. La comparaba a todas; a todas aventajaba. Cada instante del día era marcado por un nuevo homenaje y cada noche iba a poner mi tributo a sus pies.

Ahora, ¿qué me queda? Dolorosas añoranzas, eternas privaciones y una ligera esperanza que el silencio de Valmont mengua y el de usted trueca en inquietud. Diez leguas solamente nos separan, y ese espacio tan fácil de franquear, resulta para mí un obstáculo insuperable. Y, cuando para que me ayuden a vencerlo imploro a mi amigo, a mi amante, am-

bos se quedan fríos y tranquilos. ¡Lejos de auxiliarme, ni siquiera me contestan!

¿Qué se ha hecho, pues, de la diligente amistad de Valmont? ¿Qué, sobre todo, de los sentimientos de usted, tan tiernos y tan fértiles en recursos ingeniosos para hallar los medios de vernos todos los días? Recuerdo que a veces, sin dejar de sentir el deseo de verla, tenía que sacrificarlo a deberes y consideraciones sociales, ¿qué me decía usted entonces? ¿Con cuántos pretextos combatía mis razones? Y, acuérdesse, mi Cecilia, siempre mis razones cedían a sus deseos. No lo aduzco como un mérito; no había en ello siquiera el del sacrificio. Lo que deseaba usted obtener ardía yo por concederlo. Pero, en fin, pido a mi vez; ¿y cuál es mi petición? Verla un momento, renovar y recibir el juramento de mi eterno amor. ¿No es esto ya la felicidad de usted como la mía? Rechazo esta idea desesperante que pondría el colmo a mis males. Usted me ama, me amará siempre; lo creo, estoy seguro, no quiero dudarle jamás; pero mi situación es horrible y no puedo soportarla por más tiempo. Adiós, Cecilia.

París. 18 septiembre 17...

C A R T A LXXXI

La marquesa de Mertueil al vizconde de Valmont.

¡Qué lástima me dan sus temores! ¡Cómo me prueban éstos mi superioridad sobre usted! ¿Y pretende usted enseñarme, dirigirme? ¡Ah, mi pobre Valmont, qué distancia todavía de usted a mí! No, todo el orgullo de su sexo no es bastante para llenar el abismo que nos separa. Porque usted no podría realizar mis proyectos, ¿los cree imposibles? Ser orgulloso y débil, ¡qué calificado está para querer calcular mis medios y juzgar mis recursos! La verdad, vizconde, sus consejos me han puesto de mal humor y no puedo ocultárselo.

Que para disimular su torpeza increíble para con su Presidenta, me haga usted ostentación, como de un triunfo, de haber desconcertado por un momento a esa mujer tímida y que lo ama, de haber obtenido una mirada, una sola mirada, se lo consiento, sonrío y paso por ello. Que sintiendo, a su pesar, lo poco que vale su proceder, quiera hurtarlo a mi atención, adulándome por el sublime esfuerzo de juntar dos chiquillos, que arden ambos en deseos de verse y que, dicho sea de pasada, me deben a mí sola el ardor de ese deseo, lo admito también. Que, en fin, usted se crea autorizado por esas brillantes acciones para decirme con tono doctoral que *vale más emplear el tiempo en ejecutar sus planes que en referirlos*, es una vanidad que no me molesta y se lo perdono. Pero que pueda usted creer que yo tenga necesidad de su prudencia, que me extraviaría no siguiendo sus consejos, que deba sacrificarle mi gusto, mi capricho; en verdad, vizconde, eso es ya envanecerse demasiado de la confianza que yo he tenido la bondad de poner en usted.

¿Qué ha hecho, pues, en que yo no lo haya sobrepasado mil veces? Ha seducido usted, hasta ha perdido muchas mujeres; pero, ¿qué dificultades tuvo que vencer? ¿Qué obstáculos hubo de superar? ¿Dónde está el mérito que le corresponda verdaderamente? Una buena figura, puro efecto del azar; gracia que el uso da casi siempre; ingenio en verdad, pero que, en último caso, podría ser suplido por una gárrula charlatanería; una intrepidez bastante encomiable, pero acaso debida únicamente a la facilidad de sus primeros éxitos; he ahí, si no me engaño, todos sus dones; porque cuanto a la celebridad que haya usted podido adquirir, no me exigirá, creo, que dé gran importancia al arte de hacer surgir y aprovechar las ocasiones de escándalo.

Cuanto a la prudencia, a la sagacidad, no quiero hablar de mí; pero, ¿qué mujer no habría tenido más que usted? ¡Bah! Su presidenta lo maneja como a un chiquillo.

Créame, vizconde, se adquieren rara vez las cualidades de las que se puede prescindir. Combatiendo sin riesgos ha de proceder usted sin precauciones. Para ustedes, los hombres, una derrota no es más que un triunfo menos. En esa desigual par-

tida, nuestra suerte es no perder, y su desgracia no ganar. Aun cuando yo les concediera tantos talentos como a nosotras, ¿cuánto no habríamos de superarles en ellos por nuestra necesidad de ejercerlos continuamente?

Supongamos, quiero admitirlo, que ustedes pongan en venenos tanta destreza como ponemos nosotras en defendernos o en ceder; pero convendrá usted, al menos, en que toda ella resulta inútil después del éxito. Preocupados únicamente de su gusto del momento, se entregan a él sin temor, sin reservas; no es a ustedes a quienes importa su duración.

En efecto, ustedes solos pueden apretar o romper a su albedrío esos lazos con que se ligan recíprocamente los amantes, para hablar la jerga del amor: y aún tenemos nosotras que considerarnos dichosas, si ustedes, prefiriendo el misterio al escándalo en su ligereza, se contentan con un abandono humillante y no hacen del ídolo de ayer la víctima de mañana.

Pero cuando una infortunada mujer es la primera en sentir el peso de su cadena, ¿qué riesgos no ha de correr, si intenta sustraerse a ella o si osa solamente aflojarla? No puede intentar sino temblando alejar de sí al hombre que su corazón rechaza con fuerza. Si éste se obstina en no alejarse, ella ha de dar al miedo lo que concedía al amor.

Se abren sus brazos teniendo ya cerrado el corazón.

Su prudencia ha de desatar con cautelosa destreza esos mismos lazos que ustedes habrían roto bruscamente. A merced de su enemigo, se ve privada de recursos si él lo está de generosidad; ¿y cómo contar con que la tenga, cuando, si por tenerla es elogiado alguna vez, por carecer de ella no es censurado nunca?

Sin duda, no me negará usted estas verdades, ya triviales por su evidencia. Por lo demás, si me ha visto disponer de los acontecimientos y de las opiniones; hacer juguete de mis antojos y caprichos a esos hombres tan terribles; quitarles a unos la voluntad y a otros la posibilidad de perjudicarme; si

he sabido alternativamente, según mis volubles gustos, amar a mi séquito o arrojar lejos de mí

A esos tiranos destronados en mis esclavos convertidos (1);

si en medio de tantas y tan turbulentas peripecias mi reputación se ha conservado intacta; ¿no ha podido usted inferir de todo ello, que, nacida para vengar mi sexo y dominar al suyo, he sabido crearme medios desconocidos hasta mí?

¡Ah!, guarde usted sus consejos y sus temores para esas mujeres propensas al delirio que se dicen *sentimentales*, cuya imaginación exaltada haría creer que tienen el sexo en la cabeza; que, sin haber reflexionado jamás, confunden el amor con el amante; que, en su loca ilusión, creen que aquel con quien buscan el placer es su único depositario; y que verdaderas supersticiosas, tienen para el sacerdote el respeto y la fe que sólo se debe a la divinidad.

Tema usted también por aquéllas que, más vanas que discretas, no saben consentir, cuando es preciso, en hacerse dejar.

Tiemble, sobre todo, por esas mujeres activas en su ociosidad, a las que ustedes llaman *sensibles*, de las que el amor se apodera tan fácilmente y con tanto poder; que sienten la necesidad de seguir pensando en él, aun después de haber dejado de gozarlo; que se abandonan sin reserva a la fermentación de sus pensamientos, generadora de esas cartas tan dulces de escribir, pero tan peligrosas también; que no temen confiar esas pruebas de sus flaquezas al objeto que las causa; imprudentes, que no saben ver en su amante actual el enemigo futuro.

Pero yo ¿qué tengo de común con esas mujeres desconsideradas? ¿Cuándo me ha visto usted apartarme de las nor-

(1) No se sabe si este verso, como el que aparece más atrás, son citas de obras poco conocidas o forman parte de la prosa de la señora de Mer-teuil. Haría creer lo último la multitud de faltas de este género que hay en toda esta correspondencia, sin más excepción que en las cartas de Danceny, sin duda porque éste, por haber dedicado alguna atención a la poesía, tenía más ejercitado el oído para evitarlas.

mas que me prescribí y faltar a mis principios? Digo mis principios deliberadamente; porque ellos no son, como los de las demás mujeres, confiados al azar, aceptados sin examen y seguidos por rutina; son el fondo de mis profundas reflexiones; los he creado yo y puedo decir que son obra mía.

Entrada en sociedad cuando era aún una mocita condenada por mi estado al silencio y a la inacción, supe aprovecharme de ello para observar y reflexionar. Mientras se me creía atolondrada o distraída, escuchaba poco en verdad las frases que se porfiaba en dirigirme y recogía cuidadosamente las que se procuraba recatarme.

Esta útil curiosidad, a la par que me sirvió para instruirme, me enseñó a disimular; forzada frecuentemente a ocultar los objetos de mi intención a los ojos de los que me rodeaban, procuraba guiar los míos como más me convenía; logré así adoptar a voluntad esa mirada distraída que usted me ha elogiado tantas veces. Alentada por este primer éxito, cuidé de regular del mismo modo los demás movimientos de mi fisonomía. Si sentía algún pesar, me esforzaba en adquirir un semblante sereno y aun alegre; llevé mi celo hasta causarme dolores voluntarios para buscar al sufrirlos la expresión del placer. Me ejercí con la misma solicitud y más trabajo en reprimir los síntomas de un gozo imprevisto. Así pude adquirir ese dominio fisonómico que le asombró a usted tanto algunas veces.

Era todavía muy joven y casi desprovista de interés; pero no tenía nada propiamente mío más que mis pensamientos y me indignaba que se pudiera arrebátarmelos o sorprenderlos contra mi voluntad. Pertrechada de estas primeras armas, ensayé su uso; no contenta con no dejarme penetrar, me divertía en mostrarme con diversos aspectos; segura de mis gestos, vigilaba mis frases; regulaba unos y otras, según las circunstancias y aun únicamente según mis antojos; desde tal momento, mi manera de pensar fué para mí sola y no mostré más que la que me convenía dejar ver.

Este trabajo sobre mí misma había llamado mi atención sobre la expresión de los rostros y el carácter de las fisonomías; con ello gané ese penetrante golpe de vista, del que, sin

embargo, la experiencia me ha enseñado a no fiarme por completo; porque, de todos modos, me ha engañado rara vez.

Aún no contaba quince años y ya poseía los talentos, a los que la mayoría de los políticos debe su reputación; pero todavía estaba en los primeros rudimentos de la ciencia que quería adquirir.

Ya supondrá usted que, como todas las jovencitas, yo procuraba adivinar el amor y sus placeres; mas, no habiendo estado en un convento, no contando con ninguna amiga íntima y dependiendo de una madre vigilante, no tenía de ello más que ideas vagas que no podía concretar; la misma naturaleza, que tan generosa ha sido conmigo después, no me daba indicio alguno. Se hubiera dicho que trabajaba silenciosamente en perfeccionar su obra. Sólo mi cabeza fermentaba; no deseaba gozar, quería saber; el deseo de instruirme me sugirió los medios.

Me dí cuenta de que el único hombre con quien podía hablar de tal asunto sin comprometerme era mi confesor. Inmediatamente tomé mi partido; vencí mi rubor; y jactándome de una falta que no había cometido, me acusé de haber hecho *todo lo que hacen las mujeres*. Tal fué mi expresión; pero al hablar así, no sabía qué idea expresaba. Mi esperanza no fué ni del todo defraudada ni por completo satisfecha; el temor a venderme me impedía ilustrarme; pero el buen padre juzgó tan grave el mal que yo hice la deducción de que había de ser extremado el placer; y al deseo de conocerlo sucedió el de gozarlo.

No sé adónde me hubiera conducido aquel deseo; falta entonces de experiencia, acaso una sola ocasión me habría perdido; afortunadamente para mí, pocos días después me anunció mi madre que iba a casarme; al punto, la certidumbre de saber apagó mi curiosidad y llegué virgen a los brazos del señor de Merteuil.

Esperaba con tranquilidad el momento en que había de instruirme y tuve necesidad de recurrir a la reflexión para mostrar embarazo y temor. Esa primera noche, de la que se tiene una idea tan cruel o tan dulce, por lo general, no fué para mí más que una ocasión de experimentos; placer y dolor, todo

lo observé estrictamente y no vi en tan diversas sensaciones sino hechos que había de recoger y meditar.

Este género de estudios llegó a gustarme, pero fiel a mis principios y entendiendo, por intuición sin duda, que nadie debía estar más lejos de mi confianza que mi marido, decidí, sólo por el hecho de que mi sensibilidad era muy viva, mostrarme impasible a sus ojos. Mi aparente frialdad fué en lo sucesivo el más inquebrantable fundamento de su ciega confianza. Por una segunda reflexión adopté además el aire de atolondramiento que correspondía a mi edad, y jamás mi marido me tuvo por tan niña como cuando lo burlaba con audacia mayor.

Sin embargo, he de confesarle que al principio me dejé arrastrar por el torbellino mundano y me entregué por completo a sus fútiles distracciones. Pero, como al cabo de algunos meses me llevara mi marido a una de sus tristes posesiones rurales, el terror al aburrimiento me devolvió la afición al estudio y, como me encontrara rodeada de gentes cuya distancia de mí me ponía a salvo de toda sospecha, me aproveché de ello para ampliar el campo de mis experimentos. Allí fué, sobre todo, donde adquirí la seguridad de que el amor, que se nos encomia como la causa de nuestros placeres, no es sino, a lo más, su pretexto.

La enfermedad del señor de Merteuil interrumpió tan dulces ocupaciones; tuve que seguirlo a la ciudad, adonde fué en busca de auxilios. Murió, como usted sabe, poco tiempo después; y, aunque, en resumidas cuentas, yo no tenía que quejarme de él, no dejé de sentir vivamente el valor de la libertad que iba a darme mi viudez y me prometí aprovecharla lo mejor posible.

Mi madre contaba con que yo entraría en un convento o volvería a vivir con ella. Rehusé uno y otro partido y todo lo que concedí al decoro fué regresar a la casa de campo donde me quedaban todavía bastantes observaciones que hacer.

Las fortalecí con el auxilio de la lectura; pero no crea usted que ésta fué todo del género que supone. Estudié nuestras costumbres en las novelas; nuestras opiniones en los filósofos; busqué hasta en los moralistas más severos lo que exigían de

nosotras y me aseguré así de lo que se podía hacer, de lo que se debía pensar y de lo que convenía parecer. Una vez ilustrada sobre estos tres puntos, sólo el último ofreció algunas dificultades para su ejecución; esperé vencerlas y medité los medios.

Empecé a aburrirme de mis placeres rústicos, muy poco variados para mi actividad cerebral; sentí un prurito de coquetería que me reconcilió con el amor; no para sentirlo, en realidad, sino para inspirarlo y fingirlo. En vano me habían dicho y había leído que no se puede fingir ese sentimiento; yo veía, sin embargo, que para conseguirlo bastaba unir a la inteligencia de un autor el talento de un comediante. Me ejercité en ambos géneros, con algún éxito tal vez; pero, en lugar de perseguir los vanos aplausos del teatro, decidí emplear en mi propia ventura lo que tantos otros sacrifican a la vanidad.

Pasé un año en estas diversas ocupaciones. Como ya me permitía mi luto reaparecer en sociedad, regresé a París con mis grandes proyectos: no contaba con el primer obstáculo con que tropecé.

Aquella prolongada soledad, aquel austero retraimiento me habían echado encima un barniz de gazmoñería que asustaba a los más intrépidos galanes; éstos se mantenían a distancia de mí y me dejaban entregada a una muchedumbre de aburridos que aspiraban todos a mi mano. Mi embarazo no estaba en la molestia de desahuciarlos; pero algunos de aquellos desahucios disgustaron a mi familia y esto me hacía perder en rencillas domésticas el tiempo al que me proponía dar tan encantador empleo. Me vi, pues, forzada, para atraer a los unos y alejar a los otros, a mostrar públicamente alguna ligereza y a aplicar al desdoro de mi reputación el cuidado que contaba poner en conservarla.; logré fácilmente mi propósito, como puede usted suponer. Pero, no arrastrada por pasión alguna, no hice más que lo que juzgué estrictamente necesario y medí cuidadosamente las dosis de mi desenvoltura.

En cuanto hube conseguido el objeto que quería obtener, volví sobre mis pasos y brindé mi enmienda a algunas de esas mujeres, que en la imposibilidad de aspirar al agrado, se echan encima el mérito de la virtud. Fué una jugada que me valió

más de lo que esperaba de ella. Aquellas dueñas reconocidas se erigieron en mis apologistas; y su ciego celo para lo que ellas llamaban su obra llegó al punto de que a la menor frase desfavorable para mí el partido gazmoño gritaba escandalizado y ofendido. El mismo medio me valió también el sufragio de las mujeres presumidas, las cuales, en la persuasión de que yo renunciaba a seguir su carrera, me hicieron objeto de sus elogios siempre que querían demostrar que no hablaban mal de todo el mundo.

Entretanto, mi conducta anterior había atraído a los amantes; y para contemporizar con ellos y con mis infieles protectoras, me mostré como una mujer sensible, pero difícil, a quien el exceso de delicadeza proveía de armas contra el amor.

Entonces empecé a desarrollar en el gran escenario los talentos que había adquirido. Mi primer cuidado fué el de conquistar el renombre de invencible. Para lograrlo, aparenté no aceptar más homenajes que los de los hombres que no me gustaban. Empleaba útilmente a éstos en proporcionarme los honores de la resistencia, en tanto que me entregaba libremente al amante preferido. Pero a éste mi fingida timidez no le permitía jamás mostrármese asiduo en sociedad; y las miradas del mundo estaban siempre fijas en el amante desdénado.

Ya sabe usted lo rápidamente que yo me decido; esto es por haber observado que las precauciones preliminares son casi siempre las que delatan el secreto de las mujeres. Por mucho que se haga, siempre es distinto el tono antes y después del éxito. Tal diferencia no se le escapa al observador atento; yo encontré siempre menos peligroso engañarme en la elección que dejarla traslucir. Logro con esto también eliminar las verosimilitudes, sólo por las cuales se nos puede juzgar.

Estas precauciones y las de no escribir jamás ni dar nunca prenda alguna de mi derrota pudieran parecer excesivas, pero a mí nunca me parecieron suficientes. Examinando mi corazón estudié el de los demás. Vi que no hay nadie que no tenga un secreto que le importe guardar sin que sea descubierto; verdad que la antigüedad pareció conocer mejor que nosotros y de la que la historia de Sansón pudiera no ser más

que una ingeniosa alegoría.. Nueva Dalila, empleé mi poder siempre, como ella, en sorprender ese importante secreto. ¡Ah! ¡De cuántos modernos Sansones no tengo yo el pelo bajo el filo de mis tijeras! Y a éstos he dejado de temerles; son los únicos a los que me permito humillar alguna vez. Más acomodaticia con los otros, el arte de hacerlos infieles para evitar parecerles voluble, una fingida amistad, una aparente confianza, algunos procedimientos generosos, la idea halagadora que guarda cada uno de haber sido mi único amante, me han asegurado su discreción. En fin, cuando estos medios me fallaron, supe, al prever mis rupturas, ahogar de antemano con el ridículo o la calumnia, la confianza en sí mismos que aquellos hombres peligrosos hubieran podido tener.

Lo que le digo aquí me ve usted practicarlo sin cesar; ¡y duda usted de mi prudencia! Pues, bien, recuerde los tiempos en que usted me rindió sus primeros homenajes; ningunos me halagaron nunca tanto: lo deseaba a usted antes de conocerlo. Seducida por su reputación, me parecía que usted faltaba a mi gloria; ardía en deseos de combatirlo cuerpo a cuerpo. Fué el único de mis gustos que tuvo un momento de imperio sobre mí. Sin embargo, si usted hubiera querido perderme, ¿qué medios habría encontrado? Vanos discursos que no dejan huella alguna y que su reputación habría hecho sospechosos y una serie de actos inverosímiles cuyo sincero relato hubiera parecido una novela mal tramada. Verdad es que luego le he confesado todos mis secretos; pero usted sabe los intereses que nos unen y que entre nosotros dos no soy yo la que se puede tachar de imprudencia (1).

Ya que estoy en plan de rendirle cuentas, quiero hacerlo exactamente. Desde aquí le oigo decir que estoy, por lo menos, a merced de mi doncella; en efecto, si ésta no posee el secreto de mis sentimientos, posee el de mis actos. Cuando usted me habló de esto tiempo atrás, sólo le respondí que estaba se-

(1) Se verá más adelante, en la "Carta CLII", no el secreto de Valmont, sino de qué género era, sobre poco más o menos. Y el lector comprenderá que no se puede aclarar más este punto.

gura de ella; y la prueba de que tal respuesta bastó entonces a su tranquilidad, es que usted le ha confiado después, por su cuenta, secretos bastante peligrosos. Pero ahora que Prévan le inspira recelos y que se le va a usted la cabeza, sospecho que no me cree usted sólo por mi palabra. Tengo, pues, que serle más explícita.

En primer lugar, esta muchacha es hermana mía de leche y ese lazo, que a nosotros no nos parece tal, no deja de tener fuerza para las gentes de su condición; además, yo poseo un secreto suyo, más aún: víctima de una locura de amor, estaría perdida, si yo no la hubiera salvado. Sus padres, herizados de púas de honor, no querían nada menos que castigarla con una reclusión perpetua. Se dirigieron a mí. Yo vi, al primer golpe de vista, lo útil que podía serme su cólera. La secundé y obtuve la orden de arresto. Después, pasando de un salto al partido de la clemencia, al que arrastré a sus padres, y utilizando mi influencia con el ministro, les hice consentir a todos en hacerme depositaria de aquella orden y dueña de pedir o detener su ejecución, según mi juicio de la futura conducta de la muchacha. Esta sabe, pues, que yo tengo su suerte en mis manos; y aun cuando esos poderosos medios no la contuvieran, lo que es imposible, ¿no es evidente que su conducta hecha pública y su auténtico castigo quitarían todo crédito a lo que pudiera decir?

A estas precauciones, que yo llamo fundamentales, uno mil otras, o locales o circunstanciales, que la reflexión y la costumbre sugieren en los casos de necesidad; su detallamiento sería prolijo, pero su práctica es muy importante y ha de tomarse usted el trabajo de desglosarlas del conjunto de mi conducta, si quiere llegar a conocerlas.

Pero, ¿suponer que yo me he impuesto tantos cuidados para no obtener fruto de ellos; que, después de haberme elevado tanto sobre las demás mujeres por mis penosos trabajos, consienta en arrastrarme en mi marcha, como ellas, entre la imprudencia y la timidez; que, sobre todo, pueda temer a un hombre hasta el punto de no ver salvación más que en la huida? No, vizconde; jamás. Hay que vencer o morir. Cuanto a Prévan, yo quiero que sea mío, y lo será; él quiere decirlo

y no lo dirá seguramente: he aquí, en dos palabras, nuestra novela. Adiós.

20 septiembre 17...

C A R T A L X X X I I

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

¡Dios mío, qué pena me ha dado su carta! ¡Y yo que la esperaba con tanta impaciencia! Contaba con encontrar en ella consuelo y estoy más afligida que antes de haberla recibido. He llorado mucho al leerla; pero no es esto lo que le reprocho: he llorado muchas veces por su causa sin que ello me apenara. Pero esta vez sí; ahora no es lo mismo.

¿Qué es lo que quiere usted decir cuando dice que su amor le resulta un tormento, que no puede vivir más así, ni prolongar por más tiempo su situación? ¿Es que va usted a dejar de amarme porque esto no le es tan agradable como antes de ahora? Me parece que yo no soy más feliz que usted, muy al contrario; y, sin embargo, lo amo mucho más. Si el señor de Valmont no le ha escrito, no es culpa mía; yo no he podido pedirselo, porque no he estado un momento a solas con él y tenemos convenido no hablarnos jamás ante testigos; y esto por usted también, a fin de que él pueda hacer mejor lo que usted desea. Yo no digo que no lo desee también; de esto puede usted estar seguro; pero, ¿qué quiere que yo haga? Si cree usted que puedo hacer algo, dígame el medio; no deseo otra cosa,

¿Cree usted que ha de serme muy agradable ser reprendida todos los días por mamá, que antes no me decía nada, sino al contrario? Ahora estoy peor que en el convento. Me consolaba, sin embargo, pensando que sufría esto por usted; hasta había momentos en que me complacía sufrir así; pero ahora que veo que usted sufre también, sin que de ello tenga yo culpa alguna, me apeno más que por todo lo que me ha pasado hasta aquí.

Sólo el acto de recibir sus cartas es para mí tan embarazo-

so que, si el señor de Valmont no fuera tan complaciente y hábil como es, yo no sabría qué hacer; y el escribirle me es más difícil todavía. Durante toda la mañana no me atrevo, porque mamá está muy cerca de mí y entra a cada momento en mi habitación. A veces puedo hacerlo por la tarde, con el pretexto de cantar o tocar el arpa; pero tengo que interrumpir la escritura a cada línea para hacer oír mis ejercicios musicales. Afortunadamente, mi doncella tiene sueño algunas veces por la noche y yo le digo que me desnudaré sola para que se vaya y me deje leer. Y luego tengo que poner una cortina para que no se vea claridad y estar atenta al menor ruido para poder ocultarlo todo en mi lecho si viniera alguien. Verá usted que hay que amar mucho para hacer esto. En fin, lo cierto es que hago todo lo que puedo y que quisiera poder hacer más.

Seguramente, no me niego a decirle a usted que lo amo y que lo amaré siempre, jamás lo he dicho tan de corazón. ¡Y está usted enojado! Sin embargo, me aseguraba antes que se lo dijera, que esto bastaba para hacerlo feliz. No puede usted negarlo; está en sus cartas. Aunque no las tengo, las recuerdo como cuando las leía sin cesar. Y porque estamos ausentes, ¿ya no piensa usted lo mismo? Pero esta ausencia no durará siempre, sin duda. ¡Dios mío, qué desgraciada soy! ¡Y usted es la causa!

A propósito de sus cartas, creo que habrá usted guardado las que me cogió mamá y se las remitió; ha de llegar un día en que yo no esté tan cohibida como ahora y entonces me las devolverá usted todas. ¡Qué feliz seré cuando pueda guardarlas siempre, sin que nadie tenga que ver nada con ello! Ahora se las doy al señor de Valmont, porque de otro modo habría muchos riesgos; a pesar de eso, no se las entrego nunca sin un gran pesar.

Adiós, mi querido amigo. Lo amo con toda mi alma. Lo amaré toda mi vida. Creo que ahora no estará usted apenado; y, si estuviera segura de ello, no lo estaría yo tampoco. Escribame lo antes que pueda, porque presiento que hasta entonces no dejaré de estar triste.

Quinta de..., 21 septiembre 17...

C A R T A L X X X I I I

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

¡Por favor, señora, reanudemos el diálogo tan desgraciadamente interrumpido! ¡Que yo pueda acabar de probarle cuán diferente soy del odioso retrato que le hicieron de mí; y que, sobre todo, pueda disfrutar la amable confianza que usted empezaba a mostrarme! ¡Qué encantos sabe usted dar a la virtud! ¡Cómo embellece usted y hace adorables todos los sentimientos honrados! ¡Ah! Ahí está su seducción, la más fuerte, la única poderosa y respetable a la vez.

Sin duda, basta verla a usted para desear agradarle; oír-la, para que aumente ese deseo. Pero quien tiene la dicha de conocerla mejor, quien puede alguna vez leer en su alma, cede pronto a un entusiasmo más noble y, tan henchido de veneración como de amor, adora en usted la imagen de todas las virtudes. Más propenso que cualquier otro a sentirías y practicarlas, arrastrado por algunos yerros que me habían alejado de ellas, usted ha vuelto a ponerlas ante mis ojos y me ha hecho sentir de nuevo su encanto; ¿considerará usted un delito este nuevo amor? ¿Condenará usted su obra? ¿Llegará usted a reprocharse el interés que pudiera poner en ella? ¿Qué mal puede usted temer de un sentimiento tan puro y qué dulzura no tendría en saborearlo?

¿La asusta mi amor? ¿Lo encuentra violento, desenfrenado? Pues atempérelolo con un amor más suave; no rehuse el imperio que le ofrezco, al que juro no sustraerme jamás y el que me atrevo a creer que no será del todo perdido para la virtud. ¿Qué sacrificio podría parecerme peñoso una vez seguro de que su corazón me reservaría el premio? ¿Cuál será el hombre tan desdichado que no sepa gozar con las privaciones que se impone y no prefiera una palabra o una mirada concedidas a todos los goces que pudiera arrebatarse o sorprender? ¿Ha creído usted que ese hombre soy yo? ¿Y me ha tenido miedo? ¡Ah! ¿Por qué su felicidad no depende de mí?

¡Cómo me vengaría haciéndola dichosa! Pero ese dulce imperio no lo da la amistad; no se debe más que al amor.

¿Esta palabra la intimida? ¿Por qué? Una adhesión más tierna, un sólo pensamiento, la misma dicha y las mismas penas, ¿qué hay en todo esto que sea extraño a su alma? Tal es, sin embargo, el amor; tal es, al menos, el que yo siento, inspirado por usted. Este es, sobre todo, el que, calculando sin interés, hace apreciar las acciones por su mérito y no por su valor; tesoro inagotable de las almas sensibles, todo lo hecho por él o para él, resulta inestimable.

Estas verdades tan fáciles de percibir, tan dulces de practicar, ¿qué tienen de pavorosas? ¿Qué temores le puede inspirar tampoco un hombre sensible a quien el amor no le consiente otra felicidad que la de usted? Esta es hoy mi único voto; todo lo sacrificaré por cumplirlo, excepto el sentimiento que lo inspira; consienta usted en compartir este sentimiento y lo moderará a su gusto. Pero no toleremos más que nos separe, cuando debe unirnos. Si la amistad que usted me ha ofrecido no es una palabra vana; si, como usted me decía ayer, es el sentimiento más dulce que ha experimentado su alma, que sea ella nuestro juez; yo no he de recusarla; pero, si ha de juzgar el amor, que consienta en oírlo: la oposición a escucharlo sería una injusticia, y la amistad no es injusta.

Una segunda entrevista no ha de tener más inconvenientes que la primera; la casualidad puede brindarnos la ocasión; usted misma puede fijar el momento. Yo quiero creer que estoy extraviado; ¿no es preferible para usted atraerme al buen camino a combatirme? ¿Duda de mi docilidad? Si aquel tercero inoportuno no hubiera interrumpido nuestro trato, es probable que yo estuviera ya totalmente convertido a las ideas de usted. ¿Quién sabe dónde puede llegar su poder?

¿Por qué no decirselo? A veces llego a temer esa potencia invencible a la que me entrego sin osar calcular su alcance, ese encanto irresistible que la hace a usted soberana de mis pensamientos y de mis actos. ¡Ay! ¡Tal vez sea más de temer para mí más que para usted esa entrevista que le pido! A caso, después, encadenado por mis promesas, me veré reducido a consumirme en el fuego de mi amor, que presiento inextin-

guible, sin atreverme siquiera a implorar su auxilio. ¡ Ah, señora, por favor, no abuse de su imperio! Pero, ¿qué digo? Si ha de ser usted más feliz, si yo he de parecerle más digno de sus bondades, ¿qué penas no han de ser endulzadas por esas ideas consoladoras? Sí, me doy cuenta; volver a hablarle a usted es darle armas más fuertes contra mí; es someterme más completamente a su voluntad. Me es más fácil defenderme contra sus cartas; son sus mismas frases, pero no está presente para darles fuerza; sin embargo, el placer de escucharla me hace desafiar el peligro; al menos tendré la dicha de haberlo hecho todo por usted, aún contra mí; y sus sacrificios resultarán un homenaje. Seré muy feliz en probarle de mil maneras, como lo siento de mil modos, que, sin exceptuarme a mí mismo, es usted, lo será siempre, el objeto más querido de mi corazón.

Quinta de..., 23 septiembre 17...

C A R T A L X X X I V

El vizconde de Valmont a Cecilia Volanges.

Ya vió usted ayer cuánto nos contrariaron. En todo el día no pude entregarle la carta que tenía para usted; ignoro si hoy encontraré más facilidad. Temo comprometerla poniendo más celo que habilidad en mi gestión; y no me perdonaría una imprudencia que tan fatal resultaría para usted y causaría la desesperación de mi amigo, haciéndola eternamente desgraciada. Sin embargo, conozco las impacencias del amor; me hago cargo de lo penoso que debe de ser en sus circunstancias sufrir algún retraso del único consuelo que pueden tener actualmente. A fuerza de buscar medios de apartar los obstáculos, he encontrado uno, cuya ejecución será fácil si usted pone algo de su parte.

Creo haber notado que la llave del cuarto de usted, cuya puerta da al corredor, está siempre sobre la chimenea de su mamá. Con esa llave resultaría fácil todo; bien puede usted

comprenderlo; mas, a falta de ella, yo le proporcionaré otra semejante, que la suplirá. Me bastará para lograrlo tener ésa una hora o dos a mi disposición. Usted debe de encontrar fácilmente una ocasión de cogerla; y, para que no se note su falta, le adjunto una mía, bastante parecida, para que no se perciba la diferencia a menos de probarla, lo que no se intentará. Sólo habrá usted de tener el cuidado de ponerle una cinta azul, como la que tiene la suya.

Habrà de procurar tener esa llave para mañana o pasado mañana a la hora del desayuno, porque entonces le será a usted más fácil dárme-la y podría ser colocada de nuevo en su lugar para la tarde, que es cuando pudiera ser más fácil que se fijara en ella su mamá. Yo podré devolvérsela a la hora de la comida, si nos entendemos bien.

Ya sabe usted que cuando se pasa del salón al comedor, la señora de Rosemonde va siempre la última. Yo le daré el brazo, usted no tendrá que hacer más que dejar lentamente el bastidor en que borda o simular que se le cae algo para quedarse atrás; entonces podrá coger la llave que yo cuidaré de tener en la mano a mi espalda. En cuanto la haya cogido usted, no debe dejar de alcanzar a mi anciana tía y hacerle algunas caricias. Si por casualidad se le cayera la llave, no vaya usted a desconcertarse; yo fingiré que se me ha caído a mí y le respondo de todo.

La poca confianza que le muestra su mamá y sus duros procedimientos para con usted autorizan, por lo demás, esta pequeña superchería. Ella, es por otra parte, el único medio de seguir recibiendo las cartas de Dancen y enviarle las de usted; cualquier otro es peligroso y podría perderlos a ambos sin remedio; de ahí que mi prudente amistad no pueda seguir empleándolos.

Una vez dueños de la llave, habremos de tomar algunas precauciones contra el ruido de la puerta y de la cerradura; pero éstas son bien fáciles. Debajo del mismo armario donde le puse el recado de escribir, encontrará usted aceite y una pluma. Usted va a veces a su habitación a horas en que está sola en ella; ha de aprovechar una de esas ocasiones para engrasar la cerradura y los goznes. El único cuidado que ha

de tener es el de evitar las manchas, que la delatarían. Conventrá que lo haga por la noche, porque, haciéndolo con habilidad, no quedará huella a la mañana siguiente.

Si, no obstante, se nota, no vacile en decir que ha sido obra de uno de los criados de la quinta. En tal caso habrá que especificar la hora y hasta las palabras supuestamente cruzadas con él, como, por ejemplo, su explicación de aplicar tal medida contra la herrumbre de todas las cerraduras poco usadas. Porque ha de comprender que sería inverosímil el que hubiera sido usted testigo de su faena sin preguntarle el motivo. Estos pequeños detalles son los que dan la verosimilitud y la verosimilitud hace que las mentiras no tengan consecuencias, quitando el deseo de comprobarlas.

Después que haya usted leído esta carta, le ruego que la relea y hasta que la medite; primero, porque hay que saber bien lo que bien se quiere hacer, y después para asegurarse de que no he omitido nada. Poco habituado a emplear la astucia por cuenta propia, soy poco experto en ella; han hecho falta nada menos que mi viva amistad por Danceny y el interés que usted me inspira para decidirme a emplear estos medios, aun siendo bien inocentes. Odio todo lo que tiene cariz de fraude; tal es mi carácter. Pero las desdichas de ustedes me han conmovido hasta el punto de que lo he de intentar todo para suavizarlas.

Ya comprenderá que, una vez establecida entre nosotros esta comunicación, me será fácil proporcionarle la entrevista con Danceny, que éste desea. Sin embargo, no le diga usted nada todavía de todo esto; no haría más que aumentar su impaciencia y aún no ha llegado el momento de satisfacerla. Creo que debe usted calmarla más que enardecerla. En esto me remito a su discreción. Adiós, mi bella pupila, porque es usted mi pupila. Quiera un poco a su tutor y, sobre todo, sea dócil para él, con lo que le irá bien. Me preocupo de su felicidad y esté usted segura de que en ella hallaré la mía.

24 septiembre 17...

C A R T A L X X X V

La marquesa de Merteuil al visconde de Valmont.

Al fin, ya estará usted tranquilo y, sobre todo, me hará justicia. Escuche usted y no me confunda con las demás mujeres. He llevado a término mi aventura con Prevan. ¡A término! ¿Entiende usted lo que esto quiere decir? Ahora va usted a juzgar quién de los dos, él o yo, podrá jactarse de ella. El relato no será tan divertido como la acción; pero no sería justo que a usted, que no ha hecho más que razonar mejor o peor sobre este asunto, le reportara tanto placer como a mí, que le dedique mi tiempo y mi trabajo.

Ahora, si usted tiene que dar algún gran golpe o acometer alguna empresa en que le parezca temible ese rival peligroso, no tiene más que lanzarse. El le deja el campo libre, al menos por algún tiempo; acaso no se reponga nunca del golpe que le he dado.

¡Qué fortuna es para usted el tenerme por amiga! Soy para usted un hada benéfica. Se consumía lejos de la beldad que adora; yo digo una palabra, y vuelve usted a encontrarse al lado de ella. Quería usted vengarse de una mujer que le perjudicó; yo le señalo el punto donde la puede herir, y la pongo a su disposición. En fin, para apartar de la lid a un competidor temible, me invoca usted también, y yo satisfago sus deseos. En verdad, si no emplea usted toda su vida en darme las gracias, será un ingrato. Vuelvo a mi aventura y empiezo por el principio.

La cita dada en voz alta a la puerta de la Opera (1) fué oída, como yo esperaba. Prevan acudió a ella, y, cuando la mariscalca le dijo amablemente que se congratulaba de verlo dos veces seguidas en sus recepciones, él tuvo buen cuidado de responder que desde el martes por la noche se había excusado de muchos compromisos anteriores para poder tener

(1) Véase la "Carta LXXIV".

libre aquella velada. ¡A buen entendedor!... Sin embargo, como yo quería saber con más certeza si era o no el verdadero objeto de aquella halagüeña solicitud, quise forzar al nuevo suspirante a elegir entre su afición dominante y yo. Declaré que no jugaría; en efecto, él tuvo, por su parte, mil pretextos para no jugar; y mi primer triunfo fué sobre el juego.

Me apoderé para mi conversación del obispo de...; lo elegí por sus relaciones con el héroe del día, a quien quería dar la mayor facilidad para abordarme. Me placía también contar con un testigo respetable que pudiera dar fe de mi conducta y mis palabras; este medio dió resultado.

Tras las vagas frases usuales, Prevan se adueñó pronto de la conversación, adoptando sucesivamente diversos tonos para dar con el que más pudiera agradarme. Yo rechacé el del sentimiento, como incrédula respecto a éste, y contuve por mi seriedad su jovialidad, que me pareció excesiva para un abordaje; él se acogió al de la amistad delicada, y, bajo este trivial pabellón, comenzamos nuestro ataque recíproco.

A la hora de la comida, el obispo no descendió al comedor; Prévan me dió el brazo y se encontró, naturalmente, a mi lado en la mesa. Hay que ser justos: sostuvo muy discretamente nuestra conversación particular, aparentando no atender más que a la conversación general, de la que hizo todo el gasto, al parecer. A los postres, se habló de una obra nueva que había de ser estrenada el lunes siguiente en el Teatro Francés. Yo mostré algún pesar por no contar con mi palco; él me ofreció el suyo, que rehusé como se suele hacer en tales casos, a lo que él replicó jocosamente que yo no lo había entendido; que él no sacrificaría de seguro su palco a una desconocida, y se limitaba a decir que dispondría de él la señora mariscala. Esta se prestó a la broma, y yo acepté.

De vuelta en el salón, me pidió, como puede usted suponer, un puesto en el palco; y como la mariscala, que lo trata muy bondadosamente, se lo prometió *si había de estar comido*, él tomó pie para una de esas conversaciones de doble sentido, para las cuales me ha encomiado usted su talento.

En efecto, luego de arrodillarse a sus pies, como un niño sumiso, según indicó, con el pretexto de pedirle consejos e implorar su gracia, dijo muchas cosas halagadoras y bastante tiernas que me era fácil aplicarme. Como varias personas no volvieran a dedicarse al juego después de la comida, la conversación fué más general y menos interesante; pero nuestros ojos hablaron sin cesar.

El lunes siguiente fui al teatro, como habíamos convenido. Mal que pese a la curiosidad literaria de usted, no puedo decirle nada del espectáculo, sino que Prévan tiene un talento maravilloso para el halago y que la obra cayó al foso; he aquí todo lo que percibí. Veía, con pesar, el término de aquella velada que, realmente, me era muy agradable; y, para prolongarla, invité a la mariscala a cenar en mi casa, lo que me dió pretexto para invitar también al amable adulator, quien se apresuró a aceptar, pidiendo sólo el tiempo preciso para ir a excusarse de un anterior ofrecimiento en casa de las condesas de... (1). Tal nombre reanimó mi cólera; vi claramente que iba a empezar sus confidencias; recordé los prudentes consejos de usted y me propuse... seguir la aventura, con la seguridad de curarlo de su peligrosa indiscrección.

Extraño a mi tertulia, que aquella noche fué poco numerosa, me debía los cumplimientos de rúbrica; así, al dirigirnos al comedor, me ofreció el brazo. Yo tuve la picardía, al aceptarlo, de dar al mío un ligero estremecimiento y de llevar en todo el trayecto los ojos bajos y la respiración agitada. Tenía el aire de presentir mi derrota y de temer a mi vencedor. El lo notó perfectamente; y, en consecuencia, el traidor cambió al punto de tono y de actitud. Se trocó, de galante, en afectuoso. No es que sus frases no fuesen las mismas, sobre poco más o menos, porque así lo imponían las circunstancias; pero su mirada se hizo menos viva y más acariciadora; la inflexión de su voz, más dulce, y su sonrisa tuvo menos malicia y más satisfacción. En fin, apagando poco a poco la fogosidad de sus expresiones, reemplazó en

(1) Véase la "Carta LXX".

ellas la ingeniosidad por la delicadeza. Quiero que usted me diga si lo hubiera hecho mejor.

Yo, por mi parte, me puse pensativa, hasta el punto que no se pudo menos de advertirlo; y al reprochármelo, tuve la habilidad de defenderme torpemente y de echarle a Prevan una mirada rápida, pero tímida o azorada, propia para hacerle creer que todo mi temor era que él adivinara la causa de mi turbación.

Después de comer, aproveché el momento en que la buena mariscala contaba una de esas historias que cuenta siempre, para ir a recostarme en mi otomana, en ese abandono anejo a un dulce ensueño. No me disgustaba que Prevan me viera así; me honró, en efecto, con una atención singular. Ya supondrá usted que mis tímidas miradas no osaban buscar las de mi vencedor; pero, dirigidas a él humildemente, me hicieron percibir pronto que obtendría el efecto deseado. Había aún que persuadirlo de que ese efecto era compartido por mí; y así, cuando la mariscala anunció que iba a retirarse, yo exclamé con voz tierna: “¡Dios mío, estábamos tan bien!” Me levanté, sin embargo; pero antes de despedirla, le pregunté sus planes para el día siguiente, con el fin de tener pretexto para decirle los míos y de hacer saber que me quedaría en casa. Y con esto se hizo la despedida general.

Entonces me puse a reflexionar. No dudaba que Prevan aprovecharía la cita indirecta que yo acababa de darle y que vendría a casa temprano para encontrarme sola y hacer más vivo el ataque; pero estaba también segura de tratarme con esa ligereza que, por poca práctica que se tenga, no suele emplearse más que con mujeres de aventuras o las que carecen por completo de experiencia; y veía cierto mi éxito si él pronunciaba la palabra amor; si, sobre todo, quería obtenerla de mí.

¡Qué cómodo es tratar con ustedes, los hombres *corridos*! A veces, un embrión de enamorado nos desconcierta por su timidez o nos pone en un brete con sus fogosos transportes; esta es una fiebre que, como la otra, tiene sus estremecimientos y su ardor, y, algunas veces, varía en sus síntomas. Pero la marcha regulada de ustedes ¡es tan fácil de adivinar! La

entrada, la actitud, el tono, las palabras, todo lo sabía y desde la víspera. No le referiré, por tanto, nuestra conversación, que usted suplirá fácilmente. Sólo he de indicarle que en mi fingida defensa le ayudé con todos mis medios: confusión, para darle tiempo a hablar; torpes razones, para que pudiera rebatirlas; temor y desconfianza, para suscitar sus protestas; y el perpetuo estribillo, por su parte: *No le pido más que una palabra*; y ese silencio, por la mía, que parece no hacer esperar sino para hacer desear más; en el curso de todo esto, una mano cogida cien veces, que siempre se retira y nunca se rehusa. Se puede pasar así un día entero; nosotros pasamos una hora mortal, y seguiríamos todavía si no hubiéramos oído entrar una carroza en mi patio. Este dichoso contratiempo hizo, como era natural, más vivas sus instancias; y yo, viendo llegado el momento de estar a salvo de toda sorpresa, después de haberme preparado por un largo suspiro, concedí la preciosa palabra. Entró la visita, a la que siguieron otras, y poco después tuve una concurrencia bastante numerosa.

Prévan me pidió permiso para volver al día siguiente por la mañana, y yo accedí; pero, cuidadosa de mi defensa, ordené a mi doncella que permaneciese durante toda la visita en mi dormitorio, desde donde, como usted sabe, se ve todo lo que pasa en mi tocador, en el cual lo recibí. Libres en nuestra conversación, y teniendo el mismo deseo ambos, estuvimos pronto de acuerdo; pero había que deshacerse de aquel espectador importuno, y ahí era donde yo lo esperaba.

Entonces, pintándole a mi gusto el cuadro de mi vida íntima, lo persuadí fácilmente de que jamás encontraríamos un momento de libertad y de que había que considerar como un milagro el que habíamos disfrutado el día anterior, que no podía repetirse sin graves riesgos para mí, puesto que se podía entrar en mi salón a todas horas y a cada momento. No dejé de agregar que había permitido la instauración de tales costumbres porque hasta entonces no me habían contrariado; e insistí a la par sobre la imposibilidad de cambiarlas sin comprometerme a los ojos de mi servidumbre. El intentó mostrarse entristecido, disgustado, y me dijo que

lo amaba poco; ¡ya supondrá usted lo que me conmovió esto! Pero, queriendo dar el golpe decisivo, recurrí al auxilio de las lágrimas. Aquello fué exactamente el *Zaira, lloras*. Y el imperio que creyó tener sobre mí y la esperanza que concibió de perderme, cual quería, hicieron para él las veces del amor de Orosman.

Pasado aquel efecto teatral, volvimos a las combinaciones. A falta de posibilidades por el día, recurrimos a la noche; pero mi suizo resultaba un obstáculo, y yo no podía permitir que se intentara sobornarlo. Me propuso la puerta pequeña de mi jardín; mas yo, que lo había previsto, inventé un perro que, tranquilo y acariciador de día, se trocaba en un verdadero demonio por la noche. La facilidad con que yo me prestaba a dar todos estos detalles era muy apropiada para alentarle; así, llegó a proponerme el expediente más ridículo, que fué el que acepté.

Me dijo, ante todo, que su criado era tan seguro como él mismo, en lo que apenas se engañaba, puesto que tanto lo era el uno como el otro. Yo daría una gran comida en mi casa; él asistiría a ella y se las arreglaría para salir solo. Su diestro confidente avisaría el coche y abriría la portezuela; él, Prévan, se esquivaría hábilmente. Su cochero no podría darse cuenta en modo alguno; y así, habiendo salido para todo el mundo y quedándose en mi casa, sin embargo, sólo se trataba ya de saber cómo podría llegar a mis habitaciones. Confieso que, al principio, me costó algún trabajo encontrar razones lo bastante flojas para que él pudiera presumir anularlas; respondió a ellas con ejemplos. Según afirmó, nada era más corriente que ese medio; él mismo lo había utilizado muchas veces; hasta era el que más usaba, por ser el menos peligroso.

Subyugada por tan irrecusables testimonios, reconocí candorosamente que, en realidad, había una escalera de servicio que conducía a una habitación inmediata a mi tocador; que podía dejarle la llave de éste, en el que le sería posible encerrarse y esperar, sin gran riesgo, que se retiraran mis doncellas; y después, para dar más verosimilitud a la espontaneidad de mi consentimiento, me arrepentí de él un momento

más tarde y no volví a consentir sino a condición de una su-
misión de su parte, de una prudencia... ¡Ah, qué prudencia!
En fin, yo quería probarle mi amor, pero no satisfacer el
suyo.

La salida, de la que me olvidaba de hablarle, debía ha-
cerse por la puertecilla del jardín; no había más que esperar
al amanecer; el cancerbero no diría entonces esta boca es mía.
A esa hora no pasa tampoco un alma por la calle y la gente
está en lo más profundo de su sueño. Si a usted le asombra
este montón de estúpidos razonamientos, será por olvidar
nuestra situación recíproca. ¿Qué necesidad teníamos de acu-
dir a otros mejores? El no quería más sino que todo esto se
supiera, y yo estaba bien segura de que no se sabría. La eje-
cución fué fijada para el día siguiente.

Fíjese usted en que el asunto está ya arreglado y nadie
ha visto aún a Prevan en mi compañía. Lo encuentro al co-
mer en casa de una de mis amigas; le ofrece su palco para
un estreno y yo acepto un lugar en él. Invito a cenar a tal
amiga, durante la función, en presencia de Prévan; no pue-
do casi excusarme de hacerlo partícipe de la invitación. El
la acepta y me hace a los dos días la visita exigida por el uso.
En verdad, me hace otra al día siguiente; pero, aparte que
las visitas matinales no cuentan, me queda la facultad de
juzgar ésta demasiado pronto y la remito, en efecto, a la cate-
goría de las personas menos relacionadas conmigo, con una in-
vitación por escrito para una comida de ceremonia. Puedo,
pues, decir como Anita: *Helo aquí todo, sin embargo.*

Llegado el día fatal, ese día en el que yo había de perder
mi virtud y mi reputación, di mis instrucciones a mi fiel Vic-
toria, y ésta las ejecutó como usted va a ver muy pronto.

Llegó la noche; ya había mucha gente en mi casa cuan-
do fué anunciado Prévan. Lo recibí con una cortesía que
marcaba ostensiblemente mi poca intimidad con él; lo adscribí
a la partida de juego de la mariscala, por ser ésta por quien
había hecho su conocimiento. La velada no dió de sí más
que una esquila que el discreto enamorado encontró medio
de entregarme y que yo quemé, según mi costumbre. Me anun-
ciaba que podía contar con él; y esta frase esencial aparecía

rodeada por todas las palabras parásitas de amor, felicidad, etcétera, que no dejan jamás de encontrarse en semejantes funciones.

A media noche, terminadas las partidas de juego, propuse una pequeña macedonia (1). Tenía el doble plan de facilitar la evasión de Prèvan y, a la vez, de hacerla notar, lo que no podía menos de suceder, teniendo en cuenta su reputación de jugador. Me convenía también que pudiera recordarse, en caso de necesidad, que yo no había tenido prisa por quedarme sola.

El juego duró más de lo que yo había supuesto. El diablo me tentó y sucumbí al deseo de ir a consolar al impaciente prisionero. Me encaminaba así hacia mi perdición, cuando reflexioné que, una vez réndida del todo, dejaría de tener sobre él la autoridad precisa para mantenerlo en el indumento decente que requerían mis planes. Tuve la fuerza de resistir. Volví sobre mis pasos y tomé nuevamente, no sin disgusto, puesto en el juego, que parecía interminable. Terminó, sin embargo, y todos se fueron. Yo llamé a mis doncellas, me desnudé aprisa y las despedí lo mismo.

¿Me ve usted, vizconde, en mi ligero tocado, andando con paso trémulo y circunspecto y abriéndole, con mano trémula, la puerta a mi vencedor? Este me vió, y el relámpago no es más pronto. ¿Qué he de decirle? Fuí vencida, completamente vencida, antes de haber podido pronunciar una palabra para contenerlo o defenderme. El quiso en seguida tomar una posición más cómoda y más conforme con las circunstancias. Maldecía su vestido que, según decía, lo alejaba de mí; quería combatirme con armas iguales; pero mi extremada timidez se opuso a su propósito, y mis tiernas caricias no le dieron tiempo a ejecutarlo. Se ocupó de otra cosa.

Habiendo duplicado sus derechos, volvió a sus pretensiones; pero entonces: “Escúcheme—le dije—; hasta aquí tiene

(1) Algunas personas ignoran, sin duda, que una macedonia es una combinación de varios juegos de azar, entre los cuales cada jugador tiene derecho a elegir cuando le llega la mano. Es una de las invenciones del siglo.

usted un relato bastante agradable que hacer a las dos condesas de... y a mil otras; pero yo tengo curiosidad por saber cómo va usted a contar el fin de la aventura." Y, al decirle esto, tiré del cordón de la campanilla con todas mis fuerzas. Tuve, por el momento, la vez, y mi acción fué más rápida que su palabra. Apenas había balbucido una, cuando oí a Victoria, que acudía corriendo y llamando a los criados que había retenido en su cuarto, según mis instrucciones. Entonces, adoptando un tono de reina y alzando la voz: "Salga usted, señor—le grité—, y no vuelva a presentarse jamás ante mí." Y al punto entraron todos en tropel.

El pobre Prévan perdió la cabeza y, creyendo ver una emboscada en lo que no era en el fondo más que una burla, echó mano a su espada. Mal le fué con ello, porque mi lacayo, bravo y vigoroso, se abalanzó a él y lo echó al suelo. Yo tuve, lo confieso, un miedo mortal. Grité que se detuvieran y ordené que le dejaran libre la salida, asegurándose solamente de que salía de mi casa. Mis criados me obedecieron, pero murmurando mucho entre ellos; les indignaba que se hubiera osado faltar a su virtuosa señora. Todos acompañaron al malaventurado caballero, con gran escándalo, como yo deseaba. Sólo se quedó conmigo Victoria, y ambas nos ocupamos, ante todo, en reparar el desorden de mi lecho.

Mis criados volvieron en tumulto, y yo, todavía emocionada, les pregunté por qué feliz casualidad estaban aún levantados cuando los llamé; entonces Victoria me contó que había invitado a comer a dos amigas y que por ella había habido una pequeña reunión en su cuarto; en fin, todo lo que habíamos convenido entre nosotras dos. Les di las gracias a todos y les ordené retirarse, encargando, no obstante, a uno de ellos que fuera inmediatamente a buscar a mi médico. Me pareció que estaba autorizada a temer los efectos de mi mortal impresión; era un medio seguro de dar publicidad y circulación a la noticia del suceso.

Vino, en efecto, el doctor; me compadeció mucho y no me recetó más que reposo. Yo di el encargo a Victoria de salir por la mañana a charlar en la vecindad.

Todo salió tan bien que, antes del mediodía, en cuanto se

abrió mi puerta, mi devota vecina estaba ya a la cabecera de mi cama para enterarse de la verdad y de los detalles de tan horrible aventura. Me vi obligada a desolararme ante ella durante una hora por la corrupción del siglo. Un momento después, recibí la esquela, que le adjunto, de la mariscala. En fin, antes de las cinco, vi con gran sorpresa presentármese al Sr... (1). Venía, según me dijo, a ofrecermé sus excusas por haberme podido faltar hasta tal punto un oficial de su Cuerpo. Lo había sabido durante la comida en casa de la mariscala, e inmediatamente le había enviado a Prévan la orden de constituirse en arresto. Le pedí gracia para él y me la rehusó. Entonces pensé que, como cómplice, tenía que imponerme también algún castigo por mi parte y guardar un rígido arresto, por lo menos. Hicé, pues, cerrar mis puertas y decir que estaba indispueta.

A mi soledad debe usted esta larga carta. Escribiré otra a la señora de Volanges, a la que ella dará seguramente pública lectura, por la que verá usted esta historia tal cual debe referirla.

Olvidaba decirle que Belleruche está furioso y quiere, a todo trance, batirse con Prévan. ¡Pobre muchacho! Afortunadamente, yo tendré ocasión de sentar su cabeza. Entretanto, voy reposar la mía que está fatigada de escribir tanto. Adiós, vizconde.

París, 15 septiembre 17...

C A R T A L X X X V I

La mariscala de... a la marquesa de Merteuil.

¡Dios mío! ¿Qué es lo que me cuentan, mi querida señora? ¿Es posible que el joven Prévan cometa tales abominaciones? ¡Y, además, con usted! ¡A lo que estamos expuestas! ¿No estaremos ya en seguridad ni aun en nuestras casas? En verdad, tales acontecimientos nos consuelan a las viejas

(1) El comandante del Cuerpo en el que servía Prévan.

de serlo. Pero de lo que no me consolaré jamás es de haber sido, en parte, causa de que usted haya recibido a semejante monstruo en su casa. Le prometo que, si es cierto lo que me dicen, no pondrá más los pies en la mía; es el partido que tomarán con él todas las gentes honradas, si hacen lo que deben.

Me dicen que usted se encuentra bastante mal, y estoy inquieta por su salud. Deme usted, se lo ruego, noticias suyas, o enviémlas con una de sus criadas, si no puede usted escribirme. No le pido más que dos palabras para tranquilizarme. Habría corrido a su casa esta mañana de no habérmelo impedido mis baños, que el doctor no me permite interrumpir; y esta tarde tengo que ir a Versalles, como siempre, por el asunto de mi sobrino.

Adiós, mi querida señora; cuente toda la vida con mi sincera amistad.

París, 25 septiembre 17...

C A R T A L X X X V I I

La marquesa de Merteuil a la señora de Volanges.

La escribo en el lecho, mi querida y buena amiga. El acontecimiento más desagradable y más imposible de prever me ha puesto enferma por el susto y la pena que me ha producido. No quiero decir que yo no tenga nada que reprocharme; pero es tan penoso para una mujer honesta y que conserva el pudor requerido por su sexo llamar sobre ella la atención pública, que daría todo lo del mundo por haber podido evitar esta desdichada aventura; y no sé todavía si no tomaré el partido de irme al campo a esperar que sea olvidada. He aquí de lo que se trata:

En casa de la mariscal de... encontré a un Sr. De Prevan, a quien usted conocerá seguramente de nombre y al que yo también conocía sólo así. Mas al encontrarlo en aquella casa, estaba autorizada, a mi parecer, para creerlo hombre de buena sociedad. Está bastante bien de tipo, y me pareció

que no carecía de inteligencia. La casualidad y el fastidio del juego me dejaron sola con él y el obispo de..., mientras todo el mundo se dedicaba a jugar. Estuvimos hablando los tres hasta la hora de la comida. En la mesa, una novedad teatral, de la que se habló, le dió ocasión para ofrecer su palco a la mariscala, que lo aceptó; y se convino que yo tendría un puesto en él. Esto era para el lunes último, en el Teatro Francés. Como la mariscala viniera a comer conmigo al salir del teatro, le propuse a ese señor que la acompañara, como lo hizo. Al día siguiente vino a hacerme una visita, en el curso de la cual sólo tuvimos una conversación corriente, sin nada notable. Al otro día volvió a visitarme por la mañana, lo que me pareció un poco precipitado; pero creí que, en lugar de dejárselo ver en la manera de recibirlo, era mejor hacerle notar por un acto de cortesía que no estábamos aún tan íntimamente relacionados como él parecía creer. Para ello le envié aquel mismo día una invitación, muy seca y muy ceremoniosa, para una comida que yo daba anteayer. No le dirigí la palabra cuatro veces en toda la velada; y él, por su parte, se retiró apenas terminada su partida de juego. Convendrá usted en que, hasta aquí, no hay nada que parezca conducir a una aventura; hicimos, después de las partidas de juego, otra de macedonia, que nos entretuvo hasta las dos; en fin, yo me fuí a la cama.

Hacía, por lo menos, media hora larga que se habían retirado mis doncellas, cuando oí ruido en mi habitación. Entreabrí las cortinas de mi lecho, con gran susto, y vi entrar un hombre por la puerta que comunica con mi tocador. Lancé un grito penetrante, y a la luz de mi lamparilla de noche reconocí a ese Sr. De Prevan, quien, con una desfachatez inconcebible, me dijo que no me alarmara, que iba a explicarme el misterio de su proceder, y me suplicaba que no hiciera ruido alguno. En tanto que me hablaba encendió una bujía, y yo estaba tan sobrecogida que no podía hablar. Su aire, tranquilo y desenvuelto, me petrificó más todavía. Pero no hubo dicho dos palabras, cuando vi cuál era su pretendido misterio, y mi única respuesta fué, como usted supondrá, colgarme al cordón de la campanilla.

Por una feliz casualidad mi servidumbre había tenido una pequeña cuchipanda en el cuarto de una de mis criadas, y estaba aún levantada toda ella. Mi doncella, al acudir a mi llamamiento, me oyó hablar con gran calor, y, asustada, llamó a todos sus compañeros. ¡Figúrese usted qué escándalo! Mis criados estaban furiosos. Vi el momento en que mi lacayo mataba a Prevan. Confieso que, por el momento, me satisfizo mucho verme tan fuertemente protegida; pero, reflexionando ahora, preferiría que sólo hubiera acudido mi doncella; ésta habría bastado, y, sin duda, se habría evitado así el escándalo que me aflige.

En vez de esto, el tumulto despertó a los vecinos, mi servidumbre ha hablado y el suceso es hoy la comidilla de todo París. El Sr. De Prevan está arrestado, por orden del comandante de su Cuerpo, que ha tenido la caballerosidad de pasarse por mi casa para presentarme sus excusas, según me ha dicho. Ese arresto va a aumentar más el ruido; pero no he podido lograr que sea levantado. La ciudad y la corte han venido a inscribirse a mis puertas, que he cerrado para todo el mundo. Las pocas personas que he visto me han asegurado que se me hace justicia y que la indignación pública contra el Sr. De Prevan ha llegado al colmo: seguramente, él la merece, pero eso no quita lo enojoso de esta aventura.

Por otra parte, ese hombre tiene seguramente algunos amigos que deben de ser malos, y ¿quién sabe, quién puede saber lo que inventarán para perjudicarme? ¡Dios mío, qué desgraciada es una mujer joven! No ha hecho nada con ponerse a salvo de la maledicencia; ha de imponerse además a la calumnia.

Dígame usted, se lo suplico, lo que habría hecho, lo que haría en mi lugar; en fin, todo lo que piense. De usted es de quien siempre recibí los consuelos más dulces y los consejos más prudentes; de usted es también de quien prefiero recibirlos.

Adiós, mi querida y buena amiga; ya conoce los sentimientos que me ligan a usted para siempre. Besos a su amable hija.

París, 26 septiembre 17...

CARTA LXXXVIII

Cecilia Volanges al vizconde de Valmont.

A pesar de todo el placer que yo tengo, señor, en recibir las cartas del caballero Danceny y aunque no desee menos que él la posibilidad de volver a vernos sin que se nos pueda impedir, no he osado hacer lo que usted me propone. En primer término, es muy peligroso; esa llave que usted quiere que ponga en el puesto de la otra se le parece bastante en verdad; pero, sin embargo, no deja de haber entre ellas alguna diferencia y mamá lo mira todo y todo lo nota. Además, aunque no se haya usado aún durante el día desde que estamos aquí, pudiera darse el desdichado azar de que se intentara usarla, y, si se advirtiera el cambio, yo quedaría perdida para siempre. Por otra parte, me parece también que eso estaría muy mal; hacer así como así una doble llave es demasiado. Verdad es que usted tendría la bondad de echarse la culpa; pero, a pesar de eso, si se supiera el fraude, yo no dejaría de cargar con la responsabilidad y la censura, puesto que lo había usted hecho por mí. En fin, he intentado dos veces cogerla, lo que sería muy fácil si se tratara de otra cosa; pero no sé por qué, las dos veces me eché a temblar y me faltó el valor. Creo, pues, que vale más seguir como estamos.

Si usted sigue teniendo la bondad de ser tan complaciente como hasta aquí, siempre encontrará el medio de entregarme una carta. Aún para la última, sin la desgracia de que usted se volviera de pronto, en cierto momento, nos habríamos arreglado bastante bien. Comprendo que usted no puede, como yo, no pensar más que en esto; pero prefiero tener más paciencia a arriesgar tanto. Estoy segura de que el señor Danceny diría lo mismo que yo; porque siempre que quiso de mí algo que me era penoso consintió en no obtenerlo.

Le remitiré, señor, a la vez que esta carta, la suya, la del señor Danceny y su llave. No por esto estoy menos agradecida a sus bondades, que le ruego nos siga dispensando. Es

verdad que soy muy desgraciada y que sin usted lo sería más aún; pero, después de todo, se trata de mi madre; hay, pues, que tener paciencia. Con tal que el señor Danceny no deje de amarme y que usted no nos abandone, vendrán, sin duda, días más felices.

Tengo el honor de ser, señor, con viva gratitud su muy humilde y obediente servidora.

26 septiembre 17...

CARTA LXXXIX

El vizconde de Valmont al caballero Danceny.

Si sus asuntos no van tan de prisa como usted quisiera, amigo mío, no es a mí a quien ha de culpar de ello. Encuentro aquí más de un obstáculo que vencer. No los constituyen solamente la vigilancia y la severidad de la señora de Volanges; la joven amiga de usted también me pone algunos. Sea por frialdad o por timidez, no suele hacer siempre lo que le aconsejo; y me parece, sin embargo, que sé mejor que ella lo que debe hacerse.

Había encontrado un medio sencillo, cómodo y seguro de entregarle las cartas de usted y hasta de facilitar más adelante las entrevistas que usted desea; pero no he logrado decidirla a servirse de él. Esto me aflige tanto más, cuanto que no veo otro para aproximarlos; y que hasta para continuar su correspondencia temo a cada momento que nos comprometamos los tres. Ahora bien, usted comprenderá que yo no quiero, ni correr ese riesgo ni exponerlos a ustedes tampoco a él.

Me dolería mucho, sin embargo, que la falta de confianza de su amiguita me impidiera serle a usted útil; tal vez haría usted bien en escribirle. Pero usted verá lo que ha de hacer, puesto que le toca exclusivamente decidir; porque no basta servir a los amigos; hay que servirlos, además, a su manera. Ese podría ser también un medio de asegurarse de sus senti-

mientos, porque la mujer que guarda su propia voluntad no ama tanto como dice.

No quiere decir esto que yo crea inconstante a su amada; pero es muy joven, teme mucho a su mamá, la que, como sabe usted, sólo se preocupa de contrariarlo, y acaso sería peligroso dejarla demasiado tiempo incomunicada con usted. No vaya por esto a inquietarse mucho. Yo no tengo en el fondo razón alguna para desconfiar; no hay aquí más que mi amistosa solicitud.

No le escribo más extensamente porque tengo también algunos asuntos propios que despachar. No estoy tan avanzado como usted; pero amo lo mismo, y eso consuela; y, aun cuando yo no triunfe, si logro serle a usted útil, daré por bien empleado el tiempo que esté aquí. Adiós, amigo mío.

Quinta de..., 26 septiembre 17...

C A R T A X C

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

Deseo vivamente, señor, que esta carta no le cause pena alguna, o que, si ha de causársela, que sea suavizada por la que yo siento al escribirla. Ya debe de conocerme usted bastante para estar seguro de que mi voluntad no es afligirlo; pero usted tampoco querrá, sin duda, sumirme en una eterna desesperación. Lo conjuro, pues, en nombre de la tierna amistad que le ofrecí, hasta en nombre de los sentimientos tal vez más vivos, pero seguramente no más sinceros que usted experimenta por mí, a que no volvamos a vernos; parta usted y hasta entonces rehuyamos esas entrevistas particulares, demasiado peligrosas, en las que, por una impotencia inexplicable, no logro jamás decirle lo que quiero y paso el tiempo en escuchar lo que no debiera oír.

Ayer, sin ir más lejos, cuando usted fué a reunirse conmigo en el parque, mi único propósito era decirle lo que le

escribo hoy; y, sin embargo, ¿qué hice? Tratar de su amor, ¡de su amor, al que no debo corresponder jamás! ¡Ah, por favor, aléjese usted de mí!

No tema que la ausencia altere mis sentimientos para usted. ¿Cómo podría llegar a vencerlos cuando no tengo ya el valor de combatirlos? Ya ve usted que se lo digo todo; temo menos confesar mi debilidad que sucumbir a ella; mas ese dominio que he perdido sobre mis sentimientos, lo conservaré sobre mis actos, sí, lo conservaré, estoy decidida resueltamente, aunque sea a costa de mi vida.

¡Ay! No está muy lejano el tiempo en que yo me creía bien segura de no tener que librar jamás estos combates. Me felicitaba y me vanagloriaba de ello tal vez demasiado. El cielo ha castigado, cruelmente castigado aquel orgullo; pero lleno de misericordia, hasta en el momento en que nos hiere, me advierte aún antes de la caída; y sería doblemente culpable, si persistiera en la falta de prudencia, ya prevenida de que me faltan las fuerzas.

Usted me ha dicho cien veces que no querría una felicidad pagada con mis lágrimas ¡Ah! No hablemos de felicidad; déjeme usted recobrar solamente algo de la tranquilidad que he perdido.

Accediendo a mi ruego, ¿qué nuevos derechos no adquirirá usted sobre mi corazón? Y éstos, fundados en la virtud, no tendré que vedármelos. ¡Cuánto me complaceré en mi reconocimiento! Le deberé la dulzura de saborear sin remordimiento alguno un sentimiento delicioso. Ahora, al contrario, asustada por mis sentimientos, por mis ideas, temo igualmente pensar en usted y en mí misma: hasta su recuerdo me espanta; cuando no puedo rehuirlo, lo combato; no lo alejo, pero lo rechazo.

¿No es mejor para ambos salir de este estado de turbación y de ansiedad? ¡Oh! ¡Usted, cuya alma siempre sensible, aun en medio de sus errores, sigue siendo amiga de la virtud, tendrá consideración, sin duda, a mi dolorosa situación, no desatenderá mi súplica! Un interés más dulce, pero no menos tierno, sucederá a estas violentas agitaciones; entonces, respirando por merced suya, adoraré mi existencia y

diré en el regocijo de mi corazón: Esta calma que experimento se la debo a mi amigo.

Sometiéndose a algunas ligeras privaciones, que yo no le impongo sino que le pido, ¿creerá usted comprar demasiado caro el fin de mis tormentos? ¡Ah! Si para hacerlo a usted dichoso no tuviera más que consentir en ser desdichada, puede usted creerme, no vacilaría un momento... ¡Pero hacerme culpable!... No, amigo mío, no, antes morir mil veces.

Invadida ya de vergüenza, en víspera de los remordimientos, temo a los demás y a mí misma; me sonrojo ante la gente y tiemblo en la soledad; no tengo más que una vida de dolores; no tendré tranquilidad sino por su consentimiento. Mis más laudables resoluciones no bastan para tranquilizarme; formé ésta ayer, y, sin embargo, he pasado llorando toda la noche.

Mire usted a su amiga, a la que ama, confusa y suplicante, pedirle el reposo y la inocencia. ¡Ah, Dios mío! Sin usted, ¿se hubiera visto jamás reducida a esta humillante petición? No le reprocho nada; siento demasiado por mi propia experiencia lo difícil que es resistirse a un sentimiento imperioso. Una queja no es una censura. Haga usted por generosidad lo que yo hago por deber y a todos los sentimientos que me ha inspirado uniré el de una eterna gratitud. Adiós, adiós, señor.

27 septiembre 17...

C A R T A X C I

El visconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

Consternado por su carta, ignoro aún, señora, cómo he de contestarla. Sin duda, si hay que elegir entre su desgracia y la mía, me toca a mí sacrificarme y no vacilo; pero intereses tan importantes merecen, a mi parecer, ser ante todo bien discutidos y aclarados. ¿Y cómo conseguirlo si no debemos vernos ni hablarnos más?

¡Cómo! Cuando nos unen los más dulces sentimientos, ¿bastará para separarnos por siempre un vano terror? La tierna amistad, el ardiente amor ¿reclamarán sus derechos en vano? ¿No serán oídas sus voces? ¿Por qué? ¿Qué peligro es ese tan agobiante que la amenaza a usted? ¡Ah!, créame, tales temores, tan ligeramente concebidos son ya, a mi parecer, motivos bastante poderosos de seguridad.

Permítame decirle que veo aquí la huella de las impresiones desfavorables que le dieron de mí. No se tiembla al lado del hombre a quien se estima; no se aleja, sobre todo, a quien se juzga digno de alguna amistad; es al hombre peligroso al que se teme y del que se huye.

Sin embargo, ¿quién más respetuoso y más sumiso que yo? Ya ve usted que pongo cuidado en mi lenguaje; no me permito ya emplear esos nombres tan dulces, tan caros a mi corazón, que éste no deja de darle en secreto. Ya no soy el amante fiel y desgraciado que recibía los consejos y los consuelos de una amiga tierna y sensible, sino el acusado ante su juez, el esclavo ante su dueño. Estos nuevos títulos imponen, sin duda, nuevos deberes; me comprometo a cumplirlos todos. Oigame usted y, si me condena, me someteré a su fallo y partiré. Prometo más; si prefiere usted ese despotismo que juzga sin oír, si se siente con el valor de ser injusta, ordene y obedeceré también.

Pero que yo oiga de su boca ese fallo o esa orden. ¿Por qué?, me dirá usted a su vez. ¡Ah! Si hace usted esa pregunta, conoce muy mal el amor de mi corazón. ¿No es nada verla todavía una vez? Cuando usted lleve la desesperación a mi alma, tal vez una mirada consoladora le impedirá sucumbir. En fin, si me es forzoso renunciar al amor, a la amistad, para los que sólo existo, al menos verá usted su obra y me quedará su compasión; este ligero favor, aun cuando yo no lo mereciera, me parece que me avengo a pagarlo demasiado caro para contar con obtenerlo.

¡Cómo! ¡Va usted a alejarme de su lado! ¿Consiente, pues, que lleguemos a ser extraños el uno al otro? ¿Qué digo? Lo desea usted; y en tanto que me asegura que la ausencia

no alterará sus sentimientos, no apresura usted mi partida más que para procurar anularlos más fácilmente.

Ya me habla usted de reemplazarlos por la gratitud. Así, pues, no me ofrece usted más que el sentimiento que otorgaría a un desconocido por el más ligero servicio y hasta a un enemigo que dejara de hacerle daño. ¿Y quiere usted que mi corazón se contente con eso? Interrogue al suyo; si su amante, si su amigo, fueran a hablarle un día de su gratitud, ¿no les diría usted con indignación: Retírense, son unos ingratos?

Me atengo a esto y reclamo su indulgencia. Perdóneme la expresión de un dolor que usted ha engendrado; no impedirá él mi completa sumisión. Pero la conjuro, a mi vez, en nombre de esos sentimientos tan dulces que usted misma invoca, a que no se niegue a oírme; y a que, al menos, por piedad de la tribulación en que usted me ha sumido, no me aleje por el momento. Adiós, señora.

27 septiembre 17...

C A R T A X C I I

El caballero Danceny al visconde de Valmont.

¡Oh, amigo mío! Su carta me ha helado de horror. Cecilia... ¡Dios mío! ¿Es posible? Cecilia no me ama ya. Sí, vislumbro esa horrible verdad a través del velo en que la amistad de usted la envuelve. Ha querido usted prepararme para un golpe mortal; le doy las gracias por su atención; pero, ¿es posible sobreponerse al amor? Corre hacia lo que le interesa; no percibe su suerte, la adivina. Yo no dudo del mío; hábleme usted sin rodeos, puede hacerlo y se lo suplico. Entéreme de todo; de sus sospechas; de lo que las ha confirmado. Los menores detalles son precisos. Procure, sobre todo, recordar sus palabras. Una palabra puede cambiar el sentido de toda una frase; éstas tienen a veces dos sentidos... Puede usted haberse engañado; ¡ay! soy yo quien quiero todavía hacerme ilusiones. ¿Qué le ha dicho a usted? ¿Me hace algún reproche?

¿No se disculpa por lo menos de sus faltas? Yo hubiera debido prever este cambio por las dificultades que ella encuentra desde hace algún tiempo para todo. El amor no conoce los obstáculos.

¿Qué partido debo tomar? ¿Qué me aconseja usted? ¡Si intentara verla...! ¿Esto es imposible? La ausencia es tan cruel, tan funesta... ¡y ella ha rehusado un medio de verme! No me dice usted cuál era éste; si era, en efecto, muy peligroso, ella sabe que yo no quiero que se arriesgue demasiado; pero conozco la prudencia de usted y, por desgracia, no puedo creer que fuera así.

¿Qué he de hacer ahora? ¿Cómo escribirle? Si le dejo ver mis sospechas, la apenarán sin duda; y, si son infundadas, ¿puedo perdonarme jamás haberla afligido? Ocultárselas es engañarla, y yo no sé disimular con ella. ¡Oh! Si ella supiera lo que sufro, mi pena la conmoviera. Sé que es sensible, tiene buen corazón y me ha dado mil pruebas de su amor. Demasiada timidez, algo de indecisión ¡es tan joven! ¡Y su madre la trata con tanta severidad! Voy a escribirle; me contendré; sólo le diré que se confíe a usted por completo. Aunque insista en negarse a ello, no podrá enojarse por mi petición; y acaso consienta.

A usted, amigo mío, le ofrezco mil excusas, por ella y por mí. Le aseguro que ella estima el valor de sus favores, que le está reconocida. No es desconfianza, es timidez. Tenga usted indulgencia; ésta es la más bella característica de la amistad. La suya es preciosa para mí; no sé cómo agradecer todo lo que hace por nosotros. Adiós, voy a escribirle en seguida.

Siento volver todos mis temores. ¿Quién me hubiera dicho que habría de costarme trabajo escribirle? ¡Ay! Todavía ayer, era mi placer más dulce.

Adiós, amigo mío; persista en su solicitud y compadézcame mucho.

París, 27 septiembre 17...

C A R T A X C I I I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

(Adjunta a la anterior.)

No puedo disimularle cuánto me ha afligido el saber por Valmont la poca confianza que sigue usted teniendo en él. No ignora usted que es mi amigo, que es la única persona que puede acercarnos el uno al otro; yo creía que esos títulos serían suficientes para usted; veo con pesar que me engañaba. ¿Puedo esperar que, al menos, me dé usted a conocer sus razones? ¿No tropezará también para ello con algunas dificultades que se lo impidan? No puedo, sin embargo, adivinar sin su concurso el misterio de esa conducta. No oso poner en duda su amor; usted tampoco osará, sin duda, traicionar el mío. ¡Ah, Cecilia...!

¿Es verdad que ha rehusado usted un medio de verme? ¡Un medio *sencillo, cómodo y seguro!* (1). ¿Es así como me ama usted? ¿Tan corta ausencia ha cambiado tanto sus sentimientos?

Pero, ¿por qué engañarme? ¿Por qué decirme que sigue amándome, que me ama más? ¿Su mamá, al destruir el amor de usted, ha destruido también su candor? Si al menos le ha dejado alguna piedad, no podrá usted conocer sin pena los horribles tormentos que me causa. ¡Oh!, sufriría menos al morir.

Dígame usted, pues, ¿su corazón se me ha cerrado irremisiblemente? ¿Me ha olvidado usted por completo? Merced a su negativa, no sé ni cuándo oirá usted mis quejas ni cuándo responderá a ellas. La amistad de Valmont había asegurado nuestra correspondencia; la encontraba usted molesta; prefiere que sea rara. ¡No, ya no puedo creer en el amor, en la buena fe! ¿En qué puedo creer, si Cecilia me ha engañado?

Respóndame, ¿es cierto que ya no ama? No, eso no es po-

(1) Danceny no sabe cuál es ese medio; no hace más que repetir los términos de Valmont.

sible; se hace usted la ilusión de ello; calumnia a su corazón. Un temor pasajero, un instante de desaliento, que el amor ha disipado muy pronto, ¿no es verdad, mi Cecilia? ¡Ah!, sin duda, yo he hecho mal en acusarla. ¡Qué feliz será en engañarme! ¡Cómo me complacería en brindarle tiernas excusas, en reparar este momento de injusticia por una eternidad de amor!

¡Cecilia, mi Cecilia, apiádese de mí! ¡Consienta en verme, adopte todos los medios! ¡Mire lo que produce la ausencia: temores, sospechas, acaso frialdad! Una sola mirada, una palabra sola, y seremos felices. Pero, ¿qué? ¿Puedo yo hablar todavía de felicidad? Acaso ésta se ha perdido por siempre. Atormentado por el temor, cruelmente oprimido entre las sospechas injustas y la verdad más injustamente cruel, no sé a qué atenerme; no conservo la vida más que para sufrir y para amarla. ¡Ah, Cecilia! Sólo usted puede hacérmela amable; y espero de la primera palabra que pronuncie el retorno de la felicidad o la certidumbre de una eterna desesperación.

París, 27 septiembre 17...

CARTA XCIV

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

No concibo nada de su carta más que la pena que me causa. ¿Qué le ha dicho, pues, el señor de Valmont? ¿Ha podido hacerle creer que ya no lo amo? Esto sería, sin duda, un gran bien para mí, puesto que no estaría tan atormentada; y es muy duro, amándolo como lo amo, ver que usted cree siempre que hago mal y que, en vez de consolarme, sea de usted de quien me vienen las penas que más me afligen. Cree usted que yo lo engaño y yo le digo que no es así; ¡tiene usted de mí una buena idea! Pero, ¿qué interés podría tener yo en ser embustera, como usted me reprocha? Seguramente, si ya no lo amara, no tendría más que decirlo y todo el mundo me ala-

baría; pero, por desgracia, mi amor es más fuerte que yo; ¡y he de sentirlo por quien no me lo estima en nada!

¿Qué es lo que yo he hecho para que se enoje usted tanto? No me he atrevido a coger una llave, porque mamá lo hubiera notado y eso habría dado lugar a más pesares para mí y para usted también por mi causa; y, además, porque creo que eso está mal. Pero cuando el señor de Valmont me lo propuso, yo no podía saber si usted lo deseaba o no, puesto que nada sabía por mi parte de ello. Ahora que sé ya que usted lo desea, ¿me niego acaso a coger esa llave? La cogeré mañana; y veremos lo que después tiene usted todavía que decir.

Por muy amigo de usted que sea el señor de Valmont, creo que yo lo amo tanto como puede amarlo él, por lo menos; y, sin embargo, es él siempre quien tiene razón y yo quien yerra. Le aseguro que estoy muy mortificada. Esto a usted le es igual, porque sabe que me aplaca en seguida; mas cuando tenga la llave lo veré cuando quiera, y le aseguro que no querré cuando proceda usted como ahora. Prefiero la pena que dimana de mí misma a la que me proviene de usted. Así, pues, usted verá lo que hace.

¡Si usted quisiera nos amaríamos tanto! ¡Al menos no tendríamos más pesares que los que nos causaran los demás! Le aseguro que, si yo fuese dueña de mis actos, no tendría usted jamás que quejarse de mí; pero, si usted no me cree, seremos siempre muy desgraciados. Espero que podremos vernos pronto y que entonces no tendremos ya motivos para apenarnos como ahora.

Si yo hubiera podido prever esto, habría cogido la llave desde luego; pero realmente, creía hacer bien no cogiéndola. No me guarde usted rencor, se lo suplico. No esté más triste y ámeme siempre tanto como yo lo amo; entonces estaré muy contenta. Adiós, mi querido amigo.

Quinta de..., 28 septiembre 17...

C A R T A X C V

Cecilia Volanges al vizconde de Valmont.

Le ruego, señor, que tenga la bondad de volver a darme la llave que me dió para ponerla en el sitio de la otra; puesto que todo el mundo lo quiere, me es forzoso consentir.

No sé por qué le ha escrito usted al señor Danceny que yo no lo amaba ya; no creo haberle dado motivo para pensarlo; y eso lo ha afligido mucho y a mí también; sé que es usted amigo suyo; pero eso no es razón para apenarlo, ni a mí tampoco. Me complacerá usted mucho diciéndole lo contrario la primera vez que le escriba y asegurándoselo; porque es usted en quien tiene más confianza, y yo, cuando digo una cosa y no se me cree, no sé qué hacer.

Por lo que atañe a la llave, puede usted estar tranquilo; recuerdo muy bien todo lo que me decía en su carta. Sin embargo, si conserva usted ésta y quiere dárme la de nuevo a la vez que la llave, le prometo volver a leerla con mucha atención. Si esto pudiera ser mañana, a la hora de la comida, yo le daría la otra llave pasado mañana, a la del desayuno, y usted devolvérmela luego del mismo modo que me dió la primera. Quisiera que no tardara en hacerlo para no dar tiempo a que mamá pueda notarlo.

Y luego, una vez que tenga usted la llave, tendrá la bondad de servirse también de ella para devolverme mis cartas; y así el señor Danceny recibirá noticias mías con más frecuencia. En verdad, eso será más fácil que ahora; pero es que al principio me dió mucho miedo; le ruego que me excuse y espero que seguirá usted siendo tan complaciente como hasta aquí. Yo le estaré siempre muy agradecida.

Tengo el honor de ser, señor, su muy humilde y obediente servidora.

28 septiembre 17...

C A R T A X V V I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuu.

Apuesto a que, tras su aventura, espera usted todos los días mis cumplimientos y elogios; hasta creo firmemente que estará usted un poco disgustada conmigo por mi largo silencio; pero, ¿qué quiere usted?; yo he pensado siempre que cuando no hay que dirigir a una mujer más que alabanzas, se puede contar con que ella las dará por recibidas y ocuparse de otra cosa. Sin embargo, le doy las gracias por mi cuenta y la felicito por la suya. Hasta quiero, para contentarla por completo, convenir en que, por esta vez, ha superado usted mis esperanzas. Después de esto, vamos a ver si yo, por mi parte, he respondido al menos parcialmente a las suyas.

No quiero hablarle de la señora de Tourvel, cuya lenta marcha le desplace; a usted no le agradan más que las cosas hechas. Las escenas prolongadas la aburren; y yo no había saboreado jamás el placer que ahora experimento con estas lentitudes.

Si, me agrada ver, contemplar a esta mujer prudente lanzada, sin haberse dado cuenta, por un sendero que no le permite retroceder y cuya pendiente rápida y peligrosa la arrastra a pesar suyo y la fuerza a seguirme. Ya, asustada por el peligro que corre, quisiera detenerse y no le es posible. Sus esfuerzos y su habilidad pueden acortar sus pasos; pero no impedirlos. A veces, no osando mirar el riesgo, cierra los ojos y se deja llevar, abandonándose a mi discreción; otras, las más, un nuevo temor reaviva su resistencia; en su mortal espanto, intenta volverse atrás; agota sus fuerzas en retroceder un corto trecho; y pronto un mágico poder vuelve a acercarla al peligro del que verdaderamente había querido huir. Entonces, no teniendo por guía y apoyo más que a mí, ni piensa en reprocharme ya una caída inevitable, me implora su retraso. Recibo de ella las fervorosas plegarias, las ardientes súplicas que los mortales, en su temor, ofrecen a la divinidad; y ¿quiere usted que, sordo a sus ruegos y destruyendo yo mis-

mo el culto que me rinde, emplee en precipitarla el poder que invoca para sostenerme? ¡Ah! Déjeme al menos el tiempo de observar esos conmovedores combates entre el amor y la virtud.

¿Qué? El mismo espectáculo que le hace acudir apresuradamente al teatro, que aplaude furiosamente en la ficción escénica, ¿le parece menos interesante en la realidad? Esos sentimientos de un alma pura y tierna, que teme la dicha que desea y no deja de defenderse aunque cesa de resistir, cuya representación teatral ve usted con entusiasmo, ¿pueden carecer de valor para quien los ha hecho nacer? He aquí los deliciosos goces que sin cesar me brinda esta celestial mujer; ¡y me reprocha usted el saborear su dulzura! ¡Ah! Demasiado pronto vendrá el día en que, degradada por su caída, no será ya para mí más que una mujer vulgar.

Pero, hablando de ella, olvido que no es de esto de lo que quería hablarle a usted. No sé qué poder me sujeta y me hace volver a ella incesantemente, hasta cuando la ofendo. Apartemos este peligroso tema y hablemos de otro más alegre. Se trata de su pupila, que ya lo es mía también, y creo que en esto ha de reconocermé usted.

Días atrás, mejor tratado por mi amable devota y, por consiguiente, menos preocupado de ella, advertí que la joven Volanges es realmente muy bonita y que, si sería una necedad enamorarse de ella como Danceny, no lo sería menos en mí el no buscar en ella una distracción que mi soledad me hace muy necesaria. Me pareció justo también cobrarme los servicios que le presto; recordé, por otra parte, que usted me lo ofreció antes de que Danceny tuviera nada que ver con ella, y me encontré autorizado a reclamar algunos derechos sobre un bien que él no poseía más que por mi esquivéz y mi abandono. La linda cara de la jovencita, su boca fresca, su aire infantil, hasta su *pavería*, apoyaban mis sabias reflexiones; decidí obrar en consecuencia y mi empresa ha sido coronada por el éxito.

Ya la veo a usted conjeturando por qué medio he conseguido suplantar al amante adorado. Exímase de ese trabajo: no he empleado ninguno. En tanto que ustedes, manejando

diestramente las armas de su sexo, triunfan por la astucia; yo, volviendo por los imprescriptibles fueros del hombre, me he impuesto por la autoridad. Seguro de atrapar mi presa, si lograba alcanzarla, sólo he necesitado para acercarme a ella emplear la maña, y ni aun siquiera merece este nombre la que he empleado.

Aproveché la primera cartá que recibí de Danceny para su bella y, después de haberla advertido por la seña convenida entre nosotros, en lugar de aplicar mi habilidad a dársela, la empleé en no hallar modo de hacerlo; fingí compartir la impaciencia así engendrada, y, después de haber causado el mal, indiqué el remedio.

La joven está alojada en un cuarto cuya puerta da al corredor; mas, como es natural, la madre se ha adueñado de la llave. No hacía falta más que apoderarse de ésta. Nada más fácil de ejecutar: sólo pedí disponer de dos horas y respondí de contar con otra semejante. Entonces, correspondencia, entrevistas, citas nocturnas, todo resultaría fácil y seguro. Sin embargo, ¿lo creerá usted? La niña tímida tuvo miedo y se negó. Otro se habría desolado; yo no vi en ello más que motivo para un placer más incitante. Le escribí a Danceny, quejándome de tal negativa y lo hice tan bien, que el muy cándido exigió a su temerosa amante y no paró hasta obtener de ella que accediera a lo que yo le había pedido y se entregara por completo a mi discreción.

A mí me satisfacía mucho, lo confieso, el cambiar así las tornas y que el joven enamorado hiciera por mí lo que contaba que yo hiciera por él. Tal idea doblaba a mis ojos el valor de la aventura; así, pues, en cuanto tuve la preciosa llave, me apresuré a hacer uso de ella: fué la noche última.

Después de haberme asegurado de que todo estaba tranquilo en la quinta, provisto de una linterna sorda y en el indumento que correspondía a la hora y exigían las circunstancias, hice la primera visita a la pupila de usted. Lo había hecho preparar todo (precisamente por ella misma) para poder entrar sin ruido. Ella estaba en su primer sueño y el propio de su edad, de modo que llegué hasta su lecho sin que se despertara. Al principio tuve la tentación de ir más adelante y de

intentar que para ella fuese aquéllo como si soñara; pero, temiendo el efecto de la sorpresa y del ruido consiguiente, preferí despertar con precaución a la bella dormida, y logré, en efecto, evitar el grito que temía.

Luego de haber calmado sus primeros temores, como no había ido allí para hablar, arriesgué algunas libertades. Sin duda, no le habían enseñado en el convento a qué serie de diversos peligros está expuesta la tímida inocencia y todo lo que ésta tiene que guardar para no ser sorprendida; porque, poniendo toda su atención, todas sus fuerzas en defenderse de un beso, que no era más que un falso ataque, dejó todo lo demás sin defensa. ¿Cómo no aprovecharse? Cambié, pues, de táctica e inmediatamente tomé posiciones. Aquí creíamos estar perdidos ambos; la jovencita, toda azorada quiso gritar de buena fe; afortunadamente, su voz se ahogó en lágrimas. Se abalanzó también al cordón de la campanilla, pero mi destreza detuvo a tiempo su brazo.

¿Qué quiere usted hacer?, le dije entonces. ¿Perderse para siempre? Si vienen, ¿qué me importa? ¿A quién persuadirá usted de que yo no estoy aquí con su consentimiento? ¿Quién, sino usted pudiera haberme proporcionado el medio de introducirme? ¿Y de esta llave que yo he recibido de usted, que no he podido recibir más que de usted, ¿se atreverá a indicar el uso? Esta corta arenga no calmó su dolor ni su cólera, pero determinó su sumisión. No sé si yo tenía el tono de la elocuencia; mas, es verdad, me faltaba, por lo menos, la actitud. Con una mano ocupada en la fuerza y la otra en el amor, ¿qué orador podría aspirar a tener gracia en tal situación? Si usted se la representa bien, convendrá al menos en que era favorable al ataque; pero yo no entiendo nada de nada y, como dice usted, la mujer más simple, una colegiala, me conduce como a un niño.

Esta, en medio de su desolación, comprendió que tenía que tomar un partido y entrar en negociaciones. Como yo era inexorable a las súplicas, tuvo que pasar a los procedimientos. ¿Cree usted que vendí muy caro un puesto tan importante? No, lo prometí todo por un beso. Verdad es que, obtenido éste, no mantuve mi promesa; pero tenía buenas razones

para ello. ¿Habíamos convenido que el beso fuera recibido o dado? A fuerza de regatear, llegamos al acuerdo de un segundo; y éste se estipuló que fuera recibido. Entonces, habiendo guiado sus brazos tímidos en torno a mi busto y estrechándola con uno de los míos más amorosamente, el dulce beso fué, en efecto, recibido, pero muy bien, perfectamente recibido, de tal modo, en fin, que el Amor mismo no lo hubiera podido hacer mejor.

Tanta buena fe merecía recompensa, y así, yo accedí a su petición. Se retiró mi mano; pero, no sé por qué azar, me encontré yo en su puesto. Me supone usted muy apresurado, muy activo, ¿no es verdad? Pues nada de eso. Le he tomado el gusto a la lentitud, como ya le he dicho. Una vez seguro, ¿a qué apresurar el viaje?

En serio, me complacía mucho en observar el poder de la ocasión; la tenía allí desprovista de todo extraño auxilio. Tenía, sin embargo, que combatir al amor, sostenido por el pudor o la vergüenza, y fortalecido, sobre todo, por el disgusto que yo le había dado y que había tomado muy a pecho. La ocasión era única; seguía ofreciéndose allí presente; pero el amor estaba ausente.

Para comprobar mis observaciones, tuve la malicia de no emplear más fuerza que la que podía ser combatida. Sólo, si mi encantadora enemiga, abusando de mi moderación, estaba a punto de escapárase, la contenía con un temor cuyo excelente efecto ya había experimentado. Sin más esfuerzo, la tierna enamorada cedió y acabó por consentir, no sin que, tras aquel primer momento, volvieran a la par los reproches y las lágrimas: ignoro si eran verdaderos o fingidos; pero, como ocurre siempre, cesaron en cuanto me dediqué a darles nuevamente motivos. En fin, de debilidad en reproche y de reproche en debilidad, no nos separamos sino ya satisfechos el uno del otro y de acuerdo en la cita para esta noche.

Me retiré a mi cuarto al amanecer y estoy rendido de cansancio y de sueño; sin embargo, sacrifiqué uno y otro al deseo de asistir esta mañana al desayuno: me gustan con pasión los semblantes del día siguiente. No puede usted tener idea del de ésta. Tenía una confusión en el porte, una difi-

cultad en la marcha, los ojos bajos, tan hinchados y con tales ojeras... Su cara, tan redonda, se había alargado. Y, por primera vez, su madre, alarmada por su notable cambio, le mostró un interés bastante tierno, así como la presidenta, que se le acercó solícitamente. ¡Oh, su solicitud no es más que prestada; ya llegará el día en que se la podrá devolver, y ese día no está lejos. Adiós, mi bella amiga.

Quinta de..., 1.º de octubre 17...

C A R T A X C V I I

Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.

¡Ay, Dios mío, señora, qué afligida estoy! ¡Qué desgraciada soy! ¿Quién me consolará en mis pesares? ¿Quién me aconsejará en el apuro en que me encuentro? Ese señor de Valmont... y ¡Danceny! No, la idea de Danceny me colma de desesperación... ¿Cómo contarle? ¿Cómo decirle?... No sé cómo hacerlo. Sin embargo, mi corazón rebosa. Tengo que hablarle a alguien, y usted es la única persona a quien puedo, a quien oso confiarme. ¡Es usted tan buena para mí! Pero no lo sea ahora; ya no soy digna de su bondad, ¿qué he de decirle?, no la deseo. Aquí todo el mundo me ha mostrado hoy interés... y todos han aumentado mi pena. ¡Sentía tanto no merecerlo! Regáñeme usted, por el contrario, regáñeme mucho, porque soy muy culpable; pero, después, sálveme; si usted no tiene la bondad de aconsejarme, me moriré de pena.

Sepa usted..., me tiembla la mano, como puede usted ver, casi no puedo escribir, la cara me echa fuego... ¡Ay, es el enrojecimiento de la vergüenza! Pues bien: la soportaré; ese será el primer castigo de mi culpa. Sí, se lo diré todo.

Sabrás usted, pues, que el señor de Valmont, que me entregó hasta aquí las cartas del señor Danceny, encontró de pronto que era muy difícil y quiso tener una llave de mi cuarto. Yo le puedo asegurar que no quería; pero él le escribió a Danceny y Danceny lo quiso también; y a mí me da tanta pena

negarle algo, sobre todo desde que es tan desgraciado por mi ausencia, que acabé por consentir. No preveía la desgracia que había de ocurrirme.

Anoche, el señor de Valmont, se sirvió de esa llave para entrar en mi alcoba cuando yo estaba dormida; tan lejos estaba de esperarlo que me dió un gran susto al despertarme; pero, como me habló en seguida, lo reconocí y no grité; además, se me ocurrió al pronto la idea de que iba a llevarme una carta de Danceny. Muy lejos de eso. Un instante después quiso besarme; y mientras yo me defendía, se situó como yo no hubiera querido por nada del mundo. Tuve que consentir, porque, ¿qué hacer? Había intentado llamar; pero, aparte que no pude, él me dijo que si llegaba alguien, echaría toda la culpa sobre mí; lo que, en efecto, era muy fácil a causa de la llave. Luego no se retiró tampoco. Quiso un segundo beso; y éste no sé cómo fué, pero me turbó por completo. ¡Oh, eso estuvo muy mal! En fin, después... relévenme usted de decirle lo demás; pero soy la más desgraciada que se puede ser.

Lo que más reproché, y es fuerza, sin embargo, que se lo diga, es que temo no haberme defendido todo lo que podía. No sé cómo fué; seguramente, yo no amo al señor de Valmont, muy al contrario, y hubo momentos en que fué para mí como si lo amara. Ya supondrá usted que esto no me impidió decirle que no; pero me daba cuenta de que no procedía como hablaba; y eso era como a pesar mío; y, además, estaba también muy turbada. Si es siempre tan difícil defenderse, hace falta mucha costumbre. Verdad es que el señor de Valmont tiene un modo de decir las cosas, que no se sabe cómo responderle; en fin, ¿creerá usted que cuando se retiró, yo estaba como disgustada y tuve la debilidad de consentir que volviera esta noche? Esto me causa más desolación que todo lo demás.

¡Oh! A pesar de eso, yo le aseguro a usted que le impediré que vuelva. No había acabado de salir cuando comprendí que había hecho muy mal en prometérselo. Así, pasé llorando todo el resto de la noche. Era, sobre todo, por Danceny por quien más me apenaba; al pensar en él redoblaba mi llanto hasta ahogarme, y pensaba sin cesar... Y ahora todavía, usted

verá la prueba, he empapado todo el papel. No, no me consolaré nunca, aunque no fuera más que por él... En fin, lloré hasta no poder más y no pude dormir un minuto siquiera. Y esta mañana, al mirarme al espejo, me di miedo; tan cambiada estaba.

Mamá lo notó en cuanto me vió y me preguntó qué tenía. Yo me eché a llorar al punto. Creí que iba a reprenderme y acaso eso me habría apenado menos; pero al contrario. Me dijo que no me afligiera así; ¡no sabía el motivo de mi aflicción!; que caería enferma. Hay momentos en que quisiera estar muerta. No pude contenerme. Me eché en sus brazos sollozando y diciéndole: “¡Ay, mamá, tu hija es muy desgraciada!” Mamá no pudo menos de llorar un poco; y todo esto hacía crecer mi pena; afortunadamente, no me preguntó por qué era tan desgraciada; porque no habría sabido qué decirle.

Le suplico, señora, que me escriba lo antes posible y me diga lo que debo hacer; porque yo no tengo valor para pensar en nada y no hago más que afligirme. Me dirigirá usted su carta por conducto del señor de Valmont; pero, se lo ruego, si le escribe usted a la vez, no le deje ver que yo le he dicho nada.

Tengo el honor de ser, señora, siempre con mucha amistad, su muy humilde y muy obediente servidora.

No oso firmar esta carta.

Quinta de..., 1.º octubre 17...

C A R T A X C V I I I

La señora de Volanges a la marquesa de Merteuil.

Hace muy pocos días, mi encantadora amiga, que era usted quien me pedía consuelos y consejos; hoy, soy yo a mi vez quien se los pido; y le hago la misma petición en favor mío que usted me hacía en el suyo. Estoy realmente afligida y temo no haber tomado las mejores medidas para evitar los pesares que sufro.

Es mi hija la causa de mi inquietud. Desde que estamos aquí la había visto siempre triste y apenada; pero contaba de antemano con ello y había armado mi corazón de la severidad que creía necesaria. Esperaba que la ausencia y las distracciones disiparían pronto un amor que yo consideraba más como un yerro de la infancia que como una verdadera pasión. Sin embargo, lejos de haber ganado nada con nuestra estancia aquí, advierto que mi hija se entrega cada vez más a una melancolía peligrosa; y temo seriamente que se resienta su salud. Especialmente desde hace algunos días cambia a ojos vistas. Ayer, sobre todo, me impresionó mucho y alarmó a todos aquí.

Lo que además me prueba lo vivamente afectada que está, es que la veo dispuesta a sobreponerse a la timidez que tuvo siempre para conmigo. Ayer mañana, al preguntarle sencillamente si estaba enferma, se echó en mis brazos diciéndome que era muy desgraciada; y lloró con grandes sollozos. No puedo decirle a usted la pena que me dió; en seguida se me llenaron los ojos de lágrimas; y apenas tuve tiempo de volverme para que no me viera llorar. Afortunadamente tuve la discreción de no hacerle pregunta alguna y ella no osó decirme más; pero no deja de estar claro que es esa desdichada pasión lo que la atormenta.

¿Qué partido tomar si esto dura? ¿Haré la desgracia de mi hija? ¿Volveré contra ella las cualidades más preciosas del alma, la sensibilidad y la constancia? ¿Soy su madre para esto? Y, aun cuando ahogara en mí ese sentimiento tan natural que nos hace desear la felicidad de nuestros hijos; aunque mirara como una flaqueza lo que, al contrario, creo el primero, el más sagrado deber maternal, si violento su elección, ¿no seré responsable de las funestas consecuencias que ello puede tener? ¿Qué uso de la autoridad de madre el de poner a su hija entre la culpa y la desgracia!

Amiga mía, no incurriré en lo que he censurado tantas veces. He podido, sin duda, intentar hacer una buena elección para mi hija; en esto no hacía más que ayudarle con mi experiencia; no ejercía un derecho, cumplía un deber. Faltaría a éste, por el contrario, disponiendo de ella con desvío de una

inclinación cuyo nacimiento no supe impedir y de la que ni ella ni yo podemos conocer el alcance y la duración. No, yo no haré que se case con uno amando a otro, y prefiero comprometer mi autoridad a poner en riesgo su virtud.

Creo, pues, que voy a tomar el partido más prudente: retirar la palabra dada al señor de Gercourt. Le acabo de exponer las razones; éstas me parece que deben sobreponerse a mis promesas. Digo más, en el estado en que están las cosas, cumplir mi compromiso sería realmente violarlo. Porque, en fin de cuentas, si debo a mi hija el no entregar su secreto al señor de Gercourt, por lo menos le debo a éste el no abusar de su confianza, dejándole ignorar esto y el hacer por él todo lo que creo que él haría si lo supiera. ¿He de traicionarlo por el contrario, cuando se confía a mi buena fe y me honra eligiéndome como segunda madre, engañándolo indignamente en la elección que quiere hacer de madre de sus hijos? Estas reflexiones tan verdaderas, de las cuales no puedo eximirme, me alarman más de cuanto le pudiera decir a usted.

A las desgracias que me hacen temer comparo la felicidad de mi hija con el esposo elegido por su corazón, no conociendo sus deberes más que por la dulzura de cumplirlos; la de mi yerno, igualmente satisfecho y felicitándose más cada día de su elección; sin encontrar cada uno de ellos dicha más que en la del otro y sumándose la de los dos para aumentar la mía. ¿Debe ser sacrificada la perspectiva de un porvenir tan grato a vanas consideraciones? ¿Cuáles son las que me retienen? Únicamente miras interesadas. ¿Qué ventaja sería, pues, para mi hija el haber nacido rica, si no hubiera de dejar por ello de ser esclava de la fortuna?

Convengo en que el señor de Gercourt es un partido mejor, sin duda, que el que yo podía esperar para mi hija, hasta confieso que me halagó extremadamente la elección que hizo de ella. Pero, en fin, Danceney es de tan buena casa como él; no le cede en nada cuanto las cualidades personales y tiene sobre el señor de Gercourt la ventaja de amar y ser amado; no es rico, en verdad; pero, ¿no lo es mi hija para los dos? ¡Ah! ¿Por qué negarle la dulce satisfacción de enriquecer a quien ama?

Esos matrimonios por cálculo más que por amor, llamados de conveniencia, en los que todo se conviene, en efecto, fuera de los gustos y los caracteres, ¿no son el más caudaloso manantial de los escándalos cada día más frecuentes? Prefiero demorarlo todo; al menos tendré tiempo para estudiar a mi hija, a la que apenas conozco. Me siento con valor para causarle un pesar pasajero, si ha de valerle una dicha más sólida; pero arriesgarme a entregarla a una desesperación eterna, eso no cabe en mi corazón.

He aquí, mi querida amiga, las ideas que me atormentan y sobre las cuales pido sus consejos. Estos asuntos serios contrastan con su amable jovialidad y no parecen propios de su edad juvenil; pero ¡su razón se ha adelantado tanto a ésta! Su amistad ayudará, por otra parte, a su prudencia; y no temo que una y otra se nieguen a la solicitud maternal que las implora.

Adiós, mi encantadora amiga; no dude jamás de la sinceridad de mis sentimientos.

Quinta de... 2 octubre 17...

C A R T A X C I X

El vizconde de Valmont a la marquesa de Mertewil.

Todavía nada más, mi bella amiga, que pequeños acontecimientos; solamente escenas, no acciones. Así, pues, ármese usted de paciencia y provéase bien; porque en tanto que mi presidenta marcha a pasitos cortos, su pupila retrocede, lo que es peor aún. Pero yo tengo el buen humor de divertirme con estas pequeñeces. Verdaderamente me habitúo muy bien a mi estancia aquí: puedo decir que en la triste quinta de mi anciana tía no he tenido un instante de aburrimiento. En realidad, ¿no tengo goces, privaciones, esperanzas, incertidumbre? ¿Qué más hay en un gran teatro? ¿Espectadores? ¡Bah! Deje usted rodar la bola; no faltarán. Si no me ven

trabajar, les mostraré mi obra hecha y no tendrán más que admirarla y aplaudirla. Sí, aplaudirán; porque, al fin, puedo predecir con certeza el momento de la caída de mi austera devota. He asistido esta tarde a la agonía de su virtud. La dulce debilidad va a reinar en su puesto. No le doy más plazo que hasta nuestra primera entrevista. Ya la oigo a usted llamarme orgulloso. ¡Anunciar su victoria, jactarse por adelantado! ¡Ah, cálmese usted! Para probarle mi modestia, voy a empezar por la historia de mi derrota.

¡En verdad, su pupila es una personita bien ridícula! Es una chiquilla a la que habría que tratar como tal y con la que se tendría indulgencia no imponiéndole más castigo que poniéndola de rodillas. ¿Creerá usted que, después de lo que pasó anteanoche entre ella y yo, después de nuestra amistosa despedida de ayer mañana, cuando volví por la noche, como habíamos convenido, encontré su puerta cerrada por dentro? ¿Qué le parece a usted? Se tropieza alguna vez con una de estas chiquilladas la víspera; pero, ¡al día siguiente! ¿No es esto divertido?

No me reí, sin embargo, en el primer momento; jamás había experimentado tanto mi fuerza de voluntad. Ciertamente, yo iba a aquella cita sin gusto, únicamente por guardar las formas. Mi cama, de la que tenía gran necesidad, me parecía por el instante preferible a cualquier otra y no me había alejado de ella sino a pesar mío. Sin embargo, apenas encuentro un obstáculo, rabio por vencerlo y me sentía humillado, sobre todo por haberse burlado de mí una chiquilla. Me retiré, pues, muy malhumorado; y en mi propósito de no ocuparme más de la estúpida muchacha ni de sus asuntos, le escribí en el acto una esquela, que pensaba darle hoy, en la que la evaluaba en su justo valor. Pero, como suele decirse, la almohada es buena consejera y he recapacitado esta mañana que, no contando aquí con varias distracciones entre las que escoger, debía guardar ésa; así, pues, suprimí la severa misiva. Después de haber reflexionado, no me explico cómo pudo ocurrírseme la idea de terminar esta aventura antes de tener en la mano los elementos precisos para perder a la protagonista. ¡Adónde nos lleva, sin embargo, un primer impulso! ¡Feliz, mi bella ami-

ga, quien supo, como usted, acostumbrarse a no ceder nunca a ellos! En fin, he aplazado mi venganza: he hecho ese sacrificio a las miras de usted sobre Gercourt.

Ahora, que no estoy ya irritado, no veo más que lo que hay de ridículo en la conducta de su pupila. En efecto, yo quisiera saber lo que espera ganar con ella; para mí es inconcebible; si no se ha propuesto más que defenderse, hay que convenir en que ha acudido un poco tarde. Algún día habrá de darme la clave del enigma; tengo un vivo deseo de saberla. Tal vez fuera solamente que estaba fatigada; en realidad, pudiera ser, porque, sin duda, ignora todavía que las flechas del amor, como la lanza de Aquiles, llevan en sí el remedio de las heridas que causan. Pero no, por su ceño durante todo el día, me atrevería a apostar a que interviene en ello el arrepentimiento..., algo como... la virtud. ¡La virtud! ¡A ella le corresponde ya tenerla! ¡Ah, que se la deje a la mujer verdaderamente nacida para ella, la única que sabe embellecerla, que haría amarla! Perdón, mi bella amiga; pero ha sido esta misma tarde cuando ha tenido lugar entre la señora de Tourvel y yo la escena de que he de darle cuenta y de la que aún me queda alguna emoción. Tengo necesidad de violentarme para distraerme de la impresión que me ha hecho; precisamente para lograrlo, me he puesto a escribirle a usted. Hay que perdonarle algo a este primer momento.

Hace ya algunos días que la señora de Tourvel y yo estamos de acuerdo acerca de nuestros sentimientos; no discutimos ya más que las palabras. Así fué, en verdad, siempre en la correspondencia de *su amistad a mi amor*; porque ese lenguaje convencional no cambiaba el fondo de las cosas; y aunque hubiéramos seguido así, yo habría ido acaso menos de prisa, pero no menos seguramente. Ya no se trataba de alejarme, como quería al principio; y para las entrevistas que tenemos diariamente, si yo pongo solicitud en ofrecer la ocasión, ella la pone en aprovecharla.

Como es generalmente en el paseo donde tienen lugar nuestras breves citas, el tiempo horrible que ha hecho hoy me quitaba toda esperanza; estaba verdaderamente contrariado; no preveía cuando había de ganar con tal contratiempo.

Por no poder salir de paseo, nos pusimos a jugar al levantarnos de la mesa; pero, como yo juego poco y no era indispensable en la partida, tuve ocasión de dejarla y subir a mi cuarto, sin otro propósito, sobre poco más o menos, que el de esperar que aquélla terminara.

Volvía hacia el salón cuando encontré a la encantadora mujer que entraba en sus habitaciones y que, fuese por imprudencia o por debilidad, me dijo, con su dulce voz: “¿Adónde va usted? En el salón no queda nadie.” No necesité más, como puede usted suponer, para intentar introducirme en su departamento; encontré menos resistencia de la que esperaba. Verdad es que había tenido la precaución de empezar la conversación en la puerta y de darle un cariz indiferente; pero, apenas hubimos entrado, la llevé a su verdadero terreno y le hablé de *mi amor a mi amiga*. Su primera respuesta, aunque sencilla, me pareció bastante expresiva: “¡Oh—me dijo—, détegnase usted; no hablemos de eso aquí!”, y temblaba al decirlo. ¡Pobre mujer! Se veía sucumbir.

Sin embargo, no tenía por qué temer. Desde hacía algún tiempo, seguro de triunfar un día u otro, y viéndola gastar tanta fuerza en combates inútiles, había resuelto moderar los míos y esperar sin esfuerzos a que se rindiera por cansancio. Comprenderá usted que aquí me hace falta un triunfo completo y no quiero deber nada a la ocasión. Precisamente por seguir este plan preconcebido y poder ser apremiante sin comprometerme, había vuelto a emplear la palabra amor, tan obstinadamente rechazada; seguro de que se me creía bastante ardoroso, ensayé un tono más tierno. Su resistencia ya no me irritaba, me afligía; ¿no me debía mi sensible amiga algunos consuelos?

Al consolarme, una de sus manos quedó en la mía; el lindo cuerpo se apoyó en mi brazo y nos encontramos extremadamente juntos. Usted habrá observado seguramente cómo en tal ocasión, a medida que la defensa se va haciendo más floja, las peticiones y las negativas son más rápidas; cómo se vuelve la cabeza y se bajan los ojos, en tanto que las frases, siempre pronunciadas con voz débil, se van haciendo raras y entrecortadas. Estos preciosos síntomas denuncian, de un modo in-

equivoco, el consentimiento del alma; pero éste rara vez ha pasado todavía a los sentidos; hasta creo que es siempre peligroso intentar entonces alguna empresa un poco acentuada; porque, como ese estado de abandono no deja jamás de llevar anejo un placer muy dulce, no se puede forzar a salir de él sin causar un disgusto que redunde indefectiblemente en apoyo de la defensa.

Pero en este caso la prudencia me era aún más necesaria porque tenía que tener sobre todo el sobresalto que no podía dejar de causarle a mi bella soñadora aquel olvido de sí misma. Así, pues, ni siquiera exigí que fuera pronunciado el sí que pedía; una mirada podía bastar: una sola mirada me haría feliz.

Mi bella amiga, los hermosos ojos se alzaron, en efecto, para mirarme; la celestial boca llegó a pronunciar: “¡Pues bien, sí, yo...” Pero de pronto se extinguió su mirada, le faltó la voz y la adorable mujer cayó en mis brazos. Apenas había tenido yo tiempo para recibirla, cuando desprendiéndose con una fuerza convulsiva, con la vista extraviada, y las manos altas en gesto implorante: “¡Dios mío, Dios mío, salvadme!” gritó, y rápida como un relámpago, cayó de rodillas a diez pasos de mí. La ví pronta a caer sofocada, corrí a socorrerla; pero ella, cogiendo mis manos que bañó en lágrimas y hasta abrazando mis rodillas: “¡Sí, será usted, me dijo, será usted quien me salve! Usted no quiere mi muerte; déjeme, sálveme; déjeme, por Dios, déjeme!” Y estas frases entrecortadas se escapaban apenas a través de sus sollozos redoblados. Sin embargo, me retenía con una fuerza que no me hubiera permitido alejarme; entonces, reuniendo las mías, la alcé en mis brazos. En el mismo instante cesaron sus lágrimas; dejó de hablar; se pusieron rígidos todos sus miembros y violentas convulsiones sucedieron a aquella borrasca.

Yo estaba vivamente emocionado, lo confieso, y creo que habría accedido a su petición aunque las circunstancias no me hubieran forzado. Lo cierto es que, después de haberle prestado algunos socorros, la dejé como me pedía, de lo que me congratulo.

Esperaba que, como el día de mi primera declaración, no

Se presentaría por la noche. Pero hacia las ocho bajó al salón y sólo manifestó que había estado muy indispuesta. Tenía un poco desencajado el rostro, débil la voz y grave el porte; pero sus miradas eran dulces y se fijaron con frecuencia en mí. Como su negativa a jugar me obligara a ocupar su puesto, se sentó a mi lado. Durante la comida se quedó sola en el salón. Cuando volvimos creí advertir que había llorado; para saber a qué atenerme con certeza, le dije que parecía no repuesta aún de su indisposición, a lo que me respondió amablemente: "Este mal no se va tan aprisa como viene." En fin, al retirarse le dí la mano, que estrechó con fuerza a la puerta de sus habitaciones. Verdad es que aquel movimiento tuvo, a mi parecer, algo de involuntario; pero mejor; fué una prueba más de mi imperio.

Apostaría a que ahora está encantada de su situación; ya están hechos todos los gastos de ella; no queda más que gozarla. Acaso, mientras yo le escribo a usted, está acariciando ya tan dulce idea. Y, aun cuando estuviera meditando un nuevo plan de defensa, ¿no sabemos perfectamente cómo terminan todos esos planes? Dígame usted, ¿puede esto diferirse más allá de nuestra próxima entrevista? Espero, desde luego, que pondrá algunos remilgos en concederla; pero bien va; el primer paso está ya dado, y después de él ¿saben detenerse estas austeras gazmoñas? Su amor es una verdadera explosión; la resistencia le da más fuerza. Mi huraña devota correría detrás de mí, si yo no corriera detrás de ella.

En fin, mi bella amiga, no tardaré en presentarme en su casa para reclamarle a usted el cumplimiento de su promesa. No habrá usted olvidado sin duda que me prometió para después del éxito una infidelidad a su caballero. ¿Está usted dispuesta? Yo, por mi parte, la deseo como si jamás hubiera habido nada entre nosotros. Por lo demás, el haberlo habido es, sin duda, una razón para desearla más:

Soy justo, no soy galante (1).

(1) Voltaire. "Comedia de Nanina."

Eso será también la primera infidelidad que yo haga a mi sería conquista; le prometo a usted aprovechar el primer pretexto para ausentarme por veinticuatro horas de su lado. Será su castigo por haberme retenido tanto tiempo lejos de usted. ¿Sabe que hace más de dos meses que me tiene embargado esta aventura? Sí, dos meses y tres días: verdad es que cuento el de mañana, porque no será consumada hasta entonces. Esto me recuerda que la señorita de B... resistió los tres meses cabales. Me complace observar que la franca coquetería tiene más defensa que la austera virtud.

Adiós, mi bella amiga; tengo que dejarla; es muy tarde. Esta carta se ha alargado más de lo que yo contaba; pero, como envío mañana mi criado a París, he querido aprovechar la ocasión para hacerle compartir un día antes la alegría de su amigo.

Quinta de..., 2 octubre 17...

C A R T A C

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Amiga mía, he sido burlado, traicionado, lo he perdido todo: la señora de Tourvel ha partido. ¡Partió y yo no lo supe, no pude acudir a oponerme a su partida, a reprocharle su indigna traición! ¡Ah!, no crea usted que yo le hubiera dejado partir; se habría quedado; sí, se habría quedado aunque yo hubiese tenido que emplear la violencia. Pero, ¡ay!, en mi crédula seguridad yo dormía tranquilamente, dormía y cayó el rayo sobre mí. No, no concibo esa partida; hay que renunciar a conocer a las mujeres.

¡Cuando recuerdo el día de ayer...! ¡Qué digo el día! ¡Hasta la noche! ¡Aquéllas dulces miradas, aquélla voz tierna, aquél apretón de manos! ¡Y mientras proyectaba su huida de mí! ¡Oh, mujeres, mujeres! ¡Quejáos, pues, si se os engaña! Pero, si toda perfidia empleada con vosotras es un robo que se os hace,

¡Qué placer tendré en vengarme! Yo volveré a encontrar a esa pérfida mujer; recobraré mi imperio sobre ella. Si el amor me ha bastado para hallar los medios, ¿qué no podrá hacer ayudado por la venganza? La volveré a ver de rodillas, temblando y bañada en lágrimas, pidiéndome merced con su voz engañosa; y yo seré inexorable.

¿Qué hace ahora? ¿Qué piensa? Acaso se vanagloria por haberme engañado y, fiel a los gustos de su sexo, ese placer le parece el más dulce. Lo que no ha podido lograr la virtud, tan cacareada, lo ha logrado la astucia sin esfuerzo alguno. ¡Insensato! Yo temía a su honestidad; era a su mala fe a la que debí temer.

¡Y verme forzado a devorar mi resentimiento! ¡No atreverme a mostrar más que un tierno dolor cuando tengo el corazón henchido de rabia! ¡Verme reducido a seguir suplicando a una mujer rebelde que se ha evadido de mi imperio! ¿Debía ser humillado hasta tal punto? ¿Y por quién? ¡Por una mujer tímida y que jamás se ejerció en estos combates! ¿De qué me sirve el haberme metido en su corazón, haberlo abrasado con todo el fuego del amor, haber hecho llegar hasta el delirio la turbación de sus sentidos, si, tranquila en su retiro, puede enorgullecerse de su huída más que yo de mis victorias? ¿Puedo tolerarlo? ¡Seguramente, no lo cree usted, amiga mía; no tiene tan humillante idea de mí!

Pero, ¿qué fatalidad me liga a esa mujer? ¿No desean cien otras mis atenciones? ¿No se apresurarán a corresponder a ellas? Aunque ninguna valiera lo que ésta, los alicientes de la variedad, el encanto de las nuevas conquistas, el prestigio de su número, ¿no ofrecen placeres bastante seductores? ¿Por qué correr detrás de quien nos huye y desdeñar a quien se nos ofrece? ¡Ah! ¿Por qué? Lo ignoro, pero lo experimento intensamente.

Ya no hay para mí felicidad, reposo, sino en la posesión de esa mujer, a la que odio y amo con igual furia. No me conformaré con mi suerte hasta el momento en que pueda disponer de la suya. Entonces, tranquilo y satisfecho, la veré, a su vez, entregada a las tormentas, en las que ahora yo zozobro; suscitaré mil otras, además. La esperanza y el temor,

la desconfianza y la seguridad, todos los males inventados por el odio, todos los bienes otorgados por el amor quiero que llenen su corazón, que se sucedan en él, a mi voluntad. Llegará ese tiempo... Pero, ¡qué de trabajos todavía! ¡Qué cerca estaba ayer y qué lejano hoy! ¡Cómo acercarme a él? No me atrevo a tomar partido alguno; comprendo que para ello hay que estar más tranquilo y la sangre hierve en mis venas.

Lo que redobla mi tortura es la sangre fría con que todos responden aquí a mis preguntas sobre ese acontecimiento, sobre su causa, sobre todo lo que hay en él de extraordinario... Nadie sabe nada; nadie quiere saber nada; apenas se habría hablado de ello, si yo hubiera consentido que se hablara de otra cosa. La señora de Rosemonde, a cuyo cuarto corrí esta mañana al saber la noticia, me respondió con la frialdad propia de sus años, que era la consecuencia natural de la indisposición que la señora de Tourvel sufrió ayer; que había preferido encontrarse en su casa, y que ello la parecía tan lógico que en su caso habría hecho lo mismo; ¡cómo si pudiera haber algo de común entre los dos; ella, a quien no le queda más que morir, y la otra que es mi encanto y mi tormento!

La señora de Volanges, cuya complicidad sospeché al principio, me ha parecido afectada únicamente por no haberle sido consultada tal determinación. Me complace, lo confieso, que no haya tenido el placer de contrariarme. Esto me prueba que no posee tanto como yo temía la confianza de esa mujer; siempre es un enemigo menos. ¡Cómo se regodearía, si supiera que es de mí de quien ha huído! ¡Cómo se hinchiría de orgullo, si hubiera sido por sus consejos! ¡Cuánta importancia se daría! ¡Dios mío, cuánto la odio! ¡Oh!, reanudaré mi trato con su hija; quiero manejarla a mi antojo; así, pues, creo que seguiré aquí algún tiempo; al menos, lo poco que he podido reflexionar me induce a este partido.

¡No cree usted, en efecto, que después de un acto tan marcado, mi ingrata debe de temer mi presencia? Si se le ha ocurrido, pues, la idea de que yo pudiera seguirla, no habrá dejado de cerrar su puerta; y yo no quiero acostumbrarla a ese procedimiento ni sufrir su humillación. Prefiero anunciarle, por el contrario, que permanezco aquí; hasta le dirigiré ins-

tancias para que vuelva; y, cuando esté bien persuadida de mi ausencia, me presentaré en su casa; veremos cómo soporta esa entrevista. Pero hay que retardarla para aumentar su efecto y no sé todavía si tendré paciencia; he tenido hoy veinte veces la boca abierta para pedir mis caballos. Sin embargo, me dominaré; me comprometo a recibir aquí la respuesta de usted; sólo le pido, mi bella amiga, que no me haga esperarla mucho.

Lo que me contrariaría más sería no saber lo que pasa; pero mi lacayo, que está en París, tiene algunos derechos sobre su doncella, y podrá servirme. Le envío instrucciones y dinero. Permítame, bella amiga, adjuntar ambas cosas a esta carta para que usted me haga el favor de remitírselas por uno de sus criados, con la orden de entregárselas en propia mano. Tomo esta precaución, porque el badulaque tiene la costumbre de no dar por recibidas las cartas que le escribo cuando éstas le prescriben algo que le molesta: y por el momento, no me parece tan prendado de su conquista como yo quisiera.

Adiós, mi bella amiga; si se le ocurre alguna idea feliz, algún medio de acelerar mi marcha, participémelo. He experimentado más de una vez lo útil que puede ser su amistad; lo experimento ahora mismo, porque, escribiéndole, me he tranquilizado; al menos le hablo a alguien que me entiende y no a los autómatas, a cuyo lado vegeto desde esta mañana. En verdad, cuanto más voy conociendo a la gente, más tentado estoy a creer que no hay en el mundo más que dos personas, usted y yo, que valgamos algo.

Quinta de..., 3 octubre 17...

C A R T A C I

El visconde de Valmont a Azolan, su ayuda de cámara.

(Adjunta a la anterior)

Es preciso que seas muy imbécil para no haberte enterado, habiendo partido esta mañana, de que la señora de Tourvel también partía, o para no venir a advertírmelo, si te en-

teraste. ¿De qué sirve, pues, que gastes mi dinero en emborracharte con los criados y que el tiempo que debías emplear en servirme lo emplees en conquistar a las criadas, si no resultado por ello mejor informado de lo que pasa? Así ocurre, sin embargo, por tus negligencias. Pero te prevengo que, si incurres en una sola en este asunto, será la última que tengas a mi servicio.

Es necesario que te enteres de todo lo que pasa en casa de la señora de Tourvel; de su salud; de si duerme o no; de si está alegre o triste; de si sale con frecuencia y adónde va; de si recibe visitas y cuáles son éstas; que averigües también en qué pasa el tiempo, si tiene mal genio con las criadas, especialmente con la que trajo aquí; lo que hace cuando está sola; si en sus lecturas lee sin interrupción o se interrumpe para soñar, y lo mismo cuándo escribe. Procura también hacerte amigo del criado que lleva sus cartas al correo. Ofrecete frecuentemente a él para desempeñar esa comisión en su lugar; y, si acepta, no des curso más que a las que te parezcan indiferentes y envíame las otras, sobre todo las dirigidas a la señora de Volanges, si las encuentras.

Arréglate para seguir siendo por algún tiempo el feliz amante de tu Julia. Si tiene otro, como creíste, hazla consentir en el reparto de sus favores entre los dos; no vayas a picarte por una delicadeza ridícula; estarás en el caso de tantos otros que valen más que tú. Sin embargo, si tu rival se hace importuno, si ves, por ejemplo, que ocupa demasiado a Julia durante la jornada, haciendo que esté menos tiempo al lado de su señora, apártalo por cualquier medio; o suscítale una pendencia; y no temas las consecuencias, yo te sostendré. Sobre todo, no te apartes de esa casa. Por la asiduidad se ve todo y se ve bien. Y aun, si hiciera la casualidad que fuese despedido uno de los criados, ofrécete para reemplazarlo, como si ya no estuvieras a mi servicio. Dí en tal caso que me has dejado para buscar una casa más tranquila y ordenada. Procura, en suma, hacerte admitir. Yo no dejaré por ello de mantenerte a mi servicio durante ese tiempo; será como en casa de la duquesa de...; y luego, la señora de Tourvel te recompensará lo mismo.

Si tienes la habilidad y el celo suficientes, estas instrucciones deben bastarte; pero, para suplir uno y otra, te envío dinero. El billete adjunto te autoriza, como verás, a cobrar veinticinco luises en casa de mi hombre de negocios; porque no dudo que estarás sin un cuarto. De esa suma, emplearás lo que creas necesario en decidir a Julia a entablar una correspondencia conmigo. El resto servirá para hacerles beber a los criados. Cuida, en cuanto te sea posible, de que sea en la portería de la casa, a fin de que el suizo se aficiona a tus visitas. Pero no olvides que lo que quiero pagar no son tus placeres, sino tus servicios.

Acostumbra a Julia a observarlo todo y a referirlo, hasta lo que parezca más nimio. Es preferible que escriba diez frases inútiles a que omita una interesante; y muchas veces, lo que parece insignificante no lo es. Como es preciso que yo sea informado de todo con la mayor premura, si ha ocurrido algo que te parezca digno de atención, inmediatamente que recibas esta carta, enviarás a Felipe con un caballo a instalarse en... (1), donde se quedará hasta nueva orden y será un relevo para un caso de necesidad. Para la correspondencia corriente, bastará el correo.

Ten cuidado de no perder esta carta. Reléela todos los días, para estar seguro de no olvidar nada y de tenerla todavía. Haz, en fin, todo lo que debe hacer quien es honrado con mi confianza. Ya sabes que, si estoy contento de ti, tú lo estarás de mí también.

Quinta de..., 3 octubre 17...

(1) Pueblo situado a mitad del camino de París, a la quinta de la señora de Rosemonde.

C A R T A C I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Se sorprenderá usted mucho, señora, al saber que parto tan precipitadamente de su quinta. Esto le parecerá extraordinario; pero su sorpresa se acrecerá al conocer mis razones. Tal vez juzgue usted que, al confiárselas, no respeto bastante la tranquilidad necesaria a su edad y aún que me aparto de los sentimientos de veneración que le son debidos por tantos conceptos. ¡Ah, señora, perdón!; pero mi corazón está oprimido, tiene necesidad de dar expansión a su dolor en el seno de una amiga por igual amable y prudente; ¿qué otra que usted podría elegir? Míreme como a hija suya. Tenga para mí las bondades maternas; se las imploro. Tengo quizá algunos derechos por mis sentimientos para usted.

¿Dónde está el tiempo en que, entregada completamente a esos sentimientos laudables, no conocía otros que dan al alma la turbación mortal que experimento y quitan la fuerza precisa para combatirlos a la par que imponen el deber de hacerlo? ¡Ah, este fatal viaje me ha perdido!

¿Qué le diré, en fin? Amo, sí, amo locamente. ¡Ay! Esta palabra que escribo por primera vez, esta palabra tantas veces solicitada sin ser obtenida, se me escapa del alma y pagaría con mi vida el dulce placer de hacérsela oír a quien la inspira; y, sin embargo, he de negársela sin cesar. ¡Va a seguir dudando de mis sentimientos; creará que tiene razón para quejarse! ¡Soy muy desgraciada! ¿Por qué no le es tan fácil leer en mi corazón como reinar en él? Sí, yo sufriría menos si él supiera todo lo que sufro; pero ni usted misma, a quien se lo digo, puede tener de ello más que una pálida idea.

Dentro de pocos momentos voy a huir y a afligirlo. Cuando se creará cerca de mí yo estaré ya lejos de él; a la hora en que tenía costumbre de verlo todos los días, estaré ya en un lugar adonde él no ha ido nunca, adonde yo no puedo permitirle que vaya. Ya están hechos todos los preparativos; todo está aquí, ante mis ojos; no puedo fijarlos en nada que

no me anuncie esta cruel partida. ¡Todo está dispuesto, menos yo! Y cuanto más se resiste mi corazón, más me prueba la necesidad de irme.

Me iré, sin duda; vale más morir que vivir culpable. Ya, me doy cuenta de ello, lo soy demasiado; no he salvado más que mi recato; mi virtud se ha desvanecido. He de confesarle a usted que lo que conservo todavía se lo debo a su generosidad. Embriagada por el placer de verlo y de oírle, por la dulzura de sentirlo cerca de mí, por la gran felicidad de poder hacer la suya, estaba sin poder y sin fuerzas; apenas me quedaban para combatir; para resistir ya me faltaban; me estremecía ante mi peligro, sin poder huir de él. Pues bien, él vió mi pena y se apiadó de mí. ¿Cómo no he de adorarlo? Le debo más que la vida.

¡Ah!, si al seguir a su lado no tuviera que temblar más que por ésta, ¿cree usted que consentiría jamás en alejarme? ¿Qué es para mí la vida sin él? ¿No sería demasiado dichosa perdiéndola? Condenada a hacer eternamente su desgracia y la mía; a no osar ni quejarme ni consolarlo; a defenderme sin cesar contra él, contra mí misma; a poner mi empeño en causar su pena, cuando quisiera consagrarlo totalmente a su ventura, vivir así, ¿no es morir mil veces? Tal será, sin embargo, mi suerte. La soportaré, a pesar de todo, tendré el valor preciso. ¡Oh, reciba usted, a quien elijo por mi madre, mi juramento.

Reciba también el que le hago además de no recatarle ninguno de mis actos; recíbalos, se lo ruego, se lo pido como un auxilio del que tengo gran necesidad; así, comprometida a decirse todo, me creeré siempre en su presencia. Su virtud reemplazará a la mía. Indudablemente jamás consentiré en sonrojarme a sus ojos; y contenida por ese formidable freno, a la par que adoraré en usted a la indulgente amiga, confidente de mis debilidades, honraré también al ángel tutelar que me salvará de la vergüenza.

Ya es bastante la de tener que hacer esta petición. ¡Fatal efecto de una presuntuosa confianza! ¿Por qué no temí antes a esta inclinación que vi nacer? ¿Por qué me hice la ilusión de poder dominarla y vencerla a mi albedrío? ¡Insensata!

¡Qué poco conocía el amor! ¡Ah! Si lo hubiera combatido con más cuidado, quizá habría adquirido menos imperio; acaso entonces esta partida no fuera necesaria; o tal vez, al someterme a esta dolorosa determinación, pudiera no romper por completo unas relaciones que hubiera bastado hacer menos asiduas. Pero, ¡perderlo todo a la vez! ¡Y para siempre! ¡Oh, amiga mía...! Pero, ¿qué? ¡Hasta escribiéndole me extravió en ideas criminales! ¡Ah, partiré, partiré y al menos estas faltas involuntarias serán expiadas por mis sacrificios!

Adiós, mi respetable amiga; ámeme como a una hija, adópteme por tal; y esté segura de que, a pesar de mi flaqueza, preferiré morir a hacerme indigna de su adopción.

3 octubre 17..., una de la mañana.

C A R T A C I I I

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

Me ha causado, mi querida y bella amiga, más aflicción su partida que sorpresa la causa de ella; una larga experiencia y el interés que usted me inspira habían bastado para darme a conocer el estado de su corazón; y, si he de decírselo todo, no me ha hecho usted saber nada o casi nada nuevo con su carta. Si sólo fuera enterada por ella, ignoraría aún quién es el hombre al que ama usted; porque hablándome de él sin cesar no ha escrito su nombre ni una sola vez. No era necesario para mí; sé quién es. Pero hago esta observación porque me recuerda que ese fué siempre el estilo del amor. Veo que es todavía como en los tiempos pasados.

No creía verme jamás en el caso de volver sobre recuerdos tan lejanos ya de mí y tan ajenos a mi edad. Sin embargo, desde ayer me han preocupado realmente mucho por mi deseo de encontrar algún medio de serle a usted útil. Pero, ¿qué puedo hacer yo más que admirarla y compadecerla? Ala-

bo el prudente partido que ha adoptado usted; pero me asusta, porque infiero que lo ha creído usted necesario; y, cuando se ha llegado hasta ese punto, es muy difícil mantenerse siempre lejos de aquel hacia quien el corazón empuja sin cesar.

Sin embargo, no se desanime usted. nada ha de serle imposible a su bella alma; y aunque hubiera de tener un día la desgracia de sucumbir (lo que Dios no quiera) créame, mi querida y bella amiga, resérvese al menos el consuelo de haber combatido con todas sus fuerzas. Por otra parte, lo que no puede la virtud humana lo opera la gracia divina, cuando le place. Acaso está usted en vísperas de recibir su auxilio; y su virtud, probada en tan penosos combates, saldrá de ellos más pura y más brillante. Espere recibir mañana la fuerza que le falta hoy. Pero no cuente con tal fuerza para confiarse a ella, sino para estimularse a emplear todas las suyas.

Al dejar a la Providencia la misión de auxiliarla a usted en un peligro contra el que yo no puedo hacer nada, me reservo la de sostenerla y consolarla en cuanto esté en mí. No aliviare sus penas, pero las compartiré. A tal título recibiré del mejor grado sus confidencias. Comprendo que su corazón ha de tener necesidad de expansionarse. Para ello le abro el mío; los años no lo han enfriado aún hasta el punto de que sea insensible a la amistad. Siempre lo encontrará usted dispuesto a recibirla. Este será un menguado alivio para sus dolores; pero, al menos, no llorará usted sola; y cuando ese desdichado amor, tomando demasiado imperio sobre usted, la obligue a hablar de él, vale más que sea conmigo que con *él* con quien hable. He aquí que yo me expreso como usted; y creo que entre las dos no llegaremos a nombrarlo; por lo demás, nos entendemos.

No sé si haré bien o no diciéndole que él me ha parecido muy afectado por la ausencia de usted; sería, sin duda, más discreto no hablarle de ello; mas yo no soy aficionada a la discreción que aflige a los amigos. Me veo de todos modos forzada a no hablar más. Mi débil vista y mi mano temblona no me permiten largas cartas cuando tengo yo que escribirlas.

Adiós, pues, mi querida y bella amiga, adiós mi amable hija; sí, yo la adopto por hija mía con mucho gusto, puesto

que posee usted todo lo necesario para enorgullecer y halagar a una madre.

Quinta de..., 3 octubre 17...

C A R T A C I V

La marquesa de Merteuil a la señora de Volanges.

En verdad, mi querida y buena amiga, me ha costado trabajo reprimir un impulso de orgullo al leer su carta. ¡Cómo! ¿Usted me honra con toda su confianza? ¿Llega usted hasta pedirme consejos? ¡Ah! Me complace muchísimo merecer esa favorable opinión de su parte, si es que no la debo a una prevención de su amistad. Por lo demás, cualquiera que sea su motivo, no deja de ser de gran precio para mi corazón; y el haberla obtenido es, a mis ojos, una razón más para más esforzarme en merecerla. Voy, pues (sin pretender darle un consejo) a decirle francamente mi modo de pensar. Desconfío de él porque es distinto del suyo; pero cuando le haya expuesto mis razones, usted juzgará: si lo condena, suscribo de antemano su fallo. Tendré al menos la discreción de no creerme más discreta que usted.

Sin embargo, si por una sola vez, mi opinión resultara preferible, habría que buscar la causa de ello en las ilusiones del amor maternal. Por cuanto ese sentimiento es muy laudable, no puede faltarle a usted. ¡Qué bien se deja ver, efectivamente, en el partido que está usted tentada a adoptar! Así es que, si alguna vez incurre en error no es más que en la elección de las virtudes.

Entre éstas, es la prudencia, a mi parecer, la que ha de preferirse cuando se dispone de la suerte de los demás; y, sobre todo, cuando se trata de fijarla con una ligadura indisoluble y sagrada como la del matrimonio. En tal caso es cuando una madre, por igual prudente y tierna, debe, como dice usted tan bien, *ayudar a su hija con su experiencia*. Ahora bien, dígame usted, ¿qué ha de hacer para lograrlo, sino distinguir por ella lo que agrada de lo que conviene?

¿No sería envilecer, aniquilar la autoridad maternal el subordinarla a un gusto frívolo, cuyo ilusorio poder no se hace sentir más que a quien lo teme, y desaparece en cuanto se desprecia? Por mi parte, lo confieso, no he creído jamás en esas pasiones avasalladoras e irresistibles, a las que parece que se ha convenido conferir la excusa general de nuestros descarríos. No concibo cómo un gusto que nace en un momento y muere en otro, pueda tener más fuerza que los principios inalterables del pudor, de la honestidad y del recato; no creo tampoco que una mujer que los traiciona pueda ser justificada por su pasión presunta más que un ladrón por la pasión del dinero o un asesino por la de la venganza.

¡Ah! ¿Quién puede decir que no tuvo que luchar nunca? Pero yo he llegado a persuadirme de que para resistir no hay más que querer; y hasta ahora, por lo menos, la experiencia ha confirmado mi opinión. ¿Qué sería la virtud, sin los deberes que impone? Su culto está en nuestros sacrificios, su recompensa en nuestros corazones. Estas verdades no pueden ser negadas más que por quien tenga interés en no reconocerlas; y por quien, ya depravado, aspire a engañar por un momento procurando justificar su mala conducta con falsas razones.

Pero, ¿se puede temer esto en una niña ingenua y tímida, una hija de usted, cuya educación recatada y pura no ha podido menos de fortalecer su buen natural? ¡Y es, sin embargo, a ese temor, que me atrevo a calificar de humillante para su hija, al que quiere usted sacrificar el ventajoso matrimonio que su prudencia le había preparado! Yo soy muy amiga de Danceny y, desde hace mucho tiempo, como usted sabe, veo muy poco al señor de Gercourt; pero mi amistad con uno y mi indiferencia por el otro, no me impiden advertir la enorme distancia que hay entre esos dos partidos.

Convengo en que su alcurnia es igual; pero el uno carece de fortuna y la del otro es tan considerable, que, aún, sin prosapia, habría bastado para hacerle alcanzarlo todo. Reconozco que el dinero no da la felicidad; pero hay que reconocer también que la facilita mucho. La señorita de Volanges es, como usted dice, bastante rica para suplir la pobreza de su marido;

sin embargo, sesenta mil libras de renta que ella disfrutará, no son tanto cuando se lleva el nombre de Danceny y hay que montar y sostener una casa que responda a él. Ya no estamos en los tiempos de la señora de Sévigné. El lujo lo absorbe todo; se le condena, pero hay que rendirle culto, y lo superfluo acaba por privar de lo necesario.

Cuanto a las dotes personales, que usted toma muy en consideración, con razón sobrada, ciertamente el señor de Ger-court es irreprochable por ese lado; de ello dió ya pruebas suficientes. Quiero creer y creo que, en efecto, Danceny no le cede en nada; pero, ¿tenemos la misma seguridad? Es cierto que se ha mostrado hasta aquí exento de las faltas propias de su edad y que, a pesar, de los gustos y hábitos del día, se le ve una marcada afición al buen tono que hace augurar favorablemente de él; pero, ¿quién sabe si esa corrección aparente no es sólo debida a la mediocridad de su fortuna? Por poco reparo que se tenga en ser bribón o vicioso, hace falta dinero para ser jugador o libertino y se puede muy bien tener afición a los vicios cuyo exceso se teme. En fin, pudiera ser uno más de los mil a los que se ha visto vivir correctamente por no poder hacer otras cosas.

Yo no digo (¡Dios me guarde!) que crea todo esto de él; pero siempre es un riesgo que podría correrse; y ¡qué reproches no se tendría que hacer usted si el caso no resultara feliz! ¿Qué le respondería a su hija, si ésta le dijera: “Madre mía, yo era joven e inexperta; me seducía un amor perdonable a mi edad; pero el cielo, que había previsto mi flaqueza, me había dado una madre prudente para remediarla y garantirme contra ella. ¿Por qué, pues, olvidando su prudencia, ha consentido usted mi desgracia? ¿Me pertenecía a mí elegir un esposo, cuando no conocía nada del estado conyugal? Aun cuando yo lo hubiera querido, ¿no le incumbía a usted el oponerse? Pero yo no tuve jamás ese loco capricho. Decidida a obedecerla a usted, esperé su elección con una resignación respetuosa; jamás me aparté de la sumisión que le debía; y, sin embargo, soporto hoy la pena merecida por las hijas rebeldes. ¡Ah, la debilidad de usted me perdió”. Quizá su respeto ahogaría sus quejas; pero el amor material las adivinaría;

y las lágrimas de su hija, no por serle recatadas, dejarían de caer sobre el corazón de usted. ¿Dónde buscaría entonces el consuelo? ¿En ese loco amor, contra el cual debió usted defenderla y por el que, sin embargo, se dejó seducir usted misma?

Ignoro, mi querida amiga, si yo tengo contra la pasión de que tratamos una prevención excesiva; pero la creo muy temible, hasta en el matrimonio. No es que desaprobe que un sentimiento honesto y dulce embellezca el vínculo conyugal y suavice de algún modo los deberes que impone; pero no es él a quien corresponde formarlos; no ha de dirigir la ilusión de un momento la elección para toda nuestra vida. En efecto, para elegir, hay que comparar; ¿y cómo hacerlo cuando se pone en un objeto toda la atención? ¿Cuando ni aún ese objeto se puede conocer por tener sumida el alma en la embriaguez y la ceguera?

Yo he visto, como puede usted suponer, muchas mujeres atacadas de ese mal peligroso; he recibido las confidencias de algunas de ellas. Según todas, sus amantes son perfectos; pero sus quiméricas perfecciones no existen más que en su imaginación. Su mente, exaltada, no sueña más que con atractivos y virtudes; y con unos y otros adornan a su gusto al hombre que prefieren; es el atavío de un dios, llevado con frecuencia por un modelo abyecto; pero aun siendo tal, apenas lo han revestido así, cuando alucinadas por su propia obra, se prosternan para adorarlo.

O su hija, amiga mía, no ama a Danceny o experimenta la ilusión que acabo de describirle; esta será común a los dos, si su amor es recíproco. Así, pues, la razón de usted para unirlos por siempre se reduce a la certidumbre de que no se conocen, de que no pueden conocerse. Pero, me argüirá usted, ¿acaso se conocen más el señor de Gercourt y mi hija? No, indudablemente; pero, al menos, no se engañan; sólo se ignoran. ¿Qué suele ocurrir en tal caso entre dos esposos a los que se supone honrados? Que cada uno de ellos estudie a otro, que se vigile ante él, que inquiete y conozca pronto lo que es preciso ceder de sus gustos y sus aficiones para la tranquilidad común. Estos ligeros sacrificios se hacen sin mo-

festia porque son recíprocos y fueron previstos; pronto hacen nacer una benevolencia mutua; y la costumbre, que fortalece todas las inclinaciones que no destruye, aporta poco a poco esa dulce amistad, esa tierna confianza que, unidas a la estimación, forman a mi entender la verdadera, la sólida felicidad de los matrimonios.

Las ilusiones del amor pueden ser más dulces; pero, ¿quién no sabe también que son menos duraderas? ¿Y qué peligro no ofrece el momento que las destruye? Entonces, las menores faltas chocan y parecen insoportables, por su contraste con la idea de perfección que nos había seducido. Cada uno de los esposos cree, no obstante, que el otro ha cambiado y que él sigue valiendo lo que un momento de error le hizo creer. Se extraña de no hacer ya sentir el encanto que él ya no siente; se ve humillado, la vanidad herida agría los caracteres, aumenta los defectos, produce el mal humor, engendra el odio; y frívolos placeres, son pagados, en fin, con largos infortunios.

He aquí, mi querida amiga, mi modo de pensar sobre el punto de que se trata; no lo desfiendo, me limito a exponerlo; a usted le toca decir. Pero, si persiste en su propósito, le ruego que me dé a conocer las razones que hayan rebatido las mías; me complacerá mucho ser ilustrada por usted, y, sobre todo, ser tranquilizada respecto a la suerte de su amable hija, cuya felicidad deseo ardientemente por mi amistad con ella y por la que me une de por vida a usted.

París, 4 octubre 17...

C A R T A C V

La marquesa de Merteuil a Cecilia Volanges.

¡Cómo! Pequeña, está usted muy afligida, muy avergonzada; y el señor de Valmont es un mal hombre, ¿no es así? ¡Vaya! ¡Osa tratarla a usted como a la mujer a quien más pudiera amar! ¡Le enseña lo que rabiaba por saber! En verdad, tales procedimientos son imperdonables. ¡Y usted,

por su parte, quiere guardar su virginidad para su amante (que no abusa de tal prerrogativa); no adora usted en el amor más que los pesares, no los placeres! Nada mejor; figuraría usted maravillosamente en una novela. Pasión, infortunio, virtud, por encima de todo; ¡qué de bellas cosas! En medio de ese brillante cortejo es frecuente aburrirse, en verdad, pero eso es muy saludable.

¡Miren ustedes, pues, qué merecedora de compasión es la pobre niña! ¡Tenía los ojos hinchados al día siguiente! ¿Y qué dirá usted cuando eso le ocurra a su amante? ¡Vamos, angelito, no ha de tenerlos usted así siempre; todos los hombres no son Valmont! ¡Y, además, no atreverse a alzar los ojos! ¡Oh, caramba, tenía usted razón de más; todo el mundo hubiera leído en ellos su aventura! Créame, si así fuera, nuestras señoras y hasta nuestras señoritas tendrían un mirar más recatado.

A pesar de los elogios que me veo forzada a dirigirle, como usted ve, hay que convenir en que ha frustrado usted su obra maestra; esta era decirselo todo a su mamá. ¡Había usted empezado tan bien! Ya se había echado usted en sus brazos sollozando; ella lloraba también. ¡Qué escena tan patética! ¡Qué lástima no haberla terminado! Su tierna mamá, encantada, para sostener la virtud de usted la hubiera encerrado por toda la vida en un claustro; y en él hubiera amado usted a Danceny cuanto hubiera querido, sin rivales y sin pecado; se hubiera desolado usted a sus anchas; y Valmont, seguramente, no habría ido a turbar su dolor con ingratos placeres.

En serio, ¿se puede a los quince años cumplidos ser tan niña como lo es usted? Tiene usted razón al decir que no merece mis bondades. Yo quería, sin embargo, ser su amiga; mi amistad le era acaso necesaria con la madre que tiene usted y el marido que ésta le quiere dar. Pero, si no se adiestra más, ¿qué quiere que hagamos de usted? ¿Qué se puede esperar, si lo que suele dar la agudeza a las muchachas se la quita a usted?

Si se tomara el trabajo de razonar un poco, no tardaría en darse cuenta de que, en lugar de quejarse, se debe felicitar. Pero ¡está usted avergonzada y eso la mortifica! ¡Bah! Tranquilícese usted; la vergüenza que el amor causa, como su dolor,

no se siente más que una vez. Se puede después fingir, pero sin sentirla. En tanto, persiste el placer, y esto es algo. Hasta me parece haber translucido a través de su cháchara, que es mucho para usted. ¡Vamos, un poco de buena fe! Aquélla turbación que le impidió *proceder como hablaba*, que hizo resultarle *tan difícil el defenderse*, que la dejó *como disgustada* cuando Valmont se retiró, ¿fué la vergüenza quien la produjo o fué el placer? *Y su modo de decir las cosas a las que no se sabe qué responder*, ¿no provendría de su *modo de hacerlas*? ¡Ah, chiquilla, usted miente, y le miente a su amiga! Eso no está bien. Pero dejémoslo.

Lo que para todo el mundo sería un placer, y nada más que eso, en la situación de usted resulta una verdadera ventura. En efecto, puesta entre una madre por la que le importa ser amada y un amante por el que también quiere serlo siempre, ¿cómo no ve usted que el único medio de realizar esos dos deseos opuestos es dedicarse a un tercero? Distraída con esta nueva aventura, en tanto que para con su madre tendrá usted la apariencia de sacrificar a su sumisión filial un gusto que a ella le desagrada, para con su amante adquirirá usted el honor de una gallarda defensa. Asegurándole sin cesar su amor, no le concederá más que las pruebas menos comprometedoras. Esa resistencia, tan poco penosa en el caso en que estará usted, no dejará de ser imputada a su virtud por él; se quejará a usted tal vez de ella, pero la amará a usted más; y para obtener el doble mérito de sacrificar el amor a los ojos de la una y de resistir a los del otro, le bastará saborear sus placeres. ¡Oh! ¡Cuántas mujeres que perdieron su reputación, la hubieran conservado intacta si hubieran podido sostenerla por tal medio!

¿No le parece este partido que le propongo el más razonable a la par que el más grato? ¿Sabe usted lo que ha conseguido con el que ha tomado? El que su mamá atribuya la exarcebación de su tristeza a la de su amor, que se haya enojado y que no aguarde más que a estar más segura de su creencia para castigarla a usted. Acaba de escribirme; lo intentará todo para arrancarle una confesión. Llegará, probablemente, según me dice a proponerle por esposo a Danceny, para im-

pelirla a hablar. Y si usted, dejándose seducir por su engañosa ternura, le respondiera según los impulsos de su corazón, pronto, encerrada por mucho tiempo, acaso para siempre, lloraría su ciega credulidad.

Hay que combatir con otra la astucia que ella quiere emplear contra usted. Empiece, pues, por mostrársele menos triste, por hacerle creer que piensa menos en Danceny. Ella lo creerá fácilmente por ser tal el efecto ordinario de la ausencia; y se lo estimará a usted tanto más cuanto que ello encontrará un motivo para ufanarse de su prudencia. Pero, si le quedara alguna duda y persistiera en su propósito de probarla a usted, para lo cual llegara a hablarle de casamiento, redúzcase como una buena hija a una completa sumisión. En realidad, ¿qué arriesgará con ello? Para lo que suele hacerse de un marido, lo mismo da siempre uno que otro; y el más molesto lo es menos que una madre.

Una vez contenta de usted, su mamá la casará al fin; y entonces, más libre en sus actos, podrá usted, a su antojo, dejar a Valmont para tomar a Danceny, y aún quedarse con los dos. Porque, tenga usted cuidado: su Danceny es gentil; pero es uno de esos hombres a los que se tiene cuando se quiere y tanto como se quiere; no hay, pues, que preocuparse mucho de él. Mas no ocurre lo mismo con Valmont; a éste es difícil conservarlo y dejarlo es peligroso. Hay que tener con él mucha destreza, y, a falta de esta, mucha docilidad. Pero, en cambio, si logra usted retenerlo por amigo, tendrá con ello una gran suerte: él la pondrá pronto en la primera fila de nuestras mujeres a la moda. Así es como se adquiere consistencia en la sociedad, y no sonrojándose y llorando como cuando las religiosas de su convento la hacían comer de rodillas.

Procurará usted, pues, si es discreta, reconciliarse con Valmont, a quien debe tener muy enfadado; y, como hay que saber reparar sus torpezas, no vacile en hacerle algunas insinuaciones; así aprenderá usted pronto que, si los hombres hacen las primeras, nosotras estamos casi siempre obligadas a hacer las segundas. Tiene usted un pretexto para ello, porque no conviene que guarde esta carta, y le exijo que se la

entregue a Valmont en cuanto la haya leído. Pero no se olvide de cerrarla antes; en primer lugar, porque hay que dejarle a usted el mérito de la iniciativa que le aconsejo respecto a él, no haciéndole ver que ha sido aconsejada, y, después, porque no hay nadie en el mundo de quien yo sea tan amiga como de usted, para hablarle como lo hago.

Adiós, ángel bello; siga usted mis consejos y pronto ha de decirme lo bien que le va.

P. S. A propósito, olvidaba... dos palabras todavía. Procure usted cuidar más su estilo. Escribe usted como una chiquilla. Veo de dónde proviene esto: de que dice todo lo que piensa. Esto puede pasar de usted para mí, ya que debemos no recatarnos nada la una a la otra; pero, ¡con todo el mundo! Con su amante, sobre todo parecería usted siempre una tontuela. Tenga usted muy en cuenta que cuando le escribe a alguien, lo hace para él y no para usted; debe, por tanto, tender a decirle, más que lo que piensa, lo que le pueda ser más agradable.

Adiós, corazón mío; la beso en vez de reprenderla, con la esperanza de que sea más razonable.

París, 4 septiembre 17...

C A R T A C V I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

A las mil maravillas, vizconde; por esta vez, lo amo furiosamente. Por lo demás, después de la primera de sus dos cartas, era de esperar la segunda; así, pues, no me ha sorprendido; mientras usted, ya orgulloso por sus futuros éxitos, solicitaba su recompensa y me preguntaba si estaba dispuesta a otorgársela, yo veía claramente que no tenía que apresurarme tanto. Sí, palabra de honor; al leer el bello relato de aquella tierna escena que lo *conmovió tan vivamente*; al ver su circunspección, digna de los más bellos tiempos caballerescos, me dije veinte veces: He aquí un asunto fracasado.

No podía ser de otra manera. ¿Qué quiere usted que haga una pobre mujer que se entrega y no es tomada? A fe mía, en tal caso hay que salvar al menos el honor; y esto es lo que ha hecho su presidenta. Cuanto a mí, he de decirle que en vista de que el procedimiento seguido por ella no deja de hacer efecto, me propongo emplearlo por mi cuenta en la primera ocasión un poco sería que se presente; pero, aseguro que, si aquél por quien yo haga el gasto no lo aprovecha mejor que usted, puede, con toda seguridad, renunciar a mí para siempre.

He aquí que se ha quedado usted sin nada; y eso entre dos mujeres, una de las cuales estaba ya en el *día siguiente*, y la otra no pedía más que estar en él también. ¡Vaya! Va usted a creer que me jacto, a decir que es fácil el profetizar después de los acontecimientos, pero puedo jurarle que lo esperaba. Y es que, decididamente, no tiene usted el genio de su profesión: no sabe más que lo que ha aprendido, no inventa nada. Así, pues, cuando las circunstancias no se prestan a sus fórmulas usuales y tiene que salirse del camino trillado, se queda usted cortado, como un colegial. En fin, una chiquillada de una parte, y un retoño de gazmoñería de la otra, bastan, por cuanto no suelen presentarse todos los días, para desconcertarlo; y no sabe usted ni prevenir el caso ni ponerle remedio. ¡Ah, vizconde, vizconde! Me enseña usted a no juzgar a los hombres por sus éxitos. Y pronto habrá que decir de usted: “Fué bravo tal día”. Por lo demás, recurre usted a mí cuando acumuló tonterías sobre tonterías. Parece que no tengo otra cosa que hacer más que repararlas. Es verdad que esto sería trabajo bastante.

En todo caso, una de esas dos aventuras fué emprendida en contra de mi voluntad y no tengo por qué mezclarme en ella; cuanto a la otra, como usted ha tenido alguna complacencia para mí, la hago cuestión propia. La carta adjunta, que leerá usted primero y entregará en seguida a la joven Volanges, es más que suficiente para que ésta vuelva a hacérsele propicia. Pero le ruego que cuide un poco de esa chiquilla para conseguir a la par la desesperación de su madre y la del señor de Gercourt. No hay que tener miedo a forzar la dosis. Veo clara-

mente que la linda personita no se asustará. Y, una vez logradas nuestras miras sobre ella, lo que después le ocurra me tiene sin cuidado.

Su porvenir no me interesa ya absolutamente nada. Tuve algunas intenciones de hacer de ella una intrigante subalterna y adoptarla para representar segundos papeles a mi lado; pero veo que no tiene condiciones para ello; es de una sandia ingenuidad que no ha cedido ni aun al específico que ha empleado usted, el que, sin embargo, no suele fallar; y esta es, para mí, la enfermedad más peligrosa que puede sufrir una mujer. Denota, sobre todo, una debilidad de carácter casi incurable siempre y que se opone a todo; de manera que, si nos dedicáramos a educar a esa muchacha para la intriga, no haríamos de ella más que una mujer fácil. Ahora bien, yo no concibo nada más ramplón que esa facilidad estúpida, que se rinde sin saber cómo ni por qué, sólo por el hecho de ser atacada, y que no sabe resistir. Las mujeres de esa clase no son, en absoluto, más que máquinas de placer.

Me dirá usted que no hay que hacer más que eso, lo que es bastante para nuestros placeres. ¡En buen hora! Pero no olvidemos que de esas máquinas todo el mundo llega pronto a conocer los motores y resortes; así que, para servirse de ésta sin peligro, hay que darse prisa, detenerse a tiempo y romperla en seguida. En verdad no han de faltarnos los medios para deshacernos de ella y Gercourt la hará encerrar seguramente cuando queramos. Realmente cuando no pueda ya dudar de su chasco, cuando éste sea ya público y notorio, ¿qué nos importa que se vengue, con tal que no logre consolarse? Lo que yo digo del marido lo piensa usted sin duda de la madre; así, la cosa tiene igual valor para ambos.

Este partido, que creo el mejor, y al cual me atengo, me ha decidido a llevar a la joven un poco de prisa, como verá usted por mi carta; por esto importa mucho no dejar en sus manos nada que pueda comprometernos, en lo que le pido a usted que ponga gran cuidado. Tomada tal precaución, yo me encargo de lo moral; lo demás le incumbe a usted. Sin embargo, si vemos más adelante que se corrige su ingenuidad, siempre estaremos a tiempo de variar nuestros planes. De to-

dos modos habríamos tenido que dedicarnos un día u otro a lo que vamos a hacer; en ningún caso será perdida nuestra labor.

¿Sabe usted que la mía ha estado a punto de serlo, faltando poco para que la buena estrella de Gercourt triunfara de mi astucia? ¿Querrá creer que la señora de Volanges ha tenido un momento de debilidad maternal? ¿Que ha pensado en dar su hija a Danceny? He aquí lo que anunciaba aquel *interés más tierno* que usted notó *al día siguiente*. ¡Y hubiera sido usted también el causante de esa magnífica obra maestra! Afortunadamente, la tierna madre me ha escrito y espero que mi respuesta la disuadirá de ello. Le hablo tanto de virtud y, sobre todo, la adulo tanto, que no puede menos de creer que tengo razón.

Me molesta no haber tenido tiempo para sacar una copia de esa carta, a fin de edificarlo a usted sobre la austeridad de mi moral. ¡Vería cómo desprecio a las mujeres bastante depravadas para tener un amante! ¡Es tan cómodo ser rigorista de palabra! Esto no perjudica nunca más que a los demás; y no nos molesta en modo alguno. Por otra parte, yo no ignoro que la buena señora tuvo sus pequeñas debilidades, como las demás, en su juventud; y no me desagradaba humillarla un poco, al menos en su conciencia; esto me consolaba algo de verme forzada a dirigirle alabanzas en contra de la mía. Y así también, en esa carta, la idea de perjudicar a Gercourt me dió valor para hablar bien de él.

Adiós, vizconde; apruebo por completo el partido que ha tomado usted de seguir ahí algún tiempo. Yo no tengo medio alguno para acelerar su marcha; pero lo invito a distraerse con nuestra común pupila. En lo que a mí concierne, a pesar de su cortés indicación, ya ve que hay que esperar todavía, y convendrá usted, sin duda, en que no es por mi culpa.

París, 4 octubre 17...

C A R T A C V I I

Azolan al vizconde de Valmont.

Señor: Según sus órdenes, fuí apenas recibida su carta a casa del Sr. Bertrand, quien me entregó los veinticinco lises que usted le ordenaba. Le pedí dos más para Felipe, a quien transmití su orden de salir inmediatamente para... y no tenía dinero. El hombre de negocios del señor no quiso dármelos, diciéndome que no tenía orden suya. Me vi, pues, obligado a dárselos de los míos, lo que espero de la bondad del señor que tenga en cuenta.

Felipe partió anoche. Le recomendé mucho que no deje el cabaret, a fin de que se tenga la seguridad de encontrarlo en caso de necesidad.

Fuí inmediatamente después a casa de la señora presidenta, para ver a Julia; pero ésta había salido y no hablé más que con La Fleur, que no sabía nada, porque, desde su vuelta, sólo estuvo en el hotel a la hora de las comidas. Ha sido el segundo quien ha hecho todo el servicio, y el señor sabe que yo no conozco a éste. Pero he empezado a trabar conocimiento con él hoy.

Volví esta mañana a buscar a Julia, la que pareció muy contenta de verme. La interrogué sobre la causa del regreso de su señora, y me dijo que no sabía nada, lo que creo que es verdad. Le reproché el no haberme avisado su partida y me aseguró que no la había sabido hasta la noche anterior al ir a acostar a su señora; tanto, que hubo de pasar toda la noche arreglando el equipaje y apenas durmió dos horas la pobre chica. No salió hasta anoche de las habitaciones de su señora, a la que dejó escribiendo a la una dada.

Por la mañana, al partir, la señora presidenta dejó una carta al portero de la quinta. Julia no sabe para quién; dice que acaso sería para el señor; pero el señor no me habla de ella.

Durante todo el viaje, la señora llevó un gran capuchón sobre la cabeza, cubriéndole la cara. nor lo que no se le podía

ver ésta; pero Julia cree estar segura de que lloró bastante. No pronunció una sola palabra en todo el camino, ni quiso detenerse en... como había hecho a la ida, lo que le agradó muy poco a Julia, que no se había desayunado. Pero, como yo le he dicho, los señores son los señores.

La señora se acostó al llegar; pero sólo estuvo en el lecho dos horas. Al levantarse llamó a su suizo y le dió orden de no dejar pasar a nadie. No se hizo tocado alguno. Se sentó a la mesa a la hora de la comida; pero no tomó más que un poco de sopa y salió en seguida del comedor. Le sirvieron el café en su cuarto, y Julia entró al mismo tiempo. Encontró a su señora ordenando papeles en su secreter y vió que eran cartas. Yo apostaría a que eran las del señor; recibió tres a medio día, una de las cuales tuvo toda la tarde ante los ojos. Estoy seguro que era también del señor. Pero ¿por qué ha partido así? ; Esto me extraña mucho! Por lo demás, el señor lo sabe perfectamente, y eso no es cuenta mía.

La señora presidenta fué por la tarde a la biblioteca y cogió dos libros, que se llevó a su tocador; pero Julia afirma que no leyó un cuarto de hora en todo el día y que no hizo más que releer la carta referida y meditar, con la cabeza apoyada en la mano. Como supuse que al señor le agradaría saber cuáles eran tales libros, y Julia no lo sabía, me he hecho llevar hoy a la biblioteca, con el pretexto de verla. He notado los huecos de dos libros: uno es el segundo tomo de los *Pensamientos Cristianos*, y el otro, el primero de una obra titulada *Clarisa*. Yo sólo puedo escribirle los títulos de los libros; el señor sabrá lo que son éstos.

Anoche, la señora no comió; no tomó más que té.

Llamó temprano esta mañana; pidió en seguida su carroza y fué antes de las nueve a los Fuldenses, donde oyó misa. Quiso confesarse, pero su confesor está ausente y no vendrá hasta dentro de ocho o diez días. Creo que debo comunicarle esto al señor.

Volvió a casa en seguida, se desayunó y se puso a escribir; ha estado escribiendo hasta la una. He encontrado facilidad para hacer, desde luego, lo que más deseaba el señor: he sido yo quien ha llevado las cartas al correo. No había ninguna

para la señora de Volanges; pero le remito al señor una dirigida al señor presidente; me ha parecido que ésta debe de ser la más interesante. Había otra para la señora de Rosemonde; pero he supuesto que ésta la podrá ver el señor cuando quiera y le he dado curso. Yo obtendré en lo sucesivo todas las cartas que el señor quiera, porque es Julia quien las entrega a los criados, y me ha asegurado que hará lo que yo desee, por su afecto a mí y al señor también.

Ni siquiera ha querido aceptar el dinero que le he ofrecido; pero creo que el señor querrá hacerle algún pequeño regalo, y, si tal es su voluntad, que me encargara de adquirirlo, porque yo sabré fácilmente lo que le agradará más.

Confío en que el señor no juzgará que he puesto negligencia en servirlo, y tengo mucho empeño en justificarme de los reproches que me hace. Si yo no me enteré de la partida de la señora presidenta, fué, al contrario, por mi celo en el servicio del señor, puesto que, por él, partí a las tres de la mañana, lo que hizo que no viera a Julia aquella noche, y hube de ir a dormir a Tournebride, para no despertar al personal de la quinta.

Cuanto al reproche que me hace también el señor de estar con frecuencia sin dinero, ello es, en primer lugar, porque me gusta presentarme decorosamente, como puede ver el señor; y después porque hay que mantener el honor del porte que se lleva; ya sé que tal vez deba ahorrar un poco en lo sucesivo; pero en esto me confío por completo a la generosidad del señor, que es tan buen amo.

Cuanto a entrar al servicio de la señora de Tourvel, siguiendo al del señor, esperó que no lo exigirá el señor de mí. En casa de la señora duquesa era muy distinto; pero no puedo llevar librea, y menos curialesca, después de haber tenido el honor de estar al servicio del señor. Cuanto a todo lo demás, el señor puede disponer de quien tiene el honor de ser, con tanto respeto como afecto, su muy humilde servidor.

ROUX AZOLAN, lacayo.

París, 5 octubre 17..., once de la noche.

C A R T A C V I I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

¡Oh, mi indulgente madre, cuántas gracias tengo que darle y qué necesidad tenía de su carta! La he leído y releído sin cesar: no podía desprenderme de ella. Le debo los momentos menos penosos que he pasado desde mi partida. ¡Qué buena es usted! ¡La prudencia y la virtud saben compadecer la debilidad! ¡Se ha apropiado usted de mis males! ¡Ah, si los conociera!... Son horribles. Creía haber sufrido las penas del amor; pero el tormento indecible, el que hay que haberlo sentido para tener una idea de él, es separarse de lo que se ama, ¡separarse para siempre!... Sí; la pena que me agobia hoy, volverá mañana, pasado mañana, ¡toda la vida! ¡Dios mío, qué joven soy aún; cuánto tiempo me queda que sufrir!

¡Hacer por sí misma su desgracia; desgarrarse el corazón con sus propias manos, y al sufrir estos insoportables dolores sentir a cada instante que una palabra los puede hacer cesar, y que esa palabra es un crimen! ¡Ay, amiga mía!...

Cuando tomé el penoso partido de alejarme de él, esperaba que la ausencia aumentaría mi valor y mis fuerzas; ¡cómo me engañaba! Parece, al contrario, que ha acabado de destruir uno y otras. Tenía que combatir más, es cierto; pero, hasta en mi resistencia, no era todo privación, al menos lo veía alguna vez; y aun frecuentemente, sin atreverme a fijar en él mi mirada, sentía las suyas fijas en mí; sí, mi buena amiga, las sentía y parecía que me caldeaban el corazón; y sin pasar por mis ojos llegaban a mi alma. Ahora, en mi dolorosa soledad, aislada de todo que me es querido, a solas con mi infortunio, todos los momentos de mi triste existencia son marcados por mis lágrimas, sin que nada dulcifique mi amargura, sin que ningún consuelo acompañe a mis sacrificios, y los que he hecho hasta ahora, no me han servido más que para hacerme más dolorosos los que me quedan por hacer.

Ayer mismo, lo sentí muy vivamente. Entre las cartas que recibí, había una de él; no habían flegado aún con ellas a dos

pasos de mí, cuando la reconocí entre las demás. Me levanté involuntariamente; temblaba; apenas podía ocultar mi emoción, y no dejaba de haber en tal estado de ánimo algo de placer. Al quedarme sola un momento más tarde, se disipó aquella engañosa complacencia, no dejándome más que un sacrificio más que hacer. En efecto: ¿podía yo leer aquella carta que, sin embargo, ardía en deseos de leer? Por la fatalidad que me persigue, los consuelos que parece brindármese no hacen, por el contrario, más que imponerme nuevas privaciones, y éstas se hacen más crueles todavía por la idea de que las comparte el Sr. De Valmont.

He aquí, al fin, el nombre que me embarga sin cesar y que tanto trabajo me cuesta escribir: la especie de reproche que me hace usted sobre esto me ha alarmado verdaderamente. Créame, se lo suplico, que no ha alterado un falso rubor mi confianza en usted; ¿y por qué había de temer yo el nombrarlo? ¡Ah! Yo me sonrojo de mis sentimientos, no de quien los causa. ¿Quién es más digno de inspirarlos que él? Sin embargo, no sé por qué ese nombre no acude naturalmente a los puntos de mi pluma; aun esta vez he tenido que reflexionar para consignarlo. Volvamos a él.

Me dice usted que le pareció *vivamente afectado por mi partida*. ¿Qué hizo, pues? ¿Qué dijo? ¿Habló de volverse a París? Haga usted cuanto pueda para disuadirlo. Si me ha juzgado bien, no debe de guardarme rencor por mi huída; pero debe comprender que es un partido tomado irrevocablemente. Uno de mis mayores tormentos es no saber lo que piensa. Verdad es que tengo aquí su carta; pero usted compartirá seguramente mi opinión de que no debo abrirla.

Sólo por usted, mi indulgente amiga, no estoy en absoluto separada de él. No quiero abusar de su bondad; comprendo perfectamente que sus cartas no pueden ser largas; pero no le negará usted dos palabras a su hija: una, para sostener su valor; otra, para consolarla. Adiós, mi respetable amiga.

París, 5 octubre 17...

C A R T A C I X

Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.

Hasta hoy, señora, no le he devuelto al Sr. De Valmont la carta que usted me hizo el honor de escribirme. La he retenido cuatro días, a pesar de mi miedo a que me la encontraran, pero muy escondida; y cuando me dominaba el pesar, me encerraba para releerla.

Veo por ella que lo que yo creía una gran desgracia, casi no es tal; he de confesar que en ello hay bastante placer; de modo que ya casi no me aflijo. Sólo el recuerdo de Danceny me atormenta alguna vez. Pero hay ya momentos en los que no pienso en él. Además, el Sr. De Valmont es muy amable.

He reanudado mi trato con él hace dos días. Me fué muy fácil, porque apenas le dirigí la palabra me indicó que, si tenía algo que decirle, iría por la noche a mi cuarto, y no tuve más que mostrarle mi consentimiento. Luego, cuando fué, no pareció enfadado en modo alguno, como si yo no le hubiera hecho nada. No me regañó hasta después, y muy dulcemente; de un modo... Exactamente lo mismo que usted, lo que prueba que también me tiene afecto.

No puedo referirle cuántas cosas graciosas me ha contado, especialmente sobre mamá. Me complacería usted mucho diciéndome si es verdad todo ello. Lo cierto es que yo no podía contener la risa, tanto que llegué a reír a carcajadas, lo que nos asustó mucho, porque mamá me habría podido oír, y si hubiera venido, ¿qué hubiera sido de mí? Entonces si que me hubiera encerrado en un convento.

Como hay que ser prudentes, y el mismo Sr. De Valmont me ha dicho que por nada del mundo quisiera correr el riesgo de comprometerme, hemos convenido que en adelante sólo vendrá a abrir mi puerta e iremos a su cuarto. Por este lado no hay nada que temer; ya estuve anoche, y ahora, mientras le escribo a usted, lo estoy esperando. Creo que ya no me regañará usted.

Hay, sin embargo, una cosa que me ha sorprendido mucho

en su carta: es lo que me dice respecto a Danceny y al señor De Valmont, para cuando esté casada. Me parece que una noche, en la Opera, me dijo usted, por el contrario, que, una vez casada, no podría ya amar más que a mi marido y que hasta tendría que olvidar a Danceny; por lo demás, acaso entendí mal entonces, y prefiero que sea de otro modo, porque así ya no temeré tanto el momento de mi boda. Hasta lo deseo, puesto que tendré más libertad, y espero que entonces podré arreglármelas para no pensar más que en Danceny. Presiento que no seré por completo feliz más que con él, porque ahora su recuerdo no deja de atormentarme y no soy dichosa más que cuando puedo no pensar en él, lo que es muy difícil, y en cuanto le recuerdo me vuelvo a apenar.

Lo que más me consuela es lo que usted dice, asegurándome que Danceny me amará más todavía; pero ¿está usted bien segura? ¡Oh, sí! Usted no ha de querer engañarme. Es, sin embargo, bien chocante que sea Danceny a quien amo y que el Sr. De Valmont... Pero, como usted dice, esto es acaso un bien. En fin, ya veremos.

No he entendido lo que me indica usted respecto a mi manera de escribir. Me parece que a Danceny le gustan mis cartas cual van escritas. Comprendo, sin embargo, que no debo decirle nada de lo que me pasa con el Sr. De Valmont; así, pues, no tiene usted nada que temer por esta parte.

Mamá no me ha hablado aún de mi casamiento; pero deje usted que lo haga; cuando me hable, como será para sonscarme, yo sabré mentir.

Adiós, mi buena amiga; le doy las gracias y le prometo que no olvidaré nunca todas sus bondades para mí. Tengo que terminar esta carta porque es cerca de la una y el Sr. De Valmont no tardará en llegar.

Quinta de..., 10 octubre 17...

C A R T A C X

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¡Potencias del cielo, yo tengo un alma para el dolor, dame otra para la dicha! (1). Creo que es el tierno Saint-Preux quien se expresa así. Mejor dotado que él, yo poseo a la vez las dos existencias. Si, amiga mía, soy al mismo tiempo muy feliz y muy desgraciado; y puesto que usted tiene mi plena confianza, le debo el relato de mis pesares y de mis placeres.

Sepa, pues, que mi ingrata devota persiste en su rigor. He llegado ya a enviarle la cuarta carta. Acaso haga mal en decir la cuarta, porque, habiendo adivinado desde el primer momento que ésta había de ser seguida de muchas otras, y no queriendo perder el tiempo, tomé el partido de expresar mis quejas con lugares comunes y de no fechar mis cartas; así, es la misma la que va y viene desde el segundo correo; no hago más que cambiarle el sobre. Si mi bella acaba por donde suelen acabar las bellas y se ablanda un día, al menos por cansancio, se quedará, al fin, con la misiva, y entonces será el caso de ponerme al corriente. Ya ve usted que con este género de correspondencia no puedo estar perfectamente informado.

He descubierto, no obstante, que la voluble esquiva ha cambiado de confidente; al menos estoy seguro de que, desde que se fué de aquí, no ha venido ninguna carta suya para la señora de Volanges, en tanto que han llegado dos para la señora de Rosemonde; y, como ésta no nos ha dicho nada, como no hace ni una alusión a su *querida bella*, de la que antes hablaba sin cesar, he deducido que es ella ahora quien recibe sus confidencias. Presumo que, por una parte, el deseo de hablar de mí, y, por otra, la vergüenza de confesarle a la señora de Volanges un sentimiento, desaprobado por ésta tan persistentemente, han producido esa gran revolución. Temo haber perdido en el cambio, porque las mujeres, cuanto más envejecen, más severas y ásperas se hacen. La primera le hubiera habla-

(1) "Nueva Eloisa."

do peor de mí; pero ésta le hablará peor del amor; y la sensible gazmoña tiene más miedo al sentimiento que a la persona.

El único medio de enterarme es, como ve usted, interceptar el comercio clandestino. Ya le envié la orden a mi lacayo, y espero su ejecución de un día a otro. Hasta tanto, no puedo proceder más que al azar; desde hace ocho días repaso inútilmente todos los medios conocidos, todos los de las novelas y los de mis Memorias secretas, y no hallo nada que sea adaptable ni a las circunstancias de la aventura ni al carácter de la heroína. No me sería difícil el introducirme en su casa, aun de noche, y hasta dormirla y hacer de ella una nueva Clarisa; pero, ¿después de dos meses largos de cuidados y fatigas, recurrir a medios que me son extraños!... ¡Arrastrarme servilmente por la huella de otros y triunfar sin gloria!... No, ella no obtendría *los placeres del vicio y los honores de la virtud* (1). No me basta poseerla; quiero que ella se entregue. Y para esto, no sólo hace falta penetrar en su casa, sino entrar con su consentimiento; hallarla sola y dispuesta a escucharme; sobre todo, cerrarla los ojos ante el peligro, porque, si lo ve, sabrá combatirlo y vencerlo o morir. Pero cuanto mejor sé lo que hay que hacer, más difícil encuentro el hacerlo; y, aunque siga usted burlándose de mí, le he de confesar que mi embarazo aumenta a medida que lo medito.

Perdería la cabeza, créalo usted como yo, sin las dichas distracciones que me ofrece nuestra común pupila, de la que no tengo que hacer más que elogios.

¿Creerá usted que esta chiquilla estaba tan asustada que pasaron tres días sin que su carta hiciera efecto? He aquí cómo una sola idea falsa puede echar a perder las mejores disposiciones naturales.

En fin, hasta el sábado no empezó a dar vueltas a mi alrededor y a balbucir algunas palabras, y éstas, pronunciadas en tono tan bajo y ahogadas de tal modo por la vergüenza, que era imposible entenderlas. Pero el sonrojo que producían me hizo adivinar su sentido. Hasta entonces yo me había mantenido en una altiva reserva; pero enternecido

(1) "Nueva Eloisa."

por tan gracioso arrepentimiento, me digné prometer el ir aquella misma noche al cuarto de la bella penitente, y esta merced de mi parte fué acogida con todo el reconocimiento debido a tan gran beneficio.

Como yo no pierdo jamás de vista ni los planes de usted ni los míos, decidí aprovechar tal ocasión para conocer el justo valor de esa chiquilla y también para acelerar su educación. Pero para realizar este trabajo con más libertad necesitaba cambiar el lugar de nuestras citas, porque un pequeño gabinete que separa el cuarto de ella de el de su madre no podía inspirarle bastante seguridad para permitirle explayarse a sus anchas. Me propuse, pues, hacer, *inocentemente*, algún ruido que pudiera causarle bastante temor para decidirla a adoptar en lo sucesivo un asilo más seguro; ella misma me eximió de ese cuidado.

La personita es reidora, y para aumentar su alegría, yo cuidé en nuestros entreactos de contarle todas las aventuras escandalosas que me pasaban por las mientes; y para hacerlas más picantes y llamar más su atención, se las atribuí todas a su mamá, a la que me di el gusto de recargar así de vicios y ridiculeces.

No hice sin motivo tal elección, porque con ella alentaba mejor que con otra alguna a mi tímida colegiala, a la vez que le inspiraba el más profundo desprecio por su madre. Tengo observado, desde hace mucho tiempo, que si este medio no es siempre necesario para seducir a una joven, es indispensable, y con frecuencia el más eficaz cuando se quiere depravarla, porque la que no respeta a su madre, no se respetará ya a sí misma; verdad moral que creo tan útil que me ha sido bien fácil poner su ejemplo en apoyo de tal tesis.

Sin embargo, la jovencita, que no pensaba en la moral, se ahogaba de risa a cada instante; en fin, llegó una vez a prorrumper en sonoras carcajadas. No me fué difícil hacerle creer que había hecho un *ruido horrible*. Fingí un gran susto, que ella compartió fácilmente; para que se acordara mejor no permití la repetición del placer, y la dejé tres horas más temprano que de costumbre; así, convinimos, al separarnos, que en adelante nos reuniríamos en mi cuarto.

Ya la he recibido en él dos veces, y en este corto intervalo la colegiala se ha hecho ya casi tan sabia como el maestro. Sí, en verdad, se lo he enseñado todo, hasta las complacencias; sólo he exceptuado las precauciones.

Ocupado así toda la noche, gano con ello el dormir gran parte del día; y, como los habitantes actuales de la quinta no tienen atractivo alguno para mí, apenas paso en el salón una hora en todo el día. Desde hoy he tomado el partido de comer en mi cuarto, del que no pienso salir más que para cortos paseos. Estas rarezas son cargadas en cuenta a mi estado de salud. He declarado que estoy *perdido de mareos*; he anunciado también un poco de fiebre. Esto no me ha costado más que hablar con voz lenta y apagada. En cuanto al cambio de mi semblante, confíe usted en su pupila. *El amor proveerá* (1).

Ocupo mis ocios pensando en los medios de recobrar las ventajas que he perdido sobre mi ingrata y también en componer una especie de catecismo del libertinaje, para uso de mi alumna. Me complazco en no nombrar nada más que por el término técnico, y me río por anticipado de la interesante conversación que esto debe originar entre ella y Gercourt en su noche de bodas. Nada más divertido que la ingenuidad con que ella emplea lo poco que sabe ya de este lenguaje; no imagina que se pueda hablar de otro modo. ¡Esta chiquilla es realmente seductora! Ese contraste del candor ingenuo con el lenguaje de la desvergüenza no deja de hacer su efecto, y yo no sé por qué sólo las cosas raras me complacen.

Acaso me entrego demasiado a ésta, puesto que comprometo mi tiempo y mi salud; pero espero que mi fingida enfermedad, aparte el librarne del aburrimiento del salón, podrá serme de alguna utilidad con mi austera devota, cuya virtud feroz se alía, sin embargo, con una tierna sensibilidad. No dudo que ya está enterada de este gran acontecimiento, y rabio por saber lo que piensa; tanto más cuanto que apostaría a que no deja de atribuirse el honor de ella. Regularé mi salud por la impresión que le haga.

(1) Regnard. "Locuras amorosas."

Ya está usted, mi bella amiga, tan al corriente de mis asuntos como yo mismo. Deseo tener pronto noticias más interesantes que comunicarle, y le ruego que crea que en el placer que me prometo, entra por mucho la recompensa que espero de usted, según lo convenido.

Quinta de..., 11 octubre 17...

C A R T A C X I

El conde de Gercourt a la señora de Volanges.

Todo parece, señora, estar tranquilo en este país, y esperamos de un día a otro la orden de volver a Francia. Supongo que no tendrá usted duda alguna de que persiste mi impaciente apresuramiento por ir a París y formar los lazos que han de unirme a usted y a la señorita de Volanges. Sin embargo, mi primo, el duque de..., a quien usted sabe que estoy muy obligado, acaba de ser llamado de Nápoles. Me escribe que piensa pasar por Roma y visitar, de camino, toda la parte de Italia que aún no conoce. Y me invita a acompañarlo en su viaje que durará de seis semanas a dos meses. No he de ocultarle a usted que me agradaría aprovechar esta ocasión, comprendiendo que, una vez casado, difícilmente tendré tiempo para otras ausencias que las exigidas por el servicio. Acaso sería más conveniente esperar al invierno para la boda, puesto que hasta entonces no podrán estar reunidos en París todos mis parientes, en particular el marqués de..., a quien debo la esperanza de pertenecer a ustedes. A pesar de estas consideraciones, mis planes a tal respecto serán absolutamente subordinados a los de usted; y, si prefiere, por poco que sea, sus primeras disposiciones, estoy dispuesto a renunciar a las mías. Sólo le ruego que me haga saber lo más pronto posible sus intenciones a este propósito. Esperaré aquí su respuesta y a ella ajustaré mi conducta.

Con respeto, señora, y con todos los sentimientos que corresponden a un hijo soy su muy humilde, etc.

EL CONDE DE GERCOURT.

Bastia, 10 octubre 17...

C A R T A C X I I

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

(Dictada.)

Hasta este mismo instante, mi querida y bella amiga, no he recibido su carta del 11 (1) con sus suaves reproches. Confiese usted que tenía bastantes deseos de hacerme más aún, y que si no hubiera usted recordado que es *mi hija*, me habría regañado realmente. ¡Hubiera sido usted, sin embargo, muy injusta! Fué el deseo, a la vez que la esperanza de poderle contestar yo misma, lo que me hizo diferir de un día a otro mi respuesta; y ya ve usted que hoy mismo me veo forzada a emplear como amanuense a mi doncella. Mi malhadado reumatismo me ha vuelto y se me ha fijado en el brazo derecho; de modo que estoy completamente manca. ¡He aquí el mal que hay para una mujer joven y fresca como usted en tener una amiga vieja! ¡Ha de soportar los efectos de sus achaques!

En cuanto mis dolores me den un poco de respiro, le prometo escribirle largamente. Entretanto, sólo he de decirle que he recibido sus dos cartas, las que habrían aumentado, si eso fuera posible, mi tierna amistad por usted, y que no dejaré jamás de participar muy vivamente de todo lo que le interese.

Mi sobrino está también un poco indispuerto, pero sin que su mal ofrezca peligro alguno ni haya que inquietarse por él:

(1) Esta carta no se ha encontrado.

es una indisposición ligera que, a mi parecer, afecta más a su humor que a su salud. Ya casi no lo vemos.

Su retraimiento y la partida de usted no hacen más alegre nuestro pequeño círculo. La joven Volanges, sobre todo, se aburre furiosamente y se pasa el día bostezando. Especialmente de algunos a esta parte, nos hace el honor de dormirse todas las tardes profundamente.

Adiós, mi querida y bella amiga; soy siempre con la amistad más afectuosa su mamá, hasta su hermana, si mi edad me permitiera este título. En fin, le estoy ligada con los más tiernos sentimientos.

Firmada: *Adelaida, por la señora de Rosemonde.*

Quinta de..., 14 octubre 17...

C A R T A C X I I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

Creo deber advertirle, vizconde, que se empieza a hablar de usted en París, que se nota su ausencia y se adivina la causa. Asistí ayer a una comida de numerosa concurrencia; se afirmó positivamente que usted estaba retenido en un pueblo por un amor novelesco e infortunado; inmediatamente se reflejó el júbilo en los semblantes de todos los envidiosos de sus éxitos y de todas las mujeres desdeñadas por usted. Si quiere hacerme caso, no debe dejar que tomen consistencia estos rumores peligrosos y ha de venir sin demora a disiparlos con su presencia.

Piense usted que si deja desvanecerse la idea de que no hay mujer que se le resista, experimentará pronto que se le resisten más fácilmente, en efecto; que sus rivales le perderán el respeto, y osarán luchar con usted; porque, ¿cuál de ellos no se creará más fuerte que la virtud? Piense, sobre todo, que entre la multitud de mujeres que usted ha cortejado ostensiblemente, todas aquellas que no llegó a poseer van a intentar seguramente desengañar al público, en tanto que

las otras se esforzarán en engañarlo. En fin, ha de esperar el ser apreciado tan por debajo de su valor como lo fué por encima hasta ahora.

Vuelva, pues, vizconde, y no sacrifique su reputación a un capricho pueril. Ya ha hecho usted todo lo que queríamos con la joven Volanges; y cuanto a su presidenta, no será, al parecer, permaneciendo a diez leguas de ella como satisfará usted su antojo. ¿Cree usted que ella irá a buscarlo? Acaso, no piensa ya para nada en usted o sólo lo recuerda para ufanarse de haberlo humillado. Aquí, al menos, encontrará usted ocasión de reaparecer brillantemente, lo que le es bien necesario; y, aunque se obstine en su ridícula aventura, no creo que su regreso le pueda estorbar, al contrario.

En efecto, si su presidenta *lo adora*, como usted me ha dicho tanto y me ha probado tan poco, su único consuelo, su solo placer deben de ser ahora el hablar de usted y saber lo que usted hace, lo que dice, lo que piensa y hasta la menor cosa que le interese. Estas minucias adquieren valor en razón directa con su privación. Son las migajas de pan caídas de la mesa de un rico; éste las desdeña; pero los pobres las recogen ávidamente y se alimentan con ellas. Ahora bien, la pobre presidenta recibe ahora todas esas migajas, y cuantas más tenga, se sentirá menos apresurada a entregarse al apetito de lo demás.

Por otra parte, ya que conoce usted a su confidente, no dudará que cada carta de ella ha de contener, por lo menos, un pequeño sermón, con todo lo que crea apropiado para *corroborar su prudencia y fortalecer su virtud* (1). ¿Por qué, pues, dejarle a la una recursos para defenderse y a la otra para contrariarlo a usted?

No quiere decir esto que yo sea de su opinión respecto a la pérdida que cree usted haber sufrido con el cambio de confidente. Ante todo, la señora de Volanges lo odia y el odio es más clarividente y más ingenioso que el afecto. Toda la virtud de su anciana tía no la inducirá a hablar mal ni en un solo instante de su querido sobrino; porque la virtud tiene también

(1) "Nunca se está en todo", comedia.

sus debilidades. Además, los temores de usted siguen una pista completamente falsa.

No es verdad que *cuanto más envejecen las mujeres se hacen más severas y ásperas*. Es de los cuarenta a los cincuenta años, cuando la desesperación de ver marchitarse su rostro, la rabia de verse obligadas a renunciar a pretensiones y placeres que aún no quieren perder, hacen a casi todas las mujeres gazmoñas y agrias. Les hace falta ese largo intervalo para resignarse por completo a tan gran sacrificio; pero, una vez consumado éste, se dividen casi todas en dos clases.

La más numerosa, la de las mujeres que no contaban más que con su palmito y su juventud, cae en una imbécil apatía, de la que no las saca más que el juego o algunas prácticas de devoción; ésta es siempre molesta, con frecuencia gazmoña, alguna vez un poco chismosa, pero casi nunca mala. No se puede tampoco decir que estas mujeres sean o no severas; sin ideas propias y sin existencia, repiten indiferentemente y sin comprenderlo todo lo que oyen decir y permanecen, por lo que a ellas toca, en una completa nulidad.

La otra clase, mucho más rara, pero realmente mucho más valiosa, es la de las mujeres que, dotadas de carácter y de inteligencia cuyo cultivo no descuidaron, saben crearse una nueva existencia cuando les falta la sensual, y toman el partido de dedicar a su espíritu el aderezo que antes dedicaban a su figura. Estas tienen, por lo general, muy sano juicio y un ingenio a la vez sólido, alegre y gracioso. Reemplazan las seducciones corporales por una bondad atrayente y hasta por una jovialidad cuyo encanto aumenta con los años; así logran en cierto modo acercarse a la juventud, haciéndose querer. Pero entonces, lejos de ser, como usted dice, *gazmoñas y agrias*, su costumbre de la indulgencia, las largas reflexiones sobre la humana debilidad y, sobre todo, los recuerdos de su juventud, por los cuales siguen ligadas a la vida, las colocan más bien demasiado cerca acaso de la facilidad.

Yo le puedo decir, en fin, que habiendo buscado siempre a las mujeres ancianas, por haber reconocido tempranamente la utilidad de sus sufragios, encontré muchas de ellas hacia las que me empujaba la inclinación tanto como el interés. Pon-

go aquí punto a esto, porque ahora que usted se inflama tan súbita y moralmente, temo que se enamore de pronto de su anciana tía y que se entierre con ella en la tumba en que vive desde hace ya tanto tiempo. A otra cosa, pues.

A pesar de lo encantado que parece usted estar de su joven discípula, no creo que ésta cuente para nada en sus planes. La ha encontrado usted a mano y la ha cogido. ¡Enhorabuena! Pero eso no puede ser más que un placer momentáneo. Ni aun siquiera es, a decir verdad, un verdadero y completo goce; no posee usted de ella absolutamente más que su persona. No hablo de su corazón, del que sé, desde luego, que usted no se preocupa para nada; pero ni aun domina usted su cabeza. Ignoro si usted se ha dado cuenta de ello, pero yo tengo la prueba en la última carta que ella me ha escrito; se la envió para que usted juzgue. Fíjese en que al hablar de usted dice siempre el *señor de Valmont*, en que todas sus ideas, incluso las que usted le sugiere van a parar a Danceny y a que a éste no le llama *señor*, sino sólo *Danceny* siempre. Así lo distingue de todos los demás; y aún entregándose a usted, es sólo con él con quien se familiariza. Si tal conquista le parece *seductora*; si los placeres que le ofrece lo *ligan* a ella, es usted verdaderamente modesto y poco difícil de contentar. Consiento en que la conserve usted; eso hasta entra en mis planes. Pero me parece que no vale la pena de molestarse un cuarto de hora; que hay que tener algún dominio sobre ella y no permitirle, por ejemplo, que se apegue a Danceny, hasta después de haberle hecho olvidarlo un poco más.

Antes de dejar de ocuparme de usted, para hacerlo de mí, quiero aún decirle que ese medio de la enfermedad al que intenta recurrir es muy conocido y está muy gastado. ¡En verdad, vizconde, carece usted de inventiva! Yo también me repito algunas veces, como va usted a ver, pero procuro salvarme por los detalles y, sobre todo, el éxito me justifica. Voy aún a intentar uno y a correr una nueva aventura. Reconozco que no tendrá el mérito de la dificultad; mas no dejará de ser una distracción y me aburro mortalmente.

No sé por qué, desde la aventura de Prevan, Belleruche se me ha hecho insoportable. Ha tenido tal redoblamiento de

atenciones, de ternura, de *devoción* que no lo puedo ya resistir. Su cólera en el primer momento me resultó divertida; tuve, sin embargo, que aplacarla porque dejarle hacer hubiera sido comprometerme; y no había manera de hacerle entrar en razón. Tomé, pues, el partido de mostrarle más amor para lograr mi objeto más fácilmente; pero él lo tomó en serio y desde tal punto me agobia con su constante encantamiento. Me carga, sobre todo, la insultante confianza que ha puesto en mí y la seguridad con que me mira como suya para siempre. ¡Me evalúa, pues, en bien poco o cree valer él lo bastante para haberme sujetado definitivamente! ¡No ha llegado a decirme hace poco que no puedo haber amado jamás a nadie más que a él? ¡Oh, por el momento tuve necesidad de toda mi prudencia para no desengañarlo en el acto diciéndole la verdad! ¡Sí que es realmente un señor bastante agradable para tener derechos exclusivos! Convengo en que está bien formado y tiene una linda cara; pero no es, en último término, más que mi operario de amor. En fin, ha llegado el momento en que es forzosa nuestra separación.

La estoy intentando desde hace quince días; he empleado sucesivamente la frialdad, los antojos, el mal humor, las que-rellas; pero el tenaz personaje no suelta su presa así como así; necesito, pues, tomar un partido más violento. En consecuencia, me lo llevo a mi casa de campo. Partimos pasado mañana. Allí no habrá con nosotros más que personas indiferentes y poco perspicaces, por lo que tendremos casi tanta libertad como si estuviéramos solos. En nuestro aislamiento, lo sobrecargaré de amor y de caricias hasta tal punto, viviremos tan exclusivamente el uno para el otro, que apuesto a que llegará a desear más que yo el fin de tal viaje, del que tanta dicha espera; y si no vuelve más cansado de mí que yo lo estoy de él, puede usted decir, se lo consiento, que no le aventajo a usted nada en sagacidad.

El pretexto para esta especie de retiro es ocuparme en serio de mi gran pleito que, efectivamente, se juzgará a principios del invierno. Esto me complace mucho, porque es verdaderamente desagradable tener en el aire toda su fortuna. No estoy inquieta por el resultado; en primer lugar, tengo razón,

todos mis abogados me lo aseguran; y, además, sería yo muy torpe si no supiera ganar un pleito, en el que no tengo por adversarios más que a dos menores de corta edad y a su viejo tutor. Como no hay que descuidar nada en un asunto tan importante, seré asistida por dos abogados. ¿No le parece a usted alegre este viaje? Sin embargo, si me hace ganar mi pleito y perder a Belleruche lo daré por bien empleado.

Ahora, vizconde, adivine usted quién es el sucesor; le apuesto ciento contra uno a que no lo logra. ¡Claro! ¿No sé ya que usted no adivina jamás nada? Pues bien, es Danceny. Le sorprende esto, ¿no es verdad? ¡Porque, en fin, no estoy reducida aún a educar niños! Pero éste merece ser exceptuado. No tiene de la juventud más que las gracias, sin la frivolidad. Su gran reserva en sociedad es muy apropiada para alejar toda sospecha y hace que resulte más amable cuando se entrega al dúo íntimo. No he tenido aún nada con él por mi cuenta, no soy todavía más que su confidente; pero creo advertir en él que le gusto mucho y siento que él también me va gustando bastante. ¡Sería gran lástima que tanta espiritualidad y tanta delicadeza fuesen a sacrificarse torpemente en las aras de la joven Volanges! Creo que se engaña al creer que la ama; ¡está tan lejos ella de merecerlo! No es que yo esté celosa de ella, sino que eso sería un crimen y quiero salvar de él a Danceny. Le ruego, pues, vizconde que se cuide de que no pueda acercarse a su *Cecilia* (como tiene todavía el mal gusto de llamarla). Una primera inclinación tiene siempre más imperio del que se cree y yo no estaría segura de nada si él volviera a verla ahora, sobre todo, durante mi ausencia. A mi vuelta yo me encargo y respondo de todo.

He pensado en llevarme al joven conmigo; pero he sacrificado ese propósito a mi prudencia peculiar; además, temía que advirtiera algo entre Belleruche y yo y me desesperaría si supiera algo de nuestras relaciones. Quiero, por lo menos, presentarme a su imaginación pura y sin tacha, en fin, como habría de estar para ser digna de él.

París, 15 octubre 17...

C A R T A C X I V

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Mi querida amiga, cedo a mi viva inquietud y sin saber si estará usted en estado de contestarme no puedo prescindir de interrogarla. El estado del señor de Valmont que, según usted me dice, *no ofrece peligro*, no me inspira tanta seguridad como usted parece tener. No es raro que la melancolía y el disgusto del mundo sean síntomas avanzados de una grave enfermedad; los sufrimientos del cuerpo, como los del espíritu, hacen desear la soledad y con gran frecuencia se censura por hurafío a quien sólo merece compasión por sus males.

Me parece que debería, al menos, consultar a alguien. ¿Cómo, estando usted también enferma, no tiene un médico a su lado? El mío, a quien he visto esta mañana, y no he de ocultarle que lo he consultado indirectamente, opina que en las personas naturalmente activas, esa especie de apatía súbita no es jamás un indicio desdeñable; y, como también me ha dicho, las enfermedades no ceden al tratamiento cuando no se aplicó a tiempo éste. ¿Por qué hacer correr ese riesgo a alguien que le es tan querido?

Lo que redobra mi inquietud es el que desde hace cuatro días no recibo noticias suyas. ¡Dios mío! ¡No me engañe usted sobre su estado! ¿Por qué habría de haber cesado de escribirme de pronto? Si hubiera sido solamente por mi obstinación en devolverle sus cartas, habría tomado antes ese partido. En fin, sin creer en los presentimientos tengo desde hace algunos días una tristeza que me asusta. ¡Ah! ¡Acaso estoy en vísperas de la mayor de las desgracias! No puede usted imaginar, me da vergüenza decírselo, lo apenada que estoy por no recibir esas cartas que, sin embargo, seguiría negándome a leer. ¡Estaba segura, al menos, de que pensaba en mí! ¡Y veía en ellas algo que provenía de él! No abría esas cartas, pero lloraba mirándolas; mis lágrimas eran más dulces y más fáciles; y sólo ellas desahogaban, en parte, la opresión que sufro habitualmente desde mi vuelta. La conjuro, mi in-

dulgente amiga, escribame usted misma tan pronto como pueda; entretanto, envíeme a diario noticias de usted y suyas.

Advierto que apenas le he dedicado a usted una frase; pero ya conoce mis sentimientos, mi afección sin reservas, mi tierno reconocimiento a su sensible amistad; me perdonará usted por la turbación en que estoy, por mis mortales penas, por el tormento horrible de tener que temer males de los que quizá soy yo la causa. ¡Dios mío! Esta idea desesperante me persigue y desgarrá mi corazón. ¡Esta desdicha me faltaba! Y veo que he nacido para sufrirlas todas.

Adiós, mi querida amiga; ámeme usted, consuélame. ¿Recibiré hoy una carta suya?

París, 16 octubre 17...

C A R T A C X V

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Es una cosa inconcebible, mi bella amiga, como, en cuanto se alejan las personas dejan de entenderse. En tanto que yo estuve cerca de usted, teníamos siempre un mismo sentimiento, una idéntica manera de ver; y, por hacer tres meses que no la veo, ya no tenemos la misma opinión sobre nada. ¿Quién de nosotros no tiene razón? Seguramente, usted no vacilaría en la respuesta; pero yo, más discreto o más cortés, no oso decidirlo. Sólo voy a responder a su carta y a seguir exponiéndole mi proceder.

Ante todo, le doy las gracias por el aviso que me da de los rumores que corren respecto a mí; pero no me inquieto todavía; me creo seguro de contar pronto con qué hacerlos cesar. Esté usted tranquila; no reapareceré en sociedad sino más célebre que nunca y más digno de usted.

Creo que se me tendrá algo en cuenta la aventura de la joven Volanges, de la que usted parece hacer tan poco caso; como si fuera poco arrebatár en una velada una joven novia a su adorado amante; el hacer luego lo que se quiere de ella,

absolutamente como de cosa propia, sin la menor dificultad: obtener lo que no se osa siquiera pedir a las profesionales de la galantería, y todo esto, sin desviarla en nada de su tierno amor, sin hacerla inconstante, ni aún infiel; porque, en efecto, yo no me he adueñado de su cabeza, de modo que, una vez pasado mi capricho, la volveré a echar en los brazos de su amante, por decirlo así, sin que ella se haya dado cuenta de nada. ¿Es ésta, pues, una faena tan ordinaria? Y, además, créame usted, cuando haya salido de mis manos, no dejarán de desarrollarse los principios que yo le inculco; y predigo que la tímida colegiala alzará pronto el vuelo de manera que hará honor a su maestro.

Sin embargo, si se prefiere el género heroico, mostraré a la presidenta, ese modelo tan citado de todas las virtudes, respetado hasta por los más libertinos, tal, en fin, que se había desvanecido hasta la idea de atacarla; la mostraré, digo, olvidando sus deberes y su virtud, sacrificando su reputación y dos años de recato para correr tras la dicha de agradarme, y embriagarme con la de amarme; dándose por bien pagada de tantos sacrificios por una palabra, por una mirada que, además, no obtendrá siempre. Haré más, la abandonaré; y, o yo no conozco a esa mujer, o no tendré sucesor. Se resistirá a la necesidad de consuelos, a la costumbre del placer, hasta al deseo de la venganza. En fin, no habrá existido más que para mí; y, sea su carrera más o menos larga, yo habré abierto y cerrado sus barreras. Una vez logrado este triunfo, diré a mis rivales: "Ved mi obra y buscad en el siglo un ejemplo semejante."

Me preguntará usted de dónde proviene hoy este exceso de confianza. Es que desde hace ocho días poseo las confidencias de mi bella; ésta no me dice sus secretos, pero yo los sorprendo. Dos cartas suyas a la señora de Rosemonde me han enterado suficientemente y ya no leeré las sucesivas más que por curiosidad. No necesito absolutamente para triunfar más que acercarme a ella y ya he encontrado el medio. Voy a ponerlo en práctica inmediatamente.

Supongo que tiene usted curiosidad por conocerlo... Pero no, por no creer en mis inventos, no lo sabrá usted. En rea-

lidad, merecería que le retirara mi confianza, al menos respecto a esta aventura; y, en efecto, sin la dulce recompensa señalada por usted a este éxito, no le hablaría más. Ya ve usted que estoy enfadado. Sin embargo, con la esperanza de que le corrija, he de contentarme con este ligero castigo; y recobrando la indulgencia, olvido por un momento mis grandes planes para razonar con usted sobre los suyos.

¿De modo que está usted en el campo, aburrido como el sentimiento y triste como la fidelidad? ¿Y a ese pobre Belle-roche no se conforma usted con hacerle beber el agua del olvido, sino que, además, lo pone en el potro de la tortura? ¿Cómo se encuentra? ¿Soporta bien las náuseas del amor? Yo quisiera que de esa prueba saliera más enamorado, por la curiosidad de ver a qué remedio más eficaz recurriría usted. La compadezco en verdad por haberse visto forzada a emplear ése. Yo no he hecho más que una vez en mi vida el amor forzado. Tenía ciertamente un gran motivo, pues se trataba de la condesa de...; y veinte veces, entre sus brazos, estuve tentado a decirle: “Señora, renuncio el puesto que solicito y permítame dejar el que ocupo.” Así, es la única de cuantas mujeres he poseído, de la que tengo un verdadero placer en hablar mal.

Cuanto al motivo de usted, lo encuentro, a decir verdad, de una rara ridiculez, y tenía usted razón al presumir que no adivinaría al sucesor. ¡Cómo! ¿Es por Dancen y por quien se toma usted tanta molestia? ¡Ah!, mi querida amiga, déjele adorar a su *virtuosa Cecilia* y no se comprometa en esos juegos de niños. Deje a los colegiales educarse con las *criadas* o jugar con las *colegialas jueguecitos inocentes*. ¿Cómo va usted a cargar con un novicio que no sabrá ni tomarla ni dejarla y con quien tendrá usted que hacerlo todo? Le digo en serio que desapruébo esa elección, la que, por secreta que quedara, la humillaría, al menos, a mis ojos y ante su conciencia.

Dice usted que le gusta mucho; ¡vamos! seguramente se engaña usted y yo creo haber dado con la causa de su error. La repugnancia por Belle-roche le ha entrado en una época de penuria galante y, como París no le ofrece dónde elegir, sus ideas, demasiado vivas siempre, han ido a fijarse en el

primer hombre que encontró a mano. Pero piense usted que a su vuelta, podrá escoger entre mil; y, en último término, si teme usted la inacción en la que se arriesga a caer aguardando hasta entonces, yo me ofrezco para distraer sus ocios.

De aquí al regreso de usted, mis grandes empresas habrán terminado de un modo o de otro; y seguramente, ni la misma presidenta me embargará entonces lo bastante para que deje de pertenecerle a usted cuanto le plazca. Acaso también, de aquí a entonces, haya puesto a la jovencita enamorada en manos de su discreto amante. Sin convenir, diga usted lo que quiera, en que éste no sea un goce *atrayente*, como tengo el propósito de que guarde de mí toda su vida una idea superior a la de todos los demás hombres, me he puesto con ella en un tono que no podré sostener mucho tiempo sin alterar mi salud; y desde ahora ya no le dedico más que los cuidados debidos a los asuntos de familia...

¿No me entiende usted...? Es que espero un segundo período para confirmar mis esperanzas y asegurarme de que he logrado plenamente mis propósitos. Sí, mi bella amiga, ya tengo mi primer indicio de que el esposo de mi colegiala no correrá el riesgo de morir sin descendencia; y de que el jefe de la casa de Gercourt no será más que un bastardo de la de Valmont. Pero déjeme terminar a mi antojo esta aventura que no emprendí sino a ruegos de usted. Piense que, si usted hace a Danceny inconstante le quitará toda la sal a esta historia. Considere, en fin, que, al ofrecerme para representarlo cerca de usted, tengo, me parece, algunos derechos a la preferencia.

Cuento tanto con ello que no reparo en contrariar sus miras, contribuyendo por mí mismo a aumentar la tierna pasión del discreto enamorado, por el primero y digno objeto de su elección. Habiendo encontrado ayer a nuestra pupila ocupada en escribirle y, como la distrajera de tal ocupación con otra aún más dulce, le pedí luego que me dejara ver su carta; y, pareciéndome ésta fría y seca, le hice comprender que así no consolaría a su amante y la decidí a escribir otra dictada por mí, en la que, imitando lo mejor que pude su pueril estilo, procuré alimentar el amor del joven galán con esperanzas

más seguras. La personita estaba encantada, según me dijo, de poder expresarse tan bien; y en adelante, seré yo el encargado de la correspondencia. ¿Qué no haré yo por ese buen Danceny? ¡Seré a la vez su amigo, su confidente, su rival y su amante! Hasta en este momento le hago el servicio de librarlo de los peligrosos lazos de usted. Sí, indudablemente, peligrosos; porque poseerla a usted y perderla es pagar un momento de dicha por una eternidad de pesares nostálgicos.

Adiós, mi bella amiga; tenga el valor de despachar a Belleruche lo antes posible. Deje a Danceny y prepárese a volver a tenerme a mí y a reiterarme los placeres de nuestras primeras relaciones.

P. S. Le dirijo mi felicitación por el próximo fallo de su gran pleito. Me complacerá mucho que ese feliz acontecimiento se realice bajo mi reinado.

Quinta de..., 17 octubre 17...

C A R T A C X V I

El caballero Danceny a Cecilia Volanges.

La señora Merteuil ha partido esta mañana para el campo; así, pues, mi encantadora Cecilia, héme aquí privado del único consuelo que me quedaba en su ausencia, el de hablar de usted con esa amiga suya y mía. Desde hace algún tiempo me ha permitido darle ese título, y me he apresurado a aprovechar tal permiso, tanto más cuanto que con ello me parecía acercarme a usted. ¡Dios mío! ¡Qué amable es esta mujer! ¡Y qué halagador encanto sabe dar a la amistad! Parece que este dulce sentimiento se embellece y fortalece en ella con todo lo que niega el amor. ¡Si usted supiera cuánto la quiere, cómo se complace en oír hablar de usted...! Esto es sin duda lo que me hace apegarme tanto a ella. ¡Qué ventura el poder vivir para ustedes dos exclusivamente, el pasar en turno incesante de las delicias del amor a las dulzuras

de la amistad y consagrarles toda mi existencia, el ser en cierto modo el punto de ensambladura de su afección recíproca; el sentir siempre que al ocuparme de la felicidad de una trabajo igualmente por la de la otra! ¡Quiera usted, quiera mucho a esta mujer adorable! ¡Avalore usted mi afecto por ella, compartiéndolo! Desde que saboreé el encanto de la amistad deseo que lo guste usted a su vez. Los placeres que no comparto con usted me parece que no los gozo más que a medias. Si, mi Cecilia, quisiera rodear su corazón de todos los sentimientos dulces; que cada uno de sus latidos le diera una sensación de goce; y aun así creería no poder devolverle nunca más que una pequeña parte de la felicidad que usted me ha dado.

¿Por qué ha de hacer la desgracia que estos planes encantadores no sean más que quimeras de mi imaginación y que la realidad no me ofrezca, por el contrario, más que dolorosas e interminables privaciones? Veo que he de renunciar a la esperanza que usted me dió de verla en esa quinta. No tengo más consuelo que la persuasión de que eso le es a usted imposible. ¡Y deja usted de decírmelo, de afligirse conmigo! ¡Mis quejas a este propósito han quedado ya dos veces sin respuesta! ¡Ah, Cecilia! ¡Cecilia, yo creo que me ama usted con todas las potencias de su alma, pero su alma no es tan ardiente como la mía! ¿Que a mí no me toca vencer los obstáculos? ¿Por qué no son mis intereses los que he de cuidar, en vez de los de usted? ¡Pronto le probaría que nada hay imposible para el amor!

No me dice usted tampoco cuándo ha de terminar esta cruel ausencia; aquí, al menos, tal vez pudiera verla. Sus encantadoras miradas reanimarían mi alma abatida; su conmovedora expresión tranquilizaría mi corazón, que tiene a veces necesidad de ello. ¡Perdón, mi Cecilia, este temor no es un recelo! ¡Ah, sería demasiado desventurado si dudara! Pero, ¡tantos obstáculos! ¡Y renovados sin cesar! Amiga mía, estoy triste, muy triste. Parece que la partida de la señora de Merteuil ha renovado en mí el sentimiento de todos mis infortunios.

Adiós, mi Cecilia; adiós, mi bien amada. Piense que su

amante se aflige y que sólo usted puede devolverle la felicidad.

París, 17 octubre 17...

C A R T A C X V I I

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

(Dictada por Valmont.)

¿Cree usted amigo mío, que yo necesito de regaños para estar triste, sabiendo que usted se aflige? ¿Y duda que yo sufra tanto como usted por sus penas? Comparto hasta las que le causo voluntariamente, ¡y tengo más que usted al ver que no me hace justicia! ¡Oh, eso no está bien! Sé lo que le ha enojado: el que las dos últimas veces que me ha hablado de vernos aquí yo no haya contestado a eso. Pero, ¿tan fácil me era dar tal contestación? ¿Cree usted que yo no sé que lo que quiere está muy mal? Y, sin embargo, si ya me cuesta tanto negárselo de lejos ¿qué sería si estuviera cerca? Y, además, que por haber querido consolarnos un momento, yo quedaría afligida para mientras viviera.

Como no quiero recatarle nada, vea usted mis razones y juzgue usted mismo. Yo habría hecho todo lo que usted quiere, sin lo que ya le dije de que el señor de Gercourt, que causa todos nuestros pesares, no llegará tan pronto como se esperaba; y, como de algún tiempo a esta parte, mamá me muestra mucho más afecto, y yo, por mi parte, la acaricio lo más que puedo, ¿quién sabe lo que podría obtener de ella? Y, si pudiéramos ser felices sin que yo tuviera nada que reprocharme, ¿no sería mucho mejor? Si he de creer lo que me han dicho muchas veces, los hombres no aman ya tanto a sus mujeres cuanto éstas los amaron demasiado antes de serlo. Este temor me retiene más aún que todo lo demás. Amigo mío, ¿no está usted seguro de mi corazón? ¿Y no habrá tiempo para todo?

Escúcheme, le prometo que, si no puedo evitar la desgracia

de casarme con el señor de Gercourt, a quien tanto odio antes de conocerlo, nada me retendrá ya de ser de usted cuanto pueda y antes de todo. Como no me preocupo de ser amada más que por usted y usted verá que, si hago mal, no será por mi culpa, lo demás me será completamente igual, con tal de que me prometa amarme siempre tanto como dice. Pero, amigo mío, hasta entonces, déjeme seguir como estoy; y no vuelva a pedirme una cosa que tengo buenas razones para no hacer y que, sin embargo, me mortifica negarle.

Quisiera también que el señor de Valmont no fuera tan apremiante por cuenta de usted; esto no sirve sino para apenarme más todavía. ¡Oh, tiene usted en él un buen amigo, se lo aseguro! Lo hace todo como lo pudiera hacer usted mismo. Pero, adiós, mi querido amigo; comencé muy tarde a escribirle y he pasado en ello gran parte de la noche. Voy a acostarme y a reparar el tiempo perdido. Lo beso; pero no me regañe más.

Quinta de... 18 octubre 17...

C A R T A C X V I I I

El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.

Si he de creer a mi almanaque, mi adorable amiga, no hace más que dos días que está usted ausente; pero, si creo a mi corazón, hace ya dos siglos. Ahora bien, le he oído a usted misma que hay que creer siempre al corazón; es, pues, ya tiempo de que vuelva usted y todos sus asuntos deben de estar más que terminados. ¿Cómo quiere usted que yo me interese por su pleito, si, lo pierda o lo gane, yo he de pagar las costas con el fastidio de su ausencia? ¡Oh, que ganas tengo de querella y que triste es, con tan buen motivo de mal humor, el no tener derecho a mostrarlo!

¿No es, sin embargo, una verdadera infidelidad, una negra traición el dejar a un amigo lejos de usted después de haberlo acostumbrado a no poder prescindir de su presencia?

Por más que consulte usted a sus abogados, éstos no le encontrarán justificación para este mal pleito; además, esas gentes no dan más que razones y las razones no bastan para responder a los sentimientos.

Por mi parte, tanto me ha repetido que hace ese viaje por motivos de razón, que me ha indisputado totalmente con ésta. No quiero oírla nunca más, ni aun cuando me dice que la olvide a usted. Esta razón es, sin embargo, muy razonable; y, de hecho, eso no sería tan difícil como pudiera usted creer. Bastaría solamente perder la costumbre de pensar en usted siempre; y nada, se lo aseguro, me la recordaría aquí.

Nuestras más lindas mujeres, las reputadas de más amables, están tan lejos de usted todavía que no podrían darme más que una idea muy pálida. Hasta creo que para unos ojos expertos, cuanto más se creyó al principio que se le parecían, más diferencia se advierte luego; por mucho que hagan, aunque pongan en juego todo lo que saben, les falta siempre ser usted; y ahí está positivamente el encanto. Desgraciadamente, cuando las jornadas son tan largas y se está en completa ociosidad, se sueña, se edifican castillos en el aire, se crea una quimera, se exalta poco a poco la imaginación; se quiere embellecer la propia obra; se reúne todo lo que puede agrandar; se llega, en fin, a la perfección; y, cuando se ha llegado a tal punto, el retrato hace volver al modelo y se ve con sorpresa que no se ha hecho más que pensar en usted.

En este mismo momento soy juguete de un espejismo semejante. ¿Usted cree, sin duda que me he puesto a escribirle para ocuparme de usted? Nada de eso, sólo ha sido para distraerme. Tenía cien cosas que decirle, de las que usted no es el objeto y que, como sabe, me interesan muy vivamente; y esas son, sin embargo, de las que me he distraído. ¿Desde cuándo el encanto de la amistad distrae de el del amor? ¡Ah, si se profundizara un poco en esto acaso tuviera un pequeño reproche que hacerme! Pero, ¡silencio! Olvidemos esa pequeña falta por temor a la reincidencia y hasta que mi amiga la ignore.

Pero, ¿por qué no está usted aquí para contestarme, para volverme al buen sendero de mi extravío, para hablarme de

mi Cecilia, para aumentar, si es posible, la dicha que yo gozo amándola, por la dulce idea de que es a su amiga a quien amo. Sí, lo confieso, el amor que ella me inspira se me ha hecho máspreciado aún desde que usted ha querido oír mis confidencias. ¡ Me agrada tanto abrirle mi corazón, transmitir al suyo mis sentimientos, depositarlos en él sin reserva alguna! Me parece que me son más caros a medida que usted se digna acogerlos; y después, la miro a usted y me digo: Es en ella en quien está encerrada toda mi felicidad.

No tengo nada nuevo que comunicarle sobre mi situación, La última carta que he recibido de *ella* aumenta y asegura mis esperanzas; pero las sigue retardando. Sin embargo, sus motivos son tan tiernos y honrados, que no puedo censurarla ni quejarme. Acaso no entienda usted bien esto; pero, ¿por qué no está usted aquí? Aunque se diga todo a su amiga, no se le puede escribir todo. Los secretos del amor, sobre todo, si son delicados, no se puede dejarlos ir así a la buena de Dios. Si alguna vez se les permite salir, hay, por lo menos, que no perderlos de vista; hay que verlos, en cierto modo, entrar en su nuevo asilo. ¡ Ah, vuelva usted, mi adorada amiga! Ya ve usted que su vuelta es necesaria. Olvide, al fin, las *mil razones* que la retienen donde está o enséñeme a vivir donde no está usted.

Tengo el honor de ser, etc.

París, 19 octubre 17...

C A R T A C X I X

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

Aunque todavía sufro mucho, mi querida y bella amiga, intento escribirle por mi propia mano para hablarle de lo que le interesa. Mi sobrino persevera en su misantropía: envía regularmente a por noticias de mi salud todos los días, pero no ha venido ni una sola vez a informarse por sí mismo, aunque le he dirigido tal petición; de suerte que no le veo más que si

estuviera en París. Lo he encontrado esta mañana, sin embargo, donde menos lo esperaba. En mi capilla, a la que he bajado por primera vez desde mi dolorosa indisposición. Me he enterado hoy de que, desde hace cuatro días, va a oír misa regularmente. ¡Dios quiera que esto dure!

Cuando me vió entrar vino a mí y me felicitó muy afectuosamente por mi mejoría. Como empezara la misa, abrevié la conversación, contando con reanudarla después; pero desapareció antes de que pudiera reunirme con él. No he de ocultarle a usted que lo he encontrado un poco cambiado. Pero, mi querida y bella amiga, no me haga usted arrepentirme de mi confianza en su buen juicio por inquietudes demasiado vivas; y, sobre todo, esté usted segura de que preferiría afligirla a engañarla.

Si mi sobrino persiste en su aislamiento, tomaré el partido de ir verlo a sus habitaciones en cuanto esté mejor; y procuraré inquirir la causa de esa singular manía en la que creo que tiene usted alguna intervención. Le comunicaré lo que averigüe. Corto esta carta porque ya no puedo mover los dedos; y, además, si Adelaida se entera de que he escrito, no cesaría de regañarme en toda la velada. Adiós, mi querida y bella amiga.

Quinta de... 20 octubre 17...

C A R T A C X X

*El vizconde de Valmont al Padre Anselmo
(Fulgense del convento de la calle de San Honorato.)*

No tengo el honor de ser conocido de usted, señor; pero sé la plena confianza que en usted tiene la señora Presidenta de Tourvel y sé, además, cuán legítima es esa confianza. Creo, pues, poder, sin indiscreción, dirigirme a usted para obtener un servicio esencial, verdaderamente propio de su santo ministerio y en el cual coinciden el interés de la señora de Tourvel y el mío.

Tengo en mis manos papeles importantes que le conciernen.

que no pueden ser confiados a nadie y que no debo ni quiero poner en otras manos que las suyas. No tengo medio alguno de avisarle, porque razones, que tal vez sepa usted ya por ella, pero de las que yo no creo que me sea permitido enterarlo, le han hecho tomar el partido de rehusar toda correspondencia conmigo; partido que hoy confieso no poder censurar, porque ella no podía prever acontecimientos que yo mismo estaba muy lejos de esperar y que no eran posibles **sin la intervención** de la fuerza más que humana que en ella hay que reconocer.

Le ruego, pues, señor, que tenga la bondad de informaria de mis nuevas resoluciones y de pedirle por mí una entrevista particular en la que yo pueda reparar, al menos en parte, mis faltas por mis excusas, y, como último sacrificio, borrar a sus ojos las huellas de un yerro que me hizo culpable para con ella.

Hasta después de esta expiación preliminar, no osaré depositar a los pies de usted la humillante confesión de mis prolongados extravíos, e implorar su mediación para lograr una reconciliación más importante aún y desgraciadamente más difícil también.

¿Puedo esperar, señor, que no me negará usted un auxilio tan necesario y tan valioso; que se dignará sostener mi debilidad y guiar mis pasos por el nuevo sendero que tan ardentemente deseo seguir; pero que, lo confieso con bochorno, me es aún desconocido?

Espero su respuesta con la impaciencia del arrepentimiento que desea reparar las faltas cometidas y también, le ruego que lo crea, con tanto reconocimiento como veneración.

Su muy humilde, etc.

P. S.—Le autorizo, señor, en el caso de que lo juzgue conveniente, para comunicar esta carta a la señora de Tourvel, a la que me impongo el deber de respetar durante toda mi vida, sin dejar nunca de honrar a aquella de quien se sirvió el cielo para hacerme volver a la virtud por el conmovedor ejemplo de la suya.

Quinta de... 22 octubre 17...

C A R T A C X X I

La marquesa de Merteuil al caballero Danceny.

He recibido su carta, mi joven, demasiado joven, amigo; pero antes de darle las gracias, tengo que regañarle, previéndole que, si no se corrige, no obtendrá respuesta alguna de mi parte. Deje usted, pues, si quiere hacerme caso, ese tono de adulación que no es más que una jerga vana, cuando no es la expresión sincera del amor. ¿Es ese el estilo de la amistad? No, amigo mío: cada sentimiento tiene su lenguaje propio y el servirse de otro distinto es disfrazar el pensamiento que se expresa. Sé perfectamente que nuestras mujercitas no entienden nada de lo que se les dice si no es traducido de algún modo en esa jerga usual; pero creía merecer, lo confieso, que usted me distinguiese de ellas. Estoy realmente enfadada, más tal vez de lo que debiera estarlo, por haberme juzgado usted tan mal.

No encontrará usted, pues, en mi carta más que lo que falta en la suya: franqueza y sencillez. Le diré, por ejemplo, que tendría gran placer en verlo y que estoy contrariada por no tener a mi lado más que gentes que me molestan, en lugar de las que me agradan; pero usted traduce así esa misma frase: *Enséñeme a vivir donde usted no esté*; de modo que es de suponer que cuando se halle usted al lado de su amante no sabrá vivir con ella si yo no estoy entre los dos. ¡Qué lástima! Y respecto a esas mujeres *a las que les falta siempre ser yo*, ¿cree usted acaso que también le falta eso a su Cecilia? He aquí adonde lleva un lenguaje que por lo mucho que se abusa hoy de él, está aún por debajo de la jerga de vanos cumplidos, y no resulta más que un simple protocolo, al que no se da más crédito que a la vulgar fórmula de su humilde servidor.”

Amigo mío, cuando me escriba usted, que sea para expresarme su manera de pensar y de sentir y no para enviarme frases que podré encontrar sin usted. mejor o peor dichas, en la

primera novela de que eche mano. Creo que no se enfadará usted por lo que aquí le digo, aunque viera en ello algo de mal humor; porque no niego que lo tenga; pero por evitar hasta la apariencia de lo que le reprocho, no le diré que quizá influya en él algo mi alejamiento de usted. Me parece que, en resumidas cuentas, usted vale más que un pleito y dos abogados, y acaso más también que el *atento* Belleruche.

Ya ve usted que, en vez de desolarse por mi ausencia, debía felicitarle, porque jamás le había hecho tan gentil cumplido. Creo que el ejemplo me arrastra y quiero también adularle; pero, no prefiero atenerme a mi franqueza; sólo es, pues, esta la que le asegura mi tierna amistad y el interés que me inspira. Es muy dulce tener un amigo joven, cuyo corazón está ocupado por otra. No es este el sistema de todas las mujeres; pero es el mío. Me parece que se entrega una más libremente a un sentimiento del que nada tiene que temer; así, yo he pasado para usted, bien tempranamente sin duda, al papel de confidente. Pero usted elige sus amantes tan jóvenes que me ha hecho advertir por primera vez que empiezo a ser vieja. Bien está que prepare usted así una larga carrera de constancia y le deseo de todo corazón que le sea recíproca.

Hace usted bien en rendirse a los motivos *tiernos y honrados* que, según me dice, retardan su felicidad. La larga defensa es el único mérito que les queda a las que no se resisten siempre; y lo que juzgaría imperdonable en otra que no fuera tan niña como la joven Volanges sería no saber huir de un peligro del que fué suficientemente advertida por la confesión que hizo de su amor. Ustedes, los hombres, no tienen idea de lo que es la virtud y de lo que cuesta sacrificarla. Pero, por poco que una mujer razone, debe saber que, independientemente de la falta que comete, una debilidad es para ella la mayor de las desgracias; y yo no concibo que ninguna se rinda, si puede tener un momento de reflexión.

No vaya a combatir esta idea, porque ella es la que me liga a usted principalmente. Usted me salvará de los peligros del amor; y aunque haya sabido defenderme muy bien sin usted hasta ahora, consiento en deberle gratitud y así lo querré más y mejor.

Con esto, mi querido caballero, le pido a Dios que le tenga en su santa guarda.

Quinta de... 22 octubre 17...

C A R T A C X X I

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

Esperaba, mi amable hija, poder calmar sus inquietudes; y, al contrario, veo con pena que se las voy a avivar. Tranquilícese usted, sin embargo; mi sobrino no está en peligro; ni siquiera puede decirse que está realmente enfermo. Pero le pasa seguramente algo extraordinario. No lo comprendo; pero he salido de sus habitaciones con un sentimiento de tristeza, quizá hasta de miedo, que me reprocho hacerle compartir a usted; pero del que, no obstante, no puede dejar de hablarle. He aquí el relato de lo ocurrido; usted puede estar segura de que es fiel, porque, aunque viviera ochenta años, no se me borraría la impresión que me ha hecho tan triste escena.

Fuí, pues, esta mañana, al cuarto de mi sobrino; lo encontré escribiendo y rodeado de diversos legajos de papeles, que parecían el objeto de su trabajo. Estaba tan absorbido por éste que llegué hasta en medio de la habitación sin que volviera la cabeza para ver quién entraba. En cuanto me vió, advertí, al levantarse, que se esforzaba en componer su semblante; y esto es lo que me hizo fijarme más en él. Estaba, en verdad, desaliñado; pero yo lo encontré pálido y con las facciones un tanto descompuestas; su fisonomía presentaba una visible alteración. Su mirada, tan viva y alegre, como usted sabe, era triste y abatida; en fin, dicho sea entre nosotros, yo no hubiera querido que usted lo viera así, porque tenía el aspecto lastimoso, muy apropiado, a mi parecer, para inspirar esa tierna piedad que es uno de los más peligrosos lazos del amor.

Aunque impresionada por mis observaciones, inicié la conversación como si no hubiera advertido nada. Le hablé al

principio de su salud, y, sin decirme que fuera buena, tampoco indicó que fuese mala. Entonces me quejé de su retraimiento, que tenía alguna apariencia de manía y procuré dar un tono jovial a mi ligera reprimenda; pero él me respondió únicamente con honda gravedad: "Es una falta más, lo confieso; pero será reparada como las demás". Su tono, más que sus palabras, dió un poco al traste con mi jovialidad y me apresuré a decirle que daba demasiada importancia a un sencillo reproche de cariño.

Nos pusimos, pues, a hablar tranquilamente. Me dijo poco después que acaso un asunto, *el más importante asunto de su vida* lo llame pronto a París;; pero, como yo temía adivinarlo, mi querida y bella amiga, y ese principio propendía a una confidencia que yo no deseaba, no le hice pregunta alguna y me limité a responderle que un poco de distracción sería útil a su salud. Agregué que por ello no le instaría para que siguiera en la quinta, por querer a mis amigos por ellos mismos y no por sus complacencias para mí; al oír esta frase tan sencilla, me estrechó las manos y hablando con una vehemencia que no puedo pintarle a usted: "Sí, tía mía, quiera usted, quiera mucho a su sobrino que la respeta y la adora; y, como dice usted, quiéralo por él mismo. No se preocupe usted de su dicha ni turbe usted por ningún resquemor la eterna tranquilidad que espera gozar pronto. Repítame que me quiere y que me perdona; sí, me perdonará, conozco su bondadosa indulgencia; pero, ¿cómo esperar esta también de aquellos a quien tanto he ofendido?". Entonces se inclinó ante mí para ocultarme, según creo, las muestras de su dolor, que su voz me delataba a pesar suyo.

Mas conmovida de cuanto puedo decirle, me levanté precipitadamente; y sin duda, él advirtió mi sobresalto, porque, reprimiéndose inmediatamente: "¡Perdón, agregó, perdón, señora! Veo que me extravió a mi pesar. Le ruego que olvide mis palabras y sólo tenga en cuenta mi profundo respeto. No dejaré, añadió, de ir a reiterarle mis homenajes antes de mi partida". Me pareció que esta última frase me invitaba a terminar mi visita y me fuí, en efecto.

Pero cuanto más reflexiono, menos adivino lo que ha que-

rido decir. ¿Cuál es ese asunto, *el más importante de su vida?* ¿A propósito de qué me pide perdón? ¿De dónde le provino su involuntario enternecimiento al hablarme? Ya me he hecho mil veces estas preguntas sin hallarles respuesta. No veo que esto tenga relación alguna con usted; sin embargo, como los ojos del amor son más clarividentes que los de la amistad, no he querido dejar de decirle a usted nada de lo ocurrido entre mi sobrino y yo.

He tenido que interrumpir cuatro veces esta larga carta, que sería más larga aún sin la fatiga que siento. Adiós, mi querida y bella amiga.

Quinta de..., 25 octubre 17...

CARTA CXXIII

El Padre Anselmo al vizconde de Valmont.

Recibí, señor vizconde, la carta con que me honró usted; y ayer mismo me trasladé, según sus deseos, a casa de la persona en cuestión. Le expuse el objeto y los motivos de la gestión que usted me había encargado hacer cerca de ella. Aunque la encontré aferrada al prudente partido que había tomado anteriormente, al hacerle ver yo que acaso correría el riesgo de poner un obstáculo con su negativa a la venturosa conversión de usted y de oponerse así en cierto modo a los designios misericordiosos de la Providencia, consintió en recibir sus visita, a condición, en todo caso, de que sea la última, y me dió el encargo de decirle que estará en su casa el próximo jueves, veintiocho. Si no pudiera usted ir ese día, tenga la bondad de avisárselo y de indicarle otro. Su carta será recibida.

Sin embargo, señor vizconde, permítame usted invitarlo a no dar un aplazamiento sin fuertes razones, a fin de poder entregarse más pronto y más completamente a las laudables disposiciones que me muestra en su carta. Piense que quien tarda en aprovechar el momento de la gracia se expone a que le

sea retirada ésta; que si la bondad de Dios es infinita, su aplicación es regulada por la justicia; y que puede llegar un momento en que el Dios de la misericordia se convierta en el Dios de la venganza.

Si continúa usted honrándome con su confianza, le ruego que cuente con mi solícita asistencia en cuanto la desee; por muchas que sean mis ocupaciones, mi más importante misión será siempre la de cumplir los deberes del santo ministerio al que me he consagrado especialmente, y el momento más feliz de mi vida será aquél en que vea prosperar mis esfuerzos por la bendición del Todopoderoso. ¡Como débiles pecadores que somos, nada podemos lograr por nosotros mismos! Pero el Dios que lo llama a usted, todo lo puede; y deberemos igualmente a su bondad, usted el deseo constante de ir a El, y yo los medios de conducirlo. Con su auxilio espero convencerlo a usted pronto de que sólo la santa religión puede dar, aún en este mundo, la felicidad sólida y verdadera que se busca vanamente en el ofuscamiento de las pasiones humanas.

Tengo el honor de ser, con respetuosa consideración, etc

París, 25 octubre 17...

C A R T A C X X I V

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde

En medio del estupor en que me ha sumido un acontecimiento del que tuve noticia ayer, no olvido, señora, la satisfacción que ha de causarle y me apresuro a participárselo. El señor de Valmont no se preocupa ya ni de mí ni de su amor; no quiere más que reparar por una vida muy edificante las faltas o mejor los yerros de su juventud. De este gran acontecimiento me informó el Padre Anselmo, a quien se ha encomendado para que lo dirija en el porvenir y también para que le procure una entrevista conmigo, cuyo objeto principal creo ha de ser el devolverme mis cartas que había guardado hasta aquí a pesar de mis reiteradas peticiones en contrario.

No puedo hacer, sin duda, más que aplaudir ese feliz cambio y felicitarle; sí, como él dice, yo he podido contribuir a él en algo. Pero, ¿por qué he de haber sido yo el instrumento de él y ha de costarme el reposo de toda mi vida? ¿No podía lograrse la felicidad del señor de Valmont más que por mi infortunio? ¡Oh, mi indulgente amiga, perdóneme esta queja! Ya sé que no me compete el sondear los designios de Dios; pero, mientras yo le pido sin cesar y siempre en vano, la fuerza para vencer mi desdichado amor, se la prodiga a quien no se la pedía y me deja sin auxilio, entregada por completo a mi debilidad.

Pero ahogemos esta culpable murmuración. ¿No sé que el hijo pródigo obtuvo a su regreso más gracias de su padre que el otro hijo que jamás se había ausentado? ¿Qué cuentas podemos pedir a quien nada nos debe? Y, aunque fuera posible que tuviéramos algunos derechos para con él, ¿cuáles podrían ser los míos? ¿Puedo vanagloriarme de una honestidad que sólo debo a Valmont? Este me ha salvado, ¿y he de osar quejarme al sufrir por él? No; mis sufrimientos me serán queridos si son el precio de su felicidad. Sin duda, era preciso que él volviera al hogar del Padre común; Dios, que lo había creado, tenía que amar su obra. No había de haber formado ese ser encantador para no hacer de él sino un réprobo. Es a mí a quien toca soportar el castigo de mi audaz imprudencia. ¿No debí comprender que, puesto que me estaba vedado amarlo, no debía permitirme verlo?

Mi falta y mi desgracia fué el resistir tanto tiempo a la evidencia de tal verdad. Usted es testigo, mi querida y digna amiga, de que me sometí a ese sacrificio en cuanto reconocí su necesidad; mas para que fuese completo hacía falta que el Sr. De Valmont no lo compartiera. ¿Le he de recatar que esta idea es la que más me atormenta ahora? ¡Insoportable orgullo que suaviza los males que sufrimos por los que hacemos sufrir! ¡Ah!, yo venceré a este corazón rebelde, lo acostumbraré a las humillaciones.

Ha sido, sobre todo, por este propósito por lo que he consentido, al fin, en recibir, el jueves próximo, la penosa visita del Sr. De Valmont. En ella, le oiré decirme él mismo que ya

no soy nada para él, que la débil y pasajera impresión que le hice se ha borrado por completo. Veré sus miradas fijarse en mí, sin emoción, mientras el miedo a delatar la mía me hará bajar los ojos. Las mismas cartas que negé a mis reiteradas peticiones durante tanto tiempo, las recibiré de su indiferencia; me las entregará como objetos inútiles que ya no le interesan, y mis manos trémulas, al recibir ese vergonzoso depósito, sentirán que es puesto en ellas por otras manos firmes y tranquilas. En fin, lo veré alejarse..., alejarse para siempre, y mis miradas, que lo seguirán, no verán volverse hacia mí las tuyas.

¡Tanta humillación me estaba reservada! ¡A! ¡Al menos que me sea provechosa, inculcándome el sentimiento de mi flaqueza...! Sí, esas cartas que ya no se preocupa de guardar, las conservaré como un tesoro. Me impondré la vergüenza de releerlas todos los días, hasta que mis lágrimas hayan borrado por completo sus últimos trazos; y quemaré las tuyas como inficionadas del peligroso veneno que corrompió mi alma. ¡Oh! ¿Qué es, pues, el amor, si nos hace echar de menos hasta los peligros a que nos expone; si, sobre todo, hay que temer el sentirlo aun cuando ya no se inspira? Huyamos de esta pasión funesta que no deja elegir más que entre la vergüenza y la desdicha, cuando no junta las dos; y que, al menos, la prudencia supla la virtud.

¡Qué lejos está todavía el jueves! ¿Por qué no he de poder consumir al instante ese doloroso sacrificio y olvidar a la vez su causa y su objeto? Esa visita me molesta; me arrepiento de haberla prometido. ¡Ah! ¿Qué necesidad tiene de volver a verme? ¿Qué somos ya el uno para el otro? Si él me ha ofendido, lo perdono. Hasta lo felicito por querer reparar sus faltas; lo alabo por ello. Haré más: lo imitaré; y, seducida por los mismos errores, su ejemplo me hará redimirme. Pero si su propósito es huir de mí, ¿por qué empieza por buscarme? ¿No es lo más urgente para ambos el olvidarnos el uno al otro? ¡Ah! Ese sería, en adelante, mi único empeño.

Si usted me lo permite, mi amable amiga, será a su lado a donde iré a dedicarme a tan ardua empresa. Si tengo nece-

sidad de auxilios, quizás de consuelos, no los quiero obtener más que de usted. Usted sola sabe entender y hablar a mi corazón. Su preciosa amistad llenará toda mi existencia. Nada me parecerá difícil para secundar los cuidados que usted ha de prestarme. Le deberé mi tranquilidad, mi ventura, mi virtud, y el fruto de sus bondades para mí será el hacerme digna de ellas.

Creo que me he extraviado mucho en esta carta; lo presumo, al menos, por la turbación que no he cesado de sentir al escribirla. Si hay en ella algunos sentimientos de los que tenga que sonrojarme, cúbralos usted con su indulgente amistad, a la que me encomiendo totalmente. A usted no quiero recatarle ninguno de los impulsos de mi corazón.

Adiós, mi respetable amiga. Espero anunciarle de aquí a muy pocos días el de mi llegada.

París, 25 octubre 17...

C A R T A C X X V

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¡He aquí, ya vencida, a esa mujer soberbia que osó tener la presunción de poder resistírseme! ¡Sí, mi bella amiga, ya es mía, completamente mía; desde ayer no le queda nada que concederme.

Estoy todavía en tan gozosa plenitud de mi ventura que no puedo apreciarla; pero me asombra el encanto desconocido para mí hasta ahora que he sentido. ¿Será cierto que la virtud aumenta el valor de una mujer hasta en el mismo momento de su debilidad? Pero releguemos esta idea pueril con los cuentos de viejas. ¿No se encuentra siempre y por todas partes una resistencia mejor o peor fingida antes del primer triunfo? ¿Y he encontrado yo en ninguna otra parte el encanto aludido? Este no es, sin embargo, tampoco el del amor, porque, en fin, si he tenido alguna vez cerca de esta mujer

sorprendente momentos de flaqueza que se asemejaban a los de esa pasión pusilámide, he sabido siempre vencerlos y volver a mis principios. Aun cuando la misma escena de ayer me arrastrara, como creo, un poco más lejos de lo que contaba; aunque compartiera momentáneamente la turbación y la embriaguez que producía, aquella pasajera ilusión se habría disipado ya; y, sin embargo, subsiste el mismo encanto. Hasta tendría, lo confieso, un placer muy dulce en entregarme a él, si no me causara alguna inquietud. ¿Podiera yo, a mis años, ser dominado por un sentimiento involuntario y desconocido, como un colegial? No; es preciso, ante todo, combatirlo y analizarlo.

Tal vez, por lo demás, he vislumbrado ya la causa. Me complazco, al menos, con esta idea, y quisiera que fuese cierta.

En la multitud de mujeres con las que he desempeñado, hasta ahora, el papel y las funciones de amante, no había encontrado todavía ninguna que no tuviera, por lo menos, tantas ganas de rendirse como yo de vencerla; hasta me había acostumbrado a llamar gazmoñas a las que no andaban más que la mitad del camino, por oposición a tantas otras cuya provocativa defensa no suele velar sino muy deficientemente sus primeras insinuaciones.

Aquí, por el contrario, encontré primeramente una prevención desfavorable, robustecida después por los consejos y los informes de una mujer rencorosa, pero clarividente; una timidez natural y extremada, que fortalecía un pudor avisado; un apego a la virtud que dirigía la religión y que contaba ya con dos años de triunfo; en fin, determinaciones rotundas, inspiradas por esos diversos motivos y enderezadas todas ellas al fin de sustraerse a mis persecuciones.

No es esta, pues, como en mis demás aventuras, una capitulación más o menos ventajosa, de las que es más fácil aprovecharse que enorgullecerse; es una victoria completa, lograda por una campaña penosa y decidida por sabias maniobras. No es, por ende, extraño que este éxito, debido a mí sólo, tenga más valor para mí; y la añadidura de placer que he experimentado en mi triunfo, que experimento todavía, no es más que la dulce impresión del sentimiento de la glo-

ria. Me aferro a esta manera de ver que me libra de la humillación de pensar que pueda depender en modo alguno de la sierva a la que yo mismo he esclavizado; que yo no tenga en mí mismo la plenitud de mi ventura y que la facultad de hacerme gozar en grado máximo esté reservada a tal o cual mujer, con exclusión de todas las demás.

Estas sensatas reflexiones regularán mi conducta en esta importante ocasión; y puede usted estar segura de que no me dejaré encadenar de tal modo que no pueda a cualquier hora romper estos nuevos lazos a mi antojo y sin esfuerzo. Pero ya he llegado a hablarle de mi ruptura y aún ignora usted de qué manera he adquirido tal derecho; lea, pues, y vea a lo que se expone la prudencia al intentar socorrer a la locura. Estudié tan atentamente mis frases y sus respuestas, que confío en poder referirle unas y otras con una exactitud que ha de satisfacerla.

Verá usted, por las copias adjuntas de dos cartas (1), qué mediador elegí para acercarme a mi bella y con qué celo el santo varón se esforzó en juntarnos. Pero he de decirle, además, que, según me enteré por una carta interceptada, como de costumbre, el temor y la pequeña humillación de ser abandonada, habían trastornado un poco la prudencia de la austera devota, y habían henchido su corazón y su cabeza de sentimientos e ideas que, no por carecer de sentido común, dejaban de ser interesantes. Y, después de estos preliminares, cuyo conocimiento es necesario, ayer, jueves, día fijado por la ingrata, me presenté en su casa como tímido y arrepentido esclavo para salir de ella como coronado vencedor.

Eran las seis de la tarde cuando llegué a casa de la bella reclusa, porque desde su vuelta estaban sus puertas cerradas a todo el mundo. Intentó lavantarse cuando se me anunció; pero sus piernas temblorosas no le permitieron sostenerse en pie, y se volvió a sentar inmediatamente. Como el criado que me había introducido tuviera que hacer algún servicio en la habitación, ella pareció impacientarse. Llenamos aquel intervalo con los cumplidos usuales. Pero, para no perder nada de

(1) Cartas CXX y CXXII.

un tiempo del que todos los momentos eran preciosos, examiné cuidadosamente el local en tanto, y, desde luego, marqué con la mirada el teatro de mi victoria. No había podido yo elegir uno más propicio, porque en la misma habitación había una otomana. Pero noté que frente a ella había un retrato del marido, y temí, lo confieso, que, tratándose de una mujer tan singular, una sola mirada que el azar dirigiera hacia aquel lado, destruyera en un instante el resultado de tantos trabajos. Al fin, nos quedamos solos, y yo entré en materia.

Después de haber expuesto en pocas palabras que el padre Anselmo debía de haberla informado de los motivos de mi visita, me quejé del rigor con que me había tratado, e hice hincapié especialmente en el *desprecio* de que había sido objeto por su parte. Se defendió como yo esperaba y como usted esperará también; aduje como pruebas la desconfianza y el miedo que la había inspirado; además de su escandalosa huida, su negativa a contestar mis cartas y hasta a recibir-las, etc., etc. Como empezara una justificación que hubiera sido fácil, creí deber interrumpirla, y para hacerme perdonar mi brusca salida, la rebocé en un halago: "Si tantos encantos—le dije—han hecho en mi corazón una impresión tan profunda, tantas virtudes no han podido menos de hacerla igualmente en mi alma. Seducido, sin duda, por el deseo de acercarme a usted, osé creerme digno de ello. No le reprocho que haya usted opinado de otra manera; pero me castigo por mi error." Como guardara el silencio de la confusión, continué: "He deseado, señora, o justificarme a sus ojos u obtener de usted el perdón de los yerros que me imputa, a fin de poder, por lo menos, terminar con alguna tranquilidad mis días, a los que no doy valor alguno desde que usted se negó a embellecerlos."

Aquí intentó responder: "Mi deber no me permitía..." Y la dificultad de acabar la mentira exigida por el deber no le permitió terminar la frase. Yo repliqué, en el más tierno tono: "¿Es, pues, verdad que huyó usted de mí?" "Mi partida era necesaria." "¿Y qué me aleja de usted?" "Es preciso." "¿Y para siempre?" "Debo hacerlo así." No necesito decirle a usted que, durante este corto diálogo, la voz de la tier-

na gazmoña era ahogada y que sus ojos no se alzaban hasta mí.

Creí deber animar un poco aquella escena que languidecía; así, pues, levantándome, con aire de despecho: “Su firmeza—le dije—me devuelve toda la mía. Pues bien: sí, señora, nos separaremos más aún de lo que usted cree, y podrá usted felicitarse a sus anochas de su obra.” Un poco sorprendida por mi tono de reproche, quiso replicar: “La resolución que ha tomado usted...—dijo—.” No es más que el efecto de mi desesperación—le contesté con arrebató—. Usted ha querido que sea desgraciado; yo le probaré que lo ha conseguido, aún más de lo que podía desear.” “Yo deseo su dicha—respondió—.” Y el son de su voz empezaba a anunciar una emoción bastante fuerte. Así, precipitándome a sus pies y en el tono dramático que usted ya conoce: “¡Ah, cruel!—exclamé—; Puede haber para mí una dicha que usted no comparte? ¿Dónde hallarla lejos de usted? ¡Ah, jamás, jamás!” He de confesar que al exaltarme hasta tal punto, contaba con el auxilio de las lágrimas; pero, fuese por mala disposición o acaso sólo por la atención penosa y contraria que ponía en todos los detalles, me fué imposible llorar.

Por fortuna, recordé en el acto que para subyugar a una mujer todos los medios son buenos y que basta sorprenderla con un violento ímpetu para producirle una impresión profunda y favorable. Suplí, pues, por el terror la sensibilidad que me había fallado, y para ello, cambiando sólo la inflexión de mi voz y conservando la misma postura: “Sí—continué—, hago, a sus pies, el juramento de poseerla o morir.” Al pronunciar las palabras últimas se encontraron nuestras miradas. No sé lo que la tímida devota vió o creyó ver en las mías; pero se levantó con aire de susto y se escapó de mis brazos, que la habían rodeado. Es verdad que no hice nada para retenerla, porque había observado muchas veces que las escenas de desesperación llevadas demasiado vivamente caen en el ridículo al prolongarse, o no dejan más que recursos verdaderamente trágicos, que yo estaba muy lejos de querer emplear. Sin embargo, al alejarse de mí, agre-

gué, en tono bajo y siniestro, pero de manera que pudiera oírme: “¡Pues bien: la muerte!”

Me levanté entonces, y guardando un momento de silencio, le lancé, como por casualidad, miradas hoscas que, no por parecer extraviadas, eran menos perspicaces y observadoras. La actitud vacilante, la respiración brusca, la contracción de todos los músculos, los brazos trémulos y medio alzados, todo me probaba en ella que había producido el efecto que quería; pero como en amor nada acaba sino muy de cerca, y estábamos bastante separados, había, ante todo, que lograr la aproximación. Para conseguirlo, pasé lo más rápidamente que pude a una aparente tranquilidad, adecuada para calmar los efectos de aquella situación violenta sin debilitar su impresión.

Mi transición fué: “Soy muy desgraciado. He querido vivir para hacer la felicidad de usted, y la he turbado. Me sacrifico por su tranquilidad, y la turbo también.” A continuación, con aire circunspecto, pero cohibido: “Perdón, señora; poco avezado a las tormentas de las pasiones, no sé reprimir sus agitaciones. Si he hecho mal en entregarme a ellas, piense, al menos, que es por última vez. ¡Ah, cálmese usted, cálmese, se lo ruego!” Y, durante este largo discurso, me fuí acercando insensiblemente a ella. “Si quiere usted que me calme—replicó la bella, azorada—, tranquilícese usted también.” “¡Oh! Sí, se lo prometo—le dije—.” Y agregué, con voz más débil: “Si el esfuerzo es grande, al menos no será largo. Pero—añadí inmediatamente, con aire de extravío—he venido a devolverle sus cartas, ¿no es así? ¡Por favor, dignese tomarlas! Me quedaba por hacer este doloroso sacrificio; no me deje usted nada que pueda debilitar mi valor.” Y, sacando de mi bolsillo la preciosa colección: “¡He aquí—le dije—el engañoso depósito de las seguridades de su amistad! El me ligaba a la vida; recójalo. Deme así usted misma la señal que debe separarme de usted para siempre.”

Aquí la medrosa enamorada cedió totalmente a su tierna inquietud: “Pero, Sr. De Valmont, ¿qué tiene usted y qué quiere decir? El paso que da hoy, ¿no es voluntario? ¿No es el fruto de sus propias reflexiones? ¿No son éstas las que

han hecho que usted mismo apruebe el partido necesario que yo adopté por deber?" "¡Oh! ¡Ese partido—repliqué— ha decidido el mío!" "¿Y cuál es?" "El único que puede, al separarme de usted, poner término a mis penas." "Pero, respóndame: ¿cuál es?" En tal punto la estreché en mis brazos, sin que se defendiera en modo alguno; y juzgando, por tal olvido de las conveniencias, cuán fuerte y poderosa era su emoción: "¡Mujer adorable—le dije, arriesgándome al entusiasmo—, usted no tiene idea del amor que inspira; no sabrá jamás hasta qué punto fué adorada y cuánto más querido que mi existencia es para mí este sentimiento! ¡Que todos los días sean para usted venturosos y tranquilos; que los embellezca toda la felicidad de que a mí me ha privado! ¡Pague siquiera este sincero voto con un suspiro, con una lágrima, y crea que el último de mis sacrificios no será el más penoso para mi corazón! ¡Adiós!"

Mientras le hablaba así, sentía su corazón palpitar con violencia; observaba la alteración de su semblante; veía, sobre todo, que la ahogaban las lágrimas y no corrían, sin embargo, sino escasas y lentas. Hasta entonces no tomé el partido de simular alejarme; y ella, retenién dome con fuerza: "¡No, oígame!—dijo vivamente—." "¡Déjeme usted!—le respondí—." "Me oirá usted; lo quiero." "Tengo que huir de usted; es preciso." "¡No!...—exclamó ella." Al pronunciar esta última palabra, se precipitó, o más bien cayó en mis brazos desvanecida. Como yo dudara todavía de tan feliz éxito, fingí un gran susto; pero, asustado y todo, la conduje, o la llevé, hacia el lugar antes designado para campo de mi gloria; y, en efecto, ella no volvió en sí sino ya sometida y entregada a su feliz vencedor.

Hasta aquí, mi bella amiga, advertirá usted en mí una pureza de método que la complacerá, y verá que no me aparté en nada de los verdaderos principios de esta guerra que, como hemos observado muchas veces, es tan semejante a la otra. Júzgueme, pues, como Turena o como el gran Federico. Forcé a combatir al enemigo que no quería más que temporizar; logré por sabias maniobras elegir el terreno para el combate y las disposiciones de éste; supe inspirar seguridad al enemigo para alcanzarlo más fácilmente en su retirada y aterrori-

zarlo luego antes del choque; no confié nada al azar, asegurándome una gran ventaja para el caso de vencer, y eficaces recursos en el de ser derrotado; en fin, no empeñé la acción sino después de tener segura una retirada en la que pudiera proteger y conservar todo lo que había conquistado anteriormente. Creo que esto es todo cuanto se puede hacer; pero temo ahora haberme reblandecido, como Aníbal, en las delicias de Capua. He aquí lo ocurrido después:

Desde luego, yo esperaba que tan gran acontecimiento no pasaría sin las lágrimas y la desesperación de costumbre; y, si noté al principio un poco más de confusión y una especie de recogimiento, atribuí lo uno y lo otro a su condición de gazmoña; así, pues, sin preocuparme de esas ligeras diferencias que creía meramente locales, seguí sencillamente el camino real de los consuelos, muy persuadido de que, como ocurre ordinariamente, las sensaciones aliviarían el sentimiento y que un solo acto haría más que todas las frases, las que, sin embargo, no dejé de prodigar. Pero encontré una resistencia verdaderamente alarmante, más aún que por su exceso, por la forma en que se mostraba.

Figúrese usted una mujer sentada, con una rigidez inmóvil y un rostro impasible, con apariencias de no pensar, ni oír, ni entender; con los ojos fijos, vertiendo lágrimas en un derrame continuo, pero sin el menor esfuerzo. Tal se mostraba la señora De Tourvel durante mis discursos; pero, si yo intentaba llamar su atención hacia mí por una caricia, hasta por el gesto más inocente sucedían al punto a aquella aparente apatía el terror, el ahogo, las convulsiones, los sollózos y, a intervalos, algunos gritos, pero sin una palabra articulada.

Aquellas crisis se repitieron varias veces, y más fuertes en cada una de ellas; la última fué tan violenta, que yo llegué a sentirme por completo desalentado y temí por un instante haber obtenido una victoria inútil. Me acogí a los lugares comunes usuales, y entre ellos surgió éste: “¿Y ha caído usted en la desesperación por haber hecho mi felicidad?” Al oír esto, la adorable mujer se volvió hacia mí mostrándome su rostro, que, aunque un poco descompuesto aún, ya había recobrado su expresión celestial. “¡Su felicidad!—me dijo—.” Ya

adivinará usted mi respuesta. “¿Es usted, pues, feliz?” Redoblé mis protestas. “¿Y feliz por mí?” Agregué los encomios y los halagos. Mientras yo hablaba, todos sus miembros fueron distendiéndose; volvió a caer blandamente en un sillón, y abandonándome una de sus manos que yo había osado coger: “Siento—me dijo—que esa idea me consuela y me alivia.”

Desde luego, supondrá usted que, una vez puesto de nuevo en el buen camino, ya no lo abandoné; era realmente el bueno y acaso el único. Así, cuando quise obtener un segundo éxito, encontré al principio alguna resistencia, y hube de andar con tiento por lo ocurrido antes; pero habiendo invocado en mi auxilio la misma idea de mi felicidad, sentí pronto sus favorables efectos. “Tiene usted razón—me dijo la tierna enamorada—; ya no puedo soportar mi existencia, sino en cuanto sirva para hacerlo a usted feliz. Me consagro totalmente a ello; desde este instante, me entrego a usted y no encontrará ya ni negativas ni remordimientos.” Fué con tal candor, ingenuo o sublime, como me entregó su persona y sus encantos y aumentó mi gozo, compartiéndolo. La embriaguez fué completa y recíproca, y, por vez primera, la mía sobrevivió al placer. No me despedí de sus brazos sino para caer a sus pies y jurarle un amor eterno; y he de confesarlo todo, pensaba entonces lo que decía. En fin, aun después de habernos separado, no dejo de pensar en ella y he de esforzarme mucho para distraerme de tal pensamiento.

¡Ah! ¿Por qué no está usted aquí para comparar, al menos el encanto de la acción con el de la recompensa? Pero no perderé nada con esperar, ¿no es cierto? Cuento con poder considerar, como convenido entre nosotros, el dichoso arreglo que le propuse en mi última carta. Ya ve usted que yo me apresto a ejecutarlo y que, como le prometí, mis asuntos estarán bastante adelantados para poder dedicarle una gran parte de mi tiempo. Apresúrese, pues, a despedir a su pesado Belleruche y deje al empalagoso Dancený para no ocuparse más que de mí. Pero ¿qué hace usted en el campo que ni siquiera me contesta? ¿Sabe usted que, de buena gana le echaría un regañón? Pero la felicidad induce a la indulgencia. Y, además, no olvido que al volver a alistarme en las filas de sus aspirantes,

debo someterme a sus caprichos. Recuerde usted, sin embargo, que el nuevo amante no quiere perder nada de los antiguos derechos del amigo.

Adiós, como en otro tiempo... *Sí, adiós, ángel mío; te envío todos los besos del amor.*

P. S.—¿Sabe usted que Prévan, después de un mes de arresto, ha sido obligado a dejar su Cuerpo? Esto es hoy la comidilla de todo París. En verdad, ha sido cruelmente castigado por una falta que no cometió, y el triunfo de usted es total y rotundo

París, 29 octubre 17...

C A R T A C X X V I

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

Le habría contestado antes, mi amable hija, si la fatiga de mi última carta no me hubiera devuelto mis dolores, los que me han impedido una vez más hacer uso del brazo en estos días. Tenía impacientes deseos de darle las gracias por las buenas noticias que me dió de mi sobrino, así como de dirigirla a usted, por mi parte, mis más sinceras felicitaciones. Forzosamente hay que reconocer en esto la mano de la Providencia, que, tocando al uno, ha salvado al otro. Sí, mi querida y bella amiga, Dios, que no quería más que probarla a usted, la ha socorrido en el momento de agotarse sus fuerzas; y, a pesar de sus murmuraciones, creo que tiene usted que darle muchas gracias. No dejo de comprender que le hubiera sido más agradable el haber tenido la iniciativa de tal resolución y que la de Valmont no hubiera sido más que una consecuencia de ella; hasta me parece, juzgando humanamente, que los derechos de nuestro sexo, de los que no queremos perder ninguno, hubieran salido mejor parados. Pero ¿qué son estas ligeras consideraciones ante los importantes fines logrados? ¿Por ventura, quien se salva de un naufragio se queja de no haber podido elegir los medios de salvación?

Pronto experimentará usted, mi querida hija, que las pe-

nas que teme se aliviarán por sí mismas; y aunque subsistieran siempre y por completo, no dejaría usted de sentir que eran más fáciles de soportar que los remordimientos del pecado y el desprecio de sí misma. Habría sido inútil hablarle antes con esta severidad; el amor es un sentimiento rebelde que la prudencia puede evitar, pero no vencer; y que, una vez nacido, no muere más que con su bella muerte o por la falta absoluta de esperanzas. Este último caso, en el que usted está, me da el valor y el derecho de decirle francamente mi opinión. Es cruel asustar a un enfermo desesperado que no es susceptible más que de consuelos y paliativos; pero es discreto señalarle a un convaleciente los peligros que corrió para inspirarle la prudencia que le hace falta y la sumisión a los consejos que pueden serle todavía necesarios.

Puesto que me elige usted por su médico, le hablo como tal y le digo que las pequeñas molestias que sufre ahora y que acaso exigen algunos remedios no son nada, sin embargo, en comparación con la terrible enfermedad cuya curación le ha sido asegurada. Después, como amiga de una mujer razonable y virtuosa, me permitiré añadir que esa pasión que la había subyugado, ya tan desdichada por sí misma, lo habría sido más por su objeto. Si de he creer lo que me dicen, mi sobrino, por el que he de confesar que siento una gran debilidad, y en el que concurren, en efecto, muchas cualidades laudables y muchos atractivos, no deja de ser peligroso para las mujeres ni de tener que acusarse de faltas con ellas, y pone igual empeño en seducirlas y en perderlas. Creo que usted lo hubiera convertido. Jamás hubo persona más digna de ello; pero tantas otras se han hecho esa ilusión y han sido defraudadas que prefiero no verla a usted puesta en tal caso.

Considere ahora, mi querida y bella amiga, que, en lugar de tantos peligros como hubiera tenido que correr, tendrá usted, con la tranquilidad de su conciencia y su propio sosiego, la satisfacción de haber sido la causa principal de la venturosa enmienda de Valmont. Por mi parte, no dudo que ella sea en gran parte obra de la valerosa resistencia de usted y que un momento de debilidad de su parte hubiera dejado tal vez a mi sobrino en su extravío por siempre.

Me agrada pensar así y deseo que usted piense lo mismo; en ello hallará usted sus primeros consuelos a la vez que yo nuevos motivos para quererla más.

La espero aquí dentro de pocos días, mi amable hija, como me anuncia. Venga a recobrar la calma y la ventura en los mismos lugares donde las perdió; venga, sobre todo, a regocijarse con su tierna madre por haber cumplido la palabra que le dió de no hacer nada que no fuera digno de ella y de usted,

Quinta de..., 30 octubre 17...

C A R T A C X X V I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

Si no respondí, vizconde, a su carta del 19, no fué por falta de tiempo, sino porque me puso de mal humor y la encontré sin sentido común. Creí que no podía hacer nada mejor que echarla en olvido; pero, puesto que usted vuelve sobre ella, parece aferrado a las ideas que contiene y toma mi silencio por consentimiento, he de decirle claramente mi opinión.

Yo he podido tener alguna vez la pretensión de suplir por mí sola todo un serrallo, pero no tuve la idea de prestarme a formar parte de él. Creía que usted sabría esto. Al menos ahora, que ya no puede usted ignorarlo, comprenderá fácilmente lo ridícula que ha tenido que parecerme su proposición. ¡Cómo! ¿Yo habría de sacrificar mi gusto, nuevo además, para dedicarme a usted? ¿Y dedicarme de qué modo? ¿Esperando por turno, como esclava sumisa los sublimes favores de su *Alteza*! Cuando quiera usted, por ejemplo, distraerse un poco de ese *encanto desconocido* que únicamente la *adorable*, la *celestial* señora de Tourvel le ha hecho sentir o cuando tema comprometer la idea superior que ha querido darle de sí a la *atrayente Cecilia*, entonces descenderá usted hasta mí en busca de placeres menos vivos en verdad, pero sin consecuencias; y sus excelsas bondades, aunque un poco raras, bastarán, por lo demás, para hacerme feliz.

Ciertamente, no escatima usted la buena opinión de sí mismo; pero, al parecer, yo no soy igualmente pródiga de modestia; por mucho que me miro no puedo verme rebajada hasta ese punto. Tal vez sea esto un yerro mío; pero le prevengo que tengo, además, muchos otros.

Tengo, sobre todo, el de creer que el *colegial*, el *empa-lagoso* Danceney, dedicado exclusivamente a mí, sacrificándome, sin hacer de ello un mérito, su primera pasión, aun antes de haber sido satisfecha, amándome, en fin, como se ama a su edad, podría, a pesar de sus veinte años, ser un factor más eficaz que usted en mi felicidad y mis placeres. Hasta me permitiré agregar que, si tuviera el capricho de darle un adjunto, no sería usted, al menos por ahora.

¿Por qué razones?, preguntará usted. En primer lugar, pudiera muy bien no haber ninguna, porque el capricho que habría de hacer preferirlo a usted, podría igualmente hacer excluirlo. Sin embargo, por cortesía, quiero razonarle mi actitud. Me parece que tendría usted que hacer demasiados sacrificios; y yo, en lugar de mostrarle la gratitud que no dejaría usted de esperar, sería capaz de creer que todavía era usted quien me la debía a mí. Ya ve que, tan alejados uno de otro por nuestro modo de pensar, no podríamos acercarnos de ninguna manera; y temo que haya de transcurrir mucho tiempo, pero mucho, antes de que yo cambie de opinión. Cuando me corrija, le prometo avisarle. Hasta entonces, créame, haga otras combinaciones y guárdese sus besos, ¡tiene usted tantas ocasiones para colocarlos mejor!

¿Adiós como en otro tiempo, dice usted? Pero en otro tiempo me parece que hacía más caso de mí; no me había destinado todavía a los terceros papeles; y, sobre todo, se dignaba usted esperar a que yo hubiera dicho sí para estar seguro de mi consentimiento. Conténtese, pues, con que, en lugar de decirle adiós como en otro tiempo, le diga adiós como ahora.

Servidora de usted, señor vizconde.

Quinta de..., 31 octubre 17...

C A R T A C X X V I I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Hasta ayer no recibí, señora, su tardía respuesta, que me hubiera matado en el acto si yo poseyera aún mi existencia; pero ya es poseedor de ella otro, y ese otro es el señor de Valmont. Ya ve usted que no le oculto nada. Aunque llegara a no juzgarme digna de su amistad, no temo tanto perderla como engañarla. Todo lo que puedo decirle es que puesta por el señor de Valmont en el dilema de elegir entre su muerte y su felicidad, me decidí por este último partido. No me ufano, ni me acuso; digo sencillamente la verdad.

Comprenderá usted fácilmente por esto la impresión que ha debido de hacerme su carta por las severas verdades que contiene. No crea, sin embargo, que haya podido suscitarme pesar alguno por lo hecho, ni pueda hacerme cambiar jamás de sentimientos ni de proceder. No dejo de pasar por momentos muy crueles; pero cuando más desgarrado tengo el corazón, cuando temo no poder ya soportar mis tormentos, me digo: "Valmont es feliz"; y todo se desvanece ante esta idea o más bien todo es trocado por ella en placer.

Me he consagrado, pues, a su sobrino, señora, y por él me he perdido. Ha llegado a ser el centro único de mis ideas, de mis sentimientos y de mis actos. En tanto que mi vida sea necesaria a su felicidad, será preciosa para mí y la tendré por venturosa. Si algún día él piensa de otro modo... no oírá ni una queja ni un reproche de mi parte. Ya he osado fijar los ojos en ese momento fatal y está tomado mi partido.

Verá usted ahora lo poco que puede afectarme el temor que parece tener de que el señor de Valmont pueda perderme un día; porque antes de ello habrá dejado de amarme; ¿y qué me importarán entonces vanos reproches que no he de oír? Como nada más que para él habré vivido, a él quedará confiada mi memoria; y, si se ve forzado a reconocer que lo amé, tendré suficiente justificación.

Acaba usted de leer, señora, en mi corazón. He preferido

la desgracia de perder su estimación por mi franqueza a la de hacerme indigna de ella por el envilecimiento de la mentira. He creído deber esta completa confianza a sus antiguas bondades para mí. Añadir una palabra más sería darle lugar a la sospecha de que tengo el orgullo de contar aún con ellas, cuando, al contrario, me hago justicia, renunciando a tal aspiración.

Soy respetuosamente, señora, su muy humilde y muy obediente servidora.

París, 1.º noviembre 17...

C A R T A C X X I X

El visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Dígame, amiga mía, ¿de dónde puede provenir ese tono de acritud y de mofa que impera en su última carta? ¿Cuál es el crimen que yo he cometido al parecer, sin darme cuenta y que la ha puesto de tan mal humor? Me reprocha usted que parezco contar con su consentimiento antes de haberlo obtenido; pero yo creía que lo que pudiera parecer presunción para todo el mundo, no podría ser tomado entre usted y yo más que por confianza. ¿Y desde cuándo estorba este sentimiento a la amistad o al amor? Al unir la esperanza al deseo no he hecho más que ceder a la impulsión natural que nos hace ponernos siempre lo más cerca posible de la felicidad que buscamos; y usted ha tomado por efecto del orgullo lo que no era sino señal de mi impaciente vehemencia. Sé muy bien que el uso ha impuesto en estos casos una duda respetuosa; pero usted sabe también que eso no es más que una fórmula, un simple protocolo; y me parece que yo estaba autorizado para creer que esas minuciosas precauciones no eran precisas entre nosotros.

Me parece, además, que esa marcha franca y libre, cuando está fundada en unas antiguas relaciones, es muy preferible

a la insípida adulación que hace desabrido al amor tan frecuentemente. Tal vez, por lo demás, el valor que yo le doy a este procedimiento no dimana sino del que concedo al bien que me recuerda; pero por lo mismo me será aún más penoso el ver que usted piensa de otro modo.

He aquí, sin embargo, la única falta mía que conozco; porque no imagino que usted haya podido pensar en serio que exista en el mundo una mujer que me parezca preferible a usted, y menos aún que yo haya podido apreciarla tan mal como aparenta creer. Se ha mirado usted mucho, según me dice a este propósito, y no ha podido verse rebajada hasta tal punto. Lo creo firmemente y ello sólo prueba que su espejo es fiel. Pero, ¿no hubiera podido usted deducir con más facilidad y justicia que seguramente yo no la había juzgado así?

En vano le busco una causa a tan extraña idea. Me parece, sin embargo, que procede, más o menos directamente, de los elogios que yo me he permitido hacer de otras mujeres. Así lo infero, al menos, de su prurito en subrayar los epítetos *adorable*, *celestial*, *atrayente*, que empleé al hablarle de la señora de Tourvel o de la joven Volanges. Pero, ¿no sabe usted que esas palabras, más frecuentemente cogidas al azar que por reflexión, expresan, más que el caso que se hace de la persona, la situación en que se está al hablar de ella? Y, si en el mismo instante en que yo estaba tan vivamente afectado por la una o por la otra, no dejaba de desearla a usted; si le daba una marcada preferencia sobre ambas, puesto que, en fin de cuentas, no podía renovar nuestras antiguas relaciones sin perjuicio de las dos, no creo que en esto haya un gran motivo de reproches.

No me será más difícil justificarme respecto al *encanto desconocido* que, al parecer le ha molestado a usted también un poco; porque, ante todo, el hecho de ser desconocido no implica el que sea más fuerte. ¡Ah! ¿Quién podría superar los deliciosos placeres que usted sabe hacer siempre nuevos y cada vez más vivos? Sólo quise decir que era de un género no probado todavía por mí, pero sin pretender asignarle categoría alguna; y agregué lo que repito hoy, esto es, que, comoquiera que sea, sabré combatirlo y vencerlo. Pondré en

ese ligero trabajo mucho más celo aún, si puedo considerarlo como un homenaje que ofrecerle a usted.

De la joven Cecilia creo inútil hablarle. No habrá usted olvidado que me encargué a petición suya de esa niña, y no espero más que su permiso para deshacerme de ella. Pude apreciar su ingenuidad y su frescura; hasta he podido creerla alguna vez atrayente, porque, más o menos, nos complacemos siempre un poco en nuestra propia obra; pero ciertamente, no tiene consistencia en ningún sentido para que se fije en ella la atención.

Ahora, mi bella amiga, apelo a su justicia, a sus pristinas bondades para mí; a la larga y perfecta amistad, a la completa confianza que estrecharon después nuestros lazos, para que juzgue en definitiva, ¿he merecido el tono riguroso que ha adoptado usted conmigo? Mas, ¡qué fácil le será indemnizarme cuando quiera! Diga una palabra solamente y verá si todos los encantos y todos los atractivos me retienen aquí, no ya un día, sino un minuto. Volaré a echarme a sus pies y en sus brazos y le probaré mil veces y de mil maneras que usted es, que usted será siempre, la verdadera soberana de mi corazón.

Adiós, mi bella amiga; espero su respuesta con gran ansiedad.

París, 3 noviembre 17...

C A R T A C X X X

La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.

¿Por qué, mi querida y bella amiga, quiere usted dejar de ser mi hija? ¿Por qué parece anunciarme que se va a cortar toda correspondencia entre nosotras? ¿Es para castigarme por no haber adivinado lo que era contrario a toda verosimilitud? ¿O sospecha usted que la afligí deliberadamente? No, ya conozco demasiado bien su corazón para creer que pueda

juzgar así al mío. Así, la pena que me ha causado su carta se refiere a mí menos que a usted misma.

¡Oh, mi joven amiga! Se lo digo con dolor; pero es usted demasiado digna de ser amada para que el amor pueda hacerla feliz nunca. ¡Ah; ¿Qué mujer verdaderamente sensible y delicada no encontró el infortunio en ese mismo sentimiento que le prometía tanta felicidad? ¿Saben los hombres apreciar a la mujer que poseen?

No es que no haya muchos honrados en sus procedimientos y constantes en sus afecciones; pero, aun entre éstos, ¡qué pocos saben ponerse al unísono con nuestro corazón! No crea, mi querida hija, que su amor es semejante al nuestro. Experimentan la misma embriaguez, hasta poner frecuentemente más arrebatado; pero no conocen esa inquieta ansiedad, esa delicada solicitud que a nosotras nos inspiran esos cuidados tiernos y continuos, cuyo único objeto es el hombre amado. El hombre goza por el placer que siente y la mujer por el que proporciona. Esta diferencia, tan esencial y tan poco notada, influye de un modo muy sensible en la totalidad de sus conductas respectivas. El placer del uno es satisfacer sus deseos; el del otro es, sobre todo, suscitarlos. El agradar no es para él más que un medio de obtener el éxito, en tanto que para ella es el éxito mismo. Y la coquetería, tan frecuentemente reprochada a las mujeres, no es otra cosa que el abuso de esa manera de sentir, cuya realidad prueba por lo mismo. En fin, ese gusto exclusivo que caracteriza singularmente al amor, no es en el hombre más que una preferencia que, a lo más, sirva para aumentar un placer, que con otro objeto sería sin duda más débil, pero no dejaría de producirse; mientras que en las mujeres es un sentimiento profundo que, no sólo anula todo deseo extraño, sino que, más fuerte que la naturaleza, se sustrae a su imperio y no le deja sentir más que disgusto y repugnancia en el acto mismo que es principio y fin de la voluptuosidad.

No vaya usted a creer que las excepciones más o menos numerosas que es posible citar puedan desmentir estas verdades generales. No tienen más garantía que la de la voz pública que, sólo para los hombres, ha diferenciado la infideli-

dad de la inconstancia; distinción de la que se prevalecen cuando debieran ser humillados; y que, de nuestra parte no adoptaron jamás sino algunas mujeres depravadas que son el oprobio de nuestro sexo y para las cuales es bueno todo medio por el que creen salvarse de su baja.

He creído, mi querida y bella amiga, que podría ser conveniente el oponer estas reflexiones a las ideas quiméricas de una completa felicidad, con las que el amor no deja nunca de alucinar nuestra imaginación: esperanza engañosa a la que nos aferramos, hasta cuando nos vemos forzadas a abandonarla y cuya pérdida irrita y multiplica las penas, ya demasiado fuertes, inseparables de una viva pasión. Esta misión de suavizar las penas de usted o de disminuir su número es la única que yo puedo y quiero cumplir en estos momentos. En los males sin remedio los consejos no pueden ser aplicados con alguna eficacia más que al régimen. Solamente le pido que se haga cargo de que compadecer a un enfermo no es condenarlo. ¡ Oh! ¿ Quién somos los débiles y los falibles mortales para condenarnos unos a otros? Dejemos el derecho de juzgar a Aquel que lee en los corazones; y aún oso creer que a sus ojos paternales una suma de virtudes puede redimir una flaqueza.

Pero, sobre todo, la conjuro, mi querida amiga, a defenderse contra esas resoluciones violentas que, más que indicios de fuerza, lo son de un completo desaliento; no olvide que al hacer a otro poseedor de su existencia, para servirme de una expresión suya, no ha podido usted privar a sus amigos de lo que poseían de antemano y no cesarán nunca de reclamar.

Adiós mi querida hija; piense alguna vez en su tierna madre y crea que usted será siempre y por encima de todo el objeto de sus más caros pensamientos.

Quinta de..., 4 noviembre 17...

C A R T A C X X X I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¡Enhorabuena, vizconde! Esta vez estoy más contenta de usted que la anterior; pero ahora hablemos, como buenos amigos, y espero convencerlo de que, tanto para usted como para mí, la combinación que me propone es una verdadera locura.

¿No se ha dado usted cuenta todavía de que el placer, que, en efecto, es el único móvil de la unión de los dos sexos, no basta, sin embargo, para formar entre ellos un lazo consistente? ¿Que si es precedido del deseo que atrae es también seguido del hastío que rechaza? Esta es una ley de la naturaleza que sólo el amor puede cambiar; y el amor, ¿se tiene cuando se quiere? Hace falta siempre, sin embargo, y esto sería muy embarazoso si no se hubiera advertido afortunadamente que basta con que exista por una parte. La dificultad se ha reducido así a la mitad, sin que haya habido mucho que perder; en efecto, uno goza el placer de amar y el otro el de agrandar, algo menos vivo en verdad, pero al cual se une el de engañar, con lo que se establece el equilibrio; y todo queda arreglado.

Pero, dígame, vizconde, ¿cuál de nosotros dos se encargará de engañar al otro? Ya sabe usted la historia de los dos bribones que se reconocieron jugando. Entre nosotros, no podemos hacer nada, se dijeron; paguemos los naipes a medias; y dejaron la partida. Sigamos, créame usted, ese prudente ejemplo y no perdamos entre nosotros un tiempo que tan bien podemos emplear con otros.

Para probarle que aquí me guía el interés de usted tanto como el mío y que no procedo ni por enojo ni por capricho, no le rehusó el pago convenido entre nosotros; sé perfectamente, por lo demás, que para una sola noche nos bastaremos completamente; y hasta no dudo que la embelleceríamos lo bastante para no verla terminar sin sentimiento. Pero no ol-

videmos que ese sentimiento es necesario a la felicidad; y, por dulce que sea nuestra ilusión, no vayamos a creer que pueda ser perdurable.

Ya ve usted que me pongo en razón, a mi vez, y esto sin que usted se haya puesto en regla conmigo; porque, en fin, yo debía haber recibido las primeras cartas de la celestial gazmoña, y, sin embargo, bien porque usted la tenga en mucho todavía o bien porque haya olvidado las condiciones de un pacto que acaso le interesa mucho menos de lo que quiere hacerme creer, no ha llegado a mis manos ninguna, absolutamente ninguna. Sin embargo, o yo me engaño mucho, o la tierna devota debe de escribir bastante; porque, ¿qué puede hacer cuando está sola? No tiene seguramente el buen sentido de distraerse. Así, pues, yo tendría si quisiera algunos reproches que hacerle a usted; pero los paso por alto en compensación de lo poco de acritud que puse en mi última carta.

Ahora, vizconde, sólo me resta que hacerle una petición; y ésta tanto por usted como por mí: la de diferir un momento que yo deseo acaso tanto como usted, pero que me parece que debe ser retardado hasta mi regreso a París. Por una parte, aquí no tendríamos la libertad necesaria; y por otra yo podría correr algún riesgo; porque no haría falta más que algo de celos para que se hiciera más pegajoso este triste Belle-roche, que, sin embargo, está ya pendiente de un hilo. Ya tiene que hacer grandes esfuerzos para probarme su amor; de tal modo que ahora pongo tanta malicia como prudencia en las caricias que le prodigo. Verá usted, pues, que no tendría que hacerle aquí un gran sacrificio. En cambio, una infidelidad recíproca hará el encanto mayor.

¿Sabe usted que me pesa alguna vez el que nos veamos reducidos a estos recursos? En la época en que nos amábamos, porque creo que entre nosotros hubo amor, yo era feliz, ¿y usted, vizconde? Pero, ¿a qué ocuparse ya de una felicidad que se fué para no volver? No, diga usted lo que quiera, su vuelta es imposible. En primer lugar, yo le exigiría sacrificios que seguramente usted no podría o no querría hacerme y que es posible que yo no merezca; y después, ¿cómo sujetarlo a usted? ¡Oh, no, no! No quiero siquiera pensarlo; y, a pe-

sar del placer que experimento en este instante al escribirle, prefiero dejarlo bruscamente.

Adiós, vizconde.

Quinta de..., 6 noviembre 17...

C A R T A C X X X I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Alucinada, señora, por sus bondades para mí, me encomendaría completamente a ellas, si no me retuviera en cierto modo el temor de profanarlas con mi aceptación. ¿Por qué a la vez que veo su inapreciable valor, he de sentir que ya no soy digna de ellas? ¡Ah! Osaré, al menos, expresarle mi gratitud profunda y sincera; admiraré, sobre todo, esa indulgencia de la virtud, que no tiene en cuenta nuestras debilidades más que para compadecerlas y cuyo poderoso encanto conserva un imperio tan dulce y tan fuerte sobre los corazones, aun al lado del encanto del amor.

Pero, ¿puedo merecer todavía una amistad que no basta ya a mi dicha? Lo mismo digo de sus consejos; reconozco su valor, pero no puedo seguirlos. ¿Cómo no he de creer en una felicidad completa cuando la gozo en estos momentos? Sí, si los hombres son como usted dice, hay que huir de ellos, son odiosos; pero, en tal caso, ¿qué lejos está Valmont de parecérselos! Si, como ellos, tiene esa pasión que usted llama arrebatado, ¿cómo a ella se sobrepone su exceso de delicadeza! ¡Oh, amiga mía! Me habla usted de compartir mis penas; participe de mi gozo; al amor se lo debo y ¿cuánto aumenta el objeto de este su valor! ¿Dice usted que ama a su sobrino, tal vez con exceso de debilidad por él? ¡Ah, si lo conociera como yo! Yo lo amo con idolatría, y menos aún de lo que merece. Pudo, sin duda, ser arrastrado a algunos yerros, él mismo lo reconoce; pero, ¿quién conoció jamás como él el verdadero amor? ¿Qué más puedo decirle? El lo siente cual lo inspira.

Va usted a creer que esta no es más que una de las ideas

quiméricas con que el amor no deja nunca de alucinar la imaginación; pero, entonces, ¿por qué se ha hecho más tierno, más solícito desde que no tiene ya nada que obtener? He de confesarle que antes le encontraba un aire de reflexión, de reserva, que abandonaba rara vez y que me hacía propender, a pesar mío, hacia las falsas y crueles impresiones que me habían dado de él. Pero, desde que puede entregarse sin cohibición alguna a los impulsos de su corazón, parece adivinar todos los deseos del mío. ¿Quién sabe si habíamos nacido el uno para el otro? ¿Si me estaba reservada la dicha de ser necesaria a la suya? ¡Ah! ¡Si esto es una ilusión que yo muera antes de que termine! Pero no, quiero vivir para quererlo, para adorarlo. ¿Por qué había de cesar de amarme? ¿A qué otra mujer haría más feliz que a mí? Y, lo experimento en mí misma, esa felicidad que se da es el más fuerte lazo, el único que ata verdaderamente. Sí, ese sentimiento delicioso es lo que ennoblece el amor, lo que lo purifica en cierto modo y lo hace verdaderamente digno de un alma tierna y generosa, cual la del señor de Valmont.

Adiós, mi querida, mi respetable, mi indulgente amiga. En vano quisiera escribirle más extensamente; es la hora a que me prometió venir y me abandonen todas las ideas. ¡Perdón! Pero usted quiere mi felicidad y ésta es tan grande en este momento que apenas tengo bastante capacidad para sentirla.

París, 7 noviembre 17...

C A R T A C X X X I I I

El visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¿Cuáles son, mi bella amiga, esos sacrificios que usted cree que yo no haría y que, sin embargo, habrían de ser precisos para complacerla? Hágamelos saber siquiera y, si vacilo en ofrecérselos, le permito rechazar mis homenajes. ¿Cómo me juzga usted de algún tiempo a esta parte, si, hasta en su indulgencia, duda de mis sentimientos o de mi energía? ¡Sacrifi-

ficios que yo no podría o no querría hacer! ¿Luego usted me cree enamorado, subyugado? ¿Y sospecha usted que el valor que yo he dado al éxito lo adjudico a la persona? ¡Ah! Gracias al cielo, no he llegado a eso todavía, y me brindo a probarse. Sí, se lo probaré, aunque sea contra la señora de Tourvel. Seguramente, después de esto, no debe quedarle duda alguna.

Creo que he podido, sin comprometerme, dedicar algún tiempo a una mujer que tiene, al menos, el mérito de ser de una índole que es raro encontrar. Acaso también la estación aburrida, en la que se me presentó esta aventura, ha hecho que me entregue más a ella; y, aun ahora que apenas empieza a reanudarse el gran movimiento, no es extraño que ella me acapare casi totalmente. Pero reflexione usted que apenas hace ocho días que saboreo el fruto de tres meses de trabajo. ¡Me he entretenido más tantas veces en lo que valía mucho menos y no me había costado tanto...! Y jamás dedujo usted de ello nada contra mí.

Además, ¿quiere usted saber la verdadera causa de mi asidua solicitud en este caso? Héla aquí. Esta mujer es naturalmente tímida; al principio, dudaba de su felicidad y esa duda bastaba para turbarla; de modo que empiezo apenas a notar hasta dónde llega mi poder en este respecto. Es una cosa que tenía curiosidad de saber; y la ocasión no se presenta tan fácilmente como suele creerse.

Ante todo, para muchas mujeres el placer es siempre el placer y jamás es más que éso; para éstas, cualquiera que sea el título con que se nos decore, no somos nunca más que factores, encargados de darles ese placer, en los que la actividad constituye todo el mérito, y el que más hace, es siempre el que lo hace mejor.

En otra clase, acaso la más numerosa hoy, la celebridad del amante, la ufanía de habérselo quitado a una rival, el temor de ver arrebatárselo a su vez, embargan a las mujeres casi por completo; nosotros contamos, más o menos, por algo en la especie de dicha que gozan; pero ésta depende de las circunstancias más que de la persona. Les proviene por nosotros y no de nosotros.

Tenía, pues, que dar para mi observación con una mujer delicada y sensible que hiciera su único tema del amor y que, en el amor mismo, no viera más que a su amante; cuya emoción, lejos de seguir la trayectoria ordinaria, partiera siempre del corazón para llegar a los sentidos; a la que he visto, por ejemplo (y no hablo ya del primer día) salir del placer toda desolada y un momento después recobrar la voluptuosidad por una frase, una palabra solamente, que respondía a su alma. En fin, era preciso también que tuviera ese candor natural no vencido por la costumbre de entregarse a él, que no le permite disimular ninguno de los impulsos de su corazón. Ahora bien, convendrá usted en que tales mujeres son raras; y hasta puedo creer que, sin esta, no habría encontrado yo ninguna.

No es, pues, extraño que me sujete por más tiempo que otras; y, si el experimento que quiero hacer con ella exige que la haga feliz, completamente feliz, ¿por qué rehusarlo?; sobre todo si me sirve, en vez de contrariarme. Pero, ¿la aplicación de la inteligencia lleva aparejada la esclavitud del corazón? No, indudablemente. Así, el valor que yo no niego dar a esta aventura no me impedirá correr otra y aún sacrificarla a la que resultara más agradable.

Soy libre de tal modo que ni siquiera he descuidado a la joven Volanges, no obstante lo poco que me interesa. Su madre se la trae a París dentro de tres días; y yo he logrado asegurar aquí mi comunicación con ella; todo quedó ayer arreglado por una propina al portero y algunos requiebros a su mujer. ¿Concibe usted que Danceny no haya sabido dar con este medio tan sencillo? ;Y que digan luego que el amor es ingenioso! Al contrario, embrutece a los que domina. ¿Y yo no podré eximirme de su dominio? ;Ah! Esté usted tranquila. Dentro de pocos días voy a debilitar, compartiéndola con otra, la impresión tal vez demasiado viva que he experimentado últimamente. Y, si una vez no basta, las multiplicaré.

Por ello no estaré menos dispuesto a devolver la joven colegiala a su discreto amante en cuanto usted lo juzgue oportuno. Me parece que ya no tiene usted razón alguna para impedírmelo; y yo consiento en hacer ese señalado servicio al

pobre Danceny. Este es, en verdad, el menor de los que le debo por los muchos que él me ha prestado. Tiene ahora gran inquietud por saber si será recibido en casa de la señora de Volanges; yo lo tranquilizo cuanto puedo, asegurándole que, de un modo u otro, haré que sea feliz el primer día; entretanto, continúo encargado de la correspondencia que él quiere reanudar a la llegada de *su Cecilia*. Ya tengo seis cartas suyas y aún tendré una o dos más antes del venturoso día. ¡Qué poco debe de tener que hacer este mozo!

Pero dejemos a esa pareja infantil y volvamos a nosotros, para no preocuparme más que de la dulce esperanza que me da la última carta de usted. Sí, sin duda, usted me sujetará, y no le perdonaré que lo dude. ¿He dejado yo nunca de ser constante para usted? Nuestros lazos fueron desatados, no rotos; nuestra supuesta ruptura no fué más que un error de nuestra imaginación; nuestros sentimientos y nuestros intereses no dejaron por ello de estar unidos. Semejante al viajero que vuelve desengañado, reconoceré como él que había dejado la felicidad para correr en pos de la esperanza, y diré como d'Harcourt:

“Cuanto más extranjeros vi, más amé a mi patria”

No combata usted, pues, la idea, o mejor, el sentimiento que la impulsa de nuevo hacia mí; y, después de haber probado todos los placeres en nuestros diversos escarceos, gozamos la dicha de sentir que ninguno de ellos es comparable al que volveremos a encontrar más delicioso aún que antes.

Adiós, mi encantadora amiga. Consiento en aguardar su vuelta; pero apresúrela y no olvide cuánto la deseo.

París, 8 noviembre 17...

C A R T A C X X X I V

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

En verdad, vizconde, es usted como los niños, delante de los cuales nada se puede decir y a los que no se les puede mostrar nada sin que quieran echarle mano al punto. Porque le hablé de una sencilla idea que se me ocurrió y en la cual le advertí que no quería parar mientes, abusa usted para adjudicarla a mis intenciones, hacer que yo me fije en ella cuando intento distraerme, e inducirme así en cierto modo a compartir sus atolondrados deseos. ¿Es generoso en usted dejarme soportar sola toda la carga de la prudencia? Se lo repito y me lo repito a mí misma muchas veces, el arreglo que usted me propone es realmente imposible. Aunque pusiera usted en él toda la generosidad que muestra ahora, ¿cree que yo no tengo también mi delicadeza y que quiera aceptar sacrificios que estorben a su felicidad?

Porque la verdad es, vizconde, que usted se engaña sobre el sentimiento que lo liga a la señora de Tourvel; o es amor, o éste no existe en ninguna parte; lo niega usted de cien modos, pero lo prueba de mil. ¿Qué significa, por ejemplo, ese subterfugio que emplea usted conmigo mismo (porque lo creo sincero conmigo) de atribuir al prurito de observar el deseo que no puede ocultar ni combatir, de no apartarse de esa mujer? ¿No se diría que jamás hizo usted feliz a otra, completamente feliz? ¡Ah! Si lo duda usted, tiene muy poca memoria. Pero no, no es eso. Es sencillamente que su corazón soborna a su inteligencia y le sugiere malas razones. Pero yo, que tengo un gran interés en no engañarme, no soy tan fácil de contentar.

Así, advirtiéndome su cortesía, que le ha hecho suprimir cuidadosamente todas las palabras que al parecer me habían desagradado, he visto, no obstante, que, sin darse usted mismo cuenta, no deja de tener las mismas ideas. En efecto, ya no es adorable la señora de Tourvel; pero es *una mujer sorprendente, una mujer delicada y sensible*, y esto con exclusión de

todas las demás; *una mujer rara en fin*, tal que no *podrá encontrarse cual ella*. Y lo mismo ocurre con ese encanto desconocido que no es *el más fuerte*. ¡Pues, bien, sea! Pero, puesto que no lo encontró usted hasta ahora, es muy de creer que no lo encuentre tampoco en adelante y su pérdida sería irreparable para usted. O estos son, vizconde, síntomas seguros de amor, o hay que renunciar a hallar ninguno.

Tenga usted la seguridad de que por esta vez, le hablo sin acritud. Me he propuesto abstenerme de ella; he reconocido que pudiera devenir una de las más peligrosas trampas del amor. Créame usted, no seamos más que amigos, y atengámonos a esto. Agradézcame mi valor para defenderme; sí, mi valor; porque hace falta a veces hasta para no tomar un partido que se juzga malo.

Sólo, pues, para atraerlo a mis puntos de vista por persuasión, voy a contestar a la pregunta que me hace usted sobre los sacrificios que yo exigiría y que usted no podría hacer. Empleo adrede la palabra *exigir*, porque estoy segura de que dentro de un momento me va usted a encontrar demasiado exigente; pero, tanto mejor. Lejos de enojarme por sus negativas, se las agradeceré. No he de disimular con usted, aunque acaso me conviniera.

Exigiría, pues, ¡vea usted qué crueldad!, que esa rara, esa sorprendente señora de Tourvel no fuera para usted más que una mujer vulgar, una mujer tal cual es sencillamente; porque no hay que engañarse; ese encanto que se cree encontrar en nuestros amantes sólo existe en nosotros; es el amor quien por sí solo embellece el objeto amado. Por imposible que sea esto que aquí le pido, sin duda haría usted el esfuerzo de prometérmelo y hasta de jurármelo; pero le declaro que no me faría de vanas frases; no podría persuadirme más que por la totalidad de su proceder.

Aun no es esto todo: yo sería caprichosa. Ese sacrificio de la joven Cecilia, que usted me ofrece de tan buen grado, no me preocuparía poco ni mucho. Le pediría, por el contrario, que continuara ese pequeño servicio hasta nueva orden mía, bien porque me placiera abusar así de mi imperio, o bien porque, más indulgente o más justa, me contentara con disponer

de los sentimientos de usted, sin querer contrariar sus placeres. En todo caso, querría ser obedecida, y mis órdenes serían muy rigurosas.

Es verdad que entonces yõ me creería obligada a darle las gracias, ¿quién sabe?, quizá hasta recompensarlo. Seguramente, por ejemplo, abreviaría una ausencia que se me haría insoportable. Lo volvería a ver, en fin, vizconde y volvería a verlo... ¿Cómo?... Pero recuerde usted que esto no es más que una conversación, un simple relato de un proyecto imposible, que yo no quiero ser la única en olvidar. ¿Sabe usted que mi pleito me inquieta un poco? He querido conocer, en fin, con precisión cuáles son mis derechos; mis abogados me citan muchas leyes y muchas *autoridades*, como ellos dicen; pero yo no veo claramente tanta razón y tanta justicia. Estoy casi arrepentida de haber rehusado una transacción. Sin embargo, me tranquilizo pensando que el procurador es hábil, el abogado elocuente y la litigante bonita. Si estos tres factores pudieran dejar de valer, habría que cambiar todo el mecanismo de los negocios; y ¿qué sería del respeto a las costumbres tradicionales?

Este proceso es actualmente lo único que me retiene aquí. El de Belleruche se falló fuera de estrados con las costas a medias. Echaré de menos el baile de esta noche; pero éste no es más que el resquemor de un aburrido. Le devolveré su completa libertad cuando vuelva a París. Le hago este doloroso sacrificio, consolándome con que a él le parece muy generoso.

Adiós, vizconde; escríbame con frecuencia: el relato detallado de sus placeres me indemnizará, al menos en parte, de las molestias que sufro.

Quinta de..., 11 noviembre 17...

C A R T A C X X X V

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Intento escribirla sin saber si podré. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuando pienso que mi carta anterior era el exceso de felicidad lo que me impedía continuarla! Y es el de mi desesperación el

que me agobia ahora, el que no me deja fuerzas más que para sentir mis dolores y me los quita para expresarlos.

Valmont... Valmont, no me ama ya, no me ha amado nunca. El amor no se va así. Me engaña, me traiciona, me ultraja... Todo lo que se puede sumar de infortunios y humillaciones lo sufro ahora, ¡y es de él de quien me proviene!

No crea usted que se trata de una simple sospecha; ¡yo estaba tan lejos de tenerlas! Lo he visto; ¿y qué podría él decirme para justificarse...? Pero, ¿qué le importa?; no lo intentará siquiera... ¡Desdichada! ¿Qué le harán tus reproches y tus lágrimas? ¡Bastante se preocupa de ti!...

Es bien cierto que me ha sacrificado, hasta vendido... ¿Y a quién? A una criatura vil... Pero, ¿qué digo? ¡Ah! Ya he perdido hasta el derecho a despreciarla.

Ella ha infringido menos deberes, es menos culpable que yo. ¡Oh, qué dolorosa es la pena cuando se apoya en el remordimiento! Siento redoblarse mis torturas. Adiós, mi querida amiga. Por indigna que sea de su piedad, la tendrá usted, sin embargo, para mí, si puede formarse idea de lo que sufro.

Acabo de releer esta carta y noto que por ella no puede usted enterarse de nada; voy, pues, a intentar tener valor para referirle este cruel acontecimiento. Fué ayer; yo debía, por primera vez desde mi vuelta, comer fuera de casa. Valmont vino a verme a las cinco; jamás se me había mostrado tan tierno. Me hizo saber que mi proyecto de salir lo contrariaba y ya supondrá usted que formé al punto el de quedarme en casa. Sin embargo, dos horas después, de pronto, su aire y su tono cambiaron sensiblemente. Yo no sé si se me escaparía algo que pudiera desagradarle; comoquiera que fuese, poco más tarde pareció recordar un asunto que lo obligaba a dejarme, y se fué; no lo hizo, sin embargo, sin mostrarme que lo sentía vivamente, con una ternura que creí sincera.

Al quedarme libre, juzgué más correcto no excusarme de mi compromiso anterior, puesto que nada me impedía cumplirlo. Hice mi tocado y tomé el coche. Desgraciadamente, mi cochero me hizo pasar por delante de la Opera y me encontré envuelta en el torbellino de su salida; percibí a cuatro pasos de mí, en la fila de coches contigua a la del mío, el de Val-

mont. Al punto me palpité fuertemente el corazón, pero no de temor; sólo sentí el deseo de que mi coche avanzara. En lugar de esto, hubo de retroceder el suyo, quedando al lado del mío. Adelanté inmediatamente la cabeza y, ¡cuál sería mi estupor al ver a su lado una profesional de la galantería, bien conocida como tal! Me eché atrás, como puede usted suponer, con el corazón ya bastante lacerado; pero, lo que se resistirá usted a creer es que aquella mujer galante, al parecer, enterada por una odiosa confidencia, no dejó la portezuela del coche ni dejó de mirarme con carcajadas propias para llamar la atención.

En mi aniquilamiento, me dejé llevar a la casa donde estaba invitada a comer; pero me fué imposible permanecer en ella; me sentía a punto de desmayarme a cada momento y, sobre todo, no podía retener mis lágrimas.

En cuanto hube vuelto a casa, le escribí al señor de Valmont y le envié inmediatamente mi carta; él no estaba en su domicilio. Queriendo salir a todo trance de aquel estado mortal o confirmarlo para siempre, volví a enviársela con orden de esperarlo; pero antes de media noche volvió mi criado, diciéndome que el cochero del señor Valmont, que había vuelto, le había dicho que su señor no volvería en toda la noche. Esta mañana he creído que no me quedaba que hacer más que pedirle todas mis cartas y rogarle que no vuelva más a mi casa; di las órdenes correspondientes, pero, por lo visto, éstas eran inútiles. Es cerca del mediodía y ni se ha presentado ni he recibido una línea suya.

Ahora, mi querida amiga, ya no tengo nada que añadir; está usted enterada de todo y conoce mi corazón. Mi única esperanza es el no tener que afligir por mucho tiempo su sensible amistad.

París, 15 noviembre 17...

C A R T A C X X X V I

La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.

Sin duda, señor, después de lo ocurrido ayer, no esperaré usted volver a ser recibido en mi casa y sin duda también lo desearé bien poco. Esta esquela tiene, pues, por objeto, más

que rogarle que no vuelva, pedirle mis cartas que no debí escribir jamás, y que, si han podido interesarle un momento como pruebas de la ceguera que llegó a causarme, por fuerza le han de ser indiferentes ya que ésta se ha disipado y ellas no expresan más que un sentimiento que usted mismo ha desvanecido.

Reconozco y confieso que hice mal en poner en usted una confianza de la que tantas habían sido antes que yo víctimas; en esto no acuso a nadie más que a mí misma; pero creía, al menos, no merecer la afrenta de ser entregada por usted al desprecio y al insulto. Creía que, al sacrificárselo todo, perdiendo sólo por usted el derecho a la estimación ajena y la propia, podía esperar, sin embargo, no ser juzgada por usted más severamente que por el público, cuya opinión separa aún por una distancia inmensa la mujer débil de la depravada. Sólo le hablo de esas faltas que lo serían en cualquiera. Callo sobre las del amor; su corazón no entendería al mío. Adiós, señor.

París, 15 noviembre 17...

C A R T A C X X X V I I

El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel.

Acaban, señora, de entregarme su carta en este momento; me he estremecido al leerla y apenas me ha dejado fuerzas para contestarla. ¡Qué horrible idea tiene usted de mí! ¡Ah! sin duda yo he incurrido en faltas y tales que no me las perdonaré en toda mi vida, aunque usted llegara a cubrir las con su indulgencia. Pero las que usted me reprocha, ¡qué lejos estuvieron siempre de mi alma! ¿Quién, yo humillarla a usted, envilecerla, cuando la respeto tanto como la adoro; cuando no he conocido el orgullo hasta el momento en que usted me juzgó digno de su amor? La han engañado a usted las apariencias; reconozco que éstas han podido serme adversas; pero, ¿no tenía usted en el corazón lo que hacía falta para

combatirlas? ¿Y no se le sublevó éste a la sola idea de que pudiera tener que quejarse del mío? ¿Lo ha creído usted, sin embargo! Así, no sólo me ha juzgado capaz de ese atroz delirio, sino que hasta ha temido ser expuesta al insulto y a la mofa por sus bondades para mí. ¡Ah! Si se considera usted degradada hasta ese punto, yo debo de ser bien vil a sus ojos.

Oprimido por el doloroso sentimiento que tal idea me causa, pierdo en rechazarla el tiempo que debía emplear en destruirla. Lo confesaré todo; pero una consideración me retiene todavía. ¿Hay que referir hechos que yo quisiera anular y fijar su atención y la mía en un momento de error que querría redimir con el resto de mi vida, cuya causa no he logrado aún explicarme y cuyo recuerdo ha de ser siempre mi humillación y mi desesperación? ¡Oh! Si al acusarme debo excitar su cólera, no tendrá usted al menos que ir muy lejos a buscar su venganza; le bastará dejarme entregado a mis remordimientos.

No obstante, ¿quién lo creería?, ese acontecimiento tiene por primordial causa el encanto todo poderoso que yo siento al lado de usted. El fué quien me hizo olvidar por demasiado tiempo un asunto importante que no se podía aplazar. La dejé a usted demasiado tarde y no encontré ya a la persona con la que estaba citado. Fuí a la Opera con la esperanza de hallarla allí y este paso fué también inútil. Emilia, a la que encontré allí, a la que había conocido en una época en que estaba muy lejos de conocerla a usted y al amor, no tenía su coche a la puerta y me rogó que la condujera a su casa, a dos pasos de allí. No vi que ello tuviera consecuencia alguna y accedí a su ruego. Entonces fué cuando la encontré a usted y presentí al punto que sería inducida a juzgarme culpable.

El temor a disgustarla o afligirla es tan poderoso en mí que no podía dejar ni dejó, en efecto, de ser pronto advertido. Hasta confieso que me movió a intentar persuadir a la joven de que se apartara de la portezuela para no ser vista; esta precaución de la delicadeza se tornó contra el amor. Acostumbrada, como todas las de su condición, a no estar segura de un imperio siempre usurpado sino por el abuso que se permiten hacer de él, Emilia se guardó mucho de dejar escapar

una ocasión tan propicia a su ostentación. Cuanto más veía crecer mi apuro, más empeño ponía en exhibirse; y sus locas risas, de las que me sonroja que usted pudiera creerse objeto solo por un instante, no tenían más causa que mi penoso azoramiento, dimanado de mi respeto y mi amor.

Hasta aquí, sin duda, soy más desgraciado que culpable y, no existiendo *esas faltas que lo serían en cualquiera y son las solas de que usted me habla*, no pueden serme reprochadas. Pero en vano se calla usted sobre las del amor; yo no guardaré sobre ellas el mismo silencio; un interés demasiado grande me fuerza a romperlo.

No es que en la dolorosa confusión en que me ha puesto este inconcebible extravío, pueda, sin un gran dolor, decidirme a renovar por mí mismo su recuerdo. Penetrado de mis faltas, aceptaría su castigo o esperaría mi perdón, confiando en el tiempo, y en mi ternura y mi arrepentimiento constantes. Pero, ¿cómo poder callarme, si lo que me queda por decir interesa a la delicadeza de usted?

No crea usted que busco un subterfugio para atenuar o excusar mi falta; me confieso culpable. Pero no confieso, no confesaré nunca que este error humillante pueda ser considerado como una falta de amor. ¡Bah! ¿Qué puede haber de común entre una sorpresa de los sentidos, entre un momento de olvido de sí mismo al que siguen muy de cerca el pesar y el bochorno, y un sentimiento puro que no puede nacer más que en un alma delicada ni sostenerse sino por la estimación y del que, en fin, es fruto la felicidad? ¡Ah! ¡No profane usted así el amor! Tema, sobre todo, profanarse a sí misma juntando en un mismo punto de vista lo que no se puede confundir jamás. Deje a las mujeres viles y degradadas temer una rivalidad que a su pesar ven posible, sufrir las torturas de unos celos igualmente crueles y humillantes; pero, ¡usted! Aparte sus ojos de esos objetos que mancharían sus miradas; y, pura, como la divinidad, como ella también, castigue la ofensa sin sentirla.

Pero, ¿qué pena puede usted imponerme que sea más dolorosa que la que siento, que pueda compararse al pesar de haberla disgustado, a la desesperación de haberla afligido, a

la idea agobiante de haberme hecho menos digno de usted? ¡Usted trata de castigar y yo le pido consuelos! No porque los merezca, sino porque me son necesarios y no puedo obtenerlos más que de usted.

Si, de pronto, olvidando mi amor y el suyo y no dando valor alguno a mi fidelidad, quiere usted condenarme a un eterno dolor, tiene usted derecho; hiera; pero, si más indulgente o más sensible, recuerda aún los tiernos sentimientos que unían nuestros corazones; la voluptuosidad del alma, siempre nueva y más vivamente sentida cada vez; los días tan dulces, tan venturosos que nos debíamos mutuamente; todos los bienes del amor, que sólo él proporciona, acaso prefiera usted hacerlos renacer a destruirlos. ¿Qué más le diré, en fin? Todo lo he perdido y todo por mi culpa; pero puedo recobrarlo por la bondad de usted. A usted le toca ahora decidir. Ya no añadiré más que una palabra. Ayer mismo me juraba usted que mi felicidad estaría bien segura mientras de usted dependiera. ¡Ah, señora! ¿Me entregará usted hoy a una eterna desesperación?

París, 16 noviembre 17...

C A R T A C X X X V I I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Persisto, mi bella amiga; no, no estoy enamorado; y no es culpa mía si las circunstancias me fuerzan a representar tal papel. Consienta usted en volver y se convencerá por sí misma de mi sinceridad. Di una prueba ayer que no puede ser destruída por lo que pase hoy.

Estaba en casa de mi tierna gazmoña, sin tener otra cosa que hacer; porque la joven Volanges, a pesar de su estado, debía pasar toda la noche en el baile anticipado de la señora de V... El aburrimiento me hizo desear al principio el prolongar aquella velada, y hasta había exigido con tal fin un pequeño sacrificio; pero, apenas fué éste otorgado, el placer que

me prometía fué nublado por la idea de ese amor que usted se obstina en suponerme o, al menos, en reprocharme; de suerte que no sentí ya más que el deseo de convencerme y persuadirla a la vez de que en ello no hay más que una calumnia suya.

En consecuencia, tomé un partido brusco; con un pretexto bastante trivial, dejé a mi bella muy sorprendida y aún más afligida indudablemente. Y me fui tranquilamente a la Opera, en busca de Emilia, la que podría darle fe de que no nos separamos hasta esta mañana, sin que ningún resquemor turbara nuestros placeres.

Yo tenía, sin embargo, un buen motivo para haberme inquietado si no me lo hubiera impedido mi completa indiferencia; porque ha de saber usted que apenas me hallaba a cuatro pasos de la Opera, con Emilia en mi coche, cuando el de la austera devota fué a colocarse a nuestro lado y en tal vecindad nos mantuvo cerca de un cuarto de hora un embarazo surgido en la circulación. Se veía como en pleno día y no había modo de escapar.

Pero esto no es todo; se me ocurrió confiarle a Emilia que aquélla era la mujer de la carta. (Recordará seguramente aquella locura para la que Emilia me sirvió de pupitre). (1). Ella, que no la había olvidado y que es propensa a la risa, no paró hasta que hubo logrado contemplar a su gusto a *aquella virtud*, según su expresión, y ello con estrepitosas carcajadas.

Tampoco es esto todo todavía; la señora, celosa, envió a un criado con una carta suya a mi casa, a aquellas horas de la noche. Yo no estaba; pero, en su obstinación, lo envió de nuevo con orden de aguardarme. Yo, en cuanto decidí quedarme en casa de Emilia, despedí mi coche sin dar otra orden al cochero que la de volver a recogerme por la mañana; y, como al volver a mi casa encontrara al mensajero amoroso, creyó lo más sencillo decirle que yo no volvería en toda la noche. Supondrá usted el efecto de tal noticia y adivinará que al vol-

(1) Cartas XLVII y XLVIII.

ver a casa encontré en ella mi desahucio, formulado con toda la dignidad correspondiente a las circunstancias.

Así, pues, esta aventura, según usted, interminable, ha podido terminar, como ve, esta mañana; si no ha ocurrido así, no ha sido, como usted creerá acaso, porque yo tenga empeño en continuarla; sino, por una parte, porque no me ha parecido decoroso avenirme a ser dejado; y, por otra, porque quiero reservarle a usted el honor de ese sacrificio.

He respondido, pues, a su esquila, con una gran epístola sentimental, le he dado extensas razones y he confiado al amor la misión de hacerlas pasar por buenas. Ya lo he logrado. Acabo de recibir una segunda carta, también rigurosa, que confirma la eterna ruptura, como no podía menos de suceder; pero el tono no es ya el mismo. Sobre todo, no quiere verme más; este propósito es enunciado cuatro veces del modo más irrevocable. Yo he deducido que no debía perder un momento en presentarme. He enviado ya a mi lacayo a conquistar a su suizo y, de aquí a unos instantes, iré yo mismo a hacer firmar mi perdón; porque para las faltas de este género no hay más que una fórmula que confiera la absolución general, la cual exige la presencia para ser aplicada.

Adiós, mi encantadora amiga; corro a intentar ese gran acto.

París, 15 noviembre 17...

CARTA CXXXIX

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

¡Cuánto me reprocho, mi sensible amiga, el haberle hablado en demasía y con demasiada precipitación de mis penas pasajeras. Soy causa de que usted esté ahora afligida; aún le dura la pena dimanada de las mías, y yo soy feliz. Sí, todo ha sido olvidado, perdonado, mejor dicho, reparado. A mi dolor y mi angustia han sucedido la calma y las delicias. ¡Oh! ¿Cómo expresar la alegría de mi corazón? Valmont es inocente;

no se puede ser culpable con tanto amor. Las faltas graves, ofensivas que yo le reprochaba tan amargamente no las había cometido; y, si en algún punto fuera necesaria mi indulgencia, ¿no tengo yo también que reparar mi injusticia?

No le haré a usted el relato detallado de las circunstancias o de las razones que lo justifican; quizá la inteligencia las juzgaría mal; le corresponde al corazón sólo el sentir las. Sin embargo, por si pudiera usted sospechar debilidad en mí, invocaré su juicio en apoyo del mío; en los hombres, me ha dicho usted misma, la infidelidad no es inconstancia.

No es que yo no perciba que esa distinción, que en vano autoriza la opinión general, hiere de todos modos la delicadeza; pero, ¿cómo puede quejarse la mía cuando sufro aún la de Valmont? No crea usted que él se perdona la falta que yo olvido o que se consuele de ella; y, sin embargo, ¿cómo ha reparado esa ligera falta con el exceso de su amor y el de mi dicha!

O mi felicidad es mayor o yo la aprecio más después de mi terror de haberla perdido; pero puedo decirle que, si me sintiera con fuerzas para soportar penas tan crueles como las que he sufrido, una segunda vez, no creería pagar demasiado caro con ellas el exceso de felicidad que después he gozado. ¡Oh, mi tierna madre! Ríñale usted a su desconsiderada hija por haberla afligido con su excesiva precipitación; ríñale por haber juzgado temerariamente y calumniado a quien no debía cesar de adorar; pero, reconociéndola imprudente considérela usted feliz y aumente su alegría compartiéndola.

París, 16 noviembre 17...

C A R T A C X L

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

¿Cómo es, mi bella amiga, que no recibo contestación alguna de usted? Mi última carta, sin embargo, me parece que la merecía. Y, habiendo debido recibirla hace tres días, aún la estoy esperando. Estoy muy enfadado. Por esto no he de decirle nada de mis grandes empresas.

De que la reconciliación tuvo pleno éxito; de que, en lugar de reproches y desconfianzas, produjo nuevas ternuras; de que ahora soy yo quien recibe excusas y reparaciones por haberse sospechado de mi candor; de nada de esto le diré una palabra y, sin el acontecimiento imprevisto de la noche última, ni siquiera le escribiría. Pero, como este se refiere a su pupila y no es verosímil que ella esté en el caso de informarla por sí misma, al menos en algún tiempo, me tomo yo ese cuidado.

Por razones que adivinará usted, o que no adivinará, la señora de Tourvel me ocupa poco tiempo desde hace algunos días; y, como esas razones no existían para la joven Volanges, me hice más asiduo con ella. Gracias al complaciente portero, no tenía ningún obstáculo que vencer; y su pupila y yo llevamos una vida cómoda y regular. Pero la costumbre da lugar a la negligencia; los primeros días tomamos bastantes precauciones para nuestra seguridad; temblábamos aún con los cerrojos echados. Pero ayer, una distracción increíble, causó el accidente de que voy a informarla; y, si para mí no tuvo más consecuencias que el susto del momento, a su pupila le pudo costar más caro.

No dormíamos; estábamos en el reposo y el abandono que siguen a la voluptuosidad, cuando oímos abrirse de pronto la puerta de la alcoba. Salté súbitamente y eché mano a mi espada, tanto para mi defensa cuanto para la de nuestra común pupila; avancé y no vi a nadie; pero, en efecto, la puerta estaba abierta. Como teníamos luz hice un registro y no descubrí alma-viviente. Entonces me di cuenta de que habíamos olvidado nuestras precauciones ordinarias; sin duda, la puerta, mal cerrada o empujada por el aire, se había abierto ella sola.

Al volver al lado de mi tímida compañera, para tranquilizarla, no la encontré en su lecho; se había caído o se había arrojado entre éste y la pared; en fin, estaba tendida sin conocimiento y sin más signos de vida que violentas convulsiones. ¡Imagine usted mi apuro! Logré, sin embargo, volver a colocarla en su lecho y hasta hacerle volver en sí; pero se había herido al caer y no tardó en sentir los efectos.

Dolores de riñones, fuertes vómitos, síntomas todavía me-

nos equívocos, me hicieron conocer pronto su estado; pero para hacerle saber esto a ella tuve que decirle primero en el que se hallaba antes, porque no lo sospechaba. Nunca quizás, hasta este caso, se pudo conservar tanta inocencia haciendo tan bien todo lo preciso para desecharla. ¡Oh! ¡Esta no pierde el tiempo en reflexionar!

Pero perdió mucho en desolarse, y comprendí que era forzoso tomar un partido: convení con ella el ir inmediatamente a ver al médico y al cirujano de la casa y, anunciándoles que iban a ir a buscarlos, confiárselo todo en secreto; ella, por su parte, llamaría a su doncella, a la que haría o no la confidencia de su estado, según le pareciera mejor; pero la enviaría en busca de auxilio, prohibiéndole, sobre todo, que despertara a la señora de Volanges, atención delicada y natural en una hija que teme inquietar a su madre.

Hice mis dos visitas y mis dos confesiones lo más rápidamente que pude y en seguida volví a mi casa, de la que aún no he vuelto a salir; pero el cirujano, al que conocía de antes, ha venido a mediodía a darme cuenta del estado de la enferma. Yo no me había engañado; pero él espera que, si no sobreviene un accidente, no se advertirá nada en la casa. La doncella está en el secreto; el médico ha dado un nombre convencional a la dolencia, y este asunto se arreglará, como otros mil, a menos que más adelante nos sea útil darle publicidad.

Pero ¿hay todavía algún interés común entre usted y yo? Su silencio me hace ponerlo en duda; no lo creería en absoluto, si mi deseo no me hiciera buscar todos los medios de conservar la esperanza.

Adiós, mi bella amiga; la beso, aunque con algún rencor.

París, 21 noviembre 17...

C A R T A C X L I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¡Jesús, vizconde, cuánto me fastidia con su obstinación! ¿Qué le importa mi silencio? ¿Cree que, si lo guardo, es por falta de razones para defenderme? ¡Ay! ¡Ojalá! Pero no, no es más que porque me cuesta trabajo exponérselas.

Diga usted la verdad: ¿Se engaña a sí mismo o trata de engañarme a mí? La diferencia entre sus palabras y sus actos no me permite creer sino una de esas dos cosas. ¿Cuál es la cierta? ¿Qué quiere usted que le diga cuando yo misma no sé qué pensar?

Parece que invoca usted como un gran mérito su última aventura con la presidenta; pero, ¿qué prueba hay en ella en favor de su sistema o en contra del mío? Ciertamente, yo no le he dicho a usted jamás que amara a esa mujer lo bastante para no engañarla, para no aprovechar todas las ocasiones que le parecieran agradables o fáciles; ni siquiera he puesto en duda que le fuera a usted igual sobre poco más o menos, el satisfacer con otra, con la primera hallada a mano, hasta los deseos suscitados por ella; y no me ha sorprendido el que, por un libertinaje cerebral que no se le puede disputar a usted, haya hecho una vez deliberadamente lo que hiciera mil otras por oportunidad de la ocasión. ¿Quién no sabe que esa es sencillamente la práctica mundana y la costumbre de todos los hombres de su condición, desde el malvado a *las clases*? Quien se abstiene hoy pasa por romántico; y no es éste, según creo, el reproche que a usted puede hacérsele.

Pero lo que he dicho, lo que he creído, lo que creo todavía, es que, con todo eso, no deja usted de tener amor a su presidenta; no, en verdad, un amor muy puro ni muy tierno, pero sí el que puede usted tener; ése, por ejemplo, que hace encontrar en una mujer atractivos y cualidades que no tiene, que la coloca en una categoría aparte y pone a todas las demás por debajo de ella o en lugar secundario; que lo mantiene ligado a ella, hasta cuando la ofende; el que yo concibo, en fin, que un sultán puede tener a la sultana favorita, el cual no le impide preferir con frecuencia a una odalisca. Esta comparación me parece tanto más justa, por cuanto, como él, usted no es nunca ni el amante ni el amigo de una mujer, sino siempre su tirano o su esclavo. Así, estoy segura de que usted se ha humillado, se ha envilecido mucho para volver a estar en gracia con tan bello objeto y se considera usted muy dichoso por haberlo logrado, puesto que al creer llegado el momento de obtener su perdón me deja por *tan gran acontecimiento*.

Aún en su última carta, si no me habla usted exclusivamente de esa mujer, es porque no quiere decirme nada de sus *grandes empresas*; éstas les parecen tan importantes que considera el silencio que guarda sobre ellas como un castigo para mí. ¡Y después de estas mil pruebas de su preferencia decidida por otra, me pregunta usted si hay todavía algún interés común entre nosotros! ¡Cuidado, vizconde! Si alguna vez le respondo, mi respuesta será irrevocable, y el tener duda en este momento es ya decir demasiado. Así, pues, no quiero hablar más de esto en absoluto.

Todo lo que puedo hacer es contarle una historia. Acaso no tenga usted tiempo de leerla o de prestarle bastante atención para entenderla bien; allá usted. No será en el peor caso más que una historia perdida.

Un conocido mío, se había encalabrinado como usted por una mujer que le hacía poco honor. Tenía por intermitencias el buen sentido de hacerse cargo de que aquella aventura le perjudicaría más tarde o más temprano; pero, aunque se abochornaba de ella, no tenía valor para la ruptura. Su embarazo era tanto mayor cuanto que se ufanaba ante sus amigos de ser completamente libre y no ignoraba que el ridículo que se hace es tanto mayor cuanto más se niega. Pasaba así su vida haciendo tonterías sin cesar y diciendo sin cesar también: *No es culpa mía*. Aquel hombre tenía una amiga que estuvo tentada por un momento a mostrarlo en su estado de embriaguez al público y hacer así indeleble su ridiculez; pero, no obstante, más generosa que maligna, o acaso también por cualquier otro motivo, quiso intentar un último recurso para poder, a todo evento, estar en el caso de decir como su amigo: *No es culpa mía*. Le envió, pues, sin comentario alguno, la siguiente carta, como un remedio cuya aplicación pudiera ser útil a su mal:

“Todo hastía, mi bello ángel; es una ley de la Naturaleza; no es culpa mía.

Si yo me hastío, pues, de una aventura que me ha embargado por completo durante cuatro meses mortales, no es culpa mía. Si, por ejemplo, yo he tenido cabalmente tanto

amor como tú virtud, lo que sin duda es mucho decir, no es extraño que el uno se haya acabado al mismo tiempo que la otra. No es culpa mía.

Se infiere de aquí que, de algún tiempo a esta parte, te he engañado; pero hay que decir también que tu implacable ternura me forzaba a ello en cierto modo. No es culpa mía.

Hoy, una mujer, a la que amo locamente, me exige que te sacrifique. No es culpa mía.

Comprendo que esta es una insuperable ocasión para llamarme a gritos perjuro; mas, si la Naturaleza no ha otorgado a los hombres más que la constancia, en tanto que dió a las mujeres la obstinación, no es culpa mía.

Créeme, elige otro amante, como yo he elegido otra querida. Este es un buen consejo, muy bueno; si tú lo juzgas malo, no es culpa mía.

Adiós, mi bello ángel; te tomé con placer y te dejo sin pesar; volveré a ti tal vez. Así va el mundo. No es culpa mía.”

No es este el momento, vizconde de decirle el resultado de esta última tentativa ni lo que ocurrió después; le prometo decirselo en mi primera carta. En ella encontrará usted también mi *ultimátum* sobre la renovación de nuestro contrato que me es propuesta por usted. Hasta entonces, adiós, sencillamente.

A propósito, le doy las gracias por sus informes acerca de la joven Volanges; ése es un artículo que hay que reservar hasta el día siguiente de la boda para la Gaceta de la maledicencia. Entretanto, le doy mi pésame por la pérdida de su posteridad. Buenas noches, vizconde.

Quinta de..., 24 noviembre 17...

C A R T A C X L I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

A fe mía, mi bella amiga, no sé si he leído o he entendido mal su última carta y la historia que me brinda usted en ella con su correspondiente modelo epistolar. Lo único que puedo decirle es que éste me ha parecido original y adecuado para hacer efecto; así, pues, lo he copiado sencillamente y sencillamente también le he enviado la copia a la celestial presidenta. No he perdido un momento, porque la tierna misiva fué expedida anoche. Lo preferí así, porque, en primer lugar, le había prometido escribirle ayer; y después porque pensé que no tendría de más con toda la noche para recogerse y meditar sobre *tan gran acontecimiento*, aunque usted haya de reprocharme por segunda vez esta expresión.

Esperaba poder remitirle esta mañana a usted la respuesta de mi bien amada; pero es cerca del mediodía y no he recibido nada aún. Aguardaré hasta las cinco; si a esa hora no tengo noticias, iré yo mismo a buscarlas; porque, sobre todo, en estos procedimientos, sólo es difícil el primer paso.

Ahora, como puede usted suponer, tengo gran impaciencia por saber el fin de la historia de su conocido, tan vehementemente acusado de no saber, en caso necesario, sacrificar a una mujer. ¿No se habrá corregido? ¿Y no lo habrá perdonado su generosa amiga?

No deseo menos recibir su *ultimátum*, como usted dice tan diplomáticamente. Tengo, sobre todo, la curiosidad de saber si en este último acuerdo habrá todavía amor. ¿Ah! ; Sin duda, lo hay y mucho! Pero, ¿para quién? Entretanto, no pretendo hacerme valer y lo espero todo de sus bondades.

Adiós, mi encantadora amiga; no cerraré esta carta hasta las dos, con la esperanza de poder adjuntarle la deseada respuesta.

A las dos de la tarde.

Todavía nada; tengo mucha prisa; no dispongo de tiempo para añadir una palabra; pero, ¿rehusará usted esta vez los más tiernos besos del amor?

París, 27 noviembre 17...

C A R T A C X L I I I

La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.

Se ha rasgado, señora, el lienzo en que estaba pintada la ilusión de mi dicha. La funesta verdad me ilumina y no me deja ver más que una muerte segura y próxima, cuyo camino está trazado por entre la vergüenza y los remordimientos. Lo seguiré..., amaré mis torturas si abrevian mi existencia. Le envío a usted la carta que recibí ayer; no le pondré comentario alguno; todos van en ella. Ya no es hora de quejarse; no queda más que sufrir. No es piedad lo que necesito, sino fuerzas.

Reciba usted, señora, el único adiós que daré y atienda mi última súplica: ésta es la de dejarme abandonada a mi suerte, olvidarme por completo, no contar más conmigo en el mundo. Hay un punto en la desgracia en el que la misma amistad aumenta nuestros sufrimientos y no puede aliviarlos. Cuando las heridas son mortales todo auxilio resulta inhumano. Ya no puede convenirme nada más que la profunda noche en que voy a sepultar mi vergüenza. Me es ajeno todo sentimiento que no sea el de la desesperación. Lloraré mis faltas, si puedo llorar todavía; porque desde ayer, no he vertido una lágrima. Mi corazón, agostado ya, no las suministra.

Adiós, señora. No me conteste. He hecho el juramento sobre esta cruel carta de no recibir ninguna otra.

París, 27 noviembre 17...

C A R T A C X L I V

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Ayer, a las tres de la tarde, mi bella amiga, impaciente por no haber tenido noticia alguna, me presenté en casa de la bella abandonada; me dijeron que había salido. No vi en ello más que una negativa a recibirme que ni me sorprendió ni me molestó, y me retiré con la esperanza de que tal conato de visita por mi parte induciría a una mujer tan cortés a enviarme dos líneas en respuesta. El deseo de recibirlas me hizo pasarme expresamente por mi casa hacia las nueve; no encontré nada. Sorprendido por tal silencio, que no esperaba, envié a mi lacayo a tomar informes y averiguar si la sensible señora estaba muerta o moribunda. Al fin, cuando volví a casa, me dijo que la señora de Tourvel había salido, en efecto, hacia las once de la mañana con su doncella y se había hecho conducir al convento de..., y que a las siete de la tarde había hecho volver a la doncella y el coche a su casa, diciendo que no la esperaran en ella. Seguramente eso es enclaustrarse. El convento es el verdadero refugio de una viuda; y, si persiste en una resolución tan laudable, habrá que sumar a todas las obligaciones que ya tengo para con ella la de la celebridad que va a adquirir esta aventura. Bien lo decía yo a usted hace algún tiempo que, a pesar de sus inquietudes, no reaparecería en sociedad sino nimbado por el brillo de una nueva hazaña. Que comparezcan, pues, esos críticos severos que me acusaban de un amor novelesco e infortunado; que hagan rupturas más prontas y brillantes; pero no, que hagan algo mejor, que se presenten como consoladores; ya tienen trazado el camino. Pues bien, que osen siquiera el conato de emprender esa ruta que yo he recorrido por completo; y, si alguno de ellos logra el menor éxito, le cedo la primacía. Pero todos ellos se convencerán de que, cuando me lo propongo, la impresión que dejo es indeleble. ¡Ah! Sin duda está lo será y yo daría por nulos todos mis demás éxitos si llegara a tener con esta mujer un rival preferido.

El partido que ha tomado halaga mi amor propio: convengo en ello; pero me molesta que haya contado con fuerzas suficientes para separarse tanto de mí. Habrá, pues, entre ella y yo otros obstáculos que los puestos por mí mismo. ¿Qué? Si yo quisiera volver a acercarme a ella ¿podría ella no quererlo ya, ¿qué digo?, no desearlo, renunciar definitivamente a su suprema dicha! ¿Es así, pues, como se ama? ¿Cree usted, mi bella amiga, que yo deba soportarlo? No podría, aunque quisiera. ¿Y no sería mejor intentar la empresa de hacerle a esa mujer volver al punto de prever la posibilidad de una reconciliación que no se deja de desear en tanto que se espera? Podría hacer esta tentativa sin darle importancia, y, por consiguiente, sin que le hiciera a usted sombra alguna. Al contrario, sería un sencillo experimento que haríamos de acuerdo y, aun en el caso de que yo triunfara, ello no sería más que un medio más de repetir al antojo de usted un sacrificio que, a mi parecer, le es agradable. Ahora, mi bella amiga, me queda por recibir el premio y todos mis votos son por su pronta vuelta. Venga usted, pues, pronto, para encontrar de nuevo a su amante, sus placeres, a sus amigas y el curso de las aventuras.

La de la joven Volanges ha marchado a las mil maravillas. Ayer, como la inquietud no me permitía parar en ningún sitio, en uno de mis diversos paseos llegué hasta la casa de la señora de Volanges. Encontré a su pupila en el salón, aún con atavío de enferma, pero ya en plena convalecencia, y más fresca e interesante que nunca. Ustedes las señoras, en tales casos, se quedarían por lo menos un mes en su otomana; a fe mía, es cosa de gritar: ¡Vivan las señoritas! Esta me suscitó, en verdad, el deseo de saber si su curación es completa.

Tengo que decirle también que su *sentimental* Danceny ha estado a punto de enloquecer por el accidente de su amada; primero, de pena; ahora, de alegría. Su *Cecilia* estaba enferma. Imagine usted lo que trastorna tal desgracia. Enviaba a preguntar cómo estaba tres veces al día y no pasaba uno sin presentarse él mismo: en fin, le pidió a la señora de Volanges en una bella epístola permiso para ir a felicitarla por el

restablecimiento de un sér tan querido y ella se lo concedió; de suerte, que encontré allí al joven instalado como antes, con un poco menos de familiaridad por no osar aún permitírsela.

He sabido por él mismo estos detalles; porque salí a la vez que él y le hice hablar. No puede usted darse idea del efecto que le ha causado tal visita. Es una alegría, unos anhelos, unos transportes imposibles de referir. Yo, que adoro los grandes ímpetus, he acabado de hacerle perder la cabeza, asegurándole que dentro de muy pocos días le haría ver a su bella más de cerca aún.

En efecto, estoy decidido a devolvérsela en cuanto haya hecho el experimento aludido antes. Quiero consagrarme a usted por completo; y, además, ¿valdría la pena de que su pupila fuera también mi discípula si no hubiera de engañar más que a su marido? La obra maestra es engañar a su amante, y, sobre todo, a su primer amante, porque cuanto a mí, no tengo que reprocharme el haber pronunciado ni una vez siquiera la palabra amor.

Adiós, mi bella amiga; vuelva cuanto antes a gozar de su imperio sobre mí, a recibir mis homenajes y a darme el premio convenido.

París, 28 noviembre 17...

C A R T A C X L V

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

En serio, vizconde, ¿ha dejado usted a la presidenta? ¿Le ha enviado la carta que yo le redacté para ella? En verdad, es usted encantador y ha rebasado lo que yo esperaba de usted. Confieso sinceramente que este triunfo me halaga más que todos los que pude obtener hasta aquí. Pensará usted, sin duda, que evaluó en mucho a una mujer, a la que en otro tiempo apreciaba tan poco, nada en absoluto; pero es que esta victoria no la he obtenido sobre ella, sino sobre usted; y esto es lo agradable, lo verdaderamente delicioso.

Sí, vizconde; usted amaba mucho a la señora de Tourvel; la sigue amando todavía; la ama como un loco; pero porque a mí me plugo escarnecerlo, la ha sacrificado bravamente. Habría sacrificado mil antes que soportar una broma. ¡A dónde nos conduce la vanidad! ¡Qué razón tenía el sabio al decir que es enemiga de la felicidad!

¿Qué sería de usted ahora si yo no hubiera querido sino hacerle una picardía? Pero yo soy incapaz de engañar; bien lo sabe usted; y aunque hubiera de verme reducida a la desesperación y el convento, me arriesgo a todo y me rindo a mi vencedor.

Sin embargo, si capitulo es realmente por pura debilidad; porque, si quisiera, ¡cuántos regateos podría hacerle! Y acaso los mereciera usted. Admiro, por ejemplo, la astucia o la torpeza con que me propone que le permita volver a entenderse con su presidenta. Le convendría mucho adjudicarse el mérito de esa ruptura sin perder los placeres de su amor, ¿no es verdad? Y como ese aparente sacrificio dejaría de serlo para mí, me ofrece usted repetirlo a mi antojo. Por tal combinación la celestial devota se creería siempre la única elegida por el corazón de usted, en tanto que yo habría de enorgullecerme de ser la rival preferida; nos engañaríamos ambas, pero usted estaría contento y ¿qué importa lo demás?

Es lástima que, con tanto talento para urdir planes, tenga usted tan poco para ejecutarlos; y que sólo por un paso irreflexivo haya puesto usted mismo un invencible obstáculo para lograr lo que más desea.

¡Cómo! ¿Tenía usted la idea de reanudar sus relaciones y pudo usted enviar mi carta? Me ha creído usted muy torpe a mi vez. ¡Ah!, créame, vizconde, cuando una mujer hiere en el corazón a otra, rara vez deja de dar en el punto vulnerable, y la herida no tiene cura. Cuando yo hería a ésta, o mejor dirigía contra ella los tiros de usted, no olvidé que esa mujer era mi rival, que usted la había encontrado en un momento preferible a mí y, en fin, que me había usted puesto por debajo de ella. Si me he engañado en mi venganza, consiento en cargar con la culpa. Así, me parece bien que ensaye usted todos los medios; hasta lo invito y le prometo no

enojarme por su éxito, si llega usted a conseguirlo. Estoy tan tranquila sobre este punto que no quiero ocuparme más de él. Hablemos de otra cosa.

Por ejemplo, de la salud de la joven Volanges. Me dará usted noticias positivas a mi llegada, ¿no es cierto? Me complacerá mucho tenerlas. Después a usted le tocará decidir si le convendrá más devolver la pequeña a su amante o intentar por segunda vez ser fundador de una nueva rama de los Valmont, bajo el nombre de Gercourt. Esta idea me pareció bastante chusca y al dejarle la elección, le ruego, sin embargo, que no tome una decisión definitiva sin que hayamos hablado antes. Esto no es darle un largo aplazamiento, porque estaré en París muy pronto. No puedo decirle precisamente el día, pero no dude que, en cuanto llegue, usted será el primero que lo sepa.

Adiós, vizconde; no obstante mis querellas, mis malicias y mis burlas, sigo amándolo mucho y me dispongo a probarlo. Hasta la vista, amigo mío.

Quinta de..., 29 noviembre 17...

C A R T A C X L V I

La marquesa de Merteuil al caballero Danceny.

Al fin parto, mi joven amigo, y mañana por la noche estaré en París. Durante el trastorno anejo a un cambio de instalación no recibiré a nadie. Sin embargo, si usted tiene alguna confidencia urgente que hacerme, consentiré en exceptuarlo de la regla general; pero sólo usted será exceptuado; así, le ruego el secreto de mi llegada, de la que ni el mismo Valmont será informado.

Si me hubieran dicho hace algún tiempo que usted llegaría a poseer mi exclusiva confianza, no lo habría creído. Pero la suya ha arrastrado la mía. Estoy tentada a creer que usted ha puesto en ello habilidad y, acaso, hasta seducción; Esto estaría muy mal! Por lo demás, no es ahora peligroso; usted

tiene realmente algo mejor que hacer en otra parte. Cuando está en escena la heroína no se presta atención a la confidente.

De ahí que no haya tenido usted tiempo siquiera para participarme sus últimos éxitos. Cuando su Cecilia estaba ausente no eran los días bastante largos para escuchar las tiernas quejas de usted. Las habría lanzado al viento, si yo no hubiera estado a mano para oírlas. Cuando estuvo luego enferma, usted me honró también con la relación de sus inquietudes; tenía usted necesidad de alguien a quien confiarlas. Pero ahora que su amada está en París, que se encuentra bien y, sobre todo, que la ve usted algunas veces, ella le basta y sus amigos nada le importan ya.

No lo censuro a usted; tienen la culpa sus veinte años. Desde Alcibíades hasta el caballero Danceny, ¿no es sabida que los jóvenes no cultivan la amistad más que en sus aflicciones? La felicidad los hace algunas veces indiscretos, pero jamás confiados. Diré como Sócrates: *Quiero que mis amigos vengan a mí cuando son desgraciados* (1); pero, en su calidad de filósofo, se pasaba muy bien sin ellos cuando no iban a buscarlo. En esto, yo no soy tan sabia como él, ni mucho menos, he sentido el silencio de usted con toda la debilidad de una mujer.

No vaya usted a creer, sin embargo, que soy exigente, ¿a qué serlo? El mismo sentimiento que me hace advertir esas privaciones me hace también soportarlas con valor cuando son pruebas de la felicidad de mis amigos. No cuento, pues, con usted para mañana por la noche sino en cuanto el amor lo deje libre y desocupado, y le prohíbo hacerme el menor sacrificio.

Adiós, caballero; será una fiesta para mí el volver a verlo; ¿irá usted?

Quinta de..., 29 noviembre 17...

(1) Marmontel. "Cuento moral de Alcibíades."

CARTA CXLVII

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Seguramente compartirá usted mi aflicción, mi digna amiga, al saber el estado en que se encuentra la señora de Tourvel; desde ayer está enferma; su enfermedad se ha iniciado tan vivamente y presenta síntomas tan graves que yo estoy verdaderamente alarmada.

Una fiebre ardiente, una agitación violenta y casi continua, una sed que no se puede aplacar, he aquí todo lo que se le nota. Los médicos dicen que no pueden pronosticar nada todavía, y el tratamiento será tanto más difícil cuanto que la enferma rehusa con obstinación toda clase de remedios, hasta el punto que haya habido que sujetarla a la fuerza para sangrarla y acudir al mismo recurso otras dos veces para volver a ponerle la venda que en sus arrebatos intenta arrancarse sin cesar.

Usted que la ha visto como yo, tan débil, tan tímida, tan dulce, ¿puede concebir que apenas basten cuatro personas para sujetarla y que a la menor consideración que se le haga entre en un furor indecible? Para mí esto no es más que delirio y temo que se trate de una verdadera enajenación mental.

Lo que aumenta mi temor a este propósito es lo que pasó anteayer.

Ese día llegó hacia las once de la mañana con su doncella al convento de... Como se había educado en aquella casa y tenía la costumbre de recogerse en ella algunas veces, fué recibida como de ordinario y a todos les pareció tranquila y bien de salud. Aproximadamente dos horas después, preguntó si estaba vacante la celda que había ocupado de pensionista y, como le contestaran que sí, quiso ir a verla; la acompañó la Priora con algunas otras religiosas. Y entonces declaró que volvía para quedarse en aquella celda, agregando que no debía haber salido jamás de ella y que no volvería a salir hasta la muerte; esta fué su expresión.

Al principio no supieron qué decirle; pasado el primer momento de sorpresa, le hicieron ver que su estado de casada

no permitía recibirla sin un permiso especial. Ni con esta razón ni con mil otras se logró nada de ella; no sólo se negó a salir del convento, sino hasta de su celda. Al fin, cansadas de discutir, le permitieron que pasara allí aquella noche. Fueron despedidos sus criados y su coche y se dejó para el día siguiente el tomar un partido.

Aseguran que toda la velada, lejos de mostrar extravío alguno en su aspecto y su porte, parecieron uno y otro moderados y reflexivos; que sólo cayó tres o cuatro veces en una meditación tan profunda que no lograban sacarla de ella hablándole, y que siempre, antes de salir, se llevaba las manos a la frente y parecía apretársela con fuerza; y como una de las religiosas presentes le preguntara en vista de ello si le dolía la cabeza, la miró largamente antes de contestarle y dijo al fin: “¡No es aquí donde está el dolor”. Un momento después pidió que la dejaran sola y rogó que en lo sucesivo no le hicieran más preguntas.

Se retiró todo el mundo menos su doncella que, afortunadamente, tenía que acostarse en la misma celda, por no haber otro sitio disponible.

Según sus referencias, su señora estuvo bastante tranquila hasta las once de la noche. Dijo entonces que quería acostarse, pero antes de estar desnuda del todo, se puso a pasear por la celda con vivo accioneo y gestos bruscos. Julia, que había sido testigo de lo que había pasado durante el día, no se atrevió a decirle nada y aguardó en silencio cerca de una hora. Al fin, la señora de Tourvel la llamó dos veces seguidas y apenas hubo llegado corriendo hasta su señora, ésta cayó en sus brazos, diciendo: “¡No, no puedo más!” Se dejó llevar a su lecho y no quiso tomar nada ni que se fuera a buscar auxilio alguno. Solamente se hizo poner un vaso de agua al alcance de su mano y dió la orden de acostarse a Julia.

Esta asegura que estuvo hasta las dos de la mañana sin dormir y no oyó durante ese tiempo movimientos ni quejas. Pero dice que fué despertada a las cinco por las discursos de su señora, que hablaba en voz alta y fuerte; que entonces le preguntó si necesitaba algo y, como no obtuviera respuesta, en-

cendió la luz y se acercó al lecho de su señora, que no la conoció; pero que, interrumpiendo de pronto sus incoherentes frases, gritó vivamente: “¡Que me dejen sola, que me dejen en las tinieblas; son las tinieblas las que me convienen!” Yo observé ayer por mí misma que repite con frecuencia esta frase.

En fin, Julia aprovechó aquella especie de orden para ir a buscar gente y auxilios; pero la señora de Tourvel lo rechazó todo con los furores y arrebatos que le han vuelto después tan frecuentemente.

El apuro en que esto puso a toda la comunidad hizo que la Priora me enviase a llamar ayer a las siete de la mañana. Aún no era de día. Acudí inmediatamente. Cuando fuí anunciada a la señora de Tourvel, esta pareció recobrar el conocimiento y respondió: “¡Ah, sí; que pase!” Y cuando llegué al lado de su cama, me miró fijamente, cogió con viveza una de mis manos, que estrechó, y me dijo con voz fuerte pero velada: “Muero por no haberla creído a usted”. Inmediatamente después, cubriéndose los ojos, volvió a su tema: “¡Que me dejen sola, etc!” y perdió de nuevo todo atisbo de razón.

Aquellas palabras y algunas otras que se le han escapado en su delirio me hacen temer que su cruel dolencia tenga una causa más cruel todavía. Pero respetemos los secretos de nuestra amiga y limitémosnos a compadecer su desgracia.

Toda la jornada de ayer fué igualmente borrascosa, alternando en ella los accesos de una agitación espantosa con breves períodos de un abatimiento letárgico que son los solos momentos en que descansa y deja descansar un poco. Yo no dejé la cabecera de su cama hasta las nueve de la noche y volveré esta mañana para pasar a su lado todo el día. Seguramente, no abandonaré a mi desgraciada amiga; pero es desoladora su obstinación en rechazar todo cuidado y todo auxilio.

Le envío a usted el parte de anoche que acabo de recibir y que, como verá, es poco consolador. Cuidaré de remitirselo todos los días puntualmente.

Adiós, mi digna amiga; voy al lado de la enferma. Mi hija, que, afortunadamente, está ya casi restablecida, le presenta sus respetos.

París, 29 noviembre 17...

CARTA CXLVIII

El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.

¡Oh, usted a quien amo, tú a quien adoro; usted que ha iniciado mi felicidad, tú que la has colmado! Sensible amiga, tierna amante, ¿por qué el recuerdo de tu dolor viene a nublar el encanto que siento? ¡Ah! ¡Señora, cálmese usted; se lo pide la amistad! ¡Oh! Amiga mía, sé feliz; este es el voto del amor!

¿Eh? ¿Qué reproches tiene usted que hacerse? Créame, la engaña su delicadeza. Los pesares que ésta le causa, los yerros de que me acusa a mí, son igualmente ilusorios. Siento en mi corazón que no ha habido más seductor entre nosotros que el amor. No temas, pues, entregarte a los sentimientos que inspiras, dejarte penetrar por el fuego que haces nacer. ¡Cómo! Por haberse enterado tarde, ¿serán nuestros corazones menos puros? No, indudablemente. Es, por el contrario, la seducción, la que, no actuando más que por planes seguros, puede combinar sus medios y su marcha y prever de lejos los acontecimientos. Pero el amor verdadero no permite meditar ni reflexionar así; nos distrae de nuestras ideas por nuestros sentimientos; su imperio no es tan fuerte jamás como cuando es desconocido; y en la sombra y en el silencio nos envuelve en lazos que es igualmente imposible percibir y romper.

Fué así como ayer mismo, a pesar de la viva emoción que me causaba la idea del regreso de usted, a pesar del gran placer que sentí al verla, creía, sin embargo, no ser aún llamado ni conducido más que por la apacible amistad, o mejor, completamente entregado a los dulces sentimientos de mi corazón, no me preocupaba apenas de inquirir su origen o su causa. Lo mismo que yo, mi tierna amiga, tú sentías, sin conocerlo, ese imperioso encanto que entregaba nuestras almas a las dulces impresiones de la ternura; y ambos no reconocimos al amor hasta que salimos de la embriaguez en que ese dios nos había sumido.

Pero eso mismo nos justifica, en lugar de condenarnos. No, tú no has traicionado a la amistad, ni yo tampoco he abusado de tu confianza. Ambos, en verdad, ignorábamos nuestros sentimientos; solamente sentíamos esa ilusión sin intentar engendrarla. ¡Ah! Lejos de quejarnos no pensemos más que en el gozo que nos ha dado; y, sin turbarla con injustos reproches, no nos cuidemos más que de aumentarla por la confianza y la seguridad. ¡Oh, amiga mía, qué preciosa es esa esperanza para mi corazón! Si, en adelante, libre de todo temor y entregada al amor por completo, compartirás mis deseos, mis ímpetus, el delirio de mis sentidos, la embriaguez de mi alma; y cada instante de nuestros días venturosos será marcado por una nueva voluptuosidad.

Adiós, mi adorada. Te veré esta noche; pero, ¿te encontraré sola? No oso esperarlo. ¡Ah, tú no lo deseas tanto como yo!

París. 1.º diciembre 17...

C A R T A C X L I X

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Esperé ayer, durante todo el día, mi digna amiga, poder darle esta mañana noticias más favorables de la salud de nuestra querida enferma; pero esa esperanza fué anulada anoche y no me queda más que el pesar de haberla perdido. Un acontecimiento, insignificante en apariencia, pero muy cruel por sus efectos, ha vuelto a poner a la enferma en el triste estado de antes, si es que no lo ha empeorado.

Yo no habría comprendido tan súbito transtorno si no hubiera escuchado ayer la total confidencia de nuestra desgraciada amiga. Como ella me ha hecho saber que usted está también enterada de todos sus infortunios, puedo hablarle sin reservas de su triste situación.

Ayer mañana, cuando llegué al convento, me dijeron que la enferma dormía desde hacía tres horas; y su sueño era tan

profundo y tranquilo que yo temí por un momento que fuera letárgico. Algún tiempo después se despertó y entreabrió ella misma las cortinas de su lecho. Nos miró a todos con sorpresa y, como yo me levantara para acercarme a ella, me conoció, me nombró y me pidió que me aproximara. Sin darme tiempo para hacerle pregunta alguna, me pidió que le dijera dónde estaba, qué hacíamos allí, si ella se encontraba enferma y por qué no estaba en su casa. Yo creí al principio que se trataba de un nuevo delirio, más tranquilo que el anterior, pero advertí que entendía perfectamente mis respuestas. Había recobrado, en efecto, la razón, pero no la memoria.

Me interrogó detalladamente sobre todo lo que le había ocurrido desde que se hallaba en el convento, al que no recordaba haber ido. Le respondí exactamente, suprimiendo sólo lo que hubiera podido asustarla demasiado; y, cuando le pregunté, a mi vez, cómo se encontraba, me contestó que no sufría nada en aquel momento; pero que había sido muy atormentada durante su sueño y se sentía muy fatigada. La recomendé que se tranquilizara y hablase poco, tras lo cual corrí en parte las cortinas, dejándolas entreabiertas y me senté al lado de su cama. Al mismo tiempo le ofrecieron un caldo, que tomó, encontrándolo bueno.

Permaneció así una media hora, durante la cual no habló más que para darme las gracias por mis cuidados; y lo hizo con la amabilidad y la gracia que, como sabe usted, le son peculiares. Después guardó por algún tiempo un silencio absoluto, que no rompió más que para decir: “¡ Ah, ya me acuerdo de haber venido aquí!”, y un momento más tarde exclamó, dolorosamente: “¡ Amiga mía, amiga mía, compadézcame usted; vuelvo a sentir todas mis desdichas!” Como entonces me acercara yo a ella, cogió mi mano y apoyando en ella su cabeza, agregó: “¡ Dios santo! ¿ No puedo morir?” Su expresión, más aún que sus palabras, me conmovió hasta hacerme llorar; ella lo advirtió en mi voz y me dijo: “¡ Me compadece usted! ¡ Ah, si supiera!” Y luego, interrumpiéndose: “¡ Haga usted que nos dejen solas; se lo diré todo!”

Como creo haberle indicado a usted antes de ahora, yo tenía ya sospechas sobre lo que podría ser el objeto de sus con-

fidencias; y temiendo que tal conversación, que había de ser larga y triste, perjudicara al estado de nuestra infortunada amiga, me opuse al principio a ella, con el pretexto de su necesidad de reposo; pero insistió y me rendí a sus instancias. En cuanto nos quedamos solas me dijo todo lo que usted sabe ya por ella, razón por la cual no se lo repito.

En fin, al hablarme de la cruel forma en que había sido sacrificada, agregó: "Yo me creía segura de morir y no me falta valor; pero sobrevivir a mi vergüenza y mi desgracia me es imposible. Intenté combatir su abatimiento o más bien su desesperación, con las armas de la religión, antes tan poderosas para ella; pero comprendí que no tenía autoridad para ejercer tan augustas funciones y le propuse que llamara al Padre Anselmo, quien sé que tiene toda su confianza. Consentí y hasta pareció desearlo vivamente. Se envió a buscarlo, en efecto, y acudió inmediatamente. Estuvo largo tiempo a solas con la enferma y dijo al salir que, si los médicos opinaban como él, creía que podía diferirse la administración de los Sacramentos y que volvería al día siguiente.

Serían entonces las tres de la tarde y hasta las cinco estuvo nuestra amiga bastante tranquila, de tal modo que todas habíamos recobrado esperanzas. Desgraciadamente, llegó entonces una carta para ella. Al dársela, dijo que no quería recibir carta alguna y nadie insistió. Pero desde aquel momento pareció más agitada. Poco después preguntó de dónde provenía aquella carta. Al decirle que no estaba timbrada, volvió a preguntar que quién la había llevado; como esto se ignoraba, de parte de quién había sido entregada, lo que tampoco le habían dicho a la tornera. A continuación guardó por un rato silencio, y después volvió a hablar; pero sus frases incoherentes nos hicieron ver que había vuelto al delirio.

Sin embargo, tuvo como un intervalo tranquilo, al cabo del cual pidió que le dieran la carta que habían llevado para ella. Apenas puso en ella los ojos, exclamó: "¡De él, Dios santo!" Y después, con voz fuerte, aunque ahogada: "¡Llévensela, llévensela!" Hizo inmediatamente correr las cortinas de su lecho y prohibió que se acercara nadie; pero casi inmediatamente nos vimos forzadas a volver a su lado. Se habían re-

anudado sus accesos, más violentos que nunca, acompañados de convulsiones verdaderamente espantosas. Estos accidentes no cesaron en toda la noche, y el parte de esta mañana consigna su borrascosa persistencia. En fin, su estado es tal que a mí me extraña que no haya ya sucumbido; y no he de ocultarle que me quedan muy pocas esperanzas.

Supongo que esa malhadada carta es del señor de Valmont; pero ¿qué puede osar decirle éste todavía? Perdón, mi querida amiga; me abstengo de toda reflexión; pero es muy cruel ver sucumbir tan tristemente a una mujer hasta ahora tan feliz y tan digna de serlo.

París, 2 diciembre 17...

C A R T A C L

El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.

Aguardando la dicha de verte, me entrego, mi tierna amiga, al placer de escribirte; así, dedicándote mi pensamiento y mi acción, dulcifico el pesár de estar separado de ti. Rumiarme mis sentimientos, recordar los tuyos es para mi corazón un verdadero gozo; y por esto hasta el tiempo de mis privaciones me ofrece mil bienes del valor más alto para mi amor. Sin embargo, si he de creerte, no obtendré respuesta tuya; esta misma carta será la última mía, y nos privaremos de una comunicación que, según tú, es peligrosa, y *de la que no tenemos necesidad*. Seguramente, te creeré, si persistes; porque, ¿qué puedes tú querer que, por la misma razón de quererlo tú, no lo quiera también yo? Mas, antes de decidirte por completo, ¿no consentirás que hablemos?

En lo concerniente a peligros tú sola has de juzgar; yo no puedo calcular nada y me limito a recomendarte que veles por tu seguridad, porque yo no puedo estar tranquilo estando tú inquieta. En este punto, no somos ya dos en uno; eres tú los dos.

No es lo mismo en lo que atañe a la *necesidad*; aquí no

podemos tener más que un mismo pensamiento; y, si disentimos será por explicarnos mal o no entendernos bien. He aquí lo que yo creo sentir.

Sin duda, una carta parece muy poco necesaria cuando hay libertad para verse. ¿Qué podría decirse en ella que una palabra, una mirada y aún el silencio no expresen mil veces mejor? Esto me parece tan verdad que en el momento en que me hablaste de no escribirnos, esta idea se deslizó fácilmente en mi alma; la oprimió acaso, pero no la hirió. Lo mismo aproximadamente que, cuando queriendo dar un beso sobre tu corazón encuentro una cinta o una gasa; la aparto sencillamente, y no tengo la impresión de un obstáculo.

Pero después nos separamos; y, cuando tú dejaste de estar presente la idea de la carta volvió a atormentarme. ¿Por qué, me dije, esta privación más? ¿Cómo! ¿Al estar alejados no se tiene ya nada que decirse? Suponiendo que las circunstancias permitieran estar todo un día juntos, ¿habría que robar tiempo para la conversación al goce? Sí, el goce, mi tierna amiga, porque a tu lado, hasta los momentos de reposo ofrecen un delicioso goce. En fin, cualquiera que sea el tiempo de estar juntos, se acaba por tener que separarse; y luego, ¡se está tan solo! Entonces tiene un valor inestimable una carta; si no se lee, al menos se mira... ¡Ah! Sin duda se puede mirar una carta sin leerla, como me parece que por la noche yo experimentarí algún placer al tocar tu retrato...

¿Tu retrato he dicho? Pues una carta es el retrato del alma. No tiene, como una fría imagen, esa calma tan distante del amor; se amolda a todos nuestros impulsos; sucesivamente se anima, goza, descansa... ¡Tus sentimientos son tan preciosos para mí! ¿Me privarás de un medio de recogerlos?

¿Estás bien segura de que no sentirás nunca la necesidad de escribirme? Si en la soledad tu corazón se dilata o se oprime, si un impulso de alegría llega hasta tu alma, si una tristeza involuntaria la turba por un momento, ¿no será en el pecho de tu amigo donde desahogarás tu dicha o tu pena? ¿Tendrás, pues, un sentimiento que él no comparta? ¿Lo dejarás pensativo y solitario extraviarse lejos de ti? ¡Amiga mía, mi tierna amiga! Pero eres tú quien ha de decidir. Yo he querido

discutir únicamente, no seducirte: no te he dado más que razones y oso creer que habrían sido más eficaces los ruegos. Procuraré, pues, si persistes, no afligirte; me esforzaré en persuadirme de que me has escrito; pero por mucho que lo diga, tú me lo dirías mejor; y yo tendría, sobre todo, más placer en oírlo.

Adiós, mi encantadora amiga; se acerca la hora en que, al fin, podré verte; te dejo de prisa para ir a encontrarte más pronto.

París, 3 diciembre 17...

C A R T A C L I

El visconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Sin duda, marquesa, no me tiene usted por tan inexperto que pudiera dejarme engañar respecto al dúo en que la sorprendí anoche y a la *extraña casualidad* que había llevado a su casa a Danceny. Y no es que la fisonomía de usted, tan avizada a la ficción, no supiera adoptar maravillosamente la expresión más tranquila y serena, ni que usted se vendiera por una de esas frases que se le escapan alguna vez a la turbación o al remordimiento. Llego hasta reconocer que sus dóciles miradas la sirvieron perfectamente y que, si hubiera sabido hacerse creer tan bien como hacerse entender, lejos de quedarme la menor sospecha, no habría puesto yo en duda ni por un momento el extremado pesar que le causaba la presencia de *aquel tercero importuno*. Pero para no desplegar en vano tan grandes talentos, para obtener el éxito que se proponía, para producir, en fin, la ilusión que intentaba dar, necesitaba haber educado antes a su amante novicio con más cuidado.

Ya que se dedica usted a educar, enseñe a sus alumnos a no sonrojarse ni desconcertarse a la menor broma; a no negar tan vivamente con relación a una sola mujer las mismas

cosas tan blandamente negadas respecto de todas las demás. Enséñeles también a saber oír el elogio de su amante sin creerse obligados a hacer los honores; y, si les permite usted mirarla ante sus relaciones, que intenten primeramente, al menos, embozar esas miradas de posesión tan fáciles de conocer y que confunden tan torpemente con las de amor. Entonces podrá usted presentarlos en sus ejercicios públicos sin que su conducta desdore a su sabia institutriz; y yo mismo, complaciéndome mucho en contribuir a la celebridad de usted, le prometo escribir y publicar los programas de ese nuevo colegio.

Pero hasta tanto, me sorprende, lo confieso, que sea a mí a quien haya usted intentado tratar como a un colegial.

¡Oh, qué pronto me vengaría si se tratara de cualquier otra mujer! ¡Qué placer tendría en ello y cómo éste superaría al que ella hubiera creído quitarme! Sí, es sólo con usted con quien prefiero la reparación a la venganza; y no crea que me contenga la menor duda, la más pequeña incertidumbre: lo sé todo.

Está usted en París desde hace cuatro días; los cuatro ha visto usted a Danceney, y no ha visto más que a él solo. Hoy mismo tenía usted cerradas sus puertas, y no le ha faltado a su suizo para no dejarme entrar más que una seguridad igual a la de usted. Sin embargo, yo no podía dudar que usted me había ofrecido que sería el primero en saber su llegada, esa llegada de la que no podía decirme aún el día, al escribirme la víspera de su salida. ¿Negará usted estos hechos o intentará excusarlos? Lo uno y lo otro es igualmente imposible, y, sin embargo, ¡me contengo todavía! Reconozca usted en esto su imperio sobre mí; pero, créame, dese por contenta con haberlo probado y no abuse de él por más tiempo. Nosotros dos nos conocemos, marquesa; esta indicación debe bastarle.

Me dijo usted que mañana había de salir durante todo el día; bien está, si sale usted, en efecto, y ya supondrá que yo lo sabré. Pero, en fin, volverá usted a su casa por la noche; y para nuestra difícil reconciliación no tendremos tiempo sobrado hasta el día siguiente. Hágame, pues, saber si será en su casa o *allí* donde tendrán lugar nuestras numerosas y recíprocas expiaciones. Sobre todo, nada ya de Danceney. Pase

que se le haya metido a usted esa idea en su mala cabeza; yo puedo no sentirme celoso por ese delirio de su imaginación; pero piense que, desde el momento en que eso deje de ser un antojo, será una marcada preferencia. Y yo no me creo idóneo para tal humillación, ni espero que me la imponga usted.

Hasta confío en que ese sacrificio no le parecerá tal. Pero, aunque le costara algo, me parece que yo le he dado un buen ejemplo; que una mujer sensible y bella que no vivía más que para mí, que acaso en estos momentos muere de amor y de pesar, no vale menos que un joven colegial que, si usted quiere, no carece de buena figura ni de inteligencia, pero que no tiene aún consistencia ni escuela.

Adiós, marquesa; no he de decirle nada de mis sentimientos para usted. Todo lo que puedo hacer en este momento es no escuchar mi corazón. Espero su respuesta. Piense, al dár-mela, piense bien que cuanto más fácil le es hacerme olvidar la ofensa que me ha inferido, tanto más una negativa o un simple aplazamiento de su parte la grabaría en mi corazón con rasgos indelebles.

París, 3 diciembre 17...

C A R T A C L I I

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.

¡Cuidado, vizconde; tenga más consideración a mi extremada timidez! ¿Cómo quiere usted que yo soporte la abrumadora idea de arriesgarme a su indignación y, sobre todo, que no sucumba al miedo de su venganza? Tanto más cuanto que, como usted sabe, si me hiciera una mala pasada, me sería imposible devolvérsela. Aunque yo hablara, la existencia de usted no sería por ello menos tranquila y brillante. En realidad, ¿qué tendría usted que temer? ¿Ser forzado a partir, si le dejaban tiempo? Pero ¿no se vive en el extranjero lo mismo que aquí? Y, en todo caso, si la corte de Francia lo deja-

ba tranquilo en la elegida por usted para su residencia, ello no sería para usted más que un cambio del lugar de sus triunfos. Después de haber intentado devolverle su sangre fría por estas consideraciones morales, volvamos a nuestros asuntos.

¿Sabe usted, vizconde, por qué yo no me he vuelto a casar? No ha sido, ciertamente, por no haber encontrado partidos ventajosos; únicamente ha sido porque nadie tenga derecho a censurar mis actos. Y no es que temiera no poder hacer mi voluntad, porque siempre hubiera acabado por ahí; pero me habría molestado que alguien hubiera tenido siquiera derecho a quejarse; ha sido, en fin, porque sólo quiero engañar por gusto y no por necesidad. ¡Y he aquí que usted me escribe la carta más marital que puede darse! ¡No me habla usted más que de faltas de mi parte y perdones de la suya! Pero ¿cómo se le puede faltar a quien nada se le debe? No lo puedo concebir.

Veamos qué motivos hay para tanto. ¿Usted ha encontrado a Danceny en mi casa y eso le ha disgustado? ¡Enhorabuena! ¿Pero qué puede usted inferir de ello? O que era efecto de la casualidad, como le dije, o de mi voluntad, como me abstuve de decirle. En el primer caso, su carta es injusta; en el segundo, es ridícula. ¿Valía la pena de escribirla? Pero está usted celoso, y los celos no razonan. Pues bien: voy a razonar yo por usted.

O tiene usted un rival o no lo tiene todavía. Si lo tiene, ha de hacerse agradable para serle preferido; si no lo tiene, ha de agradar también para evitar tenerlo. En ambos casos, ha de seguir la misma conducta; así, pues, ¿a qué atormentarse? ¿Por qué, sobre todo, atormentarme a mí? ¿No sabe usted ya ser amable? ¿No está ya seguro de sus éxitos? ¡Vamos, vizconde, no se haga usted tan poco favor! Pero no es esto: es que a sus ojos yo no merezco que se tome usted tanto trabajo. Desea usted, más que mis bondades, abusar de su imperio sobre mí. ¡Vaya, es usted un ingrato! He aquí, me parece, que caigo en el sentimiento, y a poco que siguiera por tal camino, esta carta resultaría muy tierna; pero usted no lo merece.

No merece usted que yo tampoco me justifique. Para cas-

tigar sus sospechas, se las dejaré; lo mismo respecto al día de mi vuelta que a las visitas de Danceny no le diré nada. Ya se ha tomado usted bastante trabajo para enterarse, ¿no es así? Pues bien: ¿ha adelantado usted algo? Deseo que en ello haya tenido usted un gran placer; éste, en lo que me atañe, no ha estorbado al mío.

Todo lo que puedo responder a su amenazadora carta es que ésta no ha tenido el don de complacerme ni el poder de intimidarme; y que, por el momento, no puedo estar menos dispuesta a acceder a sus peticiones.

En verdad, el aceptarlo a usted tal cual se muestra ahora, sería hacerle una real infidelidad. No sería reanudar mis relaciones con mi antiguo amante, sino tomar uno nuevo, que no vale lo que el otro, ni mucho menos. El Valmont al que yo amaba era encantador. Hasta quiero convenir en que no he encontrado hombre más amable. ¡Ah, se lo ruego, vizconde, si da usted con él, traigámelo; ese será siempre bien recibido.

Prevéngale, no obstante, que en ningún caso podría ser eso, ni por hoy ni por mañana. Su *Menecmo* le estorba un poco. Temo engañarme apresurándome demasiado, o tal vez haya dado ya palabra a Danceny para estos dos días. Y la carta de usted me ha hecho saber que no bromea cuando se le falta a la palabra. Ya ve usted que tendrá que esperar.

Pero ¿qué le importa? Siempre se vengará usted bien de su rival. El no ha de hacerlo peor con la amante de usted que usted con la suya; y, después de todo, ¿no vale una mujer lo que otra? Estos son los principios de usted. Hasta aquella *tierna y sensible que no existiera más que para usted, que muriera, en fin, de amor y de pesar*, no dejaría de ser sacrificada al primer capricho, al temor de ser embromado por un momento; ¿y quiere usted que se le tengan ciertos miramientos? ¡Ah, eso no es justo!

Adiós, vizconde; vuelva a ser amable. Yo no deseo más que encontrarlo encantador, y, en cuanto esté segura de ello, me comprometo a probárselo. En verdad, soy demasiado buena.

París, 4 diciembre 17...

CARTA CLIII

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

Respondo sin perder momento a su carta, y procuraré ser claro, lo que no es fácil con usted cuando ha tomado el partido de no entender.

No hacían falta largos discursos para hacer constar que, teniendo cada uno de nosotros en sus manos los elementos precisos para perder al otro, ambos tenemos igual interés en respetarnos mutuamente; así, pues, no es eso de lo que se trata. Entre el violento partido de perderse y el mejor, sin duda de seguir unidos, como lo hemos estado hasta ahora, y de llegar a estarlo más aún, reanudando nuestras primeras relaciones; entre esos dos partidos, digo, hay mil otros que tomar. No era, pues, ridículo el decirle a usted, ni lo es el repetírselo, que, desde hoy mismo, he de ser su amante o su enemigo.

Comprendo perfectamente que esta disyuntiva la molesta; que preferiría tergiversar; y no ignoro que no le ha gustado jamás ser puesta entre la espada y la pared, y forzada a dar un sí o un no; pero usted debe comprender también que no puedo dejarla salir de ese estrecho círculo sin correr el riesgo de ser burlado, y ha debido prever que yo no soportaría eso. A usted le toca ahora decidir; yo puedo dejarle la elección, pero no seguir en la incertidumbre.

Sólo he de prevenirle que no me dejaré engañar por sus razonamientos, buenos o malos; que no me seducirá usted tampoco con los arrumacos con que intente aderezar su negativa, y que, en fin, ha llegado el momento de la franqueza. Deseo darle el ejemplo y le declaro con mucho gusto que prefiero la paz y la unión; pero, si hay que romper una y otra, creo tener el derecho y los medios.

Agrego, pues, que el menor obstáculo puesto por su parte será tomado por la mía como una verdadera declaración de guerra; ya ve usted que la respuesta que le pido no exige largas ni bellas frases. Bastan dos palabras.

París, 4 diciembre 17...

Respuesta de la marquesa de Merteuil, escrita al final de la misma carta.

¡Pues bien: la guerra!

C A R T A C L I V

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Los partes que le adjunto la enterarán a usted, mi querida amiga, mejor que yo pudiera hacerlo, del mal estado de nuestra enferma. Dedicada por completo a cuidarla, no distraigo más tiempo que el preciso para escribirle a usted, para darle otras noticias además de las de la enfermedad. He aquí un acontecimiento que no esperaba. He recibido una carta del señor de Valmont, que ha querido elegirme por confidente suya y por mediadora para con la señora de Tourvel, para lo que adjuntó una carta a la mía. Le he devuelto una, respondiéndole a la otra. Le remito a usted esta última, y creo que juzgará, como yo, que no podía ni debía hacer nada de lo que me pedía. Aunque hubiera podido hacerlo, nuestra desgraciada amiga no se halla en estado de entenderme. Su delirio es continuo. Pero, ¿qué dice usted de esa desesperación del señor de Valmont? ¿Hay que creer en ella o sólo quiere engañar a todo el mundo hasta el fin? (1). Si por esta vez es sincero, puede decir que él mismo ha hecho su desgracia. Creo que le habrá satisfecho poco mi respuesta; pero confieso que todo lo que observo en esta desdichada aventura me subleva cada vez más contra su autor.

Adiós, mi querida amiga; vuelvo a mis tristes menesteres, que lo son más por la poca esperanza que tengo de que sean eficaces. Ya conoce mis sentimientos para usted.

París, 5 diciembre 17...

(1) Por no haberse encontrado nada en esta correspondencia que pueda resolver tal duda, se ha suprimido la carta de Valmont.

C A R T A C L V

El vizconde de Valmont al caballero Danceny.

He pasado dos veces por su casa, mi querido caballero; mas desde que ha dejado usted el papel de amante por el de seductor afortunado, no hay, como es natural medio de encontrarle. Su ayuda de cámara me ha asegurado, sin embargo, que volverá usted a su casa esta noche y que él había recibido orden de esperarle; pero yo, que estoy enterado de sus proyectos, he comprendido que no volverá usted sino por un instante, para cambiar de vestido, y que inmediatamente reanudará su marcha triunfal. ¡Enhorabuena! Yo no puedo por menos de aplaudirlo; pero acaso esta noche se sienta usted tentado a cambiar de dirección. Usted no sabe aún, respecto a sus asuntos, más que la mitad; hay que ponerlo al corriente del resto, y después usted decidirá. Dedique un momento a leer mi carta. Esto no será distraerlo de sus placeres, puesto que, al contrario, no tiene otro objeto que darle la elección entre ellos.

Si yo hubiera obtenido su entera confianza, si hubiera sabido por usted la parte de sus secretos que he tenido que adivinar, habría sabido a tiempo a qué atenerme; y mi celo, menos torpe, no estorbaría hoy su marcha. Pero partamos del punto en que nos encontramos. Cualquiera que sea el partido que usted tome, con él hará la dicha de otro.

Tiene usted una cita para esta noche, ¿no es cierto?, con una mujer encantadora, a la que adora usted, porque, a su edad, ¿a qué mujer no se adora, por lo menos, los ocho primeros días? El escenario ha de hacer aún más vivos sus placeres. Una casita deliciosa, *que sólo se ha adquirido para usted*, ha de embellecer la voluptuosidad con los encantos de la libertad y los del misterio. Todo está convenido; se le espera, y usted rabia por ir; he aquí lo que sabemos ambos, aunque usted nada me haya dicho. Ahora, he aquí lo que usted no sabe y es preciso que yo le diga.

Desde mi regreso a París no he cesado de buscar los me-

dios de acercarlo a la señorita de Volanges; se lo había prometido, y todavía, la última vez que le hablé de ello, pude juzgar, por sus respuestas, podría decir por sus transportes, que así laboraba por su felicidad. No podía triunfar por mí solo en tan difícil empresa; pero, después de haber preparado los medios, confié lo demás al celo de su joven amante. Esta ha encontrado en las inspiraciones de su amor recursos que faltaron a mi experiencia; en fin, la desgracia de usted ha hecho que triunfara. Desde hace dos días, según me ha dicho esta tarde, están vencidos todos los obstáculos, y la felicidad de usted no depende más que de usted mismo.

Desde hace dos también ella le está esperando, con la ilusión de darle por sí misma esta noticia, y, a pesar de la ausencia de su madre, habría sido usted recibido; pero usted ¡ni siquiera se ha presentado! Y, para decírselo todo, su joven enamorada, me ha parecido un poco enojada por esa falta de solicitud por parte de usted. En fin, ha encontrado el medio de hacerme llegar a mí también hasta ella, y me ha hecho prometerle la entrega a usted, lo antes posible, de la adjunta carta. Por lo mucho que me ha apremiado, apostarí a que se trata de una cita para esta noche. Comoquiera que sea, le he prometido por mi honor y por nuestra amistad que hoy mismo recibiría usted la tierna misiva, y no quiero faltar a mi palabra.

Ahora, joven amigo, ¿qué conducta va usted a seguir? Puesto entre la coquetería y el amor, entre el placer y la felicidad, ¿qué va usted a elegir? Si le hablara al Danceney de hace tres meses, sólo al de hace ocho días, seguro de su corazón, lo estaría también de su proceder; pero el Danceney de hoy, arrastrado por las mujeres, corriendo aventuras y un poco pervertido, como es usual, ¿preferirá una jovencita tímida, que no cuenta más que con su belleza, su inocencia y su amor, a los atractivos de una mujer perfectamente experta? Por mi parte, mi querido amigo, me parece que, aun con sus nuevos principios, que he de confesar que son también en parte los míos, las circunstancias me decidirían por la joven enamorada. Ante todo, es una más, a lo que hay que añadir la novedad y también el temor a perder el fruto de sus traba-

jos por descuidarse en cogerlo; porque, en fin, por ese lado, sería verdaderamente una ocasión perdida y ésta no vuelve a presentarse siempre, sobre todo cuando se trata de una primera debilidad; frecuentemente en este caso basta un momento de despecho, una sospecha celosa, menos aún, para impedir el más brillante triunfo. La virtud que zozobra se agarra muchas veces a las ramas; y, una vez que escapó, se pone en guardia y no es fácil ya sorprenderla.

Al contrario, por la otra parte, ¿qué arriesga usted? Ni siquiera una ruptura; a lo más, un ligero disgusto, en el que es fácil obtener con algunos mimos el placer de la reconciliación. ¿Qué otro partido le queda a la mujer ya rendida más que el de la indulgencia? ¿Qué ganaría con la severidad? La pérdida de sus placeres sin provecho para su gloria.

Si, como supongo, toma usted el partido del amor, que me parece también el de la razón, creo prudente que no se excuse por faltar a la cita; déjese usted esperar sencillamente; si intenta usted dar un pretexto, sugerirá tal vez la tentación de comprobarlo. Las mujeres son curiosas y obstinadas; todo puede deseubrirse; acabo, como usted sabe, de tener en mí mismo el ejemplo. Pero si deja usted la esperanza, como ésta será sostenida por la vanidad, no se perderá hasta mucho después de la hora propicia para las informaciones; y así, mañana, podrá usted inventar el obstáculo insuperable que lo retuvo; estuvo usted enfermo, muerto, si es preciso, o tuvo cualquier otro impedimento que lo desesperó, y todo se arreglará.

Por lo demás, cualquiera que sea su decisión, sólo le pido que me informe de ella; y como no me interesa personalmente, lo que haga usted me parecerá bien hecho. Adiós, mi querido amigo.

He de agregar que echo muy de menos a la señora de Tourvel; me colma de desesperación el estar separado de ella. Daría la mitad de mi vida por la dicha de consagrarle la otra mitad. ¡Ah, créame, no se es feliz más que por el amor!

París, 5 diciembre 17...

C A R T A C L V I

Cecilia Volanges al caballero Danceny.

(Adjunta a la anterior).

¿Cómo es, mi querido amigo, que ceso de verlo cuando no ceso de desearlo? ¿No siente usted tantos deseos como yo? ¡Ah, ahora es cuando estoy triste! Más que cuando estábamos separados del todo. La pena que entonces sentía por causa de los demás, sólo me proviene ahora de usted y esto duele mucho más.

Desde hace algunos días, mamá no está nunca en casa; lo sabe usted perfectamente; y yo esperaba que intentaría aprovecharse de estos días de libertad; pero, usted no piensa siquiera en mí; ¡soy muy desgraciada! ¿No decía usted tanto que yo lo amaba menos que usted a mí? Yo sabía lo contrario, y he aquí la prueba. Si hubiera usted venido a verme, me habría visto en efecto, porque yo no soy como usted; no pienso más que en los medios de vernos juntos. Merecería usted que no le dijera nada de cuanto he hecho para conseguirlo y el mucho trabajo que me ha costado; pero lo amo por demás y tengo tantos deseos de verlo que no puedo dejar de decírselo. Y después ya veré si me ama usted realmente.

Me las he arreglado tan bien que el portero está de nuestra parte y me ha prometido que siempre que venga usted le dejará entrar, como si no lo viera; y podemos fiarnos de él; es un hombre muy honrado. No falta ya más que evitar que se nos vea en la casa; y esto es muy fácil, no viniendo usted más que de noche y cuando no haya nada que temer. Por ejemplo, desde que mamá se pasa fuera todo el día, se acuesta todas las noches a las once; así dispondremos de bastante tiempo.

El portero me ha dicho que cuando venga usted secretamente, en vez de llamar a la puerta, llame a su ventana que él abrirá en seguida y después le será a usted fácil encontrar la escalera de servicio; como no podrá usted llevar luz, dejaré entreabierta la puerta de mi habitación y eso le alumbrará.

rá un poco. Tendrá usted cuidado de no hacer ruido, sobre todo al pasar cerca del cuarto de mamá. Respecto a mi doncella no tiene que preocuparse porque me ha prometido que no despertará; es también muy buena chica. Y para irse luego será todo igual. Ahora veremos si viene usted.

¡Dios mío! ¿Por qué me late tan fuerte el corazón al escribirle? ¿Es que va a ocurrirme alguna desgracia o es sólo la esperanza de verle lo que me agita así? Lo que percibo bien es que jamás lo he amado a usted tanto ni he deseado tanto decirselo. Venga, pues, mi querido amigo, para que yo pueda repetirle cien veces que lo amo, que no amaré nunca más que a usted.

He hallado un medio de hacerle saber al señor de Valmont que tenía algo que decirle; y, como es tan buen amigo, vendrá seguramente mañana y le rogaré que le remita a usted esta carta en seguida. Así, pues, le esperaré mañana por la noche y usted vendrá sin falta, si no quiere que su Cecilia sea muy desgraciada.

Adiós, mi querido amigo; lo beso de todo corazón.

París, 4 diciembre 17...

C A R T A C L V I I

El caballero Danceny al vizconde de Valmont.

No dude usted, querido vizconde, ni de mi corazón ni de mis actos; ¿y cómo podría yo resistirme a un deseo de mi Cecilia? ¡Ah, es ella, solamente a ella a la que amo y a la que amaré siempre! Su ingenuidad, su ternura tienen para mí un encanto, del que he podido tener la debilidad de distraerme, pero que nada disipará jamás. Metido en otra aventura, sin haberme dado cuenta, por decirlo así, frecuentemente el recuerdo de Cecilia, ha venido a turbarme hasta en los más dulces placeres; y acaso mi corazón no le ha rendido nunca un homenaje más verdadero que en el instante mismo en que le era infiel. Sin embargo, amigo mío, cuidemos de no herir su de-

licadeza, ocultémosle mis faltas, no por engañarla, sino para no afligirla. La felicidad de Cecilia es mi más ardiente voto; jamás me perdonaría un yerro que le hubiera costado una lágrima.

He merecido, lo comprendo, la broma que me da usted sobre mis nuevos principios; pero, puede creerme, no son ellos los que me guían ahora, y estoy decidido a probarlo desde mañana. Iré a acusarme ante la misma que ha causado mi extravío y que lo ha compartido, y le diré: “Lea usted en mi corazón; en él hay la amistad más tierna para usted; ¡la amistad, unida al deseo se parece tanto al amor! Los dos nos hemos engañado; pero, susceptible de error, yo no soy capaz de mala fe.” Conozco a mi amiga; es tan honrada como indulgente; no sólo me perdonará; me dará su aprobación. Ella misma se reprocha frecuentemente el haber traicionado a la amistad; frecuentemente su delicadeza turbaba su amor; más prudente que yo, fortalecerá en mi alma esos temores convenientes que yo intentaba con temerario empeño ahogar en la suya. Le deberé el ser mejor, como a usted el ser más feliz. La idea de deberle a usted mi felicidad avalora ésta mucho.

Adiós, mi querido vizconde. El exceso de mi alegría no me impide pensar en sus pesares y participar de ellos. ¡Ojalá pudiera serle útil! ¿Sigue inexorable la señora de Tourvel? Dicen que está muy enferma. ¡Dios mío, cuánto lo compadezco a usted! Deseo que recobre la indulgencia y la salud a la vez y que vuelva a hacerlo dichoso. Confío que estos votos de la amistad serán cumplidos por el amor.

Quisiera escribirle más extensamente; pero me apremia la hora y acaso Cecilia esté ya esperando.

París, 5 diciembre 17...

C A R T A C L V I I I

El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.

(A la hora de levantarse.)

¿Qué, marquesa, cómo se encuentra usted tras los placeres de la noche última? ¿No está un poco fatigada? Convenga, pues, en que Danceny es encantador. ¡Hace prodigios el tal

mozo! Usted no esperaba eso de él, ¿no es verdad? Vaya, me hago justicia: tal rival merecía muy bien que yo le fuera sacrificado. ¡En serio, está lleno de buenas cualidades! Pero, sobre todo, ¡qué de amor, qué de constancia, que de delicadeza! ¡Ah! Si llegara usted a ser amada por él como lo es su Cecilia, no tendría que temer a rival alguna; él mismo se lo ha probado la noche anterior. Acaso, a fuerza de coquetería, otra mujer pudiera quitárselo a usted por un momento; un joven no sabe sacrificarse a arrumacos provocativos; pero una sola palabra del objeto amado basta, como usted ve, para disipar esa ilusión; así, pues, no le falta a usted más que ser ese objeto, para ser completamente feliz.

Seguramente no se engañará usted en este punto; tiene un tacto demasiado certero para que eso se pueda temer. Sin embargo, la amistad que nos une, tan sincera por mi parte como reconocida por la de usted, me ha hecho desearle la prueba de la pasada noche; esta es obra de mi celo; y ha salido perfecta; pero nada de gracias; no vale la pena, nada era más fácil.

En realidad, ¿qué me ha costado? Un ligero sacrificio y un poco de habilidad. Consentí en compartir con el joven enamorado los favores de su amante; pero, al fin, él tenía tantos derechos como yo; ¡y esto me preocupaba tan poco! La carta que su Cecilia le ha escrito, se la dicté yo; pero sólo fué por ganar tiempo, pues teníamos algo mejor que hacer. La que yo le adjunté, ¡oh!, ésta no era nada, casi nada: algunas reflexiones de la amistad para guiar en su elección a su nuevo amante; pero, afortunadamente, éstas eran inútiles; hay que decir la verdad: no vacilé ni por un momento.

Y después, en su candor, irá hoy a casa de usted a contárselo todo, y seguramente su relato le complacerá mucho; le dirá: *Lea usted en mi corazón*; me lo ha escrito así, y ya ve usted que eso lo arregla todo. Espero que, al leer lo que él quiere, leerá usted también acaso que los amantes tan jóvenes tienen sus peligros, y además que es mejor tenerme por amigo que por enemigo.

Adiós, marquesa, hasta la primera ocasión.

París, 6 diciembre 17...

C A R T A C L I X

La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.
(*Esquela.*)

No me agrada la agregación de zafias mofas a malos procedimientos; no es tal mi sistema ni mi gusto. Cuando tengo que quejarme de alguien no me burlo de él; hago algo mejor: me vengo. Por muy contento que esté usted en este instante, no olvide que no sería esta la primera vez que se ha ufanado prematuramente, sólo por la esperanza de un triunfo que se le escapó en el mismo instante en que se congratulaba de él.

Adiós.

Paris, 6 diciembre 17...

C A R T A C L X

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Le escribo a usted en la celda de nuestra desgraciada amiga, cuyo estado sigue siendo igual sobre poco más o menos. Esta tarde habrá una consulta de cuatro médicos. Pero este es, desgraciadamente, como usted sabe, más que un medio de salvación, una prueba de peligro.

Parece, sin embargo, que anoche recobró un poco el conocimiento. La doncella me ha informado de que hacia media noche su señora la llamó, quiso quedarse sola con ella y le dictó una carta bastante larga. Julia ha agregado que cuando se disponía a escribir el sobre la señora de Tourvel recayó en su delirio, de modo que la doncella no supo qué dirección había de poner. Me sorprendió al principio que la misma carta no se lo indicara; pero como ella me respondiera que temía engañarse y que, sin embargo, su señora le había recomendado mucho que la enviase inmediatamente, me decidí a abrirla.

Encontré el escrito, que le adjunto, el que, en efecto, no va

dirigido a nadie, por dirigirse a demasiada gente. Creo, sin embargo, que nuestra desdichada amiga intentó escribirle al señor de Valmont; pero que, sin darse cuenta, cedió al desorden de sus ideas cuando iba dictando. Comoquiera que sea, yo he juzgado que esa carta no debe ser enviada a nadie. Se la remito a usted porque en ella verá mejor que yo pudiera decirselo los pensamientos que dominan a nuestra enferma. Mientras siga tan vivamente afectada, no tengo esperanza alguna. El cuerpo se restablece muy difícilmente cuando el espíritu está tan agitado.

Adiós, mi querida y digna amiga. La felicito por estar alejada del triste espectáculo que yo tengo continuamente ante los ojos.

París, 6 diciembre 17...

C A R T A C L X I

La presidenta de Tourvel a... (dictada a su doncella)

Sér cruel y malhechor, ¿no te cansarás de perseguirme? ¿No te basta haberme atormentado, degradado, envilecido? ¿Quieres arrebatarme hasta la paz del sepulcro? ¿Qué? En esta mansión de tinieblas en que la ignominia me ha forzado a sepultarme, ¿no tienen tregua los pesares y es desconocida la esperanza? No imploro una gracia que no merezco; para sufrir sin quejarme me bastará que mis sufrimientos no excedan a mis fuerzas. Pero no hagas mis tormentos insostenibles. Dejándome mis dolores, quitame el cruel recuerdo de los bienes que he perdido. Después de habérmelos arrebatado, no vuelvas a mostrar ante mis ojos su desoladora imagen. Yo era inocente, estaba tranquila; fué por haberte visto por lo que perdí el reposo; fué por escucharte por lo que me hice delincuente. Autor de mis culpas, ¿qué derecho tienes tú a castigarlas?

¿Dónde están los amigos que me querían, dónde están? Mi infortunio los ha espantado. Ninguno osa acercárame. Estoy oprimida y me dejan sin auxilio. Me muero y nadie llora por mí. Me es negado todo consuelo. La piedad se detiene al borde

del abismo en que se hunde el criminal. Los remordimientos lo desgarran y sus gritos no son oídos.

Y tú, a quien he ultrajado; tú, cuya estimación hace mayor mi suplicio; tú, en fin, que eres el único con derecho a vengarte, ¿qué haces lejos de mí? Ven a castigar a una mujer infiel. ¡Que yo sufra al fin tormentos merecidos! Ya me sometí a tu venganza; pero me faltó el valor de hacerte saber tu vergüenza. No fué por disimulo, fué por respeto. ¡Que al menos, esta carta te haga saber mi arrepentimiento! El cielo se ha encargado de tu causa; él te venga de una injuria que has ignorado. El ató mi lengua y contuvo mis palabras; temió que tú perdonases una culpa que él quería castigar. Me ha substraído a tu indulgencia, que hubiera lesionado su justicia.

Implacable en su venganza, me ha entregado al mismo que me ha perdido. Para él y por él, a la vez, sufro. En vano quiero huir de él; me sigue, está conmigo, me obsesiona sin cesar. Pero, ¡qué diferente es de él mismo! Sus ojos no expresan ya más que el odio y el desprecio. Su boca no profiere más que el insulto y el reproche. Sus brazos no me enlazan más que para despedazarme. ¿Quién me salvará de su bárbaro furor?

Pero, ¿qué? ¡Es él!... No me engaño, es él quien veo. ¡Oh, mi amable amigo, acógeme en tus brazos, ocúltame en tu pecho! ¡Sí, eres tú, eres realmente tú! ¿Qué funesta ilusión me ha hecho desconocerte? ¿Cuánto he sufrido en tu ausencia! ¡No nos separemos más, no nos separemos nunca! Déjame respirar. Mira cómo palpita mi corazón. ¡Ah! No es ya de miedo; es por la dulce emoción del amor. ¿Por qué rehusas mis tiernas caricias? ¡Vuelve hacia mí tus dulces miradas! ¿Cuáles son los lazos que intentas romper? ¿Por qué preparas ese aparato de muerte? ¿Qué puede alterar así tus facciones? ¿Qué haces? ¡Déjame; me estremezco! ¡Dios mío! ¿Es todavía ese monstruo?

Amigas mías, no me abandonen. Usted, que me incitaba a huir de él, ayúdeme a combatirlo. Y usted que, más indulgente, me prometía aliviar mis penas, venga a mi lado. ¿Dónde están las dos? Si no me es permitido volver a verlas, respondan, por lo menos, a esta carta; que yo sepa que me aman todavía.

¡Déjame, cruel! ¿Qué nuevo furor te agita? ¿Temes que penetre hasta mi alma un sentimiento tan dulce? Redoblas mis tormentos; me fuerzas a odiarte. ¡Oh, qué doloroso es el odio! ¡Cómo corroe el corazón que lo destila! ¿Por qué me persigues? ¿Qué puedes tener que decirme todavía? ¿No me has puesto en la imposibilidad de escucharte y en la de responderte? No espere ya nada de mí. Adiós, señor.

París, 5 diciembre 17...

C A R T A C L X I I

El caballero Danceny al vizconde de Valmont.

Me he enterado, señor, de sus procedimientos con relación a mí. Sé también que, no contento con haberme burlado indignamente, no repara en jactarse y congratularse de ello. He visto la prueba de su traición escrita por su propia mano. Confieso que se ha consternado mi corazón y que he sentido alguna vergüenza por haber ayudado tanto yo mismo al odioso abuso que ha hecho usted de mi ciega confianza; sin embargo, no le envidio esa ventaja vergonzosa; sólo tengo la curiosidad de saber si las tendrá usted igualmente todas sobre mí. Lo sabré, si, como espero, quiere usted hallarse mañana, de ocho a nueve de la mañana, a la puerta del bosque de Vincennes, pueblo de Saint-Mandé. Yo cuidaré de procurar todo lo necesario para los esclarecimientos que me quedan por obtener respecto a usted.

EL CABALLERO DANCENY.

París, 6 diciembre 17...

C A R T A C L X I I I

El señor Bertrand a la señora de Rosemonde.

Señora: Con el mayor sentimiento cumplo el triste deber de comunicarle una noticia que va a causarle tan cruel pena. Permítame recordarle primeramente esa piadosa resignación, tan

admirada por todos en usted, por la que sólo podemos soportar los males de que está sembrada nuestra miserable vida.

Su señor sobrino... ¡Dios mío! ¿Por qué ha de serme forzoso afligir tanto a tan respetable señora? Su sobrino ha tenido la desgracia de morir en un combate singular, que ha tenido esta mañana con el caballero Danceny. Ignoro por completo el motivo de la querrela; pero parece, por la carta que he encontrado en un bolsillo del señor vizconde y que tengo el honor de remitirle a usted, parece, digo, que él no fué el re-tador. ¡Y había de ser él quien el cielo permitiese que sucumbiera!

Yo estaba esperando al señor vizconde en su casa a la hora en que lo llevaron a ella. Figúrese usted mi consternación al ver a su señor sobrino, conducido por dos de sus servidores y todo bañado en sangre. Tenía dos heridas de espada en su cuerpo y estaba ya muy débil. El señor Danceny estaba allí también y lloraba. ¡Ah!, sin duda, debe llorar; pero, ¡a buena hora verter lágrimas después de haber causado un mal irreparable!

Yo estaba fuera de mí y, a pesar de lo poco que soy, no dejé de decirle mi manera de pensar. Pero entonces el señor vizconde se mostró verdaderamente magnánimo. Me ordenó callarme, y cogió la mano a su mismo matador, lo llamó su amigo, lo besó delante de todos y nos dijo: "Os ordeno tenerle al señor todos los miramientos debidos a un bravo y buen caballero." Hizo darle, además, delante de mí unos voluminosos legajos de papeles que no me son conocidos, pero a los cuales sé que daba mucha importancia. Luego dispuso que se les dejara solos por un momento. Entretanto yo había enviado a buscar todos los auxilios, tanto espirituales como corporales; pero, ¡ay!, el mal no tenía remedio. Menos de media hora más tarde, el señor vizconde perdió el conocimiento. No pudo recibir más que la extremaunción, y apenas acabada la ceremonia exhaló su último suspiro.

¡Dios mío! Cuando yo recibí al nacer aquel valioso apoyo de una casa tan ilustre, ¿hubiera podido prever que expiraría también en mis brazos y que tendría que llorar su muerte? ¡Una muerte tan precoz y tan desgraciada! Mis lágrimas co-

rren a pesar mío. Le pido perdón, señora, por mezclar así mis dolores a los suyos; pero en todos los estados se tiene corazón y yo sería muy ingrato si no llorara toda mi vida a un señor que tenía tantas bondades para mí y que me honraba con tanta confianza.

Mañana, después del entierro, haré sellar todas las puertas de la casa y puede usted confiar por completo en mis cuidados.

No ignora usted, señora, que este desdichado acontecimiento pone fin a la sustitución y hace libres de nuevo todas sus disposiciones. Si yo puedo serle de alguna utilidad, le ruego que me comunique sus órdenes; pondré todo mi celo en ejecutarlas puntualmente.

Soy, con el más profundo respeto, señora, su muy humilde, etc.

BERTRAND.

París, 7 diciembre 17...

C A R T A C L X I V

La señora de Rosemonde al señor Bertrand.

Acabo de recibir su carta, mi querido Bertrand, y me entero por ella del horrible acontecimiento de que mi sobrino ha sido víctima. Sí, sin duda, tendré órdenes que darle a usted y sólo ellas apartarán momentáneamente mi ánimo de mi mortal aflicción.

La carta del señor Danceney que me ha enviado usted es una prueba concluyente de que fué él quien provocó el duelo; y mi intención es que usted se querelle inmediatamente en mi nombre. Al perdonar a su enemigo, a su matador, mi sobrino ha podido responder a su natural generosidad; pero yo debo vengar a la vez su muerte, a la humanidad y a la religión. Nunca se excitará bastante la severidad de las leyes contra ese resto de barbarie que infecta aún nuestras costumbres; y yo no creo que podamos estar en el caso en que está pres-

cripto el perdón de las injurias. Espero, pues, que siga usted ese proceso con todo el celo y toda la actividad de que lo sé capaz y que debe a la memoria de mi sobrino.

Cuidará usted, ante todo, de ver al señor Presidente de..., de mi parte y de consultar con él. Yo no lo escribo porque me falta tiempo para entregarme por completo a mi dolor. Preséntele usted mis excusas y comuníqueme usted esta carta.

Adiós, mi querido Bertrand; alabo sus buenos sentimientos, dándole por ellos gracias, y soy siempre suya.

Quinta de..., 8 diciembre 17...

C A R T A C L X V

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Sé que ya conoce usted, mi querida y digna amiga, la pérdida que acaba de sufrir; me era conocida su ternura por el señor de Valmont y comparto muy sinceramente la aflicción que debe de abrumentarla. Me apena verdaderamente mucho el tener que agregar nuevos pesares a los que ya la agobian; pero, ¡ay!, ya no le queda que hacer más que llorar por nuestra desdichada amiga. La perdimos anoche a las once. Por una fatalidad ligada a su suerte y que parecía burlarse de todos los cuidados humanos, ese corto intervalo que ha sobrevivido al señor de Valmont le ha bastado para saber su muerte, como ha dicho ella misma, para no sucumbir a la pesadumbre de sus desgracias hasta haberse colmado su medida.

En efecto, ya sabrá usted que desde hace dos días estaba sin conocimiento en absoluto, y todavía ayer mañana, cuando llegó su médico y nos acercamos a sus cama no nos reconoció ni a él ni a mí, ni pudimos obtener de ella una palabra, ni una seña. Pues bien, apenas habíamos vuelto al lado de la chimenea, cuando el médico me refería el triste acontecimiento de la muerte del señor Valmont, la infortunada enferma recobró todo su conocimiento, ya fuese por una reacción espon-

tánea de la naturaleza, ya porque el nombre del *señor de Valmont* frecuentemente repetido, así como la palabra *muerte*, le pudieran recordar las ideas que la embargaban pertinaz y exclusivamente.

Comoquiera que fuese, abrió precipitadamente las cortinas de su lecho, gritando: ¡Qué! ¿Qué ha dicho usted? ¿Ha muerto el señor de Valmont? Yo creí poder hacerle creer que se había engañado y le aseguré al principio que había oído mal; pero, lejos de dejarse persuadir, le exigió al médico que empezara de nuevo el cruel relato y, como yo intentara todavía persuadirla, me llamó y me dijo en voz baja: “¿A qué querer engañarme? ¿No había muerto ya para mí?” Hubo, pues, que ceder.

Nuestra desgraciada amiga escuchó al principio con aire bastante tranquilo; pero poco después interrumpió el relato, diciendo: “¡Basta, ya sé bastante!” Me pidió a continuación que corriera las cortinas y cuando el médico quiso dedicarle la asistencia precisa, no toleró que se le acercara.

En cuanto el doctor hubo salido, hizo igualmente salir a su enfermera y su doncella; y, apenas nos quedamos solas, me pidió que la ayudara a ponerse de rodillas sobre su lecho y a sostenerse así. En tal posición permaneció un buen rato, en silencio, sin más expresión que la de sus lágrimas, que corrían abundantemente. Al fin, juntando sus manos y alzándolas al cielo: “¡Dios todopoderoso—dijo con voz débil, pero fervorosa—me someto a tu justicia; pero perdona a Valmont. Que mis desgracias, que yo reconozco haber merecido, no pesen sobre él, y bendeciré tu misericordia!” Me permito, mi querida y digna amiga, darle estos detalles sobre un asunto que me hago perfectamente cargo de que ha de renovar y agravar sus dolores, porque no dudo que esa súplica de la señora de Tourvel ha de aportar, sin embargo, un gran consuelo a su alma.

Después que nuestra amiga hubo proferido estas pocas palabras, se dejó caer en mis brazos; y apenas la hube colocado sobre su lecho, le entró una debilidad persistente que cedió, no obstante, a los remedios ordinarios. En cuanto hubo recobrado el conocimiento, me pidió que enviara a buscar al Padre Anselmo, y agregó: “Es ya el único médico que necesi-

to; siento que mis males van a acabar muy pronto". Se quejaba de una gran opresión y hablaba con mucha dificultad.

Poco después me dió por mediación de su doncella una cajita, que contiene papeles de carácter íntimo, según me dijo, encargándome que se la remitiera a usted inmediatamente después de su muerte, como lo hago, enviándosela con esta carta (1). Luego me habló de usted y de su amistad para con ella, tanto como se lo permitía su estado y con gran enternecimiento.

El Padre Anselmo llegó hacia las cuatro y estuvo solo con ella cerca de una hora. Cuando volvimos a entrar, el rostro de la enferma estaba tranquilo y sereno; pero era fácil notar que el Padre Anselmo había llorado mucho. Se quedó para asistir a las últimas ceremonias de la Iglesia. Tal espectáculo, siempre imponente y doloroso, lo era aún más por el contraste que ofrecía la tranquila resignación de la enferma con el dolor profundo de su venerable confesor, que se deshacía en lágrimas a su lado. El enternecimiento se hizo general, y aquélla por la que todos lloraban fué la única que no lloró.

El resto del día se pasó en los rezos de costumbre, que no fueron interrumpidos más que por los desvanecimientos de la enferma. En fin, hacia las once de la noche, me pareció más oprimida y agravada. Alargué mi mano para tocar su brazo; aún tuvo fuerza para cogerla y la puso sobre su corazón. Ya no sentí sus latidos; en efecto, nuestra desgraciada amiga acababa de expirar.

¿Recuerda usted, mi querida amiga, que en su último viaje a París, hablando de algunas personas cuya felicidad nos parecía más o menos asegurada, nos fijamos con complacencia en la suerte de esta misma mujer, de la que lloramos hoy a la vez la desgracia y la muerte? ¡Tantas virtudes; tantos atractivos y cualidades laudables; un carácter tan dulce y tan suave; un marido, al que amaba y por el que era adorada; unas relaciones que le eran gratas y de las que hacía las delicias; figura, juventud, fortuna, ¡tantas ventajas reunidas

(1) Esta cajita contenía todas las cartas relativas a su aventura con el Sr. De Valmont.

se han perdido por una sola imprudencia! ¡Oh, Providencia! Sin duda, hay que adorar tus designios; pero, ¡cuán incomprensibles son! No sigo; temo aumentar la tristeza de usted, entregándome a la mía.

La dejo para ir a ver a mi hija, que está un poco indispueta. Al enterarse por mí esta mañana de la súbita muerte de dos personas conocidas se ha sentido mal y yo le he hecho acostarse. Espero que esa ligera indisposición no tendrá consecuencias. A su edad no se tiene aún el ánimo avezado a las penas y la impresión de éstas es más viva y más fuerte. Esa sensibilidad tan aguda es, sin duda, una cualidad laudable; pero, ¡cuánto nos enseña a tenerla lo que vemos todos los días! Adiós, mi querida y digna amiga.

París, 7 diciembre 17...

C A R T A C L X V I

El señor Bertrand a la señora de Rosemonde.

Señora: En cumplimiento de las órdenes que usted me hizo el honor de darme, he ido a ver al señor presidente de..., a quien le he comunicado su carta, advirtiéndole que, según los deseos de usted, no haría nada sino por consejo suyo. Este respetable magistrado me ha encargado de hacerle observar a usted que la querrela que se propone entablar contra el señor de Danceny comprometería igualmente la memoria de su señor sobrino y que su honor sería necesariamente empañado por el fallo del tribunal, lo que sería una gran desgracia. Su opinión es, pues, que no se debe hacer nada; y que, si hubiera de hacerse algo, sería, por el contrario, para evitar que el Ministerio público tuviera conocimiento de esa desdichada aventura, que ya ha hecho demasiado ruido.

Estas observaciones me han parecido muy prudentes y he tomado el partido de esperar nuevas órdenes de usted.

Permítame rogarle, señora, que me las envíe, **con unas pa-**

labras sobre el estado de su salud, para la que temo mucho el triste efecto de tantas penas. Confío en que perdonará usted esta libertad a mi adhesión y a mi celo.

Soy, con respeto, señora, su, etc.

París, 10 diciembre 17...

CARTA CLXVII

Anónimo al caballero Danceny.

Señor: Tengo el honor de prevenirle que esta mañana se ha hablado en la Audiencia, por los señores magistrados del rey, de la cuestión que ha tenido usted los últimos días con el señor vizconde de Valmont, y que es de temer que el ministerio público intervenga en ella. He creído que este aviso puede serle útil, ya para que ponga usted en juego sus protecciones, a fin de evitar esas enojosas consecuencias, ya para que, si no puede lograr eso, adopte las medidas que requiere su seguridad personal.

Hasta le diré, si me permite darle un consejo, que haría bien en exhibirse un poco menos de lo que lo ha hecho de algunos días a esta parte. Aunque ordinariamente se tenga indulgencia para estas cuestiones, se debe siempre, sin embargo, ese respeto a la Ley.

Esta precaución es tanto más necesaria cuanto que han llegado a mí noticias que una señora de Rosemonde, que, según me dicen, es tía del señor de Valmont, quiere presentar una querrela contra usted, y en tal caso la justicia no podrá negarse a su requerimiento. Sería acaso conveniente que usted hiciera hablarle en su favor a esa señora.

Razones particulares me impiden firmar esta carta. Pero cuento con que, no por no saber su procedencia, dejará usted de hacer justicia al sentimiento que la ha dictado.

Tengo el honor de ser, etc.

C A R T A C L X V I I I

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Circulan por aquí, mi querida y digna amiga, rumores muy sorprendentes y enojosos acerca de la señora de Merteuil. Ciertamente, yo estoy muy lejos de creerlos y apostaría a que sólo se trata de una horrible calumnia; pero sé demasiado con cuánta facilidad la maledicencia, aun la menos verosímil, adquiere consistencia, y lo difícilmente que se borra la impresión producida por ella para no alarmarme ante ésta, por fácil de destruir que la crea. Desearía, sobre todo, que se pudiera detener a tiempo, antes de que se extienda más. Pero no supe hasta ayer, ya muy tarde, esos horrores que empiezan a propalarse; y cuando he enviado esta mañana recado a la señora de Merteuil, acababa de partir para el campo, donde ha de pasar dos días. Sólo supieron decir en su casa que se había ido. Su segunda doncella, a la que he hecho venir a hablarme, me ha dicho que su señora solamente le dió la orden de esperarla el jueves próximo, y ninguno de sus criados sabe más. Yo misma no puedo presumir dónde puede estar; no recuerdo a ninguno de sus conocidos que se quede hasta tan tarde en el campo.

Comoquiera que sea, usted podrá, según creo, facilitarme de aquí a su vuelta algunos informes que puedan serle útiles; porque esas odiosas historias tienen estrecha relación con circunstancias de la muerte del señor de Valmont, que usted ha de conocer si son verdaderas, o de las que, al menos, le será más fácil informarse, lo que le pido por favor. He aquí lo que se pregona, o, por decir mejor, se murmura, pero que no tardará en adquirir más publicidad.

Se dice, pues, que la querrela surgida entre el señor de Valmont y el caballero Danceny fué obra de la Merteuil, que los engañaba igualmente a los dos; que, como casi siempre suele ocurrir, los dos rivales comenzaron por batirse y no llegaron hasta después a las explicaciones; que éstas produjeron una sincera reconciliación, y que, para acabar de dar a conocer la

señora de Merteuil al caballero Danceny y también para justificarse por completo, el señor de Valmont agregó a sus palabras una multitud de cartas que forman una correspondencia regular mantenida con ella, en la que ésta refiere sobre sí misma y en el estilo más libre las anécdotas más escandalosas.

Se añade que Danceny, en sus primeros momentos de indignación, entregó esas cartas a cuantos quisieron verlas. Son citadas especialmente dos (1): una, en la que ella hace la historia completa de su vida y de sus principios, la que dicen que es el colmo del horror; otra, que justifica plenamente al señor de Prevan, cuya historia recordará usted, por hallarse en ella la prueba de que no hizo más que ceder a las marcadas incitaciones de la señora de Merteuil y de que la cita estaba convenida con ella.

Yo tengo, afortunadamente, las mejores razones para creer que esas imputaciones son tan falsas como odiosas. Ante todo, nosotros dos sabemos que el señor de Valmont no se ocupaba para nada de la señora de Merteuil, y yo tengo motivos para creer que Danceny tampoco se ocupaba de ella; así, pues, me parece demostrado que ella no puede ser el motivo ni la autora de la riña. No comprendo tampoco qué interés podía tener la señora de Merteuil en provocar, por el acuerdo que se le supone con el señor de Prevan, una escena que no podía menos de ser desagradable, por lo escandalosa y que, además, podía resultar muy peligrosa para ella, puesto que se hacía un enemigo irreconciliable de un hombre que poseía parte de su secreto y que tenía muchos partidarios. Y es de notar que desde aquella aventura no se ha alzado una sola voz en favor de Prevan y que, ni aun por parte de éste, ha habido la menor reclamación.

Estas reflexiones me inducirían a sospechar que él es el autor de los rumores que circulan ahora y a considerar esa fechoría como efecto del odio y la venganza de un hombre que, viéndose perdido, espera por tal medio suscitar al menos dudas y dar un giro útil a su causa. Pero, vengan de donde vengan esas malignidades, lo más urgente es destruirlas. Cae-

(1) Cartas LXXXI y LXXXV.

rían por su propio peso si resultara, como es verosímil, que los señores de Valmont y Danceny no se hablaron después de su desdichado encuentro y que no hubo entrega alguna de papeles.

En mi impaciencia por comprobar estos hechos, he enviado esta mañana a llamar al señor Danceny; pero tampoco está en París. Sus criados le han dicho al mío que partió anoche, por un aviso que recibió ayer, y que el lugar de su residencia es un secreto. Al parecer, teme las consecuencias de su duelo. Sólo por usted, mi querida y digna amiga, puedo obtener los datos que me interesan y que pueden ser tan necesarios a la señora de Merteuil. Le reitero mi súplica de facilitármelos lo antes posible.

P. S.—La indisposición de mi hija no ha tenido consecuencias; ella le presenta sus respetos.

París, 11 diciembre 17...

C A R T A C L X I X

El caballero Danceny a la señora de Rosemonde.

Señora: Sin duda, le parecerá a usted este paso mío muy extraño; pero le suplico que me escuche antes de condenarme, y que no vea ni audacia ni temeridad en donde no hay sino respeto y confianza. No se me ocultan mis culpas ante usted, y no me las perdonaría en toda mi vida si pudiera pensar por un solo momento que me hubiera sido posible el evitarlas. Está usted bien persuadida, señora, de que, no por estar a salvo de reproches, estoy libre de pesares; y puedo agregar aún con toda sinceridad que los que le causo a usted entran por mucho en los que siento. Para creer en los sentimientos que oso asegurarle, le debe bastar hacerse justicia y saber que, sin tener el honor de ser conocido de usted, tengo el de conocerla.

Sin embargo, cuando deploro la fatalidad que ha causado a la vez su pena y mi desgracia, se quiere hacerme temer que, dominada por su deseo de venganza, busca usted los medios de satisfacerla hasta en la severidad de las leyes.

Permítame, ante todo, hacerle observar a este propósito que aquí su dolor la ofusca, porque mi interés en este punto está íntimamente ligado al del señor de Valmont, al que alcanzaría la condena provocada por usted contra mí. Creo, pues, señora, contar, por el contrario, más con auxilios que con obstáculos en las gestiones que yo pudiera verme forzado a hacer para que ese desdichado acontecimiento quede sumido en el silencio.

Pero este recurso de complicidad, que conviene por igual al culpable y al inocente, no puede bastar a mi delicadeza; al desear apartarla a usted como parte, la erijo en mi juez. La estimación de las personas a las que se respeta es demasiado valiosa para que yo me deje arrebatar la de usted sin defenderla, y creo tener los medios para ello.

En efecto, si admite usted que la venganza es permitida, mejor dicho, que es un deber para quien fué traicionado en su amor, en su amistad y, sobre todo, en su confianza; si lo admite usted, van a desaparecer mis culpas a sus ojos. No crea usted mis palabras; pero lea, si tiene valor para ello, la correspondencia que deposito en sus manos (1). Las muchas cartas que forman parte de ella en su texto original parecen dar autenticidad a las que no son más que copias. Por lo demás, he recibido esos papeles, tan cual tengo el honor de enviárselos, del mismo señor de Valmont. No he agregado a ellos nada ni he sustraído más que dos cartas, que me he permitido hacer públicas.

Una era necesaria para la venganza común del señor de Valmont y mía, a la que ambos tenemos derecho, y la cual me encargó expresamente. He creído, además, que era hacer un servicio a la sociedad el desenmascarar a una mujer realmente tan peligrosa como lo es la señora de Merteuil, la que, como verá usted, es la única, la verdadera causa de lo que ha pasado entre el señor de Valmont y yo.

Un sentimiento de justicia me ha impulsado a publicar tam-

(1) Es esta correspondencia, con la remitida a la muerte de la señora de Tourvel y otras cartas confiadas también a la señora de Rosemonde por la de Volanges, la que ha formado esta colección, cuyos originales poseen los herederos de la señora de Rosemonde.

bién la otra, para justificación del señor de Prevan, al que apenas conozco, pero que no mereció en modo alguno el riguroso tratamiento que ha sufrido ni la severidad de los juicios del público, más temible todavía, bajo la cual gime desde entonces sin defensa alguna.

No encontrará usted, pues, más que las copias de esas dos cartas, cuyos originales tengo que guardar. Cuanto a todo lo demás, creo que no puedo poner en manos más seguras un depósito que me importa, sin duda, que no sea destruido, pero del que me avergonzaría abusar. Creo también, señora, al confiarle estos papeles, servir a las personas a las que interesan tan bien como entregándoselos a ellas mismas; así las salvo de la confusión que sentirían al recibirlos de mis manos y al saberme enterado de aventuras que indudablemente desean que todo el mundo ignore.

Creo deber prevenirle a este propósito que la correspondencia adjunta no es más que una parte de una colección mucho más voluminosa, de la que el señor de Valmont la extrajo en mi presencia y que usted debe de encontrar cuando sean levantados los sellos de su casa, con el título, que yo leí, de *Cuenta corriente abierta entre la marquesa de Merteuil y el visconde de Valmont*. Usted adoptará respecto a esos papeles la decisión que le dicte su prudencia.

Soy, con respeto, señora, etc.

P. S.—Algunos avisos que he recibido y los consejos de mis amigos me han decidido a ausentarme de París por algún tiempo; pero el lugar de mi retiro, secreto para todo el mundo, no lo será para usted. Si me honra con una respuesta, le ruego que la dirija a la Encomienda de..., por P..., a nombre del señor comendador de... Es en su casa donde tengo el honor de escribirle esta carta.

C A R T A C L X X

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

Voy, mi querida amiga, de sorpresa en sorpresa y de pesar en pesar. Hay que ser madre para tener idea de lo que sufrí ayer durante todo el día; y, si mis más crueles inquietudes

se calmaron luego, me queda todavía una viva aflicción, cuyo fin no puedo prever.

Ayer, hacia las once de la mañana, extrañada de no haber visto a mi hija, envié a mi doncella a enterarse de cuál podía ser la causa de aquel retraso. Un minuto después volvió muy asustada y me asustó a mí más, diciéndome que mi hija no estaba en sus habitaciones, donde no la había encontrado su doncella al ir más temprano. ¡Figúrese usted mi situación! Hice acudir a todos mis criados, especialmente al portero, y todos me juraron que nada sabían ni podían decirme sobre tal acontecimiento. Pasé inmediatamente a la alcoba de mi hija. El desorden que reinaba en ella me hizo ver que había salido a primera hora; pero no encontré ningún indicio de la razón de su ausencia. Registré sus armarios, su secreter; lo encontré todo en su lugar y todas sus ropas, a excepción del vestido con el que saliera. Ni siquiera había cogido el poco dinero que tenía.

Como no había sabido hasta ayer todo lo que se cuenta de la señora de Merteuil, a la que es muy afecta, tanto que ayer no había dejado de llorar en todo el día, y como yo recordara que la señora de Merteuil está en el campo, mi primera idea fué que había querido ver a su amiga y había cometido la ligereza de ir sola. Pero el tiempo que transcurrió sin que regresara renovó todas mis inquietudes. Cada momento que pasaba acrecía mi pena y, ardiendo en deseos de informarme, no osaba intentar información alguna por el temor de dar publicidad alguna a un hecho que, tal vez más tarde, quisiera poder ocultar a todo el mundo. En toda mi vida he sufrido tanto.

En fin, al cabo de diez mortales horas, recibí a la vez una carta de mi hija y otra de la superiora del convento de... La carta de mi hija no decía más sino que había temido que yo me opusiera a su vocación de hacerse religiosa y no había osado hablarme de ello; el resto todo eran excusas por haber tomado sin mi permiso tal partido, que yo no desaprobaba, según agregaba, si conociera sus motivos, los que me rogaba, sin embargo, que no le preguntara.

La superiora me decía que, habiendo visto llegar a mi hija

sola, se había negado al principio a recibirla; pero que, después de interrogarla y enterarse de quién era, había creído hacerme un servicio empezando por dar asilo a mi hija, para no exponerla a ir a buscarlo a otra parte como parecía resuelta. La superiora me ofrecía, como es natural, devolverme mi hija si yo la reclamaba, exhortándome, por razón de su estado, a no contrariar una vocación tan decidida, según ella; me decía, además, que no había podido avisarme antes por el trabajo que le había costado el lograr que mi hija me escribiera, pues tenía el proyecto de que todo el mundo ignorara el lugar adonde se había retirado. ¡Qué cruel es la sinrazón de los hijos!

Fuí inmediatamente al convento, y después de hablar con la superiora, le pedí ver a mi hija; ésta no acudió sino forzosamente y toda trémula. Le hablé delante de las religiosas y soía luego; todo lo que pude sacar de ella, entre muchas lágrimas, fué que no podía ser feliz más que en el convento; tomé el partido de dejarla en él, pero no como novicia, según quería ella. Temo que la muerte de la señora de Tourvel y del señor de Valmont hayan impresionado con exceso su cerebro de chiquilla. Por grande que sea mi respeto a la vocación religiosa, no vería sin pena, y aun sin miedo, a mi hija adoptar esa profesión. Me parece que tenemos ya demasiados deberes que cumplir, sin crearnos otros nuevos; y, por otra parte, que no está todavía en la edad de saber lo que le conviene.

Lo que redobla mi apuro es la próxima vuelta del señor de Gercourt; ¿habrá que romper ese casamiento tan ventajoso? ¿Cómo, pues, lograr la dicha de los hijos, si no basta el mejor deseo ni los más solícitos cuidados? Me obligará usted mucho diciéndome lo que haría en mi lugar; yo no puedo decidirme por ningún partido; no encuentro nada tan espantoso como el tener que decidir la suerte de los demás, y temo igualmente incurrir en este caso en la severidad de un juez y en debilidad de una madre.

Me reprocho sin cesar el aumentar las penas de usted hablándole de las mías; pero conozco su corazón; los consuelos que puede dar a los demás constituyen para usted el mayor que puede recibir.

Adiós, mi querida y digna amiga; espero sus dos contestaciones con viva impaciencia.

París, 13 diciembre 17...

C A R T A C L X X I

La señora de Rosemonde al caballero Danceny.

Después de lo que me ha dado usted a conocer, señor, no me resta más que llorar y callarme. Se siente vivir todavía al enterarse de semejantes horrores; sonroja el ser mujer cuando se ve una capaz de tales desmanes.

Me presto de buen grado, en lo que me concierne, a dejar en el silencio y el olvido todo lo que atañe y pudiera dar pábulo a tan tristes sucesos. Hasta deseo que no le causen jamás otros pesares que los inseparables de la desdichada victoria que ha obtenido usted sobre mi sobrino. A pesar de sus faltas, que me veo forzada a reconocer, siento que no me consolaré nunca de su pérdida; pero mi eterna aflicción será la única venganza que me permitiré tomar contra usted; a su corazón toca apreciar el alcance de ella.

Si le permite usted a mi edad una reflexión, que no se hace a la suya, le diré que, si se tuviera un claro concepto de la propia felicidad, no se buscaría nunca fuera de los límites marcados por las leyes y la religión.

Puede usted estar seguro de que guardaré fielmente el depósito que me ha confiado; pero le pido que me autorice a no entregarlo a nadie, ni a usted mismo, señor, a menos que no sea indispensable para su justificación. Me atrevo a creer que no se negará usted a este ruego y que está usted en estado de comprender que se lamenta muchas veces el haberse entregado a la venganza, por justa que ésta sea.

No insisto en mis peticiones por mi persuasión de su generosidad y su delicadeza; sería muy digno de una y otra el confiarme también las cartas que al parecer guarda usted de la señorita de Volanges, y que, sin duda, ya no le interesan. Sé

que esa joven ha incurrido en graves faltas para con usted; pero no creo que piense usted en castigarla; y, aunque sólo sea por respeto a sí mismo, no ha de envilecer el objeto que amó tanto. No tengo necesidad de agregar que los miramientos que no merece la hija son al menos debidos a la madre, a esa mujer respetable, con relación a la cual no deja usted de tener mucho que reparar; porque, en fin, por mucho que se quiera ilusionarse con una presunta delicadeza de sentimientos, el primero que intenta seducir un corazón todavía honesto y sencillo, se hace por ello el primer autor de su corrupción y ha de ser por siempre responsable de los excesos y los extravíos subsiguientes.

No le extrañe, señor, tanta severidad de mi parte; esta es la mayor prueba que puedo darle de mi completa estimación. Adquirirá usted aún más derechos a ella prestándose, como deseo, a la seguridad de un secreto, cuya publicidad le perjudicaría a usted mismo y llevaría la muerte a un corazón maternal, ya herido por usted. En fin, señor, deseo servir a mi amiga, y, si pudiera temer que había de negarme este consuelo, le pediría que pensara que es el único que me ha dejado.

Tengo el honor de ser, etc.

Quinta de..., 15 diciembre 17...

C A R T A C L X X I I

La señora de Rosemonde a la señora de Volanges.

Si tuviera, mi querida amiga, que hacer venir y esperar que llegaran de París los informes que usted me pide, concernientes a la señora de Merteuil, no me sería posible dárselos tan pronto; y, sin duda, no habría recibido más que algunos, vagos e inseguros; pero me han venido unos que no esperaba, que no tenía motivo para esperar; y éstos tienen demasiada certeza. ¡Oh, amiga mía, cómo la ha engañado a usted esa mujer!

Me repugna entrar en detalles sobre ese cúmulo de horrores; pero, por mucho que se diga, se quedará seguramente muy por debajo de la verdad. Creo, mi querida amiga, que me conoce usted lo bastante para creerme por mi palabra y no exi-

girme prueba alguna. Bástele saber que hay un montón de ellas, las que en este instante tengo en mis manos.

No sin gran pesar le pido igualmente que no me obligue a darle las razones de mi consejo relativo a la señorita de Volanges. La exhorto a usted a no oponerse a la vocación mostrada por ella. Ciertamente nada puede autorizar el intento de forzar a quien no se siente llamado a tomar esa profesión; pero, a veces, es una gran ventura que se sienta tal llamamiento; y ya ve usted que su misma hija le dice que no la desaprobaría usted si conociere sus motivos. Aquel que nos inspira nuestros sentimientos sabe mejor que nuestra vana sabiduría lo que conviene a cada cual; y, frecuentemente, lo que parece un acto de severidad, suele serlo de su clemencia.

En fin, mi opinión, que me hago cargo de que ha de afligirla a usted y que por lo mismo no se la doy sin haberla meditado mucho, es que deje usted a la señorita de Volanges en el convento, ya que ese es el partido adoptado por ella; que estimule usted, más que contrariar, el proyecto que parece haber formado, y que, entretanto que llegue su ejecución, rompa usted el casamiento que había concertado.

Después de haber cumplido estos penosos deberes de la amistad y en mi impotencia de darle consuelo alguno, me queda que pedirle, mi querida amiga, el favor de no interrogarme sobre nada que se relacione con estos tristes acontecimientos; dejémoslos en el olvido que les conviene, y, sin buscar inútiles y aflictivas explicaciones, sometámonos a los designios de la Providencia que no nos es dado comprender.

Adiós, mi querida amiga.

Quinta de..., 15 diciembre 17...

C A R T A C L X X I I I

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

¡Oh, amiga mía, en qué horrible velo envuelve usted la suerte de mi hija! ¿Qué puede ocultar que aflija al corazón de una madre más que las espantosas sospechas que me sus-

cita usted? Cuanto más reconozco su bondadosa amistad y su indulgencia, más crecen mis tormentos; veinte veces, desde ayer, he querido salir de esta cruel incertidumbre y pedirle a usted que me hable sin reservas ni rodeos; y todas ellas me he estremecido de terror, pensando en su súplica de no interrogarla. Al fin, adopto un partido que me deja alguna esperanza y confío en que su amistad no ha de negarme lo que deseo, esto es: que me diga si, sobre poco más o menos, he comprendido lo que usted pudiera decirme; que no tema revelarme todo lo que pueda cubrir la indulgencia maternal y cuya reparación no sea imposible. Si mi desgracia rebasa esa medida, consiento en dejarle, en efecto, a usted que no se explique más que por su silencio; he aquí, pues, lo que sé ya y hasta dónde pueden llegar mis temores.

Mi hija mostró sentir algún afecto por el caballero Danceny y yo me enteré de que llegó hasta recibir cartas de él y a contestarlas; pero creía haber logrado que ese error de una chiquilla no tuviera consecuencias peligrosas; hoy lo temo todo; concibo la posibilidad de que mi vigilancia fuese burlada y siento el temor de que mi hija, seducida, hubiera llegado a poner el colmo a su extravío.

Recuerdo ahora muchas circunstancias que pueden dar consistencia a mis temores. Ya le escribí a usted que mi hija se sintió mal al saber la desgracia ocurrida al señor de Valmont; acaso aquel exceso de sensibilidad tuviera sólo por motivo la idea de los riesgos corridos por el señor Danceny en aquel combate. Cuando después lloró tanto al conocer lo que se decía de la señora de Merteuil, quizás lo que yo creí dolor nacido de la amistad, no fuera más que efecto de los celos o del pesar por la infidelidad de su amante. Su última determinación puede también explicarse, a mi parecer, por el mismo motivo. Es frecuente que las mujeres se crean llamadas por Dios sólo por sentirse sublevadas contra los hombres. En fin, suponiendo que estos hechos sean ciertos y que usted los sepa, hubiera podido, sin duda, creerlos suficientes para autorizar el consejo riguroso que me da.

Sin embargo, si fuera así, aun condenando a mi hija, me creo en el deber de intentar todavía procurar todos los medios

de salvarla de las torturas y los peligros de una vocación ilusoria y pasajera. Si el señor Danceny no ha perdido todo sentimiento de honradez, no ha de negarse a reparar una falta de la que él es único autor; y puedo creer, en fin, que el casamiento con mi hija es bastante ventajoso para que pueda halagarlo, lo mismo que a su familia.

He aquí, mi querida y digna amiga, la única esperanza que me queda; apresúrese usted a confirmarla, si le es posible. Suponga cuánto deseo que me responda y qué horrible golpe me asestará su silencio (1).

Iba a cerrar esta carta cuando un hombre, conocido mío, ha venido a verme y me ha referido la cruel escena por que pasó anteayer la señora de Merteuil. Como yo no he visto a nadie en los últimos días, no sabía nada de esa aventura; he aquí el relato de ella, según me lo ha hecho un testigo ocular:

La señora de Merteuil, al regresar del campo, anteayer, jueves, se hizo llevar a la Comedia Italiana, donde tiene un palco; estaba sola y debió parecerle muy extraordinario que ningún hombre se presentara a saludarla durante toda la función. A la salida, entró, según su costumbre, al saloncillo, que estaba ya lleno de gente; a su aparición se alzó un rumor del que ella, al parecer, no creyó ser el objeto. Vió un puesto vacío en uno de los divanes y fué a sentarse en él; pero, al punto, todas las mujeres que estaban ya sentadas se levantaron como movidas por un mismo resorte y la dejaron completamente sola. Aquella marcada muestra de indignación fué aplaudida por todos los hombres e hizo que se redoblaran las murmuraciones, que llegaron, según me dicen, hasta la grita.

Para que nada faltara a su humillación, hizo su desgracia que el señor de Prevan, que no se había dejado ver en ninguna parte desde su aventura, entrara en aquel momento al saloncillo. En cuanto fué advertido, todo el mundo, hombres y mujeres, lo rodeó, lo aplaudió y fué llevado, por decirlo así, hasta delante de la señora de Merteuil por el público que formaba un círculo en su torno. Se asegura que ella conservó el aire de no ver ni oír nada y que no cambió de semblante;

(1) Esta carta quedó sin respuesta.

pero yo creo esto exagerado. Comoquiera que fuese, aquella situación, verdaderamente ignominiosa para ella, duró hasta el momento en que le anunciaron su coche, y a su salida se redobló la escandalosa grito de antes. Es horrible el ser pariente de esa mujer. El señor de Prevan fué aquella misma tarde muy bien acogido por todos los oficiales de su Cuerpo que se encontraban allí, y nadie duda que le sean devueltos muy pronto su empleo y su jerarquía.

La misma persona que me ha dado estos detalles me ha dicho que la señora de Merteuil tuvo aquella noche una fiebre muy fuerte, la que se creyó al principio efecto de la violenta situación por que había pasado; pero que anoche se le declaró la viruela confluyente, con caracteres muy graves. En verdad, creo que sería para ella una gran fortuna morir. Se dice también que toda esa aventura le perjudicará mucho en un pleito que está a punto de ser fallado, y en el cual se pretende que le hacía falta mucha influencia.

Adiós, mi querida y digna amiga. Veo claramente en todo esto el castigo de los culpables; pero no encuentro ningún consuelo para sus desdichadas víctimas.

París, 18 diciembre 17...

C A R T A C L X X I V

El caballero Danceny a la señora de Rosemonde.

Tiene usted razón, señora, y ciertamente yo no he de negarle nada de cuanto dependa de mí y tenga algún valor para usted. El paquete que tengo el honor de adjuntarle contiene todas las cartas de la señorita de Volanges. Si las lee usted no dejará de sorprenderse al ver que puedan juntarse tanta ingenuidad y tanta perfidia. Esto es, al menos, lo que a mí me ha impresionado más en la última lectura que acabo de hacer.

Pero, sobre todo, ¿se puede dejar de sentir la más viva in-

dignación contra la señora de Merteuil al recordar con cuánto placer puso sus cuidados en abusar de tanta inocencia y tanto candor?

No; yo no siento ya amor. No conservo nada de un sentimiento tan indignamente traicionado; y no es él quien hace que procure justificar a la señorita de Volanges. Pero, no obstante, un corazón tan sencillo, un carácter tan dulce y dócil, ¿no se hubieran dejado llevar hacia el bien más fácilmente todavía que se dejaron arrastrar hacia el mal? ¿Qué jovencita recién salida del convento, sin experiencia y casi sin ideas, lanzada al mundo, como ocurre casi siempre con igual ignorancia del bien y del mal, qué jovencita, digo, hubiera podido resistir más a tan culpables artificios? ¡Ah! Para ser indulgente basta reflexionar de cuantas circunstancias depende la terrible disyuntiva de la delicadeza o la depravación de nuestros sentimientos. Me hace usted justicia, señora, al pensar que las faltas de la señorita de Volanges, que he sentido muy vivamente, no me inspiran, sin embargo, idea alguna de venganza. ¡Ya es bastante verme forzado a renunciar a amarla! Odiarla me costaría demasiado.

No he tenido necesidad de reflexión alguna para desear que todo lo que le concierne y que pudiera perjudicarle quede por siempre ignorado de todo el mundo. Si he parecido diferir un poco la satisfacción de los deseos de usted sobre tal punto creo poder revelarle el motivo; he querido estar antes seguro de no ser perseguido por consecuencia de mi desdichado duelo. En la época en que yo impetraba la indulgencia de usted, en que hasta osaba creerme con algunos derechos a ella, hubiera temido tener la apariencia de comprarla en cierto modo por esa condescendencia de mi parte; y, seguro de la pureza de mis motivos, he tenido, lo confieso, el orgullo de querer que no pudiera usted dudar de ella. Creo que perdonará usted esta delicadeza, acaso demasiado susceptible, inspirada por la veneración que siento por usted y por lo mucho que me importa su estimación.

El mismo sentimiento me hace pedirle, como última gracia, que se digne hacerme saber si juzga que he cumplido todos los deberes que han podido imponerme las desdichadas cir-

cunstancias en que me he visto. Una vez tranquilo sobre este punto, mi partido está tomado: partiré para Malta; iré a hacer con placer y a cumplir religiosamente votos que me separarán de un mundo del que, tan joven todavía, he tenido ya que quejarme tanto; iré, en fin, a procurar perder, bajo un cielo extranjero, la idea de un cúmulo de horrores cuyo recuerdo no puede menos de entristecer y deprimir mi alma.

Soy con respeto, señora, su muy humilde, etc.

París, 26 diciembre 17...

C A R T A C L X X V

La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.

La suerte de la señora de Merteuil se ha consumado ya, mi querida y digna amiga; y es tal que sus mayores enemigos oscilan entre la indignación que merece y la piedad que inspira. Razón tenía yo al decir que sería quizá una fortuna para ella el morir de la viruela. Ha escapado de ella, es verdad, pero horrorosamente desfigurada; hasta ha perdido un ojo. Ya supondrá usted que yo no he vuelto a verla; pero me han dicho que está verdaderamente repulsiva.

El marqués de..., que no pierde ocasión de decir una frase caústica, decía ayer, hablando de ella, que la enfermedad la ha vuelto de dentro a fuera y que ahora su alma está en su rostro. Desgraciadamente, a todo el mundo le pareció la expresión justa.

Otro acontecimiento ha venido a agravar sus desgracias y sus daños: Su pleito fué juzgado anteayer y el fallo le fué adverso por unanimidad. Costas, daños y perjuicios, intereses, restitución de frutos, todo ha sido adjudicado a los menores; de modo que la pequeña parte de su fortuna que no estaba comprometida en ese pleito ha sido absorbida con exceso por los gastos.

Inmediatamente que supo esta noticia, aunque todavía enferma, hizo los preparativos necesarios y partió sola, de noche, en la silla de postas. Sus criados dicen que ninguno de ellos quiso seguirla. Se cree que ha tomado el camino de Holanda.

Esta partida ha hecho gritar más que todo lo anterior; se ha llevado sus diamantes, de valor muy considerable, pertenecientes a la sucesión de su marido, su vajilla de plata, sus joyas, en fin, todo lo que ha podido, y deja tras ella cerca de 50.000 libras de deudas. Una verdadera bancarrota.

La familia se ha de reunir mañana para intentar arreglos con los acreedores. Aunque pariente muy lejana, yo he ofrecido acudir a la reunión; pero no podré asistir a ella, por reclamar mi asistencia una ceremonia más triste aún para mí. Mi hija toma mañana el velo de novicia. Creo que no olvidará usted, mi querida amiga, que no tengo otro motivo para crearme obligada a hacer ese gran sacrificio que el silencio con que usted respondió a mi última instancia.

El señor Danceney salió de París hace ya cerca de quince días. Se dice que va a Malta y que se quedará definitivamente allí. ¿Sería todavía acaso tiempo de detenerlo? ¡Amiga mía! ¿Mi hija es, pues, tan culpable? Le perdonará usted sin duda a una madre el no ceder sino muy difícilmente a esa horrible certidumbre.

¿Qué fatalidad se ha extendido, pues, en torno mío, desde hace algún tiempo, hiriéndome en los objetos más queridos? ¡Mi hija y mi amiga!

¿Quién podría no estremecerse al pensar en las desgracias que puede causar una sola relación peligrosa? ¡Y qué de penas se evitaría pensando en ello un poco más! ¿Qué mujer no huiría a las primeras frases de un seductor? ¿Qué madre podría, sin temblar, ver a otras personas que ella hablar a su hija? Pero estas reflexiones tardías no llegan nunca hasta después de hecho el daño; y una de las más importantes verdades, como acaso también de las más generalmente reconocidas, queda ahogada y sin uso en el torbellino de nuestras incongruentes costumbres.

Adiós, mi querida y digna amiga; experimento en este ins-

tante que nuestra razón, ya tan insuficiente para prevenir nuestras desgracias, lo es aún más para consolarnos de ellas (1).

París, 14 enero 17...

(1) Razones particulares y consideraciones que consideraremos siempre como un deber respetar nos fuerzan a detenernos aquí.

No podemos, en este momento, ni ofrecer al lector la continuación de las aventuras de la señorita de Volanges, ni darle a conocer los siniestros acontecimientos que colmaron las desdichas o consumaron el castigo de la señora de Merteuil.

Acaso algún día nos sea permitido completar esta obra; pero no podemos contraer ningún compromiso a tal respecto; y, aunque ello nos fuera posible, nos creeríamos antes en el deber de consultar el gusto del público, que no tiene las mismas razones que nosotros para interesarse en esta lectura. ("Nota del editor.")

F I N

ÍNDICE

Páginas

PREFACIO DEL REDACTOR	7
-----------------------------	---

PRIMERA PARTE

I.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay en las Ursulinas de...	13
II.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont, en la quinta de...	15
III.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	17
IV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil, en París	18
V.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	20
VI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	22
VII.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	25
VIII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.....	26
IX.—La señora de Volanges a la presidenta de Tourvel.....	27
X.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	29
XI.—La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.....	33
XII.—Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.....	36
XIII.—La marquesa de Merteuil a Cecilia Volanges.....	36
XIV.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	37
XV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	38
XVI.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	39
XVII.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	41
XVIII.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	42
XIX.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	44

XX.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	45
XXI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	47
XXII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.....	50
XXIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	52
XXIV.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	56
XXV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	57
XXVI.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	59
XXVII.—Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.....	60
XXVIII.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	62
XXIX.—Cecilia Volanges a Sofía Carnay.....	63
XXX.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	65
XXXI.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	65
XXXII.—La señora de Volanges a la presidenta de Tourvel.....	67
XXXIII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	69
XXXIV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	71
XXXV.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	74
XXXVI.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	76
XXXVII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.....	79
XXXVIII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	80
XXXIX.—Cecilia Volanges a Sofía Carnay.....	82
XL.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	84
XLI.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	86
XLII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	87
XL.—(Continuación.) Del vizconde de Valmont a la mar- quesa de Merteuil.....	89
XLIII.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	90
XLIV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	92
XLV.—La presidenta de Tourvel a la señora de Volanges.....	98
XLVI.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	99
XLVII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	100
XLVIII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	102
XLIX.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	103
L.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	104
LI.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	106
LII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	109
LIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil....	111
LIV.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	112
LV.—Cecilia Volanges a Sofía Carnay.....	113

LVI.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	115
LVII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	116
LVIII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	118
LIX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	120
LX.—El caballero Danceny al vizconde de Valmont.....	121
LXI.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	122
LXII.—La señora de Volanges al caballero Danceny.....	123
LXIII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	124
LXIV.—El caballero Danceny a la señora de Volanges.....	130
LXV.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	133
LXVI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	135
LXVII.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	136
LXVIII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	138
LXIX.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	139
LXX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	140

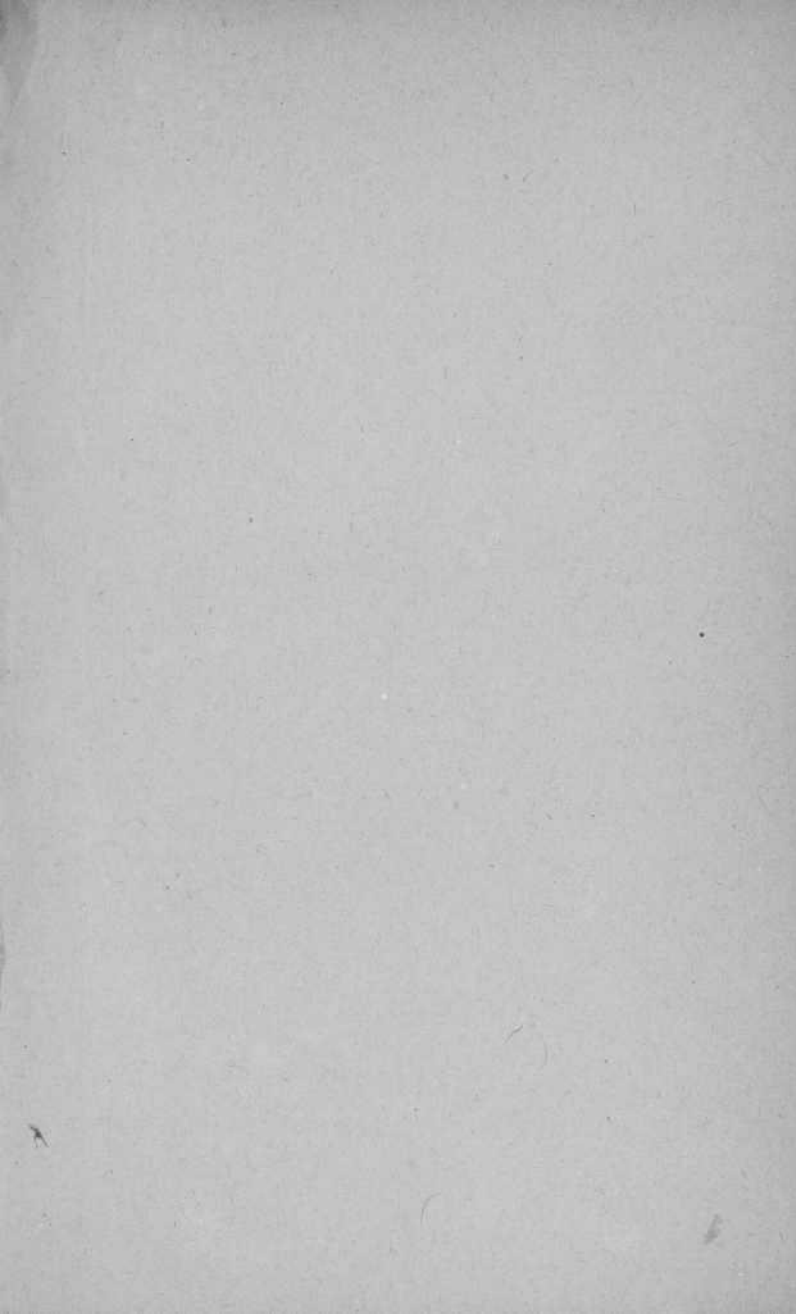
SEGUNDA PARTE

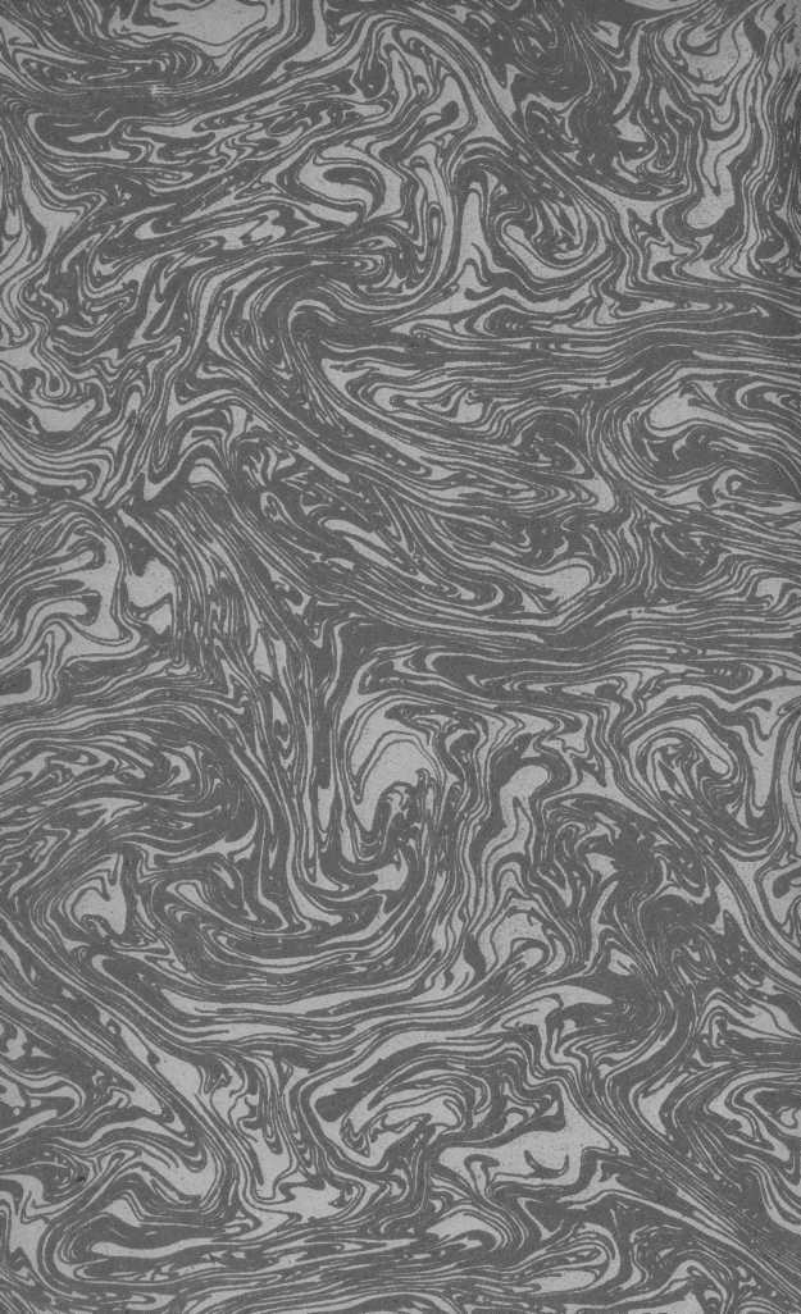
LXXI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	143
LXXII.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	147
LXXIII.—El vizconde de Valmont a Cecilia Volanges.....	148
LXXIV.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	149
LXXV.—Cecilia Volanges a Sofia Carnay.....	151
LXXVI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	153
LXXVII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	158
LXXVIII.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	159
LXXIX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	162
LXXX.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	169
LXXXI.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	171
LXXXII.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	182
LXXXIII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	184
LXXXIV.—El vizconde de Valmont a Cecilia Volanges.....	186
LXXXV.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	189
LXXXVI.—La mariscala de... a la marquesa de Merteuil.....	198
LXXXVII.—La marquesa de Merteuil a la señora de Volanges...	199
LXXXVIII.—Cecilia Volanges al vizconde de Valmont.....	202
LXXXIX.—El vizconde de Valmont al caballero Danceny.....	203

XC.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont.....	204
XCI.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	206
XCII.—El caballero Danceny al vizconde de Valmont.....	208
XCIII.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	210
XCIV.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	211
XCV.—Cecilia Volanges al vizconde de Valmont.....	213
XCVI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	214
XCVII.—Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.....	219
XCVIII.—La señora de Volanges a la marquesa de Merteuil.....	221
XCIX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	224
C.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	230
CI.—El vizconde de Valmont a Azolan, su lacayo.....	233
CII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	236
CIII.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel...	238
CIV.—La marquesa de Merteuil a la señora de Volanges.....	240
CV.—La marquesa de Merteuil a Cecilia Volanges.....	244
CVI.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	248
CVII.—Azolan al vizconde de Valmont.....	252
CVIII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde.	255
CIX.—Cecilia Volanges a la marquesa de Merteuil.....	257
CX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	259
CXI.—El conde de Gercourt a la señora de Volanges.....	263
CXII.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel...	264
CXIII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	265
CXIV.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	271
CXV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	272
CXVI.—El caballero Danceny a Cecilia Volanges.....	276
CXVII.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	278
CXVIII.—El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.....	279
CXIX.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel...	281
CXX.—El vizconde de Valmont al padre Anselmo.....	282
CXXI.—La marquesa de Merteuil al caballero Danceny.....	284
CXXII.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel...	286
CXXIII.—El padre Anselmo al vizconde de Valmont.....	288
CXXIV.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	289
CXXV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	292
CXXVI.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.	301
CXXVII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	303

CXXVIII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	305
CXXIX.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	306
CXXX.—La señora de Rosemonde a la presidenta de Tourvel.	308
CXXXI.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	311
CXXXII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	313
CXXXIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	314
CXXXIV.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	318
CXXXV.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	320
CXXXVI.—La presidenta de Tourvel al vizconde de Valmont...	322
CXXXVII.—El vizconde de Valmont a la presidenta de Tourvel...	323
CXXXVIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	326
CXXXIX.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	328
CXL.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	329
CCLI.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	331
CXLII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	335
CXLIII.—La presidenta de Tourvel a la señora de Rosemonde...	336
CXLIV.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	337
CXLV.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	339
CXLVI.—La marquesa de Merteuil al caballero Danceny.....	341
CXLVII.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	343
CXLVIII.—El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.....	346
CXLIX.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	347
CL.—El caballero Danceny a la marquesa de Merteuil.....	350
CLI.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	352
CLII.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	354
CLIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil.	
Respuesta de la marquesa de Merteuil, escrita al	
final de la carta anterior.....	357
CLIV.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	358
CLV.—El vizconde de Valmont al caballero Danceny.....	359
CLVI.—Cecilia Volanges al caballero Danceny.....	362
CLVII.—El caballero Danceny al vizconde de Valmont.....	363
CLVIII.—El vizconde de Valmont a la marquesa de Merteuil...	364
CLIX.—La marquesa de Merteuil al vizconde de Valmont.....	366
CLX.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	366
CLXI.—La presidenta de Tourvel a... ..	367
CLXII.—El caballero Danceny al vizconde de Valmont.....	369
CLXIII.—El señor Bertrand a la señora de Rosemonde.....	369

CLXIV.—La señora de Rosemonde al señor Bertrand.....	371
CLXV.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	372
CLXVI.—El señor Bertrand a la señora de Rosemonde.....	375
CLXVII.—Anónimo al caballero Danceny.....	376
CLXVIII.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	377
CLXIX.—El caballero Danceny a la señora de Rosemonde.....	379
CLXX.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	381
CLXXI.—La señora de Rosemonde al caballero Danceny.....	384
CLXXII.—La señora de Rosemonde a la señora de Volanges.....	385
CLXXIII.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde.....	386
CLXXIV.—El caballero Danceny a la señora de Rosemonde.....	389
CLXXV.—La señora de Volanges a la señora de Rosemonde...	391





B.P. de Soria



61182829
DR 7966





CH. DE LACLOS
—
LAS
RELACIONES
PELIGROSAS



DR
7966